

Pedro de Lorenzo

Cuatro de familia



Lectulandia

Esto es la crónica de unas horas de primavera, iluminadas de ilusión. El descontento acecha; pero todavía la frontera es magia, el destierro paisaje, rosas la pólvora tentadoras bajo el azul.

Hace años de todo esto. Ya no habrá personaje que pretenda coincidir con cualquiera de los que se entretienen barajando sus destinos en la representación de la humana Comedia.

También por eso, me he decidido; me he puesto en jornada y, ahora, a recortar mi segunda salida por los caminos del descontento. Cuando tampoco uno sea vivo testimonio, dé a lo menos memoria de cuanto aquello fue.

La cosa principió antes de nuestra guerra: una mañana tibia, de invierno... Pero atardece; no perduran las hojas y los hombres rescoldan las ansias de vivir. Solo, aduendado en la bruma, el poeta vislumbra quizá un rayo inmortal: Late, corazón... No todo / se lo ha tragado la tierra.

Lectulandia

Pedro de Lorenzo

Cuatro de familia

Novelas del descontento - 2

ePub r1.0

Titivillus 05.09.2019

Título original: *Cuatro de familia*
Pedro de Lorenzo, 1956
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Cuatro de familia

Primera Parte

Capítulo para Diana

1. Romanza de las codornices
2. La novela de los vecinos
3. Una ciudad con estilo

Capítulo con brindis

4. La novia
5. Presentación del novio
6. Bufonadas

Capítulo de las dos familias

7. Salón de recreo
8. Tú eres la culpable
9. La autoridad competente

Segunda Parte

Capítulo de catástrofe

10. Cuentas, coles y maitines
11. La aventura soñada
12. La aventura vivida

Capítulo de la raya y la cruz

13. Un cambio de bandera
14. La aventura padecida
15. La aventura desdeñada

Apuntaciones para un capítulo negro

Sobre el autor

Notas

Este libro, antes de serlo, antes de su publicación, fue, en 1955, maltratado por críticos anónimos de esos que viven a la sopa de la asesoría editorial. Lo defendió con acierto, con gracia, un escritor libre: Alejandro Núñez Alonso, grande escritor. Para él, esta nueva edición.

Esto es la crónica de unas horas de primavera, iluminadas de ilusión. El descontento acecha; pero todavía la frontera es magia, el destierro paisaje, rosas la pólvora tentadoras bajo el azul.

Hace años de todo esto. Ya no habrá personaje que pretenda coincidir con cualquiera de los que se entretienen barajando sus destinos en la representación de la humana Comedia.

También por eso, me he decidido; me he puesto en jornada y, ahora, a recortar mi segunda salida por los caminos del descontento. Cuando tampoco uno sea vivo testimonio, dé a lo menos memoria de cuanto aquello fue.

La cosa principió antes de nuestra guerra: una mañana tibia, de invierno... Pero atardece; no perduran las hojas y los hombres rescoldan las ansias de vivir. Solo, aduendado en la bruma, el poeta vislumbra quizá un rayo inmortal:

Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra.

PRIMERA PARTE

UNA FAMILIA EN FIESTA

CAPÍTULO PARA DIANA

1

ROMANZA DE LAS CODORNICES

Santoral. Usted conoce a ese hombre. El durísimo juicio. «Se prohíbe». La «donna», la perdiz. Un acto fallido. Ensayo general.

Quizá experimentas la profunda necesidad de dar salida a todo lo que piensas y sientes. Quizá la máscara sofoca tu vida, y tú quieres ser tú mismo...

—Cualquiera diría que mi pulso tiembla —se le ocurrió a don Camilo—. Pero, no: es cosa de la vista; tendrá uno que afeitarse con las gafas puestas.

Y brusco, apartó el papelito cuanto el largo del brazo consentía. La hoja siguió temblando. Miró don Camilo en su otra mano la brocha y, distraídamente, acertó con la jabonera. Libre, se cambió de mano la hoja, recién quitada del taco, y la mantuvo a distancia, el brazo derecho rígido, inmóvil:

—La hoja *non è mòbile...* —susurró, satisfecho, y como si además acabara de abatir al duque en el desafío de *Rigoletto*. Con sus razones se creía para, emular a *Rigoletto*.

Entonces alzó la mirada y persiguió el revés del papelito, sobre el espejo: un 1 de confuso perfil, negro pardeante, demasiado ancho, boca abajo.

—¿Eh?

Acercó al espejo el papel y fue el 1 desdoblándose en los dos palos del 11. Pero no alcanzaba a leer los santos del día. Buscó más luz y yéndose hacia el balcón se entretuvo en los detalles precisos:

Febrero / 42 — 1931 — 323 / Sol: 7,14 a 17,46. Luna: 18,22 a 7,29 /11/ Meditación del día.— Tenga la esposa dulzura apasionada y una modestia de servicio infinitamente aplicable: la verdadera variabilidad de la mujer.

—La tiene —dijo, porque pensaba en Adhelma—: *En ese gran sentido, «la donna è mòbile»*. Y prosiguió: *Miércoles / Nuestra Señora de Lourdes. Ss. Desiderio, Calócero, obs. Dativo, Ampelio, mártires...*

—¡Hombre! Ampelio. Me hubieran puesto Ampelio... Ampelio Peña. Aunque... Naturalmente, 12: mi santo es hoy. ¿A ver?

Con la rapidez que sus piernas, cortas, y el albornoz le permitían, se encaminó al calendario. ¡Qué hermosa, Catalina de Siena en la tabla de los desposorios! ¿No es un Morales? O Rafael... Lo había enviado, por Pascuas, el pequeño cartujo: Alberto; ahora, don Bruno. Lo de menos, ahora, esa lámina de la que pendía el bloque de las fechas:

12 febrero, jueves... Melecio, Gaudencio, Humbelina...

—Amonio... Bien: Amonio. Me pudieron poner Amonio. O, por la víspera, Ampelio. Eso es... *la hoja è mòbile, la... don Ampelio, dona'm, donann, donna...*

De nuevo en el tocador, enjabonando la brocha, le llegó el pipiar de las perdices enjauladas, al sol en la terraza del entresuelo. Se contempló en el espejo, tomó el suavizador y agitándolo en el cansado aire del dormitorio, alzó los puntos que impostaban el vibrato dramático de su voz, no de duque, aunque romancesara:

*La donna è mòbile
qual piuma al vento...*

Por la puerta del despacho se colaban las campanadas de un reloj. Se interrumpió don Camilo: tres, cuatro, seis, siete... No había empezado a tiempo. ¿Nueve? O serían las diez... Sobre el último acorde, le pareció advertir la cercanía de Adhelma, trajinera, en el afán de cada mañana. Oyó los menuditos pasos de Catalina, a la escalera; sí, su portazo; y en el zaguán, el silbato. Media faz rasurada, navaja en mano, don Camilo asomó:

—¿Hay carta?

Ya estaba arriba Catalina y, buscándole un sitio no enjabonado:

—Felicidades. También habrá sorpresa. Pero no; a mediodía, cuando quede libre mamá...

Entre las cartas, se apresuró a elegir, seguro el pulso, no de pintor, no pulso cirujano; de padre enamorado. Tornó al dormitorio, con Catalina.

—Ve leyendo.

—¿Luis? ¡Preciosa tarjeta! ¡Anda, si es Eve!

—La de Luis. Abre esa carta.

Querido papá: De todo corazón, estoy en su cumpleaños, con la adorada mamá y Cat., que siempre será mi «pequeña», aunque se las heche de

hermana mayor...

—¡Toma! Pone hache y es de echar...

—¡Bueno, la ortografía! Tienes ortografía, ¡y qué!

—¡Bobo!... ¡Ya está!, me salto tres líneas.

—¿Bobo?

Ya sé que una felicitación no es lo más a propósito para remover polémicas. Que la ciudad no es pura. Por lo mismo, de la ciudad ha de venirnos la salvación y el amparo. Los purísimos campesinos, ¿qué? Catalina que me disculpe si el muchacho ha pensado consagrarse a la tierra de sus muertos, si...

—¡Toma y toma! ¡Otra vez!

—Anda.

... Y también ¿yo no trabajo por salvar vidas quizá no dignas de ser salvadas? Esto se llama ética. Esto lo he leído. Y he pensado en esos honrados varones que se rasgan las vestiduras por la pureza de sus provincias. De la noche a la mañana van a encontrarse en el poder. Es cierto: gobernarán limpiamente. Sin ir más lejos, ahí vive un hombre, ansioso de sus derechos. Su posición no puede ser más contradictoria: ¿verdaderamente cree útil a los suyos esa intachable conducta que se le certificaría? Respeto el orden, nadie le ha de reprochar discordancia de voz; ni un suspiro frente a los muros del silencio. Indiscutible ejemplaridad... No por complacencia, desde luego, pero ¿de qué ayuda vanagloriarse, prestador de qué apoyos se pretende si permanece callado, al cobijo de la máscara? Usted conoce a ese hombre. A usted le consta nuestro afecto por él y cómo, al ahora aludirle, mis palabras no lo falsean...

—Calla. «¡Usted conoce a ese hombre!». ¡Qué carta!... Perdería toda influencia. No voy a empeñarla en balde, públicamente. ¿Eve?

—Es una estampa; es a mano.

—Sí..., las acuarelas de Eve.

Y como Catalina se acercó, mostrándosela, don Camilo miraba. En vano miraba, su atención en el laberinto de las condenaciones interiores: conservaría la máscara. Un hombre debe conservar la máscara cuando el valor de quitársela acarrea daño de inocentes. ¿Y qué es pureza, lastimar a quien más se ama? La felicitación de Eve, nada, el texto convenido. No tan nada: una sagaz sentencia, más o menos conocida, y cuatro palabras. La acuarela, muy hermosa. Don Camilo reparó en la acuarela; concentraba en ella su mirada, poco a poco recuperando el empleo del pensamiento. Veía esa figura: el vagabundo que Eve pintó; y no era eso. Lo que entonces don Camilo veía

era una Eve acuarelista, su estudio en la calle de Fortuny, acariciando pergaminos, marfiles, sedas, papeles, este tarjetón...

—R. W. S. ¡Pobre mía! ¿A ver? Sí, verdaderamente, por la filigrana continúa anglófila...

¡Aquella amada voz! Recuerda:

—«¡Papá! ¿Ve usted? A la tina. Y no lo hay mejor. La marca, al agua: *British Royal Society of Painters in Water-Colours*. Sobre todo, es el prensado, frío, y la textura. Toque: abierta, áspera. No le falta detalle: el grano, medio. Mire, y esos bordes: irregulares, sin corte; mire, mire usted: rebajados, traslúcidos».

—¡Pobrecita!

Y es que compadecía la insistencia de Eve, su tenacidad perniciosa. El arte pelagra de tenacidad: se agrisan los efectos, se empastan. La acuarela requiere calidades diáfanas, una técnica rápida, una fácil resolución. Eve era víctima porque no se paraba a discernir entre arte y espejismo. Todavía las flores, los bodegones... Pero ¡esto! ¡Pero si esto es rigurosa pintura social!

Catalina dijo:

—Papá, el agua se le enfría... Traiga, yo leo:

Me noto atrozmente sola. No me escribe Alberto; Luis no se deja ver. Me consuelo pensando en el arte como salvación. Entre todas las fuerzas en lucha, es la única auténtica, la pasión creadora.

—Lleva razón. El arte, dice tu hermana. Un poder no destructivo. El único.

—¿Único?

Catalina replicó y, sobre la espontaneidad, esa interrogante aupaba los puntos de su tono. Al acecho, irónico, el padre insinuó:

—Conocerás tu otro, hija mía.

—El amor.

Y era una voz asordada, como una sola palabra, sin los altos perfiles de las sílabas.

—¡Hum!

Se corta una verruga. Sangra. Teme perder los nervios, don Camilo, porque se manifiesta..., manda a Catalina por la carta del monje, es un instante, sin casi pretexto... ¡ya!, se manifestaba, contrariando amores de Catalina: eso ¿es la máscara?

—¡Qué gracioso! —exclama don Camilo, agarrándose al tema—: escribe el 7, ¿has visto? No ha contado con el prior. Habría prisa y en vez de salir como siempre, leída y releída, la cogemos anteayer; sólo dos fechas... Es un

detalle. Bueno, y lo curioso, que parece escrita por Luis, mismamente. Había un párrafo... verás, un párrafo... ¿Lo encuentras? La sociedad y tal...

—Papá, ésta es de Luis, ¿no acabamos? Son cuatro líneas. *Hice su encargo. Como queda tiempo y hoy no lo tengo para pasarme a certificar, me guardo los décimos, que mandaré.*

—Sí, voy a escribirle... Sigue.

El sorteo ya verá que es extraordinario. Se lo digo porque me ha costado no 30, sino 50, y sólo compré dos. También me he encargado las láminas de Anatomía y no ando allá de dinero. Si hago estas cuentas no es para que me giren; ya me arreglo, pero que no me paso ni tampoco se me ocurre meterme, en fin... Mi pequeño recuerdo irá en vacaciones: su cumpleaños, papá. Hoy no me fue posible. Bien poca cosa, un cuadrito: «Cartujo a la ventana»; de perfil, casi de espaldas; lo que está viendo es el cementerio; al fondo, cipreses y sobre las oscuras y aguzadas agujas, la blanca mancha de otro cartujo, quizá cavando su propia sepultura. No deja de parecerme familiar: el motivo es el monje; la pintura, Eve; yo, que he corrido con el encargo, el marco... Para Catalina, también va un obsequio, con la venia...

—Nada.

—¿Cómo?

—No. Que ya vuelve...

—¿Quién vuelve?

—¡Lo de siempre, papá!

Don Camilo se traga su rabia, rastreándole un rencor de padre en derrota; se le va que leían, que era Luis, y apremia:

—El monje. ¡Apúrate! ¿Qué dice, qué es eso de la sepultura?

—¿Alberto?

Y como quien ya respira, metiéndose en la carta del monje, Catalina lee:

No, no pasamos frío. Me encuentro fuerte y alegre; todo eso es la vana sociedad; la soledad es alegre. No dé oídos al tópico, no haga caso; no hay tal morir habemus, ya se lo digo a Luis; los cartujos no cavan la propia sepultura... unas azadas cada día. Que esta cita no les parezca mal, no vean en ella asomo de sermoneo. En la puerta de la prioral se lee una sentencia de los Sapienciales, un versículo del Libro de la Sabiduría: Judicium durissimum his qui praesunt fiet. Durísimo juicio a los que mandan...

—Aguarda... Lo conocía. Lo tengo, sí, lo he visto y lo debo de tener copiado... Los que mandan... Sí.

—¿Sigo? A Catalina le encomiendo que cuide, y hasta mimosamente, de mamá. (Catalina: te daría los «detalles exactos»; pero ¿nuestra flor; nosotros, número? ¿Por qué ese misterio «de un cabalístico, particular número»? ¿Sí? El siete, ¿ya te gusta? En el escudo cartujo, ensortijándolo, siete luceros que relumbran: Estamos a 7. Ahí, por estas fechas, la cañada se llenaba de liríos). Papá: usted nos llevaba a codornices; luego, no había codornices; pero volvíamos calados de febrero, con violetas, henchidos de fatiga y de felicidad...

Ya don Camilo no escucha. No quiere, no, que la idea *codornices* se le enzarce entre bellas palabras, bajo emociones de memoria, tras la *máscara* del lirismo. Pretende enjabonarse por segunda vez; el jabón no se encrespa ni casi espumea, irisante, apenas blanqueando el agua. Se acerca a los cristales, aparta el visillo. No basta, y entreabre las maderas; mira abajo, las perdices de don Fabián, en el entresuelo. Es un momento; en seguida, pone los ojos en el horizonte; allá, la sierra. Y a Catalina, que se dispone a salir:

—La red. Ya está encima la primavera. Hay que arreglar la red, a ver si este año.

Suaviza la navaja y piensa en las codornices:

—... A ver si se nos dan.

Con fruición de oficiante en barbería, tensa la tira sinfín de su vaqueta corinto, pasa y repasa la hoja, templando el filo, agudísimo, hasta no dejarle raya de vaciado; escarda en el caucho navajero unos tejones escapados de la brocha, y dice:

—Se escandalizarán.

Le absorta no el mecánico subir y bajar la hoja barbera, a los extremos leve, rehundida en el comedio del suavizador; como en el café cuando da vueltas vueltas vueltas a la cucharilla aunque el azúcar se halle totalmente diluido en la mezcla, porque lo toma con leche, en la tibia mezcla que al subir por los cortadillos del estuchado no habría podido ni probar como humeaba de caliente, se ajena y mientras afila su navaja va pensando en lo que esta tarde o, si hoy no, mañana por la tarde, explayará en la tertulia a propósito de caza. Y don Camilo sabe, a don Camilo *le consta*, que sus ideas serán oídas en el Salón y aun sensiblemente escuchadas; que atraen por eso, por la sola delicia cazadora de traspasar los límites, arrollador él de lindes en el espacio y en el tiempo. ¡Ahí es!, atropellar la clase más encumbrada, no acatar veda, ni cercado..., ¡cazar en coto, señores!

—Bueno, los gatos no.

Habla solo y a veces las palabras se le sobresaltan. *Bueno, los gatos no*, resume largos y contradictorios parlamentos de don Camilo:

(—Los gatos no me gustan. La gente se divide en amigos del agua y amigos del vino... ¡Qué gracia: «se divide»!, porque aburriéndose, el hombre se hace cuestión, y aun de vida, el elegir: ¿gato?).

Entre el perro y el gato, don Camilo se apuntaría al agua. Nunca salió con perros. Veía en el perro el símbolo de una aristocracia, no deseada, no temida, injustificante para él. Y su gozo se le colmaba de cazar en sembradío, hollando la propiedad particular. Su clave, resistir; sutilmente infiltrarse heredades adentro, burlar al guardajurado, más que el furtivo, odioso, como verdugo de la soledad. ¡Particular! ¡También tenía gracia!, esas cédulas personales, apenas si recibos del fisco, porque, identificar... Pero en las que uno puede inscribirse: *Profesión, propietario*; o la cédula de consorte de un particular: casilla de profesión, *su sexo*.

«—¿Es que usted se figura que salgo a la ganancia? —Les diría—: La pura acción».

Entonces, ellos van a alarmarse: «—¡Ah, por lo que se aproxima!—». Sobre todo, cuando les chille, enmascarando negramente la broma, ¿broma?

«—¡Trogloditas!

»—Eso, usted —¿y si le replican?— usted, que caza como uno de las cavernas, ¡a la trampa!

¡No!, tampoco se les ocurría... ¡Esta tarde!

Tierra prohibida, se le despertaba el encanto de atravesarla; y campeando, como a nadie se tropezaba, la soñaba tierra de nadie, en la que un extrañado ¡ya podría!... ¿Cazar? ¡Bueno! En el Salón otra noche, don Narciso —¿o fue don Isaías?— saliéndose de tono, de soslayarle como acostumbraban:

—¿A quién se le ocurre? —Y bruscamente—: ¿a qué llama usted cazar, si no tira?

Le impresionó. Cierto, no tiraba. No se veía inclinado a otro fin que no fuese la acción misma, sin ocupaciones, sin los consuelos de una obsesiva, ardida, pródiga, insospechada vocación. Y, conviniendo:

—Saldré. Mataremos codornices, en nombre de la revolución social.

Resolución, si enérgica, sensiblemente vana: don Camilo, y se nombró la cabal persona incruenta; aunque soñándose progresivo, combatiera a los fuertes y acosara el último reducto de sus cotos, y cuando se echaba a la cara la tablilla de fondo lila, cimera en el palo, con las blancas letras ya muy desdibujadas y como raídas por la intemperie, y que le conminaban a alejarse

de la flecha con su imperativo «Prohibido cazar», abatía el indicador y, penetrando el coto, se apresuraba a extender la red.

Afirmó el suavizador contra la piedra del lavabo y recordó los bandos de la veda, todavía frescos en las fachadas, calle adelante. Fue viéndolos pegar como una provocación que hería su recuerdo tumultuosamente. De San Miguel a las Candelas, jamás sintió la tentación del monte: era tiempo de caza, ¿habría por qué? Lo malo, que la codorniz inverna. ¡Ea, malo...! Saldría a codornices con red: ¡ca!, él no tiraba, no era tonto como para cargar con el albur del tiro, acertarlo, marrar... Codornices:

—Yo soy un hombre civil —se definiría—. ¿Ustedes, qué? Caballeros: aquí no hay un corazón de fiera. La cosa es cazar, y, si me apremian, ni caza ni cazar: «cazando». ¡Vamos, no se puede ser más preciso, más sonoro y hasta detonador!

¡Menuda voluptuosidad, desteñir de angustia las esperas! Además, don Camilo aborrece la cautividad del pájaro; sí, codornices... pero, lealmente, ¿cuándo se le pudo acusar de que cobrara pieza?

¿Acusar? Su inepticia condenaban. Y también, que salió a perdices. Bueno... aquella tarde... Le acompañaba don Fabián.

—La perdiz se caza con piernas —ironizó, saludándole, don Fabián.

—¿Piernas? (¡Piernas! Ya le diría él...).

Calle y calle charlando, los desmontes atrás, y ahora campo adentro... Declinaba el sol; ya eran leguas de cañada, entre las altas hierbas. Acamparon: ahí monte bajo y aquí pastos en umbría. Los bandos no quedarían lejos, quizá enfrente, quizá ese calvejar. Don Fabián le invitaba, que escogiese; pizarrosos canchales, alfombrados de líquenes; la pequeña mancha de chaparra, lentiscos... Se metería a la derecha, cosa de tiro y medio, en el primer puesto... Principió a extasiarle, sobre los ejercicios del reclamo, el virtuosismo de don Fabián.

—¡Triste vida! Aquí está un hombre, soportando a ese monstruo, cerca de su madriguera, achantado y hasta en deleite de ver con qué destreza tiende lazos mortales al amor...

Desde el puesto seguía los devaneos del perdigón en pulpillo, la jaula sin sayuela, tras el verde embosque, alto, de los escobones; recortado, el horizonte se esmaltaba ante el proyector de la tronera como en el teatro cuando se da foco al divo para realzar la trágica belleza de la escena: ya el

telón acababa de alzarse y de lejos venía la brega del macho, un canto por bajo, otro por alto, de tres golpes, encelada la pájara con el desafío.

—¡Tal cual, pero sin Rigoletto! —Fabulaba—. *Le Roi s’amuse...*

Había su *donna mobile* y no faltaba el galán celoso; en fin, había el duque burlador, cruel, romancesco. Sólo que en esta adaptación para el cazadero, el duque atraía, aceptaba su reto el macho, viniéndose a plaza encrespado y hueco, las alas rastras, henchido de espolones, buscador del pretencioso enrejado. Y al momento, pólvora, polvo, gramas aleteadas, revolcones de la agonía. Hasta que un nuevo amago del perdigón victorioso recosía el cristal de la tarde tiroteada, y el cazador sonreía porque no iba a tardar eh insinuarse, melosa y cantarina, acercándole su aria de seducida, Gilda, la *donna*, la perdiz.

Sudó. Pero se entendían. Don Fabián cazaba por deporte, atenuante cualificada desde el punto de vista de don Camilo: su indiferencia al aprovechamiento. Cazador de corazón, se pretendía sociable, pero a cazar iba solo; fumaba, pero en pipa. Más de una cargó, cuando...

Quince, veinte perdices alaron y era hermoso tal un rito verlas, seguras camino de la muerte; seguras, porque las precedía el macho rector.

—¡Torre!

Oyó gritar; se irguió y lo menos que sospechaba era un don Fabián jugando y a sí mismo disputándose acaloradas partidas de ajedrez: su emoción, relampagueante en ese brinco de júbilo:

—¡Torre!

Le salpicaba la iracunda grito de don Fabián, de verle asomar en el puesto, cuando se estremeció al estruendo de las detonaciones. Súbito se agarbó y alcanzó a comprender toda su inocencia: una perdiz surgía y fulguraba, ascendente, vertical; y de pronto, clavada en el aire, se descolgó, las alas replagadas, a plomo, contra el suelo.

—¡Qué disparate! —Y lo razonaría, si no fuera que entonces a don Fabián le dio por acabar el rececho, como si más que la caza le interesara el magisterio entre enojado y feliz o proselitismo de quien no sin motivos se le presentaba novicio en caza menor.

—No, hombre, no: lo de menos es la pieza; yo no tengo vocación de lebrél.

Don Fabián, en cuya lógica no encajaban los razonamientos del vecino, tomó a honesta broma sus palabras, y, entre carcajadas que el eco adementó, le reía como a infeliz o incapacitado o torpe o compasivo hasta la indignidad.

Pero, ajudiando el regreso, no se privó de aleccionarle, para propio gozo y enriquecimiento del inusitado léxico de don Camilo.

—Torre, cuando se hace tiro en la cabeza. Ya ganaría usted, de aficionarse. ¡Va un sorbito!

—¿Sorbito? No, no, ¡déjese de sorbitos!

—Bueno, mire usted: sin aguardiente, sin orujo, madrugada y tabaco, no hay madera... No hay cazador —proseguía—. Ahora da gusto. ¿Eh, y en febrero? Lo malo es febrero, que la perdiz deja el bando. Porque se casa, ¡ja, ja! Claro, y se prohíbe el pájaro, que es la caza de verdad.

—*Ipsa facto* —se animó, para los adentros, don Camilo, y es que ya veía la nueva prohibición a saltarse—, en cuanto llegue febrero...

Y no escuchó ni palabra de don Fabián; ¿a qué más pavadas, los espúreos vocablos *torre, carambola...* O, como diez pasos adelante, cuando insistía y condicionaba los requisitos del tiro real? Por sí, no se llamaba enteramente a culpa; y la desatención crecía, y es que don Camilo se venía viendo, río abajo, andando, y pensando en el agua caminera, raseada, mordida por las agujas del fondo, del alto cauce de arroyuelo en pedregal, mientras don Fabián avanzaba y heñía las veredas del bodonal revenido, hendiendo, desatollando sus botas que lo hollaban y moldeaban y en donde pronto el relente se perlaría y los helores ya empezaban a costrear el vaciado: más firme hacia dentro, en los relejes de sus caras internas, marcadas a tresbolillo, con las palas desbocándose, destaconeras. Oírle, y don Camilo se distraía, pero con angustia, celoso de las pisadas, de que las suyas no borrasen el rastro del vecino. No le decían cosa las africanas brincaderas, cortas de vuelo, ni el arranque de la roja perdiz arisca. Lo más, retornaba la dramática belleza de esta tarde sobre el campo de tiro, patética y arrebatadora como dúo en la *Scala*. Luego...

No, él no era cazador de alforjas; para él, cada hora se le llenaba, de caza no, de pasado; grandezas vividas, proyectos fabulosos. Evocaba y ardido de mocedad aquel Madrid a caballo de dos siglos, señor y pícaro de parla cortesana, alta, cortada, con su majo repique de codorniz. Y todavía mozo, el salto... ¡Aquellas cálidas jornadas australes! Sí, como de regreso, aquí en los cremados campos del oeste, solares, de agosto bullicioso, cuando la codorniz baja a la vega y en la cañada secretas aguas cabrillean, solapándose, para que la hierba suba, y apriete... Le rodean los recuerdos, le asedian, y don Camilo camina con su caza mejor, cobrándolos afanoso en cazaderos de la memoria, donde ya tantas cosechas fueron levantadas y se remueven y se le relacionan para su voluntad de acarreo: ya no hay *paraísos* de teatro real, ni a la vieja

ciudad estremecen la *impostatura* y *fioretti* de nómadas Rigolettos: ya no es la *donna mòbile*; hoy la *donna* se llama Catalina...

Y apenas ha comenzado a raer en segunda pasada, apurando, da con la motivación remota de sus evocaciones: que estamos en febrero.

—¡Ta, por eso me acuerdo!

Pero Catalina ha vuelto a la habitación. Trae su cartera de clase y, un momento indecisa, resuelve esperar. El silencio se espesa. Hay una hamaca de árbol, suspendida, cruzando la sala. Catalina se sienta en medio, al borde, y tensa el columbio de la hamaca; mece los pies, colgantes, como niño en misa. Mira el espejo y sus ojos encuentran los ojos del padre, que la merodean. Y le desencadenan el reflejo de la impasibilidad, porque súbitamente advierte que van a lanzarse al fuego de la conversación temas del gran libro escritos para ella, asuntos de enojo, insistencias alusivas. Y a quizá repetirse escenas de violencia, saliendo a relucir nombres de personas muy amadas, acaso odiadas, mudas imágenes con fuerza para poner en los ojos del padre, y en los de ella misma, relumbres de odio y de amor. Hamacándose, a espaldas de don Camilo, le observa por el espejo, contemplativa no, escrutadora, registrando los mínimos gestos que acompañan el final del afeitado.

—Iré a las once. Tengo después otra y es la más importante: Preceptiva. No quise marchar sin que...

—¿Qué...? —Rápido, bucea por interpretar segundas intenciones.

Y le sorprende oírse Ja voz, su tono de voz, que se ha endurecido, ligero, aguzándose. Pero se retrae, calmo, y con ademán suave repasa la navaja por la piel del cuello, de puntitos enrojecidos, levantados. Se acerca, se mete en el espejo, ladea la cabeza, Ja eleva tirándose de la nariz y busca la imperfección mínima, bizcos los ojos en el escorzo que demanda toda su atención y no le priva de seguir la imagen de Catalina, pensativa, a su espalda. En seguida, lentamente, encubriendo en la dilatación de la frase el íntimo desasosiego de su ánimo, se ahinca en indagar el sentimiento ilímite de Catalina.

—No, que no me iba a gusto con esa felicitación, sin antes darle un beso...

—*Que no me iba...* Ya nos habíamos saludado, besado...

—¡Sí!

—Lo que dieron, ¿las diez?

—Las diez. Aguardaba que se afeitase.

—¿Y por qué has de ir —socialiñera la voz, se vuelve a Catalina y mágicamente desaparece la distancia que el espejo triplicaba—, por qué, si en casa es fiesta? Entonces...

—La beca.

—¿La beca?

—¡Papá!

La vio de cara, bajo sus ojos, en la hamaca, sentada de través, con los pies apenas tocando suelo, quieta, triste. Era pequeña Catalina y se perfilaba en el fondo de luz suave de la habitación; vestía lutos, y la palidez emblanquecía en ese rostro raído de clausuras y de estudios. ¿Estudios? Don Camilo reconoció que la muchacha se afanaba por la alegría de las mejores notas, curso a curso. Este ¿también?

En el silencio escandalizaba el ajetreo de Adhelma, limpiadora, sacudiendo los muebles del despacho. El paso de un automóvil elevó el resonador de la calle y entre los ecos ascendía la melopea de un pregón de traperero. Se atropelló don Camilo con los sobresaltos de la palabra, incoherente al reflexionar:

—Es muy joven... Demasiado joven; yo no le niego porvenir; quizá sea un muchacho listo... Muy niña tú, hija mía... Luego, su padre. Mi simpatía no les alcanza. Ya sé: don Pedro Mora; ya sé: retirado. El mejor día nos dan otra asonada. Lo podría proclamar, con la frente muy alta: yo también he cruzado el charco, ¡si es eso! ¿A ver? El 77; nací en el 77, nos casamos el 2... Por el 98, antes, el 96, ya estaba en América. El padre del muchacho presumirá de América; seguro, es del 98. Y mi fortuna ¿qué? Amasada en América, trabajando. ¿O no era hacer patria? Que no, que es absurdo en el 51 un hombre de bigotes Kaiser. Esos bigotes, cívicamente, ofenden. ¿Ya no hay ciudadanía? Me insolentan... Don Alejandro, bueno, pura concesión; había que ganarse el Paralelo: Lerroux, emperador, o el león del Paralelo. Necesitaba, en Barcelona, el aspecto más propio al ambiente: ¿no parece un león? Retador, bravo y apuesto... A luchar con las mismas armas, porque son armas del enemigo: el bigote de un «romanones», un guardia romanones... Pero ¿los demás? Y mucho menos en esta hora, decisiva, hora propicia. ¡Estos hombres! Mira... No tienen imaginación.

Le escuece la verruguita. No ha parado de sangrar, y se vuelve para ver de quemársela. Catalina torna a fijar en el azogue la ansiedad ancha y tostada de unos ojos que la distancia y la luz, velándose en las aguas, enrarecen, de calmada profundidad, desconcertante y misteriosa. No, don Camilo no atinaría el mágico idioma de esos ojos.

No, no es tan fácil acertar en las sombras que idealizan y ahora mismo retienen la íntima atención de esos ojos. De nuevo les llegó el pregón de una vendedora y, evanesciéndose, la grito del trapero, calle arriba. En aquellos ojos ardían como en un rito los recuerdos: mínimo Alonso enardecido, invidente y ahí, con su adolescencia enamorada, amarga, protestataria, juanramoniana y agoral. Se matriculaban juntos. Alonso quizá por sólo acompañarla, por animarla y a veces a fugarse, para más juntos, la clase... El amago de un calofrío la estremeció. ¿Iría a perder la beca? Si Alonso entonces hubiese mirado, se alarmaría de sorprender en ella esos cochinos pensamientos, esos temores. ¡Clases, puntos, puestos, beca! ¡Puaf!

Ea, despedirse; y el padre espiaba. Alonso, no, hoy no la aguardaba en el portal, no acechará en la esquina: le avisó, que salía sin hora, que se trataba del día de papá, fiesta de señalarse, porque al no celebrar patrono, con menos escándalo que tolerancia de Alberto en cuya orden más cuidaban de hacer santos que de cantarlos, se disponían a tirar la casa por la ventana, cada cumpleaños. Hizo ademán levísimo de incorporarse, en la hamaca. Entonces don Camilo, que disimuladamente no la perdía de vista, repensó este dolor:

—¡Catalina, Luis!

De todos sus hijos, eran los más amados. Acaudaló por pequeño, Luis, los mimos de la casa; un día, se les marchó. A estudiar marchó, y don Camilo no se engañaba: Luis había partido para siempre. No es que sus estudios de Medicina le trasladasen imperativamente de ciudad; sino esas cartas y esa reveladora falta de cartas, evidencia de un alejamiento íntimo insistente, de una soberanía de carácter apenas compatible con la tutela paterna. Esta misma de hoy, ¡oh, qué cruel carta! Y ahora, Catalina. También se le escapaba Catalina. *Irreparabile tempus fugit*, fugitivos...

Le socarró una flama, iras arriba, pero de su propio calor culebreante nacía el rayo de una inspiración: amarrarla. Al fin, desarraigar la yedra de los recuerdos... ¿se podría? Enfrentarse con el muro: transigir, *veliz nolis*, con Alonso; juntos, retenerla. Aunque Alonso fuera un extraño, aunque de momento sólo acertara a figurárselo como Peña *in partibus infidelium*. Ya, podría acogersele y otra vez cuatro de familia; donde no sobran tres, uno más ya cabría:

«Adhelma, Catalina, ése y yo, Camilo Peña».

Todavía estuvo a punto de echarlo todo a rodar, tentado de negarse:

«¡No!».

Pero ¡si fue a decirlo!:

—«¡No!». Y, ¡cómo!, al hablar... un acto fallido:

—Bueno...

Sofocado de oírse, reiteró:

—Bueno, ¡que venga!

Le irritaban las convenciones; aquella frase, isabelina: «obstáculos tradicionales...». Al despertar hoy, ¡qué curioso!, braceando los últimos arenales del sueño, había dicho:

—¡Adhelma: baja esa persiana!

Y de un brinco se incorporó, despabilándose con la risa de su propio fallo: que diera más luz, no que echase las persianas. A don Camilo estas cosas le hacían como histórica gracia, le recordaban aquel presidente que temiéndose debate borrascoso, al abrir unas cortes, trastocó las palabras de ritual; dijo:

—Señores diputados: se levanta la sesión.

Importaría indagar el secreto de las trasposiciones; pero el *humour*, cayéndole encima, raía de su conciencia los posibles orígenes y arrasaba los vestigios por donde rastrear. Le valseaban los ojos, y la frecuencia de estos contentos constituían su *high life*, la gran vida.

Encadenado a estas emociones, apenas si reparó en el estupor de Catalina, el abrazo que le diera y las lágrimas que rompían aquellos ojos y en los propios suyos rojeaban. Era tarde cuando reaccionó, poco a poco inoculándose la ensoñación de su misma ternura. Un momento más Catalina, y acabarían por llorar juntos, hipando, como dos críos... ¡A ver!, a ver esa máscara, ese hombre recio, polémico, descontento y cazador... Catalina salió, corriendo. Y don Camilo, como juraría que los ojos se le anublaban por el cauterio de la piel herida, se vuelve y estampa en la pared la estrella de su piedra alumbre.

Tarareante, se alejó. Pensaba si Alonso habría de quedarse a comer o si la invitación debería limitarse a sobremesa. A mate, eso es; como en su petición de Adhelma. ¿Café? No. ¿Copitas? Nada, nada de alcohol, esa lacra de la sociedad...

La palabra *sociedad* le hizo tornarse grave. No se había quitado el gorro de dormir, rabioso frigio de punto. Y en albornoz, de nuevo ante el espejo, principió a ensayar su motivo de gracias por los brindis que Adhelma, Catalina y sin duda *ése*, elevarían en la solemne aunque familiar conmemoración de la fecha. ¡*Papá: un soñador no es un político!*, y Luis, que era Luis, se lo decía... O el monje monitorio fustigando el pecado social... ¡Porquería de muchachos! Cierto, no se movían por vanidad ni por dinero; los

fines eran lícitos; marchaban entre los rigores de su impavidez: auténticos y coléricos, austeramente, sí, radicalmente... No infringirían el código, el mandamiento nuevo: del pecado social no se retorcerían en la llama de la condenación... Embravecidos, no les amarraría la felicidad implorante, ni un amor, ni un dolor en la tierra bajo sus pasos implacables y vírgenes.

¡Oh, pero no es eso! El discurso, que comprenda tres partes. Y debe ser breve; sin remedio, ha de tocar tres puntos: protestas de un hombre rendido y obligado por la gratitud, no musquera cortesía; protestas de amistad y, en seguida, unas alusiones, ¡ya! más propias de la autobiografía, es decir, del merecedor de reconocimiento o privilegiado biografiado; y sin embargo, en el cumpleaños de nada más que un hombre, pero un hombre, sincero, sencillo, es la nota emotiva, la temperatura y la cordialidad; finalmente, un redoble de resonancias sociales.

«—Queridos comensales... *Bueno, ¿comensales?...* La presencia entre estos muros, la arcangélica presencia del poeta... *y todos mirarán a Gabriel, porque dije la “arcangélica” presencia...* O apenas mis ojos, enconados de dolor pero serenos, mis ojos se detienen ante esa venerable figura, de augusta varonía, egregia planta que por nombre tiene el significativo nombre de don Ramiro y que distan mucho de ser como su homónimo el rey traidor, empozando la inocencia de nuestros mayores en Cavas de concubinato hediondo... ¡oh, señores!... *¿Eh? Quizá resulte, quizá, un poquito larga, pero ¡qué efectos! Y ya la emoción se encarga de humanizar expresiones. Lo social; esa es la cuestión...* En las vueltas del camino ya se apostan, celando nuestro paso, las nuevas generaciones. ¿Que recelan de nosotros? Son los jóvenes galleadores, aprendices de héroe. No juzguéis triste esa centinela, esa exigencia. No es el nuestro aquel ademán autoritario de padre que sólo acalla, ceñudo el rostro abrahámico y altivo, cuando se niega a oír o ahueca la voz y: “¡Qué saben ellos!”. ¡Oh! Que me pregunten por el pecado nuevo. No seré yo quien les replique: “¿Hay un pecado social?”... *A lo mejor don Ramiro se alarma, se escandaliza... ¡Toma!, ¿don Ramiro? ¡Qué animal!: el último rey es don Rodrigo... ¡Pues buena la armo!... Y también, para rematar el brindis... a cazar como solía...* Mirad, en fin, escuchad esta breve lectura. Es un revés de almanaque; es la hoja de hoy; no la despreciéis por sólo ello. Leo; *Sésamo y lirios*; dice:

»Cuando se tiene un don poderoso, cuando se goza de las inoxidables armas de la inteligencia, cuando se sabe que esa fuerza movería al mundo y que es una fuerza indestructible, más poderosa que los barcos y los ejércitos,

o se pone uno al servicio del pueblo, o el hombre deja de ser hombre porque sobre él cae la maldición eterna de los desheredados de la tierra...».

Y si don Camilo atisbara el secreto de su expansividad, le sorprendería que no fueran esas, de florida y oscura elocuencia, sino estas otras, sin oratoria, palabras las más íntimas y fieles a su pensamiento:

—Contra ese destino, que es un privilegiado destino, contra esa misión, que es gloriosa misión, ¿podrían unos enhiestos, ridículos bigotes gubernamentales, berenguerianos, transitorios?... ¡Don Pedro, don Pedro Mora! Son los mismos bigotes... Ya, es una misma casta. Pues bien: Catalina y yo frente a todos. Veremos quién se lleva al mocito. Ahora, *in statu quo*; luego, ya se verá en cuál de los platillos, de qué lado, cae Alonso... Mora... y Peña.

LA NOVELA DE LOS VECINOS

Adhelma pensativa. Una fecha imborrable. Casa de vecinos. Contigo, pan y cebolla. Vieja fábrica de luz. El cofrecito abierto.

Si la agitación de su pensamiento le otorgara tregua, Camilo podría oír los suspiros de Adhelma, sus idas y venidas en las faenas de la casa.

—¡Está loco!

Y, mientras gozoso de su afeitado, va Camilo vistiéndose para salir, la esposa, de una en otra habitación, sacude el polvo con los zorros, cambia de sitio los muebles, los zarandea.

—¿No te he dicho que no arrastres la consola?; ¡pero se desnivela!...

—¡Bah! —Sofocaba Adhelma, obsesiva—. ¡Está loco! Canta y canta y no hace un año que la abuela murió...

Se arranca el delantal, fustiga el aire, exasperada, se aleja del despacho y, cocina adentro, solloza, hablándose en alta voz, entre hipos. Necesita hacer ruido, sentirse vivir. Desde aquello de la pobre abuela, es como si, vacío, el mundo la espiase, mil ojos al acecho. ¿Abuela? Bueno, su madre. Cuando los hijos de Adhelma y de Camilo crecieron, también como ellos el matrimonio empezó a llamar abuela a doña Angélica.

De natural sometido, larga la inactividad, en molicie, el espíritu de Adhelma no llegó enteramente a desprenderse de cierto clima como infantil que la enervaba y en que adolecía. Reducida, primero por la inquieta personalidad de su madre, genio de la casa; y en seguida, el estilo de sus amores de muchacha, de expresivo acatamiento a la varonía, de respeto, impuesto por el gobierno del esposo, paternal. Quizás Adhelma no habría cumplido dieciséis y Camilo rebasaba treinta años, aquel día de bodas. Huérfana de padre, difícilmente se le atravesarían los renunciamentos. Y entre el esposo y doña Angélica, viuda, parejos en edad, aligeraron su participación en la marcha de la casa. Era grato dejar hacer; Adhelma pronto madre pero niña, dejándose llevar. Y ahora: doña Angélica, muerta; el desvío

de Camilo, ausente por volanderas ilusiones de conspiración; el terrible frente de minas, de la realidad.

Fortaleza de principios, la abuela se presumía rara anciana conmovedora, recia, ahidalgado el carácter, señoreándose del pueblo. Tenía palabra para el pueblo, y anciana se le sospechaba de sus modales de gracia antigua, por momentos rejuvenecida, dulcísima en la musicalidad de sus dejos indios; sombreada la voz, cautivadora. En altos rodetes hermoseaba el recogimiento de su pelo, brillante y abrasado, con leyenda de soles. Usaba corto bastón, de puño en codo, y a veces se la sorprendía hablando a solas; pero advertida, contrariada, se erguía ahincándose en las raíces de su temple.

—¡Caracho!

Quebrada la color, si por biliosa o porque a la piel trascendiera la marca de la raza, en fiestas como la de hoy, familiares y discursivas, se la veía distante, a mano su bastón, entre los dedos un tallo de cristal, mediado de *gin* de Amsterdam. Vestía...

Recuerda Adhelma, figurándose las horas de esta tarde, pensativa... Y son los pendientes de pesado aro de la abuela; su alba de algodón, hasta los pies, y el cabello tendido, virgen y moreno, macizo, relumbrante; quizá esos mismos abalorios de color, la gargantilla y aderezos de novia que la engalanaran. ¡Adhelma novia! Sí, 16 aquel año... Se mira en el espejo y va buscándose la de ayer: ese collar, que le ajusta; trenzas; el dije de oro nativo con la fecha de prometida y una cabala en guarany... Hace tiempo que en su tobillo no gargantea la víbora cosquilleante, deliciosa y cruel de aquella ajorca; y sin embargo, bajo esa faz en fatiga se podría reconstruir, revelar toda la gracia y las facciones de antaño.

Que mira y no es un espejo; un cuadro, pero no; una fotografía, tamaño natural, y la figura erguida, fatalizada, silente, misteriosa. Absorto rizo agitana su frente de criolla; tizonea la recta de las cejas; levemente vencida la nariz, para dulzura de la oblicua; los ojos en estirada almendra y ancha la boca, de labios severamente cincelados. Ancha también la cinta de luciente negro que se engalla en lacerías de raso y eleva la menudez de la cabeza. Barreneros tirabuzones le culebrean; altos los senos, de mujer de hombros hacia arriba y piernas alargadas; la cintura hendida por el acicate de ese tirabuzón, desmandado, que se le encaracola. Viste falda plisada, jubón de terciopelo, delantero y bocamanga primoreados con labores de *chantilly*.

En ella, sí, veía agostarse la aristocracia indígena de la abuela; altiva, remota aristocracia que se manifestaba en aquella manera de andar, meneando la cabeza, y aquel secarse una lágrima, inclinada la sonrisa. Siglos de rebeldía

acumulados en el fiero corazón, ya viejo, que todavía mandaba y le permitía no achicarse a los indicios de un tiempo de temporal y aun le soñaba grandezas para sus hijos. ¡Revolución! Se necesitarían virtuosos: moral de vírgenes, duras bocas de doncel...

Oye la bronca tos mañanera de Camilo, tos de fanfarria, musical y grave. Y piensa:

—Angustiándome, ¡qué!

No acertaba. Angustiándose, desposeída en su propio nervio, dilata el ceremonial de la limpieza, su complicado arreglo de la casa. No le para muchacha, la servidumbre enloquecida entre la familiaridad y un despotismo gestero. Es ese desequilibrio de humor de la sedentaria, toda su vida al cobijo de la madre y que, de golpe, se descubre inocente del secreto de la gobernación doméstica y se fatiga porque, ¡ya tantos años!, no ve fácil movilizar la integridad de unas fuerzas recónditas y dormidas.

Condena la insensatez casi irreverente del marido y ese encadenamiento de solos de ópera. Y, de repente, se encalma —¡pero un día es un día!—, al recordar que hoy cumple años Camilo. Suerte... De la alcoba, en dramático morendo, no tan falsete, más bien barítona, la voz:

—*La costanza tiranna del core...*

Será *su* octavo cumpleaños, en la casa. ¿No? Octavo: se vinieron a fines del 23. Fecha *fatum*, la marcaba Camilo: un año como para de él no acordarse en los destinos de la familia. Empezó por el hundimiento.

Y con sólo esta memoria, Adhelma siente una sofoquina que la estremece: en un tiemblo sus manos, agarrotados los pies y fríos. Pero, emotiva, no rehúye la memoración del suceso: los detalles minuciosamente recogidos, publicados en *El Eco*. ¡Pena! Allí morarían de no haber sido por aquello. Después, ¡quién se atreviera! Reconstruyeron la casa y, sin embargo... No sólo era de ellos el reparo; mucho tiempo se vio desalquilado el número 3 de la plazuela del Aire.

Primera que habitaron desde el retomo a la patria, alzaba en anchurosa planta muy largos corredores, airosa, frente a la iglesia mayor, a la sombra de San Jorge patrono, con su tesoro parroquial de réplicas de Salzillo y un Cristo del descendimiento, orgullo de Alcándara.

Ultimaban los preparos de la boda: Eve. El primer casamiento civil, y la ciudad se conmovía. Albertito se hallaba en el balcón —sí, milagroso; desplomándose, el techo; arrasada la alcoba, la engalanada cámara nupcial;

pero el muchacho, ni rozadura, ni el arañazo de una astilla—, milagroso y en el balcón aplacaba la cólera divina. Ya mismo un monjecito, siempre callado, y, como quien no busca el salir, no miraba a la calle, en su escondite de soledad, ese rincón de rejas que era el rincón de sí mismo; con su cajita bajo el brazo o —sentándose— delante, entre las piernas abiertas y extendidas: una cajita cuyo tesoro hurtaba a la curiosa inquisición de la familia y de la que sólo Catalina acertó sospechando que la cajita contendría otras cajitas y quizá un insignificante cuento de Calleja.

Se extasiaba Alberto, horas ante la mole de la parroquial, y si para reproche le aludían:

—¡Este chico! Parece un cartujo—; no replicaba, pero tampoco dejaría de pensar: —No merecemos nada de esto— y *esto* eran las vistas de la iglesia; sin duda; porque una noche entre gemidos de pesadilla, se le oyó: —¡Herejes!

Hasta que de repente creyó su hora llegada o le nació la vocación y se metió cartujo. Quizá ya un día penetremos en la íntima lucha, familiar y terrible, de esa resolución. Desde luego a don Camilo, que no se resolvió por el infanticidio, en el camino de la dialéctica no le quedaba sino ceder; más cuando en la casa campeaba como intangible un mote de alto volumen, expansivo y cándido: *libertad...* Bien: Alberto usaba de su derecho, elegía su libertad.

Vinieron jornadas muy amargas. Porque no era el derrumbamiento de un techo; lo que sobre don Camilo cedía y se desmoronaba resultaba ser su formación misma, los siete pilares de la felicidad; descubría la hibridez sin remedio de su influencia y temblaba de los motivos del ridículo y pública violencia de su posición.

Demócrata, menesteroso de compensaciones, acentuó sus bascas, si bien ya no se atreviera a fustigar fieramente, sino con íntima pesadumbre de melancolías, la política parroquial de los últimos gabinetes. Quizá de no haberse decidido Alberto por la cartuja, quizá de profesar en orden de Predicadores, por ejemplo, don Camilo hubiera encontrado consolución más inmediata, soñador de Alberto elocuentísimo y mimando la secreta esperanza de un padre Bruno orador. Con todo, esperanzas le espoleaban, porque en su desconocimiento de las órdenes religiosas, creía tan simple caprichear de hábito, como si un cadete, gustoso de variadas Armas, cambiara de academia, trasladándose de Infantería a Ingenieros o de Intendencia a Sanidad. No le resignaba un monje privado de acción; en lo que secretamente coincidía con la abuela, saudadosa de aquellas Misiones que forjaron la leyenda del guarany, o de la patética lancinante de una oratoria sagrada a la manera de

Fabricio del Dongo, marquesito y estrellero, arzobispo de las violetas en *La cartuja de Parma*.

Por los caminos del recuerdo, Adhelma tropieza con la tos de Camilo; se interrumpe, sonríe y al fin salta la piedra del instante, obcecada, memoria adentro. Todavía 1923, antes de habitar definitivamente este piso de las Calatravas, conocieron otra casa. Un reducido entresuelo de la calle de Herradores, angosta calle, en los bajíos, con el ahogo de la oscuridad a que la condenaban las altas fachadas, y el vaho de los suelos, calcáreos pero enturbiados por el negro preg on de los piconeros en aquel fin de invierno interminable; y aquel verano, ensordecidos, la vecindad toda a las puertas, poblando el aire, parlera, silbadora, coral sólo astillada por el grito trashumante del vendedor de botijos, caminero de París, desde la fraterna, deseada y grasa Tierra de Barros. En septiembre se pronunciaría victorioso el general y, con los sanmiguelos, Camilo consiguió esta casa, en la que ahora, por octava vez, la familia se apresta a festejarle su cumpleaños.

Parece de construcción sólida; sus muros, de cantería, revocados de yeso. No muy antigua, ocupa un solar a dos calles; la planta se extiende para jardín con pozo y medianera, al fondo del jardín, una carpintería cuyo portal da a las Rondas. Tiene la casa; bajo, entresuelo, segundo y tercer piso; cuatro balcones en la fachada y dos a la de puerta falsa, con vistas al jardín. De cielorraso, los techos son altos, y este piso, que bien valdría por principal o por primero, aparece solado de baldosas.

La vecindad, apenas se la siente. Encima, vive un sastre voltario que todas las primaveras se anuncia como reparador de camisas y todos los otoños hace poner su nombre en el periódico, reiterándose por economía y rapidez como volvedor de gabanes. La mujer del sastre se llama Felisia.

Es la Felis. Con frecuencia bajaba, pero doña Angélica la ahuyentó, conocedora de su fama de hacer favores y advirtiendolo sentimentalmente necesitado que don Camilo se encuentra. Todavía, cuando la Felis se acerca a vender ensalada de regajos o romazas para el cocido, teme a la abuela y tira de la campanilla, tímida, como si a doña Angélica le fuere posible reaparecer, terrible, a re nir batalla, y a gan rsela, aun después de muerta.

Con la atardecida, de la casa del sastre viene un olor a plancha y sudor de tarea encerrada. Berre ndose de chiquillos que le dicen madre, con propiedad y menos dudoso acierto que de llamar padre al sastre, la Felis va conllevando el propio pendoneo entre exasperaciones maritales:

—¡Tísica!

Y hasta le justifica, en el insobornable fondo de su conciencia pendeja; que a lo más, cuando la saña es mucha, se le revuelve retrucando:

—¡Borracho!

Greñosos, en el gozo de la pelea, los chiquillos escapan escaleras abajo y, de paso, campanillean la puerta de don Camilo, quien, de estar en casa, los corre mentándoles medio *Génesis* para desahogo de bilis e ilustración de sus pródigas ascendencias. Mientras, arriba, enloquecida de espanto, elude las disputas la suegra de Felisia, anciana y sorda, bordadora de coronas de la aristocracia alcazarina y de estrellas para la oficialidad del regimiento.

En el entresuelo, don Fabián, empleado. Viudo, viven con él sus cuñadas: Rosita y Lucinda. Solteronas, no gustan de salir. Se pasea Rosita por los corredores envuelta en morado batín de raso. Lucinda cuida de renovar el agua y la pileta de alpiste de un pájaro flauta viejo y silencioso, que no aprovecha para abandonar la jaula, quizá porque ha observado cómo contempla siempre la operación, asmático y atento, un enorme gato de pelo negro y de ojos indiferentes y muy crueles.

Cuando, jubilado, el pájaro cesó de aligerar los ocios de la pequeña familia, don Fabián se compró un receptor de radio; luego, como carraspeaba y a temporadas solía no funcionar, don Fabián se matriculó en unos cursos por correspondencia, y todas las noches, de sobremesa, dejaban volar diálogos, a la fantasía, figurándose el instante y solemnidades de la inauguración del aparato que don Fabián, de propia mano, construyera.

—El diploma es precioso.

—Lo pondremos en el comedor.

—Mejor estará en el vestíbulo, más a la vista.

—Y además, si me saco medalla, la podríamos colgar del diploma.

—¡Ah, claro! Como un toisón.

—Bueno, o en una esquina, sin collar ni nada; si acaso, poniéndole un fondo de terciopelo, digo yo.

—Eso es cosa mía —y Rosita pensaba en las vueltas de su batín morado, para con ellas armar una especie de relojera donde la medalla realmente destellaría.

—Será plata auténtica.

—Mujer, no van a darla de oro.

—Ya podrían, ya podrían...

—Verás qué atención, todos los vecinos.

—La primera radio, ¡acuérdate! ¡Sí!, pero aquel gitano... Que pasaba a sentadillas, de espaldas, en un burro, cantando, y toda la calle se puso en pie, ¿o no es verdad?, puertas y balcones siseándole.

—¡Si me acuerdo!

—Y ¿cuando arriba toquen el piano?

—Entonces, se apaga. La música es la música. ¡Un respeto!

—Habrá que invitar.

—Hombre, un acto así... Ya se merece.

—Yo me encargo de las pastas.

—Mañana voy a ver si saco el macho de Jesusa.

—¿No hará mal día?

—La caza es la caza.

—El perdigón andaba hoy muy revuelto.

—¡Animalito!

Y se iban a la cama. Don Fabián acostumbraba a recogerse temprano. Con el día, antes de salir para la oficina, voceaba sus apuntes, los repetía y silabeaba tozudo más que un mulo y tan moderno como para poner su fe a la no menos azarosa de las cartas: enseñanza por correspondencia. Insistía, a gritos... Es cuando Adhelma, con su sombra como un dolor, sobre la memoria, entre las cosas que la retenían, se paraba a escuchar y, absortándose:

—El ampere... El ampere tiene múltiplos y submúltiplos que son... Submúltiplos que son... Microampere millonésimo de ampere. Miliampere milésimo de ampere... Unidad... Y múltiplos. Hectoampere cien amperes hectoampere cien amperes... Cien amperes... Kiloampere...

Debe de ir por el tercero. Ya el otro año, se le oía:

—Uve milivoltios emeuve dobleuve ohmios cu henrios, faradios... Negro cero chocolate uno rojo dos naranja tres amarillo cuatro...

Bajaba la voz. Entonces, Adhelma se distraía. Y de nuevo:

—Bobina self coil spule tierra terre ground erde reostato kilociclo tanden interferencia filamento.

Acababa de armarse un lío. Apenas se le notaba proseguir, como si de pronto advirtiera que se le oía y le subiese un rubor inflamable. Titubeaba, o es que venía repitiendo, de memoria:

—La curva del zumbido de modulación, puesto que la caída en la impedancia corresponde a la del transformador del dínamo... Sencillamente, impedancia...

Sí, raro vocablo. Y el vecino se resignaba a ya no cantar. Impedancia, impedancia, impedancia...

Encadenándose, las costumbres del entresuelo van marcando sus horas: radiotecnica; a la oficina; negociado de primera, Hacienda, café con leche y periódico; firma; vuelta a casa, por el pájaro y almuerzo; campo, caza de la perdiz; anochecer y novena: los tres, muy ceremoniosos.

Pero también uno ríe, y entonces don Fabián a carcajadas sacude tres blancas humanidades y un engaño común casi farisaico: felicidad. Trae su pelo en cepillo, cortado a lo Amadeo, y bigote de brocha. Si por un asomo sale al balcón, aunque sea en chaleco, y el clima dulce, de primavera, se echa al cuello —su corto, ancho, encarnado cuello—, una bufanda de rizo, de ásperos flecos jironados.

Ocupa la planta baja una pensión: Doña Virtudes. Con su delantal a cuadros y la pelerina por los hombros, doña Virtudes, que se vino del pueblo, donde más descansada viviría con sus cuatro tierrinas y algún ahorro usurario, recogió dos sobrinos y... por ellos: trayéndoselos, resuelta a que se hicieran hombres de mañana. Arregló unas habitaciones para huéspedes y, como cocinaba con gusto, aunque sin apenas salirse de la menestra o las sardinas abiertas y asadas sobre hojas de parra, que les conservaran el jugo, no se arredró de la capital ni de amodestar un negocio. Ayudaba Marcita, sobrina; para su juventud, las faenas más ágiles del hospedaje.

Se llamaba el sobrino Damián y salía estudiante aprovechado. Todas las noches, fatigada y feliz, doña Virtudes soñaba cuentas de la lechera, cuando Damián, hecho un hombre, recuadrarse en ancho marco ornamentado su título de perito agrónomo. ¡Lo que doña Virtudes gozaba de rectificar a sus comensales, incultos, que pronunciaban *perito*! Vamos, como si ella dijera *Túrquia, Péru, Rumanía...*

Los huéspedes de doña Virtudes eran estables: dos sargentos de guarnición en plaza, y un maestro de escuela, joven, humilde y leonés, que no ve con malos ojos a Marcita. Doña Virtudes vigila, pero de momento se abstiene de intervenir. Ahora, Marcita es poco para un señor maestro —piensa doña Virtudes, y la nostalgia empaña su corazón, en tiempos enamorado de aquel interino que pasó por el pueblo, cuando para las muchachas ella era *Vir, Viri, Virtus*, y en sí misma se sabía delicia de mocedad—. Pero acabando estudios el sobrino, ya se ganó Marcita derecho a más altas aspiraciones.

¿Ya? Bueno, el día de mañana. Todo esto agita la perplejidad de doña Virtudes, que ¡bendita de Dios!, va tomándole maternal afecto al maestríto.

Decididamente, lo que no está dispuesta a consentir es que el sargento se pimpollee de Marcita, requebrándola a paso de formación cuando el regimiento vuelve del campo de tiro.

—Usted no tiene que saludar a Marcita.

—Pero, señora, uno es dueño de su educación...

—Nada de educación. No es educado saludar así, de tropa, como a una cantinera.

—Usted sabe que se la aprecia.

—¡Basta!

Casi indiscretamente halagado en su papel de galán o personaje de incomprendido, se encoge de hombros y marcando la sonrisa, muy sutil y muy narciso, el sargento se retira del comedor. Éste es el sargento de los altos granos, su pescuezo de campesino, carbuncal, rojo, de durezas que le enorgullecen porque las atribuye al uso de cuellos de celuloide, con brillo, símbolo de poder, distinción o señorío.

El otro, capaz de exasperarla, si no tan violentamente, con frecuencia tal que la dueña acaba saliéndose de casillas, es un refinado subalterno de gustos equívocos, de palabra suave y ademanes recogidos; pero que se obceca en tener con él, alojado, un cachorro de lobicán, y como la casa da al jardinillo, y a los mages del lobero le suben malas índoles de su raza, el averío se aloca; se chapuza en las piletas el can, provocativo, en transgresión gravísima para ciudad como Alcándara, donde el agua es problema; destroza arriates en la solana; abrasa la plantación de mimo en los rincones del secadero... Doña Virtudes alza los brazos clamante de ira y profetiza no acecho de castigos, sino inminencias: la expulsión del sargento inhóspito y morcilla lacera al perro infiel.

Y, sin embargo, más de una soledad han poblado sus coloquios no tiernos pero de reprensión amante, con *Delicioso*, o el corazón travieso que a Gabriel, poeta, inspiró aquel hermoso cuento publicado en *El Eco* y que doña Virtudes recuerda con lágrimas de sus ojos: «Cállate, mastín, que ya la noche...».

—Desde luego, doña Virtudes nos quiere —piensa Adhelma. De ella misma, Adhelma, y no hace sino dolerse de la vida nada cristiana que ese marido la da...

Bueno, para Eve la simpatía es mínima: doña Virtudes se acautela por el carácter de la muchacha, distante, áspera. También, y esto lo guarda para confesión *in mortis*, porque recela desde aquel verano en que Eve se acercó a

la capital con vacaciones de pocos días y luego fue demorándose y dejándose ver distraída alguna noche en la escalera de servicio que arranca del jardín.

—¡Capricho de artistas! —Se le ocurrió a doña Virtudes.

Y de pronto, ¿pero se podría una engañar?, doña Virtudes se acordó de la abuela, porque se le acababa de escapar: «¡Caracho!». Y es que se dio una palmada en la frente, de reparar en esa como casualidad o evidencia: en el jardín, ante sus mismos ojos se representaba una escena que ya había visto en el pueblo, exactamente como en aquella compañía de corral, sólo que en este jardín Romeo era un maestrillo, no vestía de cómico y la escena progresaba rigurosamente muda; un maestro que además aquel verano había renunciado a sus vacaciones y no marchó a León, soportando gastos de hospedaje y los calores de Alcándara, sin duda para con tan heroico gesto —se es hombre por los gestos, señora— conmovérsela, o aprovechando el permiso de los huéspedes militares contemplar a Marcita muy suya y sola, en las intimidades de la pensión... Se prometió silenciar lo visto, pero de mañana mandó Marcita, para el resto del verano, al pueblo.

No por eso palidecieron sus relaciones con los del segundo; más bien, de notársele cambio, sería el de que acreció su compasivo afecto por Adhelma. Sólo por Adhelma, no, ¡pobrecita!, pero doña Virtudes se pasa los días pensando en el santito Bruno, y todos los años, llegando exámenes, enciende el horno y es una mañana socarrada y feliz el cocinar la manga de gitano para que Catalina —¡eso sí que es decencia y qué lista!— pueda más tarde celebrar sus notas invitando a las amigas.

En el cumpleaños del esposo ha gustado siempre de recordar las casas que sucesivamente moraron, y ya está soñadora del desfile, Adhelma, abstraída y relacionando vivienda por vivienda la historia de cada uno de sus hijos.

Plazuela del Aire... En esa casa nació Luis. Llegaban de América: ¡Camilo! que entre ceja y ceja deseaba un hijo español, por derecho —¿como decía?— *jure, solí*, eso es, de su patrio suelo. Acababa de estallar la gran guerra.

Con seguridad retadora, Camilo se permitió ajenarse de cuidados. No, ya no iba a ser tan fácil su postura; ya el acontecimiento anhelado, un hijo español radicalmente, con sus raíces todas en España, le imponía necesidades de reajuste, encadenar su conducta, y en la línea de vida española pautar el propio estilo, su manera de ser. Algo presintió que venía, callado y

traicionero, a trabarle. ¿Guerra? Algo peor, más íntimo, de tiro más atinado, personal y desencadenante. ¡Guerra! Y a él ¡qué!

Pero la guerra no sólo era tema de tertuliantes, no era una fantasía ni sus caballos —bien, «los cuatro caballos del *Apocalipsis*»— caballos de tiovivo, fáciles y verbeneros. De allá, principiaron a recibirse noticias, inquietantes noticias veladas por las anchas aguas que, todavía, alejaban la otra orilla: en abandono insensato, sus bienes peligraban. La abuela siempre receló de aquellos bancos. Quizá cargado de tanto matriarcalismo, Camilo se negó a escuchar, ¡ni caso!, los consejos de inversión en inmobiliarias de la Argentina. Y, de golpe...

Había que embarcar, largarse y con los propios ojos, sobre el terreno, ver lo que se tramaba. Embarcó. Desde luego, el único remedio. Pero su esfuerzo final estaba condenado, baldía su vida toda, la esperanza perdida, inútil la desesperanza... Migajas, lo que salvó.

De regreso, el barco fue torpedeado. No, ¡la guerra!, no un colorín de romántica estampa, no sólo heroica ilusión. Náufrago, tampoco se libró de la pulmonía, casi dos meses dramáticos en lucha incierta.

Dulce fiera, Adhelma se recuerda en pie contra la insistencia de la abuela cuando avisaron de allá: que volviese, que se procedía a concurso de acreedores, y negocios de guerra le permitirían recuperar, posiblemente acrecer, los capitales en riesgo. No bastaba con legalizar poderes; había que negociar, había que ir. Y la terrible pugna submarina, en casa; la mina subterránea, zapa de topo, intriga tras intriga, devorándolos.

—No importa —vuelve a decirse Adhelma, como entonces, una y otra vez —, de ninguna manera.

Lo da por bien perdido; todo, con tal de que Camilo no embarcase. Y como dos potencias, terroríficos de prestigio, de autoridad, aliándose para más potencia, madre y esposo la atacaban, ciegamente arrojados y hasta enardecidos de su fragilidad. Les había dicho:

—No; ya esto, no; en esto, yo tengo que intervenir, no puedo acceder, yo no consiento.

Eso había dicho. Luego, cuando los dioses principiaron a batirse, ella manejó el secreto de un arma despreciada por los poderosos, quizá desconocida en las alturas; un arma lícita aunque arrasadora, sutilmente venenosa; con esa arma les acertó: les colocó el impacto de su misma debilidad.

—¡Ay! ¡Ay, mamá, que me estáis matando!

Y en las brumas del desmayo, celaba su fiereza, apretaba dientes, para que el pensamiento callase y no lo traicionaran estas palabras:

(—Que se lo queden todo. Todo, y no, él que no vaya. ¿Pero no estábamos, no estaba ya todo perdido? ¿Es que me iré a morir? Esto ¿es morir? Hablar, ¿podría?).

Con la voz atropellada, gimiente de angustias:

—Agua...

Y al primer desvanecimiento, quedaba rota, saltaba la enemiga alianza de los poderosos; ya uno de los dioses corría, golpeaba las puertas de su corazón. ¡Lágrimas! y era un dios, en lágrimas clamante:

—¡Adhelma, cielo!

Agitaba la casa, arrojándose a los niños que dormían y se sobresaltaban, a gritos también, llorando, por las paredes. Entonces la abuela, que se había indignado ante aquel falsete de muerte —¡ay, ay, mamá...!— y que rápida, al iniciarse el desmayo, replicó: —«Querida... ¡Sí! Contigo, pan y cebolla»— veía sollozar a Camilo, miraba la pena de uno y otro, todavía no vencida pero abrumada y muy triste, porque no había condena en aquella media voz —«Está bien, está bien, hija mía»— y sólo entonces el recio corazón, la abuela, remitía impresionado y rendido por la *mise* en escena, de sorprendida ternura conyugal.

Segura de la escisión de sus contrincantes, a favor la potencia más interesada en el conflicto, Camilo, a quien le tocaría retractarse o partir, se hacía valer Adhelma, se erguía, vueltos los ojos, y en un dulce hipo reclamaba la presencia de su amor. La abrazaba, ese amor, y se sucedía un dúo inefable, donde más que la letra la pasión cantaba su marcha del querer triunfante.

—¡Mi vida!

—No, no te arrancarán de mí.

—¡Cielo! No habría fuerza en el mundo...

—No, no te muevas.

Orgulloso de su papel de potencia protectora, tomaba en brazos la conquista, la esposa pródiga, y vacilante de mimos la reclinaba, tiernísimo, en el sofá. Como en el desmayo de una convalecencia, fatigada y feliz, Adhelma sonreía. De puntillas, andando para atrás, ancha la cara, expresiva, la cabeza grande, sentimental y retadora, Camilo se retiraba al dormitorio. Y al momento, ajeno a la ley de las horas, se le oía puntear:

La la la la la la
la ri lo la ro

laro lalero lalero lalo
Fi Fi Fígaro Fígaro
Fígaro Fígaro Fígaro Fíiiiigaro

Reaparecía, fustigando el aire con su corto bastón, amplio el sombrero de piel de topo y, como por error o sutil agudeza, Adhelma simulaba descansar, cuidada la sonrisa, angélica en sus ojos levemente cerrados, sin pasar de la puerta Camilo subía un dedo a los labios, ¡que no la molestaran!, y a hurtadillas, escaleras abajo, se largaba tarareante, pretencioso, crecido, valseando ilusiones, ya seguro de la rehabilitación de su banco y el próximo final de la guerra; y cuando su razón le aproximaba la verdad de los hechos, sorprendido, escapaba a fabular mil proyectos de grandeza, como sonámbulo de ojos abiertos, fijos en una vaga estética y caminero sobre el abismo de la vida real.

No menos fabulosa, impresionante de flexibilidad, en función de adaptarse, Adhelma organizaba las próximas horas, disponía al detalle una fase orgiástica para compensación de su caída y desmayo: indagaba qué alhaja poner en juego o a cuál de los amigos de Camilo tentaría el ofrecimiento como para facilitar unas pesetas y rechazar ofendido la prenda, por su parte ligeramente calculando que ya habría ocasión, porque no era correcto aceptar en principio, cuando la conciencia vigilaba y las formas sociales inhibían el inmediato gozo de la tentación, hasta que nuevamente se le rogara y se le permitiera suponer que, negándose, humillaría...

Los recuerdos enconaban el dolor de estas operaciones; a tapadillas; mas no con agravante, sino por muy sensible timidez: todo antes que pedir a la abuela. Y como tampoco se atreviera a gestionar los empeños por sí misma, Adhelma se agenciaba tercerías costosas: la planchadora, la aguadora, la recadera... Oscuro premio; pero al final lo disfrutaban. De regreso, Camilo venía a extasiarse ante los cuidados de ese amor delicadísimo que le regalaba ricos presentes de árbol de Navidad: inútiles, bellos e inútiles; y en una cesta, a los helores del pozo, botellines de cerveza con que regar el pequeño festín preparado por Adhelma para celebración de las vencidas tormentas de la tarde.

En sus habitaciones, la abuela se excusaba de salir, punzada por la desesperanza, sacudida, hasta cruelmente hendida, de pena y de jaqueca. Se le llegaban a la alcoba, temerosos, como culpables. Y doña Angélica, triste, sonreía. Miraba a Camilo, silencioso, y miraba la puerta, ya sabiéndole en acecho de un pretexto para deslizarse, aunque se fingiera absorto en la

meditación de graves problemas o contristado por la dolencia de la anciana, quien, porque no rabiase, impaciente, simulaba el deseo de quedarse dormida y sola. Sin ese último valor de Camilo, Adhelma permanecía unos momentos a la cabecera; también por atraerse el perdón de la madre y sus favores a una mejor estima del esposo:

—Ya lo has visto, mamá: los submarinos. No lo puedo evitar. Me moriría de espanto si embarcara. Están en las últimas. A sangre y fuego, porque luchan a la desesperada. No respetan a nadie.

—¡Insensato!

—Él es bueno. Me quiere. Tiene un corazón...

—Oye, ¿a quién has mandado...?

—¡Mamá! —Y se precipitaba suplicante de que jamás él supiera, que ella no le dijese...— Acuérdate, aquella vez... ¡Mamá, que sería capaz de una locura!

Prometió. También doña Angélica temblaba de levantar la voz de los recuerdos:

—Di a ésa —dime, ¿fue la planchadora?— di que venga; que yo estaba despierta, que venga. Acerca el bolso; anda y déjalo ahí, en la mesilla. Anda, hija. ¡Hija mía!...

¡Recordar! Ni los profesionales de la escena: aquel melodrama, aquella tarde: la casa entera estremecida, carreras y desmayos, suspiros, hasta blasfemias... Echó mano a la navaja de afeitar, Camilo, para degollarse; gracias que Adhelma, como le notase muy raro, le había seguido. Sigilosa, en la alcoba, tuvo que dar un sallo y con arrojo desarmó la mano suicida. Hasta ahí...

Si en la abuela no pesaran negros presentimientos, el incierto futuro de la casa, entonces mismo y estallara en risas. Porque reconstruiría el instante en que, a susto pasado, también ella se acercó, discretísima, por no perder de vista al exasperado: no llegó a plantearse la indecencia de si mirar por la cerradura, no le fue preciso ni el pegarse a la puerta; entreabierta, a su través oyó el cepillo, Camilo afanoso, lustrándose los zapatos; y al momento, la catarata de aquella hermosa voz:

laro, lálaro, lálaro, lalo...

Piensa en Eve, y es que por los caminos de la evocación venía la oscura casa de los Herradores: número 15, calle de Herradores... Ya la boda de Eve

se ultimaba. ¡Diecinueve años, su Eve!... César era entendido en arte. Se encontraron en la Academia. Casi la doblaba en edad.

—También él a mí —acalló Adhelma—, aparte de que César quizá no representara los años que tenía. Camilo dijo:

—Peor.

—Ya se sabe —pensó Adhelma—, celos de padre amante, su inquina de mal mirar al yerno.

Traía escándalo, en su origen escándalo, aquella boda...

Entonces, sobrevino el hundimiento. Fue allá, la casa de la plazuela. Todo el ajuar se perdió. ¿Carecer? Tampoco era una indigencia: la catástrofe de los bancos no les harapeaba y se sucederían años hasta el actual momento de estrechez. Total, iba a ser boda sin iglesia; tanto no se perdía; de antemano renunciaban a la espectacularidad. Y sin embargo, Eve se negó a formalizar el matrimonio. Novia sin prisas —«¡a qué correr!»— dijo Eve; ya recuperarían lo perdido. Reanudando estudios, en Madrid, se fue a vivir con César. ¡Ay, en su corazón de madre, Adhelma cómo tembló! Callar, callaba; pero ¡que si se perdía!

Se trasladaron a la casa de Herradores. Y en la memoria de Adhelma se ilumina una vista inolvidable: ventanita de la cocina y, allí enmarcada, la vieja fábrica harinera, fábrica de la luz. Adhelma se dolía de penas y de aquella humildad de fábrica. Una tarde, paseaban sus cercanías; principió a llover; acogidos a aquel refugio, ya don Camilo se gozaba de mostrarles como en visita escolar los secretos de una eléctrica. Venturosamente el contable era discutidor, y uno y otro problematizando la economía patria libraron a los niños de la ocasional lección de cosas.

Centralilla de segunda mano, traída de algún pueblo de Madrid. La movían raíces y brezo, jaras, ramujo, descuajes de las altas rañas. Del cobertizo escapaban y pendían negros escobones, entre las tejas. El galope de los motores aceleraba júbilos, y los niños, que no se oían, gozosos de gritar se tapaban y destapaban rítmicos los oídos. En las naves —y a través de la ventanilla, en el pequeño apartamiento del contable, sobre su mesa— enrojecía la luz, con helores de umbría. Los especialistas se pavoneaban, palabreros y técnicos:

—¿Te das cuenta? ¡Eso es una *maneto*!

Llegó un aviso: el apagón de alguna alejada casa, en el campo. Y le tocó salir a un electricista, de visera y americana de tricot tornasol muy ceñida, a cuerpo bajo la tormenta y larguísima escalera al hombro, en busca del cable de alta que estaría tendiendo lazos de muerte en cualquiera de las vueltas del

camino. Habían encendido, a pesar de la tormenta, y no, con el misterio no se juega. ¿Pararrayos? ¡Nada! Ya se dio más de un caso...

En competencia con los Saltos del Canalón, la vieja Eléctrica no instalaba contadores, facturaba a tanto iguala, sobre recibos demorables meses y meses. Daban corriente y la cortaban en extraño concierto con las horas naturales, ajustándose a los crepúsculos: de la puesta de sol, a las claras. Molturaban integral, harinas para pan moreno, y ya iban resignándose ante las devoradoras compañías de centrales térmicas: desaparecerían, pero con honra, orgullosas de su propio humanizado corazón; de no arrasar ni inundar pueblos enteros bajo las exigencias del pantano.

¡Gente buena! Y sobre la distancia y a través de los años, todavía capaces de generar esta corriente elegiaca, fábrica de bellos motivos que ahora iluminan el sentir de Adhelma: una mujer buena.

Aquí donde vivían, ¡no!, ¿de qué va a quejarse?: un amplio piso; muestra una racional distribución de habitaciones. Numerosos espejos las espacian — y fue ocurrencia de él— como si los paneles se calasen de luminosidad, transidos y azogados, de claror luciente.

Los años no habían podido con los innúmeros recuerdos de su América: la hamaca de nudo, para que los pequeños pugnasen hasta la pelea o se rifaran, a la conquista del ensueño, en los silencios de la siesta; las materas, juegos de bombillas emboquilladas de plata y de oro, que hoy otra vez mágicas deslumbrarían a los invitados, cuando acudiesen para felicitar a don Camilo; su bastonera: juncos, bambúes, cañas, fustas de virtuoso trenzado, varizos de madera preciosa... Y el baúl.

Ese mundo al que ahora se acerca, de alta y curvada tapa y bandejas que Adhelma se entretiene en sacar y revolver, de añoranzas para partir el alma: ahí sus labrados trajes, bordaduras de angélica en gala de tejidos, con el primor y las eternidades de la india o gracia que hila; ahí la sombrilla, quitasoles y paveros; y hasta los tabacos de mano, apolillados del tiempo; y los botecitos para pipa de rubio de Virginia, y marcas con nombre de época. Porque serían del año 10; cuando nació Alberto.

Un nombre que se llevaba: Alberto. Belga, príncipe de las gentiles estampaciones, para ilustración y sello de esta latita de tabaco: *Prince Albert*. Un óvalo gris plata; los contornos, ceniza; halo con vivos de carmín. El caballero, de calva poderosa peinada a raya, bigote gomoso y astifino, la barba en punta, muy rizada, lucía puños sueltos, pajarita y en el plastrón

hinchida perla; abierta su levita, de espiguilla gris plomo, ribeteada; blanco el chaleco; y asolapada y blanca, una flor:

—Rosa de té —dijo siempre Catalina.

—¡Pero no! —le replicaba Adhelma—, parece una gardenia.

Y entonces Eve:

—En absoluto. ¿Esa flor?: camelia.

La figura del príncipe se mostraba cortada a media pierna; entre los dedos, airoso, el tallo del bastón. Sobre rojo templado se vaciaban los tipos, amarillos, perfilados de negro, de una larga leyenda. Con su pésimo inglés, Camilo deletreaba:

Long burning pipe and cigarette tobacco.

También hoy la abuela abriría el cofrecito. Y Adhelma sabe que después, ya cerrado, ya otra vez todo en su sitio, de ese cofrecito habrían salido una esterlina para cada nieto. Incluso la del monje. Y como el cartujo más bien se violentaba de aceptar, doña Angélica esa libra la invertía en chartreuse; marchaba a la Banca, muy seria, y negociaba «al mejor»: un cambio suficiente como para pedir a la fábrica de Tarragona dos docenas de *Liqueur a la Gde. par les Pères Chartreux*, etiqueta gualda y, de pico, alguna botella etiqueta verde.

Nadie más cuidaría en esta fecha, ni en la suya mortal y solemne, ya nadie mimaría el cofrecito en despojo, arrinconado, expoliado. Al fuego de la trampa, no tardaría en fundirse el tesoro de monedas de las tierras australes, que la abuela acaudaló. Adhelma parpadeante resistió una lágrima, y era esto lo que más fino ajuste requería: el acontecimiento desencadenado por la muerte de la abuela; ahora mismo, la situación apremia, asediante: los preparativos de la fiesta. ¿Y en qué podrá pensar?

Poseía el arte de las confituras, pero no tiempo ni el secreto de trazarse un plan, de resolverse. Pasa una mano, lenta, padecida, y acaricia los relieves del cofre; amado cofre, porque el amor, a veces el odio, se liga a las cosas, las sencillas inmediatas cosas vulgares, familiares, desdeñadas. Y de pronto...

Es el libro de cocina que la abuela manejó: un dietario, forrado en raso malva, muy usadas las tapas. Entre receta y receta, la abuela pereceaba, recosía curiosidades de allá, inocencias de cancionero, plegarias en guarany, leyendas apenas borrajeadas. Adhelma saca el libro; se va al comedor.

Unas hojas, ¿a ver?, y el corazón le da que todavía la abuela, con su palabra, de letra menudita, muy pálida, ya verificable, acude para que

Adhelma, única hija, no sufra más ni agigante los molinos de sus nervios. Pero ¿qué mesa adecentaría, entre tantas limitaciones, hoy?

A la abuela no escapaba detalle: escribía la minuta, presuponía cantidades, afinaba precios, especificaba fórmulas... Budín de coliflor. Perdiz generosa. Almejas a la Mur. Espárragos con salsa Mousseline. Macedonia de frutas. Sopa regia... Hágase un flan de caldo; después se cuecen dos huevos; se les da trece minutos de punto de cocción; picar menudo, así como el jamón, perejil y gallina con los que se hizo el caldo; se parte el jamón a cuadritos. Y todo esto, bien mezclado, se pone en la sopera, se vierte por encima el caldo hirviendo, y se sirve.

—Haría esta sopa —dijo Adhelma y, distraída, fue pasando las hojas—. ¡Sin gallina!

Sonreía, prendida en las saudades que la abuela escribió; tradiciones de la raza, legendarias, heroicas. Se sucedían agrupadas bajo un título comprensivo y aun literario: *La Guaranía. Coplas y Ejemplos*. Quizá nostálgica, la abuela se encerraba con sus recuerdos, apretados como un dolor, a revivir mocedades, caminante sobre las páginas albas de ese libro. Quizá de pensar un día como éste, en que otras manos, femeninas también y muy cálidas, se posaran con emoción en estas hojas, y luego, unidas y plegadas, sobre el pecho, subieran a contener el corazón.

Resplandecía de hogueras la leyenda; mágicamente, los seres se transfiguraban, las pasiones mejiendo aquellas almas, y eran hermosos el amor y la piedad, la crueldad y la inocencia. Valerosos guerreros, padres avaros, vírgenes caprichosas. Se fantaseaba el origen de las flores; viejos adivinos conjuraban el favor de los dioses, orilla de ríos adámicos y calmos, caudalosos de mar en la dulzura de sus aguas; y esforzadas pruebas discernían la elección para esposo, el amado ejemplar de una princesa...

Leyendo, Adhelma se remonta en asunción niña, como si otra vez, callandito, para secreto gozo, la brizasen aquellas palabras coloreadas, palabras que se le historiaban, míticas y narcisas: el rojo sol, la azucena morada del bosque, el hombre blanco y el cobrizo pájaro del atardecer en que ella misma se deseó convertida, encantada por el Hijo del Sol, capitán amante.

De pie, reclinada en la mesa, todavía al cerrar el libro ha entrevisto su leyenda, su preferida. Se resiste a releer esa historia, que es como la historia de su alma fiera. ¡Ay, de corrido la sabe! Su título, *Flor de ceibo*. ¡Tantas veces como su memoria la grabó! El asalto a la tribu. Los conquistadores. Muerte del cacique. Y entonces su hija Ibagá, la de la voz dulcísima, encabeza una marcha de venganza sobre los castellanos.

Se la figura en el campamento, prisionera. Y todavía después, fugitiva; y después, el centinela yerto, pero Ibagá apresada en el umbral mismísimo, el instante, en que ya vislumbró su libertad. ¡Qué patetismo: porque venía la liberación, para en el preciso gozo regresarla y atormentarla! Imaginaba la escena: la pira cremada, Ibagá en el suplicio. Se deseó con voluntad de suplicio:

—Puedo cantar en el suplicio —pensó Adhelma, endurecida, irguiéndose, lágrimas adentro.

Hasta que fue recalándose, recordando la roja flor de los ceibos: aquel ceibo, abierto para celar las cenizas de Ibagá florido, milagrero como un espíritu de la tierra y los primeros pobladores, de absortos ojos distantes, aserenados... Desde que las manos de la abuela dejaron de alisar las hojas de ese libro, ya nadie en la casa escucha el mandato de la tierra, su tierra, la tierra de sus muertos.

Y de golpe: Catalina, que se ha despedido y apenas si Adhelma le dijo adiós, embebida en la lectura. ¿Catalina? Oye Adhelma a lo lejos las cornetas: el regimiento que vuelve, camino del cuartel. Mira el reloj en el despacho. ¿Ya las once? Abre el balcón. Y asomándose, todavía alcanza a ver, calle adelante, a Catalina.

3

UNA CIUDAD CON ESTILO

Catalina, el madrigal y la náusea. Las estudiantes. Amor, banda rosa. Oposición de la familia. La hora de un pequeño mundo. Su primer canto del gallo. Aula 7, Preceptiva.

Calle adelante, Catalina se aleja. Y Adhelma, desde el mirador, va viéndola, presurosa por el camino de piropos que su paso levanta. Escandalizaría: en Alcándara, a nadie se le ocurre un asedio ni el seguimiento en requiebro, a cielo abierto, sin posibles apagones de candil; en la vieja ciudad el piropo es cara a cara, leve, susurro apenas. Bueno... ahora, no. Ahora se trata del regimiento, que desfila y chicolea trotón, vocinglero.

Es un oscuro fenómeno, para la muchacha. Raro, no, que se le hizo inevitable, sino con dualidad de sensaciones que la estremecen y aperplejan; le provoca asco, pero no desea mentirse Catalina: extrañamente, el piropo le atrae. No es una angustia; siente algo más inmediato que la angustia; quizá una inminencia: en el acoso, verse como absorbida; diseminada su atención, burladora de lo múltiple.

Había un gozo en ese riesgo; la refriega física amagaba y la enardecía. No era aquel asco personal de muy concreta repugnancia, en el baile de Tordovilla en fiestas, cuando el primo de Amanda la cortejaba y la ceñía hasta el sofoco, hasta que, sorprendiéndole el placer, Catalina creyó desvanecerse de repulsión absoluta, de náusea. No, aquí había distancia. Ante un atrevimiento, palidecía de coraje; audaz, lo inesperado la paralizaba; y al momento se retorció en la rabia de la humillación.

Caminando, ya se pierde la figura de Catalina: pequeña y altiva, pálida, con sus veinte años muy adolescentes, como una estatua del amanecer descendida para turbar el callejero movimiento. Provocativa de fragilidad, con su pelo dorado y sus ojos dorados y sus pechos como dos perlas, henchidos, alzándose para contrapeso de la melena densa y tendida y que ligeramente le engalla la cabeza al caminar.

Era esa pequeñez, de fugitiva o retadora, difícil al cazador (y entonces la siguió Alonso figurándose la diana también, destino y suya, invidente a los ojos merodeadores), doncella, intacta. Esa pequeñez que aligeraba su peso, de puntillas, y recortaba su andadura infante y no le concedía representar la cifra cabal de sus años.

Acabada y esbelta, en esa pequeñez se crecía de resistir el paso de la juventud, la naturaleza sabiéndose en todas sus curvas moza. No los años anublarían el cielo sobre su cabeza; lo anubarraba un dolorido sentir de muchacha romántica, herida de claror, transida por las luces de tanto sol como dardeaba sobre su andar liviano, y agostaba las hojas de la mora y el clavel, rendidas, pasadas de luminosidad, con los nervios quebrados, lacias.

Para eso, que es punto de sazón, faltaban muchas lunas y muchas tormentas, cosechera vida todavía. Ahora es la muchachita de modales tímidos y nerviosos, ingenuamente coqueta, expresiva, que marcha por la calle de las Calatravas, contenta de saberse alegría de Alonso y envidia —¿tan malo?, ¡pero se dice «envidiable»!— de compañeras, a quien antes de nada le placería ver: Iridia, Amanda —como nombres de cine— Milagritos. Iridia no es de aquí, pero vive con Milagritos, prima de Milagritos. Y ¿doña Pura? Hermana del padre —no lo sabe muy bien Catalina— o de la madre de Iridia; luego son primas hermanas... Los padres de Iridia quedaron en el pueblo, una aldea de Burgos o de Valladolid, lejana a la capital, donde tampoco tienen parientes y en la que Iridia habría de arreglárselas por sí misma, de pensión. Sólo que Iridia es como si fuera más niña —su voz... exacto, voz de niño— y complicada más que la prima Milagritos y sin duda más fina que la tía Pura.

Alguna vez, ¡malos pensamientos!, Catalina ha pensado si Alonso gustaría de Milagritos.

—¡Va dado! —Se le ocurre; porque doña Pura no descansa ni pierde ocasión de alusiones o de pulla arrojables sobre Alonso.

Catalina es corta de años, y una inteligencia no basta para advertir que verdaderamente a doña Pura entusiasmaría un Alonso rondador «milagrero»... ¿Milagritos? A Milagritos todo le es igual: ahilada, alta, los hombros caídos, trae una boca de labios pálidos, entreabiertos, y en los ojos, rientes, dos rotas estrellas de indecisión.

¿Sí? Pero en las horas de clase Milagritos ha prendido la atención fervorosa de un compañero, diminuto, de perfil ajudiado, las manos triscadoras y morenas. No le ha dicho palabra de varón, no han hablado sino las formularias conversaciones de estudiantes, y Milagritos —ya que al amor,

no— despierta su ternura, espera encontrarle galán: ¡tan parecido a don Vicente!

Pequeño, caviloso, don Vicente es padre y adoración de Milagritos, y en casa, donde las mujeres son altas de talle y arriba del uno con setenta, no caería mal ese muchacho que —¡mira, ya es!— habla el cortado acento, un puntito subido de tono, de Valladolid.

Candorosas tratando de asociar saberes, las estudiantes se reúnen de tarde en tarde en casa de Catalina. Las aventaja Catalina, clase por clase y en la suma de calificaciones. Ha sido un esfuerzo, ir al máximo esfuerzo, marca sobre marca, en una Alcándara fría pero impresionable. Al iniciar estudios, ya no precoz, Catalina poseía el sólo conocimiento de labores de adorno, su educación de señorita de provincias, hija de familia venida a menos y que, súbito, se veía compelida a conseguir un título académico, necesitada de licencias para el ejercicio de una carrera corta. Esto es no decir nada: Catalina vivía el abandono de sus padres, sin destino, sin profesión, desatendida y sin futuro.

Se recuerda niña, de alma expansiva soñadora, cuando se produjo el verdadero choque y se acabó de hundir la economía de familia:

—¡Abuela, abuela!

Y entonces la abuela, sigilosa, abrió el cofre, desempolvó el saquito de las esterlinas, la llamó y, en voz baja:

—¡Vamos!

En seguida, salían. Como de paseo. Pero, no; por allí más bien se llegaba. No iban al campo... Después, con la noche, Catalina aprendía a forrar los primeros libros; y todavía después, ¡ea!, la cama, a soñar príncipes en nubes celestes y hasta a desvelarse con el timbre campanillero de un profesor tabaco y plata.

Los rápidos aciertos de Catalina, triunfadora apenas escolar, arrancaron en casa extrañas reacciones. Seguro que Adhelma lo estimó un acontecer si acaso destinado a sobresaltar la monotonía de sus tardes crepusculares; no era fácil a las nociones de Adhelma este nuevo concepto: el estudio para la mujer; además, ya con Eve probaron y... Bien, no le sorprendió una Eve artista. Don Camilo exclamó:

—Catalina, Catalina... eso es. De ahora ponerte nombre, tú no te llamarías Catalina.

Los demás, los hermanos, se desentendían. ¿Cómo dijo papá?

—Victoria.

Nada; sin risas; aquella noche Catalina fue mirándose en los espejos y a veces no atinó, olvidada de verse y hasta de sospecharse vanidosa.

—¿Victoria? Victoria, reina de España...

Rodeada de prestigio, Catalina se recuerda aquel día de cielos de justicia, cuando alcanzó a tender a su madre el volante de la Corporación que le otorgaba premio; muy meritoria beca, siendo como era única para la provincia. Ese reconocimiento oficial de sus facultades, la apartó, aún niña, de la muchachada. Catalina casi no sabía bailar. Una tarde, recibió carta de Amanda: la invitaban a las fiestas del pueblo.

Amanda: ahí podían mirarse la sobrina y doña Pura. Amanda vivía de pensión: una apartada casa, pasada la plaza de toros, piso tercero, en chaflán, con vistas a la avenida Nueva y la carretera de Madrid. Le cedió habitación una viuda, pensionista de cuando Margallo, y Amanda disponía del cuarto de estar, con mirador en ángulo, mesita de tarima, sillón, cuatro sillas, cama de campaña... En la que Amanda no dormía, que su alcoba era un trascuarto de apenas espacio para el alto catre de hierro, baúl claveteado, palangana y estante de libros. Por las paredes fue pegando estampas de galanes de la pantalla, de Greta, de Marlene...

Lo que se dice linda, no, realmente; pero enamoradiza, atraía. Mostraba el rostro las blanduras de su blancor, nariz de generoso modelado, tiernos azules ojos de miope. Pequeña como Catalina, disimulaba, más propensa a la anchura, achaparradita y feliz, de curvas a punto, propicias a embarnecer. El secreto de Amanda, ese rubio platino de su melena larga, suelta, llameante.

Una tarde, subió Alonso; charlaron y Alonso tuvo necesidad de atravesar la cocina. Creyó que Amanda estaría sola, pero en la cocina encontró a un viejo, silencioso, de boca torcida y ojos desorbitados, que se aferraba al sillón, tartajeaba y apretaba una pipa entre los dientes. Amanda dijo que era un tullido hermano de la hospedera, y entonces el viejo endureció cruelmente sus pupilas y la espuma le babeó con las ansias de la palabra.

A los pocos días, Amanda contó que estuvo a punto de mudarse, que la viuda le había hecho preguntas impertinentes, suspicaz del olor a tabaco que, todavía al rato de marcharse Alonso, aromaba la habitación. Alonso, cierto, venía de un bautizo, acababa de encender el cigarro y, de pronto:

—¡Pero aquí vive Amanda!

Subió. Tardaban en abrir. Y mucho más tardaría Alonso hasta razonarse la demora: Amanda se encontraba sola; Amanda le vio llegar, entre amigos alegres, desde el mirador; dudó; ¿qué gesto le denunciaría la posible maledicencia de esos amigos, imprudentes, ya Alonso de espaldas, en el

portal; pero arriba, todo viéndolo, ella, y no vista? Amanda, ¿se alarmó? Y cuando Alonso pidió pasar al lavabo, ¿por qué Amanda vacilaba? Amanda no le había dicho:

—Hay el viejo de la cocina.

Tampoco Alonso le participó de estas suposiciones, muy posteriores, ni esta sospecha: el viejo, que le protestaría a la patrona, haciéndose entender. Cabía que Amanda temiese la insistencia de Alonso, la murmuración, su propia debilidad incitante. Y, pensando en Catalina... ¡Si Catalina llega a saber! ¡Pero, sería horrible! Dulce, suave en labios de Alonso, esta palabra, *Amanda* podría sí, ser horrible.

Eran amigas, se querían. Aquel verano, por fiestas, la llevó al pueblo. Se celebraron mediado agosto, en la ermita consagrada al Cristo de la Misericordia. Serraniego, Tordovilla es lugar con ayuntamiento, norteño en la provincia, a legua corta de su cabeza de partido.

Catalina, y todo la entusiasmó: el quebrado paisaje, la violencia del tajo donde juntaban aguas Garganta y Collarín, torrenceras de espuma que hendían la roca para beber arenas, sin gozo ajeno, sin otro aprovechamiento que la sombría belleza de su fragor. ¡Pena! Agua la ansiaban el vuelo forestal de aquellos montes y el ruedo de brasa de aquellos pastos y las calidades de sus vacunos y cabríos. Los ciento cincuenta fuegos de Tordovilla caldeaban ciénagas de pozo, y en regadíos a brazo se mimaba algún cuadro de pimentón y entretenía el ardor de la higuera retorcida o el acebuche de fino nervio.

Le dijeron que se proyectaba un referéndum sobre la traída de aguas y la llevaron a visitar los lugares elegidos para depósito de captación y los dos reguladores, sólo que las ordenanzas, y bien que lo sabría, imponen un previo plebiscito —y pronunciaban *referendún* y pronunciaban *plebiscito*—; por eso, ¡cualquiera se atreve! Cada nuevo ayuntamiento removía la cuestión; los liberales, extendían sus promesas electoreras al trazado de algún camino vecinal. Todos, al fin, se resignaban con el arreglo de un pozo, puñado de jornales para ir tirando desde la solana de higos de secadero hasta la aceituna de ordeño, épocas de faena. Y por las cuales, como en la fiesta del Cristo, el servicio de guardería agregaba un rural temporero a la pareja de jurados, de sombrero ancho, bandolera, polainas y carabina.

Sí, Catalina se reconoce agasajada en casa de Amanda. Labradores de solera, por consejo de la maestra daban estudios a la pequeña Amanda. No era hija única. Tenía hermana, Gloria, pero Gloria casó con yuntero rico de reatas. Y tenía un primo: Isidoro.

Recio de labios, moreno, la tez rayada de la intemperie, se creyó Isidoro obligado a cortejarla. Como la forastera bailaba torpemente, la ceñía hasta el empacho, hasta el abochorno. Sobre el sentimiento del mozo, poco en palabras, amor ponía etiqueta de virilidad, con esa rara impureza de aldea, petulante más que dominadora.

Calle adelante, Catalina recuerda: y es como el eje de su historia apasionada; una historia que se titularía *oposición de la familia*. Pero en Catalina, que ahora mismo va y —¡cuidado, ese bache!— da un traspies, el recuerdo brinca: y por ferias, cuando el primo de Amanda vino a la capital, no la dejó salir Alonso.

Acompañaba Alonso a las pueblerinas de Centenera. Se paseaban en grupo, torpes, como si Alonso las empujase, o como allá, en carnaval de negrada. Entonces, Catalina se confesó prisionera... ¿Por qué hoy, caminando, ve volver y le rodean las memorias, la dicha, el amargor de todo aquello?

¡Alonso! Era además otra cosa: hacía bien el amor; encarcelaba, haciéndolo. Desde un principio, de antes, cuando ni ella ni él se soñaban.

Catalina lo ve, saludándolas. Catalina había consentido: no iba a salir. Subieron a casa las muchachas. Ea, trabajar; estaban en ferias, pero, a la vista, los exámenes: Iridia, Milagritos, Amanda.

—Bueno...

—Sí, ya está bien; me parece.

Total, un par de vueltas al paseo. Y entre los árboles, Alonso; inesperadamente... Catalina las dejó, se unió a Alonso; muy juntos, perdiéndose después bajo los álamos.

No se hacía valer, Catalina. Sin apenas lucha y rendida, llegaba la noche y, a solas, ni siquiera le asombraba su falta de remordimiento. Era un amor adolescente, sin reserva, absoluto, fatal. No le importaba el mundo; ni la casa, las amigas. Hubiera sido su amante, su esclava; hubiera sido su perra. No podía ver sino con la luz de aquellos ojos, y aquellos ojos vulneraban y la dolorían. Quemaba ese dolor.

Ahora, es como imposible tanta felicidad, que él venga a casa: Alonso en casa, formalmente acogido. No piensa en ella, Catalina, y sin embargo es como si la reintegraran a la libertad. A casa, tampoco él iba por primera vez; al principio, simple amigo, la había frecuentado; compartieron horas, estudios; Alonso: un compañero, a los ojos de don Camilo.

Cuando los supo novios, don Camilo, que no había intuido, que nunca lo sospechara, con su pensamiento desviado por los caminos de la vanidad,

imaginándose un Alonso fervoroso de su persona, de su palabra, se irritó, desmedido; sobre la vileza del ocultamiento que le atribuía, sumó la íntima pena del desengaño: traicionado en su propia casa, el sentimiento herido por la deserción del admirador.

Esto, dejemos que sea Alonso quien, si de ello es tiempo, lo recuerde. Porque ya está aquí Alonso, en los claustros de la Escuela, y con Alonso, Catalina. ¿Quién ha dicho de entrar a clase? Alonso y Catalina se pasean: tienen hoy tanto que contarse...

—¿Subimos? Es una hora insoportable: Psicología, ¡qué disparate!

Y a la terraza. Catalina, mecida en su felicidad mañanera. Atento Alonso a una situación que, enojosa, al fin se les modificaba. ¿No es como para celebrarlo, a solas, lo más cerca posible del sol? ¡Arriba!

Cuando *aquella* mañana le recibió, ya don Camilo estaba al tanto. ¡Pretensiones! Viéndole llegar, don Camilo endureció la expresión, los músculos todos contraídos, en el rostro una voluntad de repulsa. Pero nervioso y muchacho, Alonso no advertía la tensión de aquel padre, la gravedad de aquella ceremonia.

—Son ustedes muy jóvenes... ¿Ha pensado usted...?

Violentemente sacudido, Alonso escapa del engollamiento de sus recuerdos: la voz de Catalina, que le interrumpe. ¿Ha oído bien?

—¿Eh?

—Que es su cumpleaños y que te invite a pasarlo con nosotros.

Alonso la coge por los hombros, le pasa los dedos por las sienes, se mira en los ojos emocionados de la muchacha, hondamente.

—¡Mi vida!

Brusco, desde el ensueño amargo Alonso ha saltado a esta feliz realidad. La negativa de don Camilo fue tema de años, y de regocijo, en la rebotica de don Pepete. Paso a paso, la pequeña opinión progresaba, favoreciéndoles. Hasta entonces, ¡cuántas lágrimas, Catalina! Ignoraba Catalina otra oposición, no menos ruda: don Pedro Mora y sus palabras con Alonso. Ahora, Catalina le sugiere:

—Ve un poco antes. Alrededor de las dos.

Estaban en la terraza. Se asomaban, cogidos de la cintura. Eran las once y cuarto. A esa hora, desde el observatorio al que se encaramaron, Alcándara les ofrecía vista apasionante. Habían unos proclamado la unidad, como característica urbana; otros alzaron recias protestas en defensa de la dualidad,

significativa interpretación del secreto de Alcándara. Es «la eterna cuestión», motivo polémico para los gustadores de la historia; y ninguno mejor, de iniciarse en periodismo: verdadero centro de interés. ¿Unidad? ¿Dualidad de ciudades?

Desde la terraza, Catalina y Alonso contemplan Alcándara y es un ancho poblado informe, junto al que se alza la apretada vieja ciudad de torres, costanillas, paredones, rondas. No podían ver la fachada de Alcándara; en ella estaban, sobre este edificio de elevada lámina, representativo de una moderna casi gran ciudad. En frente, al nivel de sus ojos, los azules acerados y lejas de la sierra, el santuario blanco. ¡Pena de río!

Alcándara carece de río. ¿Carecer? Se trata de lo que Alonso y Catalina están viendo: una antigua ciudad. En la cumbre de la colina, ajustada de murallas que los siglos y las construcciones confundían y borraban: ahí, unos terrados y ahí erigidos torreones y ahí un socavón y un arco y una calle de pizarra; escarabajeadas de galerías, hormigueadas por la acción del hombre: la más audaz, la más conmovedora de las erosiones biológicas.

Velado se recorta el disco del sol entre las nubes que amenazan la mañana. Enhiestas y garbosas, en las veletas de la ciudad garabatean las cigüeñas. Lejos, la mancha perla de los olivares oscurece, rebrilla. En los bajíos, sedientos cerrados de violetas, que se agarran a la humedad. Aisladas campanas batean el sosiego de una ciudad sin fábricas, sin motores. Abajo, ese patio: la discordante copla de una muchacha, bailable de folklore que sube y apedrea la urna del silencio.

*Vente por aquí, vente por allí,
que si no te vienes, me voy a morir.
Me voy a morir, me van a enterrar,
en el camposanto de la libertad.*

*De la libertad, de la juventud;
yo no voy al baile porque no vas tú.*

Siseada, la canción se desvanece. Torna el silencio. Tras el misterio de ese maravillante silencio, todo un pequeño mundo se afana y hasta se agita, movilizado por el trabajo, por la ambición, la enfermedad, el ensueño.

Es la hora en que don Vicente, con su pañuelo a la cabeza, se está quietecito, encamado, porque le han puesto el termómetro y una remota fe va diciéndole que, de no mostrarse dócil o de hablar, la infección subiría y de nada le iban a valer las cucharadas de ese frasco, ahí en la mesilla, y a donde, si doña Pura se aleja, echa una mirada y lee: *Febrifugol*. ¡Qué jaquecas! Ya, ya tiene para contar, entre venta y venta, por esos caminos:

—¡De espanto, señora! Unos martirios de espanto...

—¡Mira! —exclamó Alonso.

—¡Ah, claro, el Instituto!

—Las torres del Instituto.

Y calle abajo verían a don Félix, con Hilario y, de escuchar, se les oiría en peregrina discusión desde la puerta del Instituto.

—Las elecciones son inmediatas.

Pero, don Félix:

—Gana de muchos... Las elecciones son una rifa innecesaria. Se lo dice a usted uno que fue perro electorero y que siempre seguirá «joven maurista», porque sabe lo que hay en el fondo de todo eso.

Sonríe Hilario. Filósofo, a Hilario se le tiene por el más disparatado catedrático de Alcándara; sus relaciones con el alumno, que escandalizan; inmediatamente suprime todo tratamiento; es joven, pero qué encanto, aun en el usted —*Hilario, como usted nos dijo...*— eliminar ese *don*, o distancia del alma.

No por eso toma en serio las arrebatadas peroratas de don Félix. Calla, porque además siente frío; lleva el cuerpo forrado de papeles de periódico, y en las esquinas se detiene y da un par de vueltas sobre sí, antes de embocar la otra calle. Hilario ha elegido la enfermedad como tendencia que enmascara su tímido corazón, soñante....

La callejuela abre a una enlosada plaza sin árboles, donde la piedra destella herida por la calor. Ahora pasan orillando la Audiencia. En la sala de lo civil, don Narciso está informando. No hay más afamado pleitista en toda la Territorial. Incomprensible para Alonso, desde aquel día que en el Salón sorprendió cómo don Narciso, cenceño de piel de oliva, usaba calzoncillos largos, de lienzo, con lacito en las canillas, el pantalón remangado, caído el calcetín.

Resoplante, de nariz engarabitada, el hablar de don Narciso es de frase muy simple: hechos, hechos que yuxtapone y que remata en graves armonías de doctrina jurídica o trenzando un arco de citas del Romano, clave de nuestra

sociedad. Astuto civilista, siempre a mano la argucia resolutoria, en absoluto desentendimiento de la emoción.

No de la ética. Por respeto a los principios, se refugiaba en la especialidad: derecho privado. Sólo una vez actuó en sala de lo Provincial. Acusador, le bastó un arma de mínimo alcance: la prueba de indicios. Fue una pregunta; súbita, insospechada, hasta capciosa, pero de indagador agudo, derecha al corazón. Dirigiéndose al reo, flechándole:

—¿Qué hora es? ¡Pronto!

Y entre las protestas de la propia defensa, tembloroso, el procesado:

—Las dos y cin...

Eran las doce. Resultó espectacular. A las doce nadie sin qué, diría: dos y cinco.

¿Nadie? Un hombre podía saber que ésa *fue* la hora: las dos y cinco marcaba el despertador, parado, a media cuerda en la casa del crimen. Sólo aquel hombre... Y don Narciso, en tono muy bajo, silabeando la voz:

—¡Asesino!

Tortuosa manera, arrancó la confesión homicida a un reo apenas convicto y erizado en la proclama de su inocencia.

—Pero, no —se dijo, entre los parabienes, don Narciso—: así no hay juego. Es demasiada ventaja a la jerarquía; es muy corta la distancia de escala zoológica para un buen tiro. Esto, lo sabe un cazador...

Se consagró al civil. Ni de oficio le señalaban una causa. Sus ideas, monárquicas, su entereza, le llevaron a la jefatura del partido conservador. No eran ideas de programa político; más bien, latines de procedimiento. Sí, realmente: *Pacta sunt servanda*, *Los convenios son ley*, *Niego la cuestión social*, *Nadie va contra sus propios actos...*, y las *Partidas* que, al menor propósito, invocaba en la tertulia del Salón.

¿Eso? La otra sala. Don Isaías se ha puesto de pie, enardecido, a la defensa de su parte para la que pide libre absolución. En su vehemencia, los ademanes le bastan. Electriza al público, entre amonestaciones del presidente, que de continuo amenaza con desalojar. Don Isaías ya no habla, no atiende: se lleva las manos a la cabeza, se arranca el birrete, se mesa los cabellos, rizados cabellos que grisean...

Casi a diario Catalina lo ve en el paseo de los Álamos. Don Isaías se acerca a un banco, saca un periódico del bolsillo, sacude la arenisca, desdobra el papel y lo extiende en la piedra; se sienta. No se echa para atrás; apoya las manos, cruzadas, en el puño del bastón y se reclina: su «canotier» velado por el luto, sobre los ojos: mira por bajo a un lado y otro lado; del interior de la

americana extrae un frasco, ¿aguardiente?, da un sorbo, cierra el frasco, lo vuelve a su bolsillo, y se queda quieto, dormido.

Viste de negro, dignísimo; es alto de estatura, el pelo blanco. Se queja de insomnio y pasa noches en vela escribiendo para diarios provincianos de media España: artículos que publica repetidas veces, como si le guiara un criterio de «gloria igual a popularidad»; artículos de reiterados adjetivos de loor: esclarecido, sublime, insigne, glorioso, excelso, eminentísimo... entre amplias y nobles frases o estrofas líricas en las que, rápido, insufla una realidad trivial.

Guarda veneración a la memoria del poeta local José María, al que adoraba, y le toma palabras y lugares tópicos, elementos de exaltación de la vida simple y sin maravilla: abejas de oro, hormiga del trabajo, araña tendenciosa...

También —pero... Catalina, ¡ella qué sabe!—, escandaliza por esa mujer de juventud airada, a la que redimió, protegió, dotó. Mucho pesan en él las convenciones; imposibilitado ya de casarse, permanece solo, célibe, atento a mantener la casa de su amor en condena: el consorte, borrachín; por nombre de guerra, Mariañe.

Penalista acalorado, tampoco le contienen las beaterías de la razón. Siempre al servicio del reo; su dialéctica, por el reo, el pobre reo, en una invocación tempestuosa, de frecuentes citas de Espronceda:

*Loca y confusa la encendida mente,
sueños de angustia y fiebre y devaneo
el alma envuelven del confuso reo,
que inclina al pecho la abatida frente.*

Y en sueños confunde la muerte, la vida, y ofrenda la letanía de sus lemas como un sacrificio al tono heroico:

*Actore non probante, reus est absolvendus.
In dubiis, reus est absolvendus.
In exceptionibus, reus est absolvendus...*

Para don Isaías, el indicio no basta.

Un instante parados a la puerta de la Audiencia, Hilario y don Félix, que ahora bajaban del Instituto, escuchan la campanilla presidencial, monitoria, y ahí, de fondo, los murmullos de aprobación que vienen de la sala. Se hubieran decidido y, de entrar, le verían en su escaño de letrados, puesto ya en pie, clamante:

—¡Señores! ¡Sin autorización judicial, sin auto! Es su morada, es, como con elocuencia sublime dice un jurisconsulto eminentísimo, es el asilo inviolable del hombre y su familia, es el velo que cubre aquellos actos que fuera de ella no deben salir ni publicarse, es el muro que segrega a la familia de las otras familias y de la ciudad.

¿Defendía un desacato? Defender, eso es todo. El acusado resistió al registro de su domicilio, frente a la guardia civil. Y, don Isaías:

—Tiene derecho a exigir que la autoridad le comunique el motivo y el objeto del reconocimiento que se intenta. Tiene derecho a manifestar las razones que le asisten para oponerse en todo o en parte, y si sus razones se desoyen, tiene derecho a protestar contra el allanamiento y tiene derecho a hacer que conste la protesta. Tiene derecho a presenciar todas las operaciones del reconocimiento de su casa; tiene derecho a exigir de la autoridad que las personas que la acompañan entren a cuerpo descubierto. Señores: tiene derecho a evitar los abusos que todos conocemos...

Pero ¿qué hacen Alonso, Catalina? ¿Eso que miran? Al norte, una pálida colmena de ladrillos, recocidos del sol, raídos, sin color, sin luz. Sobre la ancha puerta, Hospital provincial.

A esta hora, en el quirófano se apresuran a coser un cuerpo desahuciado: Riveiriño, sastre, soltero, vecino de don Pepín, asiduo de la rebotica, por la que, hace nada, pasó a despedirse y otorgar últimas voluntades, un testamento vía oral, como los específicos:

—¡Adiós, muchachos!

—... *Ya me voy y me resigno.*

—¡Un respeto, don Pepín!

—... *Contra el destino...*

—Esto va en serio. Si me quedo en la operación, quiero que me vistan... ya lo sabe usted: mi traje de luces. Ahí lo dejo: un terno cereza y oro. Es mi única pena, pena de mozo; quise mucho a la madre y era matarla, don Pepín: por eso no me eché al ruedo. Si a usted no le incomoda, que en la caja me

pongan media de Cañamero: vino, ¡vino del país, don Pepín!, vino blanco entoldado, diecisiete grados...

Y exploración. Metástasis. Ya le cosen. Luego, a la tarde, los amigos. Catalina y Alonso ya no estarán. No verán cómo sacan un cuerpo, todavía joven, desfigurado y amarillo; y el callejón; y la carreta que ronda abajo atrocha cuidadosa de no tocar en la ciudad.

En *El Eco*, don Jorge director obsequia al visitante ilustre recién llegado de Madrid. Nada, nada de croniquitas de meritorio.

—Asistiré, ya lo creo. Personalmente. Yo, yo mismo me ocupo de la reseña.

Prevenido, el conferenciante se adelanta, le tiende unas cuartillas. En las que está:

—No todo —se excusa—, pero el sentido de la charla. Lo intocable. Eso es.

Acompañan al visitante, el militar retirado y el capellán administrador del hospital de Alcándara. Don Jorge les invita a café de redacción, su café con churro y chisme, que el militar retirado prefiere en el cafetín de la esquina. Y que así abrevian y le dejan trabajar. Don Jorge da una voz:

—El abrigo.

Y en su recto abrigo marrón, de solapas de rizo, majestuoso y andando profetiza la caída del imperio inglés, cuervo del mundo. Su patriótico parlamento, de hablar pausado, solemne, acaba con la catilinaria que don Jorge adaptó, en versión de ofendido orgullo, a nuestra raza:

—¡*Delenda Albión!*

Don Camilo, desde la rebotica, los ve pasar:

—¡Carambola! Tres y el pastor curiambro... ¡Malos augurios, don Pepete!

—Pero ¡que se dan! —grita Alonso.

—¡Qué bárbaros!

Nada, los automóviles. Dos camionetas a punto de chocar. Abajo, enfrente, el rellano se ensancha para natural estacionamiento de autobuses. Casi todos llegan a esta hora, de los pueblos. Coches de línea, coches de los que se apean fuerzas vivas, delegados de la autoridad, caciques, alcaldes, testaferros. Son los que en seguida poblarán los pasillos y asomarán a las

antesalas del gobierno civil, en espera de audiencia. Con los favoritos cuchichea, en el hueco de una ventana, don Celes. Sonríe don Celes, estrecha manos, da palmadas de amigo al enemigo, gstea sobrentendidos al correligionario...

Volviéndose en cada esquina y proclamando, que no haya duda, su lujo de precauciones, uno de esos viajeros se acerca a la rebotica de don Pepín. Después, visitará la de don Pepete y, todavía después, ha de pasarse por los Laboratorios. Viste de claro tórtola tornasol, resopla y nerviosamente se arranca pelillos de la nariz; su rostro es decidido, hasta inteligente, no de conspirador, pero hombre capaz de asimismo definirse republicano histórico y radical. Es don Prudencio, farmacéutico titular de Centenera y, de momento, incompatible con el secretario de la corporación.

Cuando entra al largo pasillo de la rebotica, es saludado a gritos por Doro, letrado. Socio de la Gran Peña, de Mota del Angel, cabeza de partido, hace Doro vida de capital, aquí en Alcándara, orilla de la locura. Sisea don Prudencio, medroso de tan alta voz, pero bizcocheándose en el halago. Se le suman las rendidas reverencias del vizconde, rico ingeniero que por jugar la contra a su familia, avecindada en Madrid, ejerce y está en Alcándara de pensión, entre coqueteos republicanos para mofa del título y escándalo de su clan.

Quizá en la rebotica ya se encuentren personajes insignes, entre patéticos y pintorescos: Raúl, vegetariano; don Ramiro, teósofo; Gabriel, poeta lírico.

Pero, no. Hoy no. Si Catalina y Alonso dispusieran de catalejo y la curiosidad indispensable, ahora mismo los sorprenderían, a la sombra de un olivo, en las afueras, con Lucito Guijarro, hablando de revolución.

Violinista, bohemio, no es que Lucito crea en la revolución. Le entusiasma en cuanto motiva sustos al buen burgués. Luego, en casa, en el garaje, encontraremos un Lucito serio, envarado, que anda con las piernas rígidas, los pies hacia afuera, sin apenas alzarlos del suelo, erguida la cabeza, el pelo brillante de cosméticos y ondulado, inverosímilmente flaco, impávido como un faquir, indiferente en apariencia al hecho de que su hermana Teresina, arisca, hermosa, desoiga los gongorinos versos de Hilario y con extraña solicitud atiende a un viajero y le ayude a situar el automóvil en el fondo de las cocheras.

—Ya —piensa Alonso—: Lucito Guijarro ha elegido la altivez en la miseria. Puesto a elegir, ¿don Camilo?

¿Eh? Bajo los techos del Salón de Recreo, en los que ahora se detienen los ojos de Alonso —¡Oye!, son los tejados del Salón...—, suspira el

bibliotecario y arregla el estandarte que esta noche engalana la tribuna del conferenciante llegado de Madrid y de quien todavía no se sabe si ha de hablar ahí o en el Ateneo. El bibliotecario eligió la desventura —diría Alonso—; pase lo que pase; él no se mete en nada, él sólo vive para la enfermedad.

—¿Nos acercamos a casa?

—¿Tu casa? ¿Y parecerá bien que yo suba? —Repara Catalina.

—¡Vamos allá!

La casa, la calle Nueva, las afueras de Alcándara. Como siempre, estará don Pedro, quizá a una de las ventanas, mirando el campo. ¿Doña Isabel? No, no es probable que la encuentren; una hora deliciosa para corretear la vecindad, ver macetas, tomar un consejo, darlo, con su pericia, obsesa de las flores.

Pensando en la casa, Alonso y Catalina se retiran de la terraza, principian a bajar. Pasan ante un aula; entreabierto la puerta, la clase a punto de salir. Dentro, las amigas: Iridia, Milagritos, Amanda... Catalina y Alonso echan hacia la calle Nueva.

Los recibe, serio con Catalina. Pero no lo nota Catalina, sorprendida de oír cómo Alonso miente:

—Que vamos de excursión y comeremos en el campo.

—Bueno; espera que se te haga un bocadillo.

Milagrosamente Catalina no interrumpió:

—¡Pero no! Si almuerza en casa...

—Bajo un momento... ¿Catalina?

Y no se dijeron palabra hasta el portal.

—A las dos.

Catalina, lo que no sabe es aquella dura conversación, entre aquellas cuatro paredes. Don Pedro:

—¡Nada! No quiero trato con esa gente.

—Lo que tú digas. ¡Vamos! No es una Capuleto.

—Tampoco yo soy dueño de mi náusea.

—¡Papá!

—¡Mierda!

Doña Isabel, que llegó, le hacía señas: se largara; que don Pedro había bebido. Les cazó las señas, don Pedro... ¿Mierda? Bueno: ya era un vocablo delicado, entre lo que siguió.

Catalina es muy niña y anda enamorada. No se la culpe: muchacha, no repara en los cielos de tormenta de un matrimonio envejecido. Sola, vuelve sobre sus pasos:

—Que ahora vaya, tampoco es engañarle —y se decide a entrar en clase: Preceptiva.

¿Las doce y diez? Pero pasa. No se paró a llamar; abre la puerta, y al fondo el profesor, de espaldas, ensimismado en la pizarra. De puntillas, con el sigilo de quien avanza en falta, o por respeto, quizá temerosa de importunarle, Catalina llega a la fila y se escurre hasta su sitio en el largo banco.

Todavía joven, menudito, en su traje gris franela, el sombrero negro flexible corto de alas encima de la mesa, Marín, como Hilario, es otro de esos modestos profesores de provincia, tímidos, preparados. Habla el áspero acento de la región, una fonética de resistencia. Enclavada entre estas esencialidades, Salamanca, Toledo, Andalucía, Portugal, su gramática resiste al sayagués pretencioso en la calzada de la Plata; contiene al este la cuña cántabra, de recias fintas en jota; al sur el Al-Andalus; y al oeste, Portugal.

El profesor Marín —*Don Literatura: jondura de jeli, aginao por alguna mijaja que le egcarabajea*— aspira haches, elide los finales en ese; sintácticamente, sus construcciones son correctas, aunque de párrafo en párrafo, por insuflarles aire, acude a una apoyatura de modismos —*ca y cuando, miaste a ve, déheme de puchero, eso eg vieho, cacho de*— que le dan cierto desahogo y le permiten un reajuste para tomar aliento y de nuevo arrancar, con fogosidad inspirada.

Moderno de costumbres, el profesor Marín revolucionaba la jerarquía académica, aún mucho más que en el Instituto Hilario. Su trato, de tan próximo al alumno, facilitaba el comentario agresivo de los compañeros de claustro. Era el último en entrar y jamás pasaba lista; su clase, de voluntarios, clareaba.

Ya en el aula, se contrariaba del escaso tiempo. Subía a la cátedra, dejaba el sombrero en el sillón o, como ahora, encima de la mesa y, silenciosamente, se volvía a la pizarra; enorme pizarra, porque había elegido el aula 7, especialmente dispuesta para matemáticas. Su concepto de las letras, en mucho reclamaba las exigencias de una metodología del álgebra: número, medida, proporción, armonía. Al iniciarse el curso, gustaba de evocar la figura de un exquisito del verso: Paul Valéry.

—Para componer sus poemas —repetía— Paul Valéry aguantó veinte años en silencio, ajeno a la crítica, estudiando altas matemáticas.

Vísperas de examen parcial, hoy el tema comprende este enunciado:

Los siete pilares de la creación

Un instante en suspenso, Marín ha contemplado la tiza, una barra de tiza y, como si tomara medida, la ha sostenido entre los índices, fijamente mirándola porque era uno de los modos de concentrar la atención, hasta que al fin se ha engolfado en la pizarra y ya para él no existen clase, alumnos, tiempo, circunstancia capaces de distraerle. Es la marcha de todas sus lecciones: encerado, esquema, se va al sillón, explica, se levanta, se acerca a la pizarra y resume.

Ahora, en el ancho tablero, su letra cae menudita y clara, los caracteres tipográficos, las ues como w inglesa, griegas las ees. Cuando Marín se aparta, Catalina empieza a leer, copia:

1. *Camino de uno mismo. El escritor.*
2. *La diana más bella. El público.*
3. *Clima, unidad de asunto. La obra.*
4. *La expresión alerta. El estilo.*
5. *Rectificación de los sentimientos. Temple.*
6. *Una prosa incorruptible. Dureza.*
7. *Canción de marcha. Ritmo.*

Marín aguarda. Unos minutos, y el último vistazo. Lentamente recoge la mirada; desde los bancos más lejanos, la regresa al tablero; principia a dictar. Catalina escribe:

«Los siete puntos que marcan la marcha de esta lección se levantan como siete columnas, etapa tras etapa, a lo largo del camino... Vamos a titular así: *Tema de la semana*. Dos puntos, mayúsculas: LOS SIETE PILARES DE LA CREACIÓN... Toda creación literaria ha de tener en cuenta: creador, destinatario de la creación, creación misma, perfecciones del acto creador. En otros términos —y Marín alargaba un brazo señalando la tabla—: *escritor, público, obra, estilo*. En el estilo estimaremos tres o cuatro notas, características. Si ustedes miran ahí, empezarán por preguntarse: —*Camino de uno mismo*... ¿Qué es eso?— Eso es un posible método —método, *metá y hodós, mét-odo, por un camino*—, uno de los variados métodos que se abren al escritor. ¿Es el auténtico? El más propio, el más íntimo, la distancia más corta de todos los caminos, pasa por el corazón... Estamos en un aula de matemáticas: ¿la distancia más corta, señorita?»

Y con las luces de la ironía rejuveneciendo sus ojos, antes que nadie se levantase, el profesor:

—No. La distancia más corta entre dos puntos, no siempre es la línea recta. No estoy de bromas. El camino más breve es el que marca la fuerza de los vientos. Flecha tendida, el escritor hará bien sirviéndose del empuje de los vientos.

Ya Catalina se perdía, resignada a escuchar, fiando a su memoria los conceptos que entre notas y palabras se le escapaban. La *diana más bella...* Habló del tono; era el destino elegido, el blanco para la flecha; un destino adecuado a la edad, al temperamento del público ideal. Marín, este público lo prefería adolescente y romántico. Bien lo sabe un profesor: hombre obligado a dirigirse al público río, distinto cada curso y siempre igual. El público, heraclitiano; siglo de oro de la novela, el XIX individualista, ideálico. Apurando, ¿los lectores de una novela?: el joven, la mujer... Flecha de anhelos, el escritor en sí es un mundo de posibilidades; otra vez, la naturaleza que imita al arte. Los temas no se agotan: no huir de uno mismo; con sólo hechos y figurarse las cien vidas en que uno se soñó. Los anhelos que esa flecha clava en la diana de la juventud, encienden un *clima*; esto es, *unidad de asunto*. Escribir para un público supone servirle unas existencias, disponer de género; la novela-clima: éste es el género. Y Marín alzaba la cabeza, cuestionaba:

—¿Género de aventuras? ¿Género de figuras? Los libros de caballerías novelan peripecias. Sólo hay un libro de caballerías que novele personajes: se llama *Don Quijote...* Pero la figura no basta; una biografía no es una novela. Hay novelas sin figuras; hay novelas con figura colectiva. Un mundo no vive sin atmósfera; la novela es un mundo.

Hablaba de jerarquía, una escala de valores: protagonista, paisanaje, paisaje. Era muy sensible su estimación del comparsa: en un personaje viven muchos personajes. Finalmente, situaba satélites y transportes literarios en la órbita de la novela.

—A saber: el diálogo, escala para el astro de menor magnitud llamado *escena*; diálogo que puede ser arriesgado, que a veces daña la densidad de la novela, o falsea expresiones o provoca efectos que no recoge, como capote de peón a toro suelto; la *crónica*, asteroide con su alma partida por gravitaciones de otros sistemas cercanos, poderosos; la *prosa poética*, transporte ideal para arrebatarnos, a la luz de las estrellas.

Y, esto sí, Catalina lo toma:

—Hay cuatro notas que son como los puntos cardinales para una aguja de marear la carta del estilo: claridad, calor, dureza, ritmo. La claridad nos advierte que escribir es ver; no cosa de la mano. Se escribe con los ojos: viendo, mirando. Toda expresión alerta exige: uno, pensamiento concreto; dos, vocablos desencadenados. Vayamos por orden. Primero: ver. Segundo: expresar lo que se ve. El problema es presentar lo visto, no sucesivamente, por enumeración, sino simultáneamente. Yo miro y lo que veo es esta sala, con todos ustedes y el paisaje que en las ventanas se recorta y las lámparas de ese techo; y lo que veo, lo veo todo a la vez: a usted, que se lleva una mano a esa oreja; a ustedes que se ríen. Ahora voy a expresar lo visto y no me es posible: yo no veo una cosa después de otra; o la distancia, casi imperceptible, me produce la impresión de lo simultáneo. Esta sensación ha de lograrla una buena prosa: distinguir, la sucesión, del movimiento; porque es irrenunciable el movimiento, ya se demostrará. ¿Entonces? Acudo al panorama. Por ejemplo: una ciudad, desde aquí arriba, en la terraza. Lo simultáneo en el espacio vale por la panorámica; lo que uno, de una ojeada, percibe; es como una instantánea del espacio; nada más eficaz que la caza de instantáneas. Cuando usted abre la puerta y me sorprende, brazo en alto, la tiza en una mano... La expresión poética goza de favor en este punto, dispone de un recurso de largo alcance: las complejidades sensoriales. Ese pregón... ¿Han oído? Es el *negro pregón* de los piconeros... La expresión poética en prosa implica graves riesgos: su imprecisión. No saltemos a otro. Escriban.

Se recogía en sí mismo. Y en seguida, la voz impostada, tensa pero monótona, como de quien dicta una carta:

—La precisión poética exige. Dos puntos. Uno. Punto. Pensamiento alerta. Punto y raya. Dos. Punto. Liberación de vocablos. Punto y raya. El pensamiento alerta... No es preciso que ustedes lo tomen a la letra; no: vayan anotando ideas; el esquema ya lo tienen... Es condición primordial desentenderse de las convenciones, emprender sin prejuicios el doble proceso de: pensamiento audaz, forma estricta. Escribir exige un pensar despierto; puro instinto, el lenguaje facilita la intuición, la caza. Pero la gloria de un artista es su liberación de la esclavitud o culto de las alianzas verbales. No hay ejercicio más simple. Aquí tenemos un periódico: *El Eco*. De ayer; no importa. Vocablos encadenados que nos placería desatar: «los eternos-rivales», «la temperatura ha experimentado», «la singular-pareja»... ¿Ríen ustedes?... No recuento las transposiciones que perdieron realidad, situación vivida, hoy sin sentido: «despacio», «plazo», expresiones de lo dilatado, lo espacioso. «De-espacio», pasó a indicar tiempo: «lentamente». «Plazo»,

término de tiempo, significó algo que se refiere al espacio: «plaza»... Sus «cenizas»: pero ¿fue incinerado?...».

Con el gozo de los hallazgos, no muy comprendido en clase, la conferencia se le desordenaba. Trató del estilo:

—Importante es el estilo: se es roca o se es pirámide por la sola gracia del estilo. Cuando digo “las Pirámides”, no me limito a citar una forma geométrica. El estilo es forma, pero forma que trasciende, su trascender mismo... La extensión del tema aconseja que lo consideremos en jornadas sucesivas. Hablaré del estilo: su calor, su dureza, su ritmo. Si la novela, por ejemplo, es fantasía con destinos, habrá que trazar una como línea de máximas para la tensión de los personajes, las situaciones de sus escenarios íntimos, el matiz de cada conducta. *Claridad* no equivale a estilo de cristal, mundo helado. Tampoco la turbación de los momentos emocionales quiere decir que las palabras “quemem”. Veremos la manera de templar el estilo, de rectificar las múltiples ilusiones que deforman el sentimiento. Pero una prosa *clara, templada*, en esa misma temperatura mima gérmenes de corrupción y, sin embargo, una prosa artística se propone permanecer. Sólo que las cadencias envejecen, la sal se pierde. Tengo por imprescindible la sobriedad: hechos, los circunstanciados hechos. Algo más que una calidad, porque de la calidad al viejo uso se distingue por diferencia de especie: es la *dureza*, que depura a la prosa y elimina toda partícula corruptible. Finalmente, esta prosa inmarchita, emocional y clara, es prosa de novela si logra movimiento: el *ritmo* constituye su belleza, y más: su clave; todavía más: su magia. El ritmo gobierna la fluidez, dispone los altos en el camino, es —el estilo, no— *los* estilos. Una genial novela ha de avanzar, servida por variados estilos: el lenguaje mismo, que caracteriza, cambia de personaje a personaje; y aun en un mismo personaje no deberá ser inalterable: evoluciona, si hay tiempo en el relato; como en la vida, salta con la posición social, o relaciones, del sujeto que lo usa, y que se ve influido, contagiado, por los modismos y los lenguajes familiares o de contacto.

Miró el reloj. Bien, otra vez la tiza. Catalina se puso a afilar el lápiz. *Camino de uno mismo. El escritor*. Volvió a la izquierda: 1. Y era un diminuto guarismo, encerrado en redondelito de rápido trazo, de curva acabadísima. Siguió escribiendo:

—La materia de esta asignatura no requiere profesor. La materia de esta asignatura no es susceptible de enseñanza. La materia de esta asignatura se

llama: *Arte de escribir*. No se enseña a escribir. Se aprende a escribir. Su método admite concurrencia de caminos. Hay un largo camino y es el camino de la imitación, método frecuentado por los clásicos. Hay otro método, más inmediato y espinoso de andar: el camino de la memoria, intimidad por la que uno marcha hacia sí mismo, acercándose cada cual a sí mismo, sin salida posible, sin meta ni descanso. Es doloroso. El hombre huye de conocerse. El hombre es, ya lo han oído, comediante de su propia comedia; rehuye ser autor, burla su cita para expresarse, le escuece personalizar aquella lucha, que es como la incierta lucha o Jacob con el ángel. Por hacer camino, para este romántico y retorcido camino, el escritor se prepara motivos de dispensa: paisaje, compañía, conversación, música, accidentes.

Aguardaba. Que acabasen de copiar. De perfil, junto a la pizarra, sin mirar para la clase, atento a la tiza, que entre sus manos, de yema a yema, sostenía. No indagaba si ya habían copiado. No toleraba asomo de interrupción. Calculaba. Pasados unos minutos, proseguía. Quien no se interesara, podía marcharse.

Y se marchaban. Mientras Marín, de espaldas, se metía en el encerado, los muchachos correteaban el patio de anchas lajas de pizarra. Patio con pozo de alto brocal de cantería y tapadera en parrilla, candada, pero de enrejado tan suelto que a su través iban al agua pajaritas de papel, paracaídas y flechas, cucuruchos de base dentada, horizontal, que bajaban de punta, girando sobre sí vertiginosos, anunciadores de que la diversión remataría con la última hoja de los apuntes recién tomados, o con la caída de un libro, y entonces, sacudido por el escándalo inmediato, se presentaba un bedel; los alumnos, que ya eran mayorcitos, permanecían muy quietos, jugando al inocente; y los temerosos de más directa culpa, escurriéndose hacia la puerta, ganaban los claustros, altos claustros silenciosos... El profesor Marín, inasequible, insistía:

—El lenguaje, el tinto, facilita la intuición. Ehmplog: *piropo*, granate, aspecto de fuego, pir, pira, pirotecnia, rubor. Cuando a ugté la piropean, señorita, ugté se pone colorada...

¿Eh? Catalina se ha puesto colorada, está sintiendo el sofoco y sabe en su palidez cómo se nota. Catalina teme que el profesor la sorprenda, irónico, y no se atreve a mirar y ni se mueve. ¡Pero, qué es esto!

Más de una vez, cuando Marín abandonaba la pizarra limpiándose, empastado de tiza, en los fondillos del pantalón, y se volvía, en los bancos sólo encontraba un alumno: Catalina.

—¿Le interesan a usted los problemas literarios?

—¡Oh, sí! Naturalmente.

Sonreía Marín y era una sutil risa triste; aceptaba el cortés asentimiento de Catalina. Inadvertido, ahora trastueca los nombres de la lista, una lista que nunca pasaba pero en la que, buscando a Catalina, leyó:

—Señorita... Señorita Piedad...

—Peña.

No se atrevió a rectificarle. Pensando en Marín, si Catalina pudiera mudar de nombre, elegiría:

—Bueno... *Adoración*... ¡No sé!, un ejemplo.

Y un riesgo, Alonso. Si no fuera que, desviviéndose, Marín se halla lejos de pasiones. También, si no fuera Catalina: una muchacha que se sabe enamorada.

CAPÍTULO CON BRINDIS

4 LA NOVIA

*Biblioteca de familia. «Como amarrado a un rencor». Los amigos de papá. Alianza sin palabras.
En los caminos de una vocación. Eve, morena... Rectificación de los nombres.*

Escaleras arriba y todavía nerviosa, no respira hasta verse en el cuarto. Ha mirado el reloj del despacho: la una y veinte. Pues, no hay motivo para tanto sofoco; no había por qué, y Catalina sonrío de su propio susto: «¡Pero no!», ni su padre ni él se le han adelantado. Doña Adhelma, en el comedor, va poniendo la mesa.

Sola, esforzándose en no alterarse, Catalina libera su atención, y al acecho, mientras se recobra, una y cien veces recuenta los títulos de la biblioteca.

Extraña biblioteca, de volúmenes forrados y tejuelos a mano, con rotulatas que Luis había ido numerando, obsesionado por la catalogación decimal y que, para contraste, mostraba las cintas y cordoncillos caseros, pegados tan amorosa como ostensiblemente por don Camilo, y complicadas siglas de la clasificación bibliográfica de Bruselas; una *sui generis* interpretación de esas tablas, adaptadas por Luis y en la que sólo expertos indagadores reconocerían los repertorios del Instituto Internacional, pero que colmaba los gustos de don Camilo, con su grandeza numérica; así, cuando se tropezaba un tomo de *Bacteriología general*, 616.022, por ejemplo, su alto cifrado le permitía la ilusión de una biblioteca de cientos de miles de volúmenes, ya que don Camilo nunca logró entender, quizá porque no le sedujera, la matemática expresión de las combinaciones bibliográficas por el sistema decimal, y que, si a él le consienten el espejismo de multiplicar al infinito su biblioteca de familia, para un iniciado, exactamente decía:

6. Ciencias aplicadas.

6.1. Medicina.

6.1.6. Patología interna.

616.0. Patología (médica).

616.02. Bacteriología y patología generales.

616.022 *Bacteriología general*.

Los amigos de don Camilo acabaron por admitir la realidad de una fabulosa biblioteca abandonada en su hacienda guarania, y de la que buena prueba eran esos rótulos, como restos salvados de una catástrofe casi mítica de tan evocada y misteriosa, y ya se comprende que no todos los libros los había de embarcar, al venirse con la familia a España.

Al margen de tan fantásticas soñaciones, Catalina crecía orgullosa de ese rincón de libros. Eran obras universales: *Los miserables*, *Ana Karenina*, *Los novios*, *Picwic*, *Crimen y castigo*...

No faltaban las Biblias. Y en la más vieja, reencuadernada en recio cuero, don Camilo mandó agregar unas hojas para memoranda, en las que de su puño y letra se aplicó a reseñar los fastos, como auténtico libro de familia o cronología de la casa, con adjetivos pasionales. Desde hoy menos remota, Catalina se figura el pulso emocionado del padre al escribir una fecha, y un nombre muy querido; y los ojos se le velan, adivinadora del gran día...

No, tampoco faltaban la *Divina Comedia*, de patéticos grabados a lo Gustavo Doré, y *Fausto*, y un conmemorativo ejemplar del *Quijote* con ilustraciones de Moreno Carbonero. Había mucho siglo XIX: una edición popular de los *Episodios*, de portada y lomerías rojo y gualda, que en la librería resaltaban como colgadura de fiesta nacional. Junto a Galdós, se alineaba completo Blasco Ibáñez, repúblico insigne a quien don Camilo evocaba en paso triunfal por tierras de Iberoamérica.

Venía la *Historia de los heterodoxos*, de Menéndez Pelayo, que en don Camilo revivía mocedades de Madrid, cuando al sabio le chillaban «Marcelino... empina el culino» y, siendo un genio, no reparaba de bajar a los servicios que, sólo para caballeros, acababan de instalar en la calle Ancha de San Bernardo; y los más amados autores: desde Ricardo León, de cuya música se deleitara en éxtasis laico, hasta Vargas Vila. Vargas Vila, anarquista del lenguaje, exiliado soberbioso, despectivo, legendario, incorruptible y retador, con aquella grafía de rayos y de leones y aquella ortografía sembrada de mayúsculas.

Ya entre los viejos tomos de familia se infiltraban las ediciones económicas, de nombres recientes, que Luis adquiría y que mandaba a Catalina o descargaba de sus maletas, de vacación en vacación: *Las cerezas*

del cementerio, las *Sonatas*, y un pequeño Turgéniev, o los propios libros de Luis, manifiestos revolucionarios, autores de última hora: Sender, Sorel...

Catalina toma en sus manos el *Amor triunfante*, de Turgéniev, y es un remolino de sensaciones. Sensaciones que le acuden desde esas tapas de piel Corinto y que, de acariciarlas, le tornarían a una hora de gozo, complacida y turbada, porque fue el libro con que festejó su primera beca, y entonces papá la llevaba al Salón de Recreo y la invitó a una copita de oporto en cristal de largo tallo, reverberante el rubí entre la sonería de las copas, al ser ella la que brindara a papá el triunfo y el halago, encendida del oporto y de una felicidad de la que otra vez su mano tiembla, y porque por ese libro respira aquel templado clima de otoño y le sueña proyectos a su pasado, como si fueran posibles un profetismo histórico y su compás de marcha bajo el lírico título *Canción del amor triunfante*.

A él, ¿le placera esta sala? Pero ¡la conoce! Con su pie menudo y bailarín, Catalina estira la alfombra, ¡a ver!: esa amiguita. Sorprendentes alfombras en una Alcándara de palacios de pizarra. Y no reparó cuán mayor sería la sorpresa de verlas soportar estas butacas de rejilla, este sofá y sillería tapizados en brillante y fresco verde viridian, alrededor del piano con los áureos de flama de su caoba.

—Colocaría aquí el retrato —pensó—. Si lo ampliaran...

Es el retrato de los dos, y ya Catalina desea exhibirlo. Alonso, de capa estilo Goya, la esclavina corta, sin entorchados, el embozo carmesí; peinado a raya, como don Pedro; chalina de ancho lazo de raso negro mate, y escarchados en plata.

Ella, de melena, con sus caracolitos al fijador, gomosos, casi gitanos. Muy juntas las caras, muy niñas, hasta más niña la de él, mirando de frente, fijos en la máquina... Lo pondría.

Sí, mejor que todo ese montón de partituras: el revuelto repertorio que ahora Catalina barre del piano y se esfuerza por igualar en una silla, junto a la pared. Ahí van los viejos himnos y las canciones ligeras, la música *selecta*, los ritmos picarones: *Gallo polqueado* y *Patotero sentimental*; *Caminito*; *Eche otra caña, pulpero*; *Mi caballo murió, Yira... Yira, Malevaje*; *Araca, corazón*; *Danza maligna*; *Aquel tapado de armiño*; *Como amarrado a un rencor*; *Silencio*, *El charlestón* y *Al Uruguay*, *Las tres de al madrugada*; pasacalles toreros, tonadillas; las nacionales: paraguayo, de Riego y la Marsellesa. Los minuetos. Beethoven y Chopin, Schubert. Falla, Albéniz,

Granados... Se ha caído un papel... Alonso, que el otro día tiró de bloc y estuvieron jugando a las palabras en boga; leyéndolas, ahora, Catalina reía: *cañón, chanchullo, el garçon y la gomina...*

Alonso, y es un viaje fin de curso en tren, y la extraña aparición del muchacho, camino de la capital, solo, entre los excursionistas. Fue instantáneo, ángel o rayo que los cegaba y los arrojaba uno al otro, con el fatalismo del amor primero. Alonso no vestía chanchullo sino chalina y capa y recitaba poesías patéticas, a tono con su largo pelo sedoso, peinado a raya, sin gomina, porque se le derramaba a un lado y otro lado, casi en melena.

No es tan fácil para Catalina precisar los detalles del encuentro, como entonces estremecida de la irrealidad de Alonso, y en seguida, a la primera ausencia, temerosa de las asechanzas del olvido. Porque no se habían declarado el amor; no estaban formalmente prometidos ni trasuntaron a palabra o compromiso una esperanza concreta. Pasarían meses hasta que la familia de Alonso decidiera trasladarse a la capital, y meses sin volverse a ver.

Era una mañana de nevada temprana, todavía otoño; llevaban una hora en el refugio del Salón. Lo de menos, las palabras; el amor trascendía del apasionamiento con que Alonso las abrasaba, a esas palabras.

Y horas después, aquella tarde... La acompañaba un profesor: *¡pero sí, don Literatura!*; se llegaron al casino; Catalina se despedía. Volverse y *¡ahíva!, Alonso...* ¿No es como para llorar de alegre? ¿Qué tiene Alonso, qué le pasa?

No desmintió su enojo, Alonso: la había visto, *¿quién es ése?*, los vio a las puertas del Salón y se fue allá, resuelto, que también ella le viera... Entre fórmulas de saludo, los silencios arrancaban chispas de violencia, los reproches. Bien: ¿era un derecho sobre ella? Un amago de sombra anubló su ceño, intolerante a la intromisión por suave que se pretendiera. ¡Catalina! Es algo muy simple y es encantador: celos, ¡celos, Catalina!

Caminaron sin hablarse, ya se acercaban a casa, estaban en el portal, ¿pero no sube?, entre la nieve y el sol, ¡ya el crepúsculo, qué bello!, sí, ¡ahora cierra el balcón, ahora enciende!... Alonso permanecía de pie; Catalina, al piano, embriagándose en el deleite de una música jamás tan sentida, sorprendida, porque sus complacencias la descubrían y arrebatában. Y, de golpe:

—¡Sigue!

¿La presintió, ajendada? Prolongaba el acorde, pensativa de la tristeza; un estudio de Chopin. ¿Llegó a volverse? Pero se levantaba y Alonso la rodeó,

refugiándola entre sus brazos, leve la boca para la palidez de aquella frente. Esperaría en la esquina, mañana; la acompañaría a clase.

No se habían prometido y ya Alonso mostraba impurezas, ¡también él!, eros de aldea... Asediaba, perseguía concesiones. No era menos vulgar que cualquier otro. En la salita ardía un brasero sin tarima, sin mesa...

Sofocada, Catalina se acerca a la pared, una pared de espejos, frente a la librería; desordena los ricitos de su cabellera, los echa atrás. ¡Ni un cuadro! Repara: esa lámpara es modesta; sí, que es original: su empalizada en ruedo, las varillas de vidrio tintileantes como cascabeles en el agua, no, como agujas de hielo, no... Mira en la silla el reciente montón de partituras: *Como amarrado a un rencor*, un tango de Gardel. Primero venía el recitado; Luis abroncaba la voz, cambiante:

*Está listo, sentenciaron las comadres.
Y el varón, ya difunto,
en el último momento
de su pobre vida rea,
dejó al mundo el testamento
de estas amargas palabras
plantadas de su rencor...*

¡Luis! ¿Por qué *le* tomaría a broma? Pero ¡Alonso le quiere! ¡Bah! Y llegando a los visillos, los ajusta al cristal. ¿Abre? ¿No abre?

Abre el balcón y no se asoma. Juegos de chimenea, el paisaje muy arriba, apenas confín de sierra y cielo. A la derecha, la casa de Milagritos, también segundo piso, y el tejado. No podía contenerse esta mañana, en que el padre consintió, y fue a clase por sólo Milagritos, a decírselo. Milagritos se quedó *paralela*. Estupefacta equivalía a paralela; como *glú-glú*... ¡Qué cochinas!

Lo que importa. Alonso. Ahora, todos a comentarlo. ¡Quién censura, doña Pura!:

—¡Tan niños, pero qué poca vergüenza!

Milagritos ya se enoja:

—¡Mamá, mamá!

¡Y éstos! Enfrente, que hay una pensión; siempre fisgando. Se dio cuenta, y en paz: les sacó la lengua. Mirarían, por Eve; la conocerían de aquellas

vacaciones. Pero, no ¡que la confundieran!, ella no es Eve.

Esta hora no tiene paisaje, apenas sol, una luz que desorienta y descoloca la retina enamorada. Su momento halconero lo marca el anochecer: los cristales se esmerilan y ha de separar el visillo, despegarlo, para verle venir, para localizar entre las sombras la suya amada, en rececho, al amparo de la esquina... Entonces, sin pararse a vestir de calle, tal y como para estudiar, de colegiala y un abrigo por los hombros, escapaba escaleras abajo, miraba, ¡cuidado, ¿papá?, no sea que les ronde! ¿no?, y de una carrerita, ¡ea! se cogía a él.

A un lado, a otro... Ya está en el balcón. Nadie. Y se retira, se sienta, rodeada de recuerdos y de figuras calientes. Esto, es el capítulo de las relaciones de Catalina en familia.

Muerte de la abuela. Ya Catalina se sabe irremediamente sola. Los amigos de papá, ¡qué quiere usted!, la molestan. Se razona el temor a estos amigos, el terror de sus visitas. Que la sometieran a vanidades ridículas, falseándose admirativos de su talento o niña —otro vocablo en boga— de *biscuit*. Que, Alonso, abajo, la entretuvieran y no saliese a tiempo y aun tuviese que disimular, callar. Que no acabara un ejercicio, cuando el año es corto, los trabajos muchos y el examen complicado. Que no se atreviere ella a protestar, temerosa del mal gusto de una queja, o ser tachada de egoísta, o peor, imitación de la buena Juanita... Su angustia recrecía los sábados a la tarde y los domingos, casi dos días por entero, felices de soledad:

—¡Si no viniera nadie!

Alonso ya en mucho contribuiría a liberarla. Pero, una prevención le asalta: ellos, ¿qué pensarán? No le preocupa el juicio sobre sus relaciones, un concepto que hasta hoy la obsesionó, sino Alonso. Orgullosa, desearía exhibirlo, toda él.

¿No son un tanto raros estos amigos de papá? Teósofos, vegetarianos, especialistas en esperanto, reclutas del regimiento, aprendices de conspirador... No suelen venir los otros, y no porque sean amigos de calidad, sino de quehaceres: médicos, boticarios. Alguna vez, con papá, ha ido de rebotica. Siempre se notó violenta en los Laboratorios y siempre le parecieron gratos sus momentos de rebotica Don Pepete, donde advertía un punto de adhesión a su noviazgo contrariado, o simpatía por Alonso.

Alcándara es tierra propicia a los teósofos. En Alcándara apenas escandalizan las ideas ácratas de estos vegetarianos que no aceptan el servicio

militar y niegan la autoridad de Estado, pero se alistarían voluntarios para un barranco del Lobo o un Gurugú. Alcándara, que «ni frío ni caliente», carga a excentricidad el radicalismo de seres como éstos: Raúl, vegetariano; don Ramiro, teósofo; el Vizconde, gramático de esperanto; Doro, letrado sin ejercicio; Gabriel, poeta lírico...

Pronto la tarde, y éstos no faltarán. No ignora Catalina que casi todos ellos miran por Alonso y han influido en papá y hasta determinado su decisión de reconocerles el noviazgo. Ya Alonso le habló de discusiones en la tertulia Don Pepete; intransigente el padre:

—No lo tolero. Yo no admito una teoría de hechos consumados.

—Un hombre comprensivo, ¡don Camilo! Usted, tan liberal...

Y otro:

—¡Ni que ese muchacho fuera algo del exKrompring!

—Bueno, bueno: son asuntos internos, una cuestión de orden.

—¿Orden? Hombre, don Camilo... ¡Orden!

Era mucha personalidad y era contradictoria. Catalina recuerda... Papá, que no mueve un dedo para evitar la ruina de la casa, excáthedra proclamaría impresionantes golpes de financiero, doctrinas de arbitrista, horas y horas profesando idealidad. Cuántas noches dieran las doce, de sobremesa, o en esta sala, papá lanzado, voceando utopías. Catalina aprovechaba un respiro y pretendía ensimismarse, pretextaba estudios... Viéndola sobre los libros, don Camilo transigía, resignado, pero al momento su exclamación suplicaba; su, con qué pena:

—¡Si habláramos!

En la cocina, mamá, muerta de sueño, o la pobre abuela, se desperezaban, o se iban a acostar, murmurantes:

—¡Habláramos! ¿Dejaría?

Y hasta el pequeño Luis, una noche:

—Pero ¿hace otra cosa?

¡Qué sofocón, Dios, qué noche!

Bueno, quiere explicarse Catalina: siempre es curiosa la vida de los padres... También sus padres, Alonso entenderá. Muy bien podrían cruzarse las familias, sí: papá y doña Isabel, a toda hora en la calle; mamá y don Pedro, sin apenas salir de casa. ¡Es verdad! Los padres, recios como robles; hendidas de dolor, madres en desesperanza, cada una adorando al hijo de la otra, ayudándoles en clandestinidad, amorosas del secreto. Cuando Catalina cayó

enferma, doña Isabel la visitaba, a escondidas; la obsequiaba; indecisa la muchacha, violenta. Adoleció gravemente, y doña Adhelma permitió que Alonso la viera, a hurtadillas.

Un día llegó papá, de improviso, ¡qué terrible momento! En la confusión, escapó Alonso por la escalera de servicio, a través del jardín. Gracias a la serenidad de Adhelma. Prodigio de impassibilidad, había pasado armas de la sedición cuando Camilo, perseguido, se refugiaba en la selva. Si la exasperan, amenaza con tirarse al estanque o da un portazo y se larga a la cocina. También don Pedro, desesperado, agita un enorme revólver y asegura que se va a saltar la tapa de los sesos. Pero ante los peligros, la insensibilidad de estos seres sobrecoge, inhumana: son piedra, nervio de la raza; Adhelma india, sin desdecir de sus héroes, callados en el tormento, como estatuas del dolor.

Era un libro de Alonso, y era una misma la tendencia en Adhelma, en Isabel: afines, con instinto para el secreto, arrojaban una sombra de mal sobre las acciones más inocentes y triviales. Se revolvió Alonso contra el amparo de doña Isabel y gustaba de la connivencia con doña Adhelma. A Catalina la desconcertaban. Una y otra —leyó ¡y es que era un libro como expresamente pensando en ella!—, conspiraban y recamaban de secretos el hecho mismo de confiar, en larga serie de esfuerzos, torpes y vanos, nacidos de la frustración, de las tentativas y el instinto. Se interponían entre el castigo y *Alonso*, cuando *Alonso* aceptaba el castigo acordado por *don Pedro* y aceptaba la prohibición impuesta por *don Camilo*, como actos impersonales, merecidos o no, justos o injustos, pero naturales e ineludibles, hasta que, al interponerse, ellas les prestaban sentido y un equívoco aroma de culpabilidad. No era el castigo lo que *Alonso* detestaba. Era la mujer, la blanca dulzura que le tenía sometido, siempre niño; y hasta el mismo tesoro oculto que le procuraban, fruto de no sabía él qué pequeñeces y decepciones: esa blandura que no podía agradecer porque le resultaba más odiosa que la injusticia del hombre, el uno y el otro hombre...

—Igual igual —se dijo Catalina que, al leer, interpolaba situaciones vividas, nombres de familia, personajes y pobladores de su propio mundo, adolescente y sentimental, como si esa página hubiera sido escrita para sólo ella; y, en seguida—: ¡Toma!

Acababa de ver la carta del monje, en una silla:

—¡Toma! ¡Ya se la dejó!

Nada intervino en la vocación del muchacho. Catalina era muy pequeña, pero retraída: observaba. En mucho, se le parecía: ¡qué revelación ahora!, él,

que también era un retraído. Memoria arriba, al reencuentro, es un balcón y aquel libro en la mano, ¿o sería una cajita?, y se quedaba en un repente, o se ponía a mirar más allá del azul, sus ojos bien metidos en el cielo.

Iluminada, confiando, Catalina vivía *aquel* destino, contenta y orgullosa de un hermano estudiante. ¿Cómo figurárselo torturado? Para ella no existía una palabra sufriente: *los otros*. ¿Qué seducción le arrojó a la cartuja?

No es la primera vez que Catalina se lanza por ese laberinto de caminos, tras esa vocación. Años, años, años y de pronto, como al filo de un abismo, escalofrías vernos ahí, sorprender ese acto que habíamos vivido, junto al cual pasamos y que no acertábamos a entender.

Para Eve, son las estancias cortijeras; un cartujo, y Eve se lo explicaría profeso en Jerez, monacal la huerta, Guadalete marinero. Nunca la seca yedra y la piedra roquera de los cenobios del norte, con sus leyendas de caridad y cercanía de lagartos, de pálido vientre, raseando los musgos que amarillean castigados de sol. Nuestra Señora de la Defensión es eso: la cortijada señorial y vacas para deleite de César —pensaría Eve—, esteta, compañero... Una cartuja de caballistas jerezanos; aquellos potros con cuernos; solera de cuatrocientos años y jinetes a la brida, trajineros por cerrados y por tierras calmas...

Fue, para la abuela, como una imagen de los exquisitos bodegueros de La Chartreuse. Nadie la ganaba en el entendimiento de misturas, caldos, cocktails. ¡Qué gran dama de sociedad para un sarao, la nieta recién puesta de largo! Mágica entre sus botellines de jarabe y sus juegos de licor y sus cremas: curaçao, granadina, kummel, kirsch, menta, marrasquino; una buena ginebra. No hay cocktail sin ginebra selecta.

Preparaba el vermouth para Camilo: dos trocitos de hielo, el vaso de cristal; nada: ni shaker, ni cocteleras; buen gusto y su puntita de fervor. Bastaba mirar aquellos ojos: ¡qué lúcida embriaguez!... Limón, naranja, polvo de azúcar, leche, sifón. ¡Y qué delicia! Cubas, paradises, hola-hola, ginfizz, ulías. ¿No sabe qué es un ulía? Cuatro nueces de hielo. Medio de gin, cuarto de cacao, cuarto de crema de leche, muy fresca. ¿Eh, un hola-hola?...

Don Camilo condenaba la mudez de la cartuja, todo elocuencia ¡viejo!, y se figuraba al monjín de bruces besando la tumba octógona de Miraflores. Cómo decirle: ¡no!; ¡es una cruz de palo, está la tierra y está bien removida!

Es un acto que parecía, y no, fugitivo por el campo de caza de la vida, y no se acierta. Siempre pensando, Catalina. Y de golpe:

—Aquel viaje con la abuela... ¡Eso fue!

No era beata la abuela; se sabía sangre aragonesa; le dieron noticia de remotos ascendientes, quizá familiares, afincados en el alto Aragón, pasada Zaragoza. Todavía pequeño Alberto, lo llevó con ella.

¡Qué hermoso, Gallego, resistiéndose a morir! Y ¿no parece un monasterio? *Aula Dei*, una cartuja. ¿Las mujeres no podían pasar? Sólo la reina. ¡Reina! Pero su reino, ¿dónde?

—Ea, Albertito: ésta es la reina de España. Arrodíllate. Ven, besa la piedra, ese pilar. ¿Sabes cómo se llama? ¿Sí?... ¡Querido!

Y de vuelta, apenas en Alcándara, el hundimiento: aquella casa de la plazuela del Aire. Empezó a ir a misa, a escondidas. Las preocupaciones se le reconocían de ver a Eve, su apariencia pecadora, y negarse la evidencia social que la juzgaba y condenaba. Era un vivir la ansiedad; difícil sentir piadosamente. El casamiento con César, declinado, generaba aquella *liaison*, mortal ofensa que le decidiría. Niño y solo, muy audaz, inició las gestiones. Visitó al obispo. No se daban todos los requisitos, pero en él podía verse como la mano de Dios. Y fue escuchado, preferido.

¡Asombro!: don Camilo no reaccionó tan firme como se temieran, no se oponía. También, que el directorio había agostado mucho de sus ilusiones. No es una situación pasajera —reflexionó—, ni el sólo valor sintomático del acto; es esto: España, tentación de capitanes. *El siglo de los caudillos militares*, uno de los títulos más manejados de su librería; «la historia se repite», una sentencia al uso. Otra vez, como en el siglo XIX. ¿Y allá, no fueron tierras para el desarraigo? Almaciga de dictadores: Rosas, Francia... Don Camilo pensando:

—Bueno, ya volverás...

Pensando:

—Es un niño, un ser con derechos. No es un inmueble, ni un bien que a uno le pertenezca, o una propiedad...

A los pocos meses, recibió carta del prior. Nadie logró leer aquella carta, pero la sabían carta del prior. Don Camilo se paseó muy alterado. De sobremesa, refirió que los priores de cartuja, en sus celdas, grababan inscripciones monitorias terribles: *Judicium durissimum his...* Traduciendo, se emocionó:

—Durísimo juicio aguarda a los que mandan.

Tal vez pretendiera motivar la decisión del muchacho: habló de la situación, la época. En almas como la de Alberto, purísima, o la de Luis, se apuntaban tantos la piedad, el descontento. Quizá en Alberto influyó ser el

segundo de los hijos. Lo había dicho don Jesús, todo un biólogo don Jesús, boticario: y el segundón se siente privado, como en el caso de Alberto, desposeído. Doblemente desposeído: la primogenitura, Eve; la gracia, Catalina.

Tomada la palabra, subrayó el traumatismo producido por el nacimiento de Catalina. Se echó a llorar Catalina, y entonces la abuela:

—¡Monstruo! —le gritó.

Catalina sonríe de recordar la cara que puso el padre con aquellas cosas y porque, mismo esa cara, volvería a vérsela años después; cuando Alonso: que irrumpió y se alzaba en competencia de dominio sobre Catalina.

Era una forma de acusar: ¡tus atentados familiares, Catalina! La serenidad de Catalina, ya mayor, escuchando, proclamaba su culpabilidad, pensaría el padre. Para ahincar su idea lo pensó; por no decaer, obsesivo, y no encontrarse injusto y no capitular.

En ocasión como aquella o razonamientos de tal suerte absurdos, la risa de Luis estallaba sana, contagiosa, y don Camilo, incapaz de enfurecerse con Luis, pero cuidadoso de tampoco revelarlo, saltaba de conversación o, si cambiar no era fácil, abandonaba la mesa.

Y, otra vez:

—Yo creo —sugirió Eve— que lo que determinó su marcha fue la mía. Le dio miedo quedarse de hermano mayor.

Catalina, en silencio, rectificaba:

—Por asco. Solo y aguantando, encajándolo todo: el rumor y el espectáculo de una vida como la de Eve, una condena que diariamente ofendía sus ojos, sus oídos. ¿Sólo? Nos hicieron una infancia rencorosa, replegarnos en nosotros mismos. Callábamos, ¡ya!, sabíamos callar; pero la sensibilidad, herida; para adentro, la cólera crecía y era inútil borrar el recuerdo, hundir las impresiones de lo entendido, hasta las cárcavas de la conciencia. Las hundía y se agrandaban. Y enraizaban.

El dolor de estas infancias, sí, podía levantarse, reclamar. La soledad de un balcón no se basta para refugio del niño; no era refugio una familia. Se necesitaría muy áspera fortaleza, ese carácter que nace del asco. Manchada Eve; y él, manchada la casa. No se creyó capaz de salvarse, sino por el sacrificio en los altares de la vocación.

Catalina ¡cómo no se le habría ocurrido! Eve, ella, ¡tan distintas! En todo distintas: para con Alberto, delante del mundo, entre sí mismas... Cursó Eve

los estudios del grado en la capital; por aquella época, no se veían muchachas en las clases de bachillerato. Su apariencia, apenas la diferenciaba de lo varonil: morena, estrecha de frente, la voz ronquecida, las trenzas como látigos, sus modales rudos y endurecidas costumbres la defendían; y la arriesgaban: unas costumbres muy audaces. A fuerza de simular conducta enérgica, a la busca de un carácter, acabó no en firmeza auténtica, sino en total despojo de feminidad. Su juventud entre muchachos, la desencantaba de los misterios del amor y rompía el velo de las ilusiones inefables, el engaño, la magia.

Entonces a Eve se le desató su preocupación por el arte: una potencia poderosa, tan poderosa como el amor. ¿No la catalogaban chico? Pues, a serlo; pero las armas, iguales. Preparada. Podía principiar el duelo; no, no eran provocaciones de mujer; era voluntad de reto; y de victoria.

Convenció a don Camilo: ingresaría en la Academia. Partió. Se sucedieron tres etapas, como tres temporales, en su lucha por la vida. Madrid es Madrid, y la etapa inicial se llamaría inconsciencia: aturdida Eve, devorada por la bohemia, con pasión de neófito, bochornoso el clima; artistas, ¡artistas!, alrededor. Memora Catalina y se le acentúa el asco. Siguió una época de angustia, ¿angustia?, de café con media, y apuros. Y como sorda guerra, en el último cuarto de hora un primer éxito: una primera exposición.

En contraste, para unas vidas paralelas, Catalina se sabe poco expansiva. Si le dieran a escoger nombre más propio y representativo, elegiría: *Soledad*.

Angustia no es la palabra con que mejor se cifra aquel aturdimiento, o Eve en la segunda etapa de su carrera a la conquista de la puerta del Sol. Para sufrir de angustia, se requiere una psicología a la defensiva. Padeció Eve estrecheces, dificultades económicas. Sin problemas al parecer, Catalina sintió angustia. Quizá de esa angustia le naciera su abnegación, su universal simpatía y sentimiento de comunidad: el amor a Luis, pequeño Luis, en desamparo.

Apenas trató a Eve, la verdad... Eve la despreciaba. Tímida, Catalina se atrevió a pensar:

—Por mi poquedad; es eso: no le parezco una mujer. Ve mi cuidado; igual me cree sin experiencia, colegiala... Cuando intervino mis relaciones con Alonso, ¿qué es lo que pretendía? ¿Por qué tan sutiles consejos, aquellas *Máximas de amor* y aquellas alusiones que se dejaba, como de olvido, en mi cuarto?

Catalina, tan vivamente sentía su pequeñez, tan injusta, que le llevó años adivinar este motivo desencadenante: envidia. Cainita, Eve te envidiaba el talento, la gracia, la juventud, la ingenuidad, el temblor de tus amores, Catalina...

Con Luis, ¿no fue eso mismo? Revalidado su bachillerato en ciencias, Luis se matriculó. Facultad de San Carlos; visita a Eve; dos horas y el primer desencuentro. Entonces, Luis buscó alojamiento, se largó a una pensión de tercera, cercana al Hospital. Eve escribió a casa; trataba de justificar el desacuerdo, acusó a Luis: nihilista. ¡No le tildaba de renegar del arte!

Quizá en el fuego de sus diecisiete años, con las exaltaciones del recién llegado, Luis, muchacho de provincias, hablaría un estilo directo; quizá para decir algo despectivo: «el arte, corrupción de la sociedad...». Luis, mocito limpio, burlador y romántico, pero ¿se figuraría lo que mismo él está siendo?: un presumido. Catalina —para molestarle no, que le adoraba—, si la propusieran rectificar ese nombre, ya Luis no sería Luis: se llamaría *Narciso*.

Lo que al propio Luis confundía es que, esforzándose por suavizar los filos de su palabra, se erizaba de rudos sentimientos, aún más fuertes. Entre los íntimos, afirmaba su voluntad de doncel: joven pureza al servicio de la idea. Luis, proclamando su varonía con la dialéctica de los pocos años: la violencia. No es tan fácil entenderle; acaso por la fluidez de unos principios revolucionarios que, desde luego, no coincidían con los programas políticos de los bandos frente a frente. Luis se desentendía de la institución monárquica, en crisis, y repudiaba la crueldad del bolchevismo. Pero ¿república? Tampoco una república le concedería gritar más.

Nostálgico de familia, en el alma se le clavaron aquellas navidades lejos de Alcándara, sin muchachada amiga ni sobremesas de hogar: convenciones, Luis, dudosamente revolucionarias...

Envió para Catalina un dije primoroso, un esmalte con miniatura de la abuela. Y la versión del *Kempis*, de fray Luis de Granada, que ya Catalina haría llegar al monje: ¡hábil, Catalina!, como recuerdo *luyo*, que nadie en casa lo intervenga.

Cuando se advirtió olvidado, que no le dedicaban ni una litografía de propaganda de la *Niña*, más bien matrona y a lo griego, con su aire de opulenta *Madame Bovary*, su gorro de portugués emigrante en destajo, don Camilo no soltó prenda, pero aquellos días se le vio enfurecerse, bajo el oscuro rencor de un crío a quien —¿por qué?— cruelmente se le desilusiona.

5 PRESENTACIÓN DEL NOVIO

Galopa sentimental. Despropósitos. ¡Aquí está un hombre! Sí, consiento. Castillos en España. Salsa fría milonga. Se llamaría Nieves, Adelfa...

Con la costumbre de aquellos años de noviazgo no consentido, Alonso comprobó que nadie subía ni bajaba, llegó al entresuelo, se detuvo y silbó la señal, los compases de siempre. Pero apenas oírse, rompió a reír, escaleras arriba.

Detrás de la puerta, al acecho, Catalina le dejó tirar de la campanilla: gozándose de sorprender un Alonso atento a la llamada, y que se quedaría como la muchacha vista al paso, que está subiéndose una media y un instante permanece, enarcada la pierna, al aire, quieta la mano, en la milésima de segundo que pertenece al asombro, inminente el rubor que la impulsará a volverse, y la inmediata reacción de cerrar la puerta... Alonso alargó el cuello; se ajustaba la corbata. Entonces Catalina abrió.

Una luz de hielo rafagueaba en los cristales de la claraboya. Pasó Alonso. En el vestíbulo, sombrío, no vio venir a doña Adhelma. Notó un olor a espliego y que le confortaba del agrio clima de la calle, porque lo sabía perfume de brasero bien encendido.

—No tengo idea —pensó—. Todavía no *le* he visto. Antes, yo entraba aquí... No sé entrar como antes. Soy el novio. Entonces, ¿debería entrar? Ni asomarme a la puerta. ¿Qué se le va a ocurrir? ¡Qué irá a decirnos don Camilo!

Y doña Adhelma se acercaba. Pero ya en el pasillo, Catalina se dejó besar. Desde un principio, doña Adhelma se manifestó por los tórtolos: Alonso, que la ganaba el corazón. Más de una vez doña Adhelma se enzarzara en las revueltas del ensueño, mecida y el arrobo de figurarse, con los detalles precisos, la ceremonia del enlace. En doña Adhelma revivía la muchachita decorativa, los dieciséis mismos años de cuando se casó: todavía niña, sin la crueldad de la niña; de instrucción limitada; dulcísimo el carácter.

Pensaba, y se recordaba huérfana: el padre en su poncho punzó, vivo granate que jamás empalidecía, siendo como era de algodón muy lavable; volvió a ver aquellos ojos llameantes bajo el vello azulino que le enmascaraba la faz, de patillas, bigote y una barba como nacida en los altos pómulos de mulato. Murió gaucho: patacones en la faja, espuelas de plata, jineteando su potro sin dejarse rebanar, rodeado de sombras de luna llena derramada y amarilla, macheteando, tranquilo de saber marcadas una por una la piel de aquellas sombras.

Niña Adhelma ve la pena, sin espera ni lágrimas, de la madre, las comadres en el pajonal, la rueda suspirante, la soledad de la cabaña. Es otro día: es el ir colgada a la espalda, caminando esterros, entre las palmas negras y cañadones de la ciénaga que se hendían y atravesaban rodales de selva; caravana de mujeres, enardecidas de dolor; sin miedo, porque en aquella selva no habita una alimaña peligrosa: el hombre, fiera que ahuyenta, única fiera fría, cazadora.

Leguas al sur, asentaron. Con su tesoro a salvo, la madre adquirió una brava hacienda. Sí, faltaba el hombre, la representación del hombre para dominio de peonadas en la estancia, por la canalla en ranchería.

Adhelma creció, mimada por la madre; juntas se internaban y recorrían jornadas de manigua, sorteando amenazas, asegurándose en fortines y blocaos del riesgo de la indiada.

La paraguaya se recrea, a lo heredera: estirpe de Guaraní, hijo de Tapaicuá; y ensortijando fuegos, memoraba historias del gran Solano, hazañoso en Curapaití, héroe de Tuyucué... Igual se recogía en la corraliza, arimaba el dornajo a la piara de chanchos o cebaba la caña y a la luz de una candela heñía la cuajada, como a la luz del sol mampresaba un potro.

Era la noche calma, la tierra en ardentía, una de esas noches claras y estelares del estío austral. Quemando etapas, de muy lejos, tornaban por los escondidos caminos del incario, salvando quebradas y bejucos, aguas salobres, vértigo de precipicios que atraían a la recua; airosas las mujeres, de toca ponchera, el infantil atado a la espalda, impasibles.

La escolta del matriarcado, entre nostalgias que marcaban la zancuda melancolía del caraú y el canto del llanero: caravana al son del lloriqueo paraguayo, punteando el ritmo de la marcha india. Cumbres; cruces, para hacer un alto: se rezaba, se tendían los ojos; el horizonte, bajero cielo que ahonda la serranía: lomas y gargantas, bajíos, aguas de caudal, de abrevaderos, de cañadas.

Cuando llegaban a la hacienda, se les apareció: era un tanto renegrido, vivo sarmiento de España, mozo y resuelto. Besó la mano de madre con aquel rendimiento que sólo años después reencontraría, Adhelma, visitando las galerías del Prado. Aquella noche, doña Angélica la miró con misterioso relumbro que ella no acertaba a comprender; que se le quedó inscrito como un enigma para el mañana. De momento, aquel mozo cuidaría de la estancia. Su nombre, Camilo.

Adhelma no se extrañó cuando tiempo adelante la destinaron a Camilo; doblaba su edad y bien valdría para sustituir al padre, ya perdido. Para Adhelma, Camilo iba a ser don Camilo, amo y señor.

En la alta noche, taladrada de ladras, ronca de miedos y de relinchos, principió a oírse el arpa guaraní, arpa india con sonoridades de cítara, desvelando el raso. Doña Angélica, lloraba:

—La construyó él. ¡Aquellos primeros pesos, ganados a la desolación! Roído de trabajos, todavía le sobraban arrestos para echar una brasa y ahogar los alaridos, ¡caníbales!, sonoreando. Era un arpista... Era tu padre: tañía, componía.

Y ahora, en esa arpa, don Camilo hacía rondas de enamorado y templaba en la guarania, con la fatalidad de un indio, melancólicos dejos tropicales: *Oración para mi amada*; y las galopas: *Camino del cerro, Pájaro campana...* Oyéndole, Adhelma también lloró; suave, porque eran lágrimas de adolescencia feliz.

De golpe, como si él hubiera adivinado, brincó la alegría en esa mezcla de tango y de ranchera. Un ritmo campanero, ganoso de aire, como pájaro, como escapado de las hojas de un cuento. Expandía los sueños del indio, bravo, noble y patriarcal, apegado a la tierra. ¡Delicia de tonadas sentimentales!

Una noche y otra noche Adhelma velaba, y era dulce como arrullo de cuna prepararse a dormir mientras afuera, junto al brocal del pozo, en el espaldar de rosas paraguayas, Camilo miraría la ventana para añorar, sobre los compases de una galopa, el *Camino del indio*:

*Cantando en el cerro,
llorando en el río,
se agranda en la noche
la pena del indio.
El sol y la luna
y este canto mío
besaron tus piedras,*

camino del indio.

Don Camilo gustaba de la hostilidad; el peligro de rebasar los límites; con la divisa de un mayorazgo de Vizcaya, *Más de lo justo...* Continuaría.

Pero las imágenes giran, Adhelma figurándose el preciso Camilo de este momento en que le aguardan. Catalina y Alonso, en la salita. Se llega Adhelma, murmura:

—Si ya lo verán: se demora. ¡Igual ni recuerda! No, que es una zarza, y luego...

¡Zas!, don Camilo. Adhelma exclama:

—¡Lo tenía en la punta de la lengua!

Pensando en el rey de Roma... Lo tenía. Era eso, pero se hizo un lío. Ya no sabe si rey, si ruin; y sobre todo, no se arriesga a las palabras grandilocuentes: rey, rey... ¡Si al menos oyesen tal como ella lo escribiría, con minúsculas! ¡Bah! Tampoco era cosa de recoger abrojos. ¡Allá él! Había ido a la puerta y dio una voz a Catalina:

—¡Papá!

Entre la salita y el vestíbulo, está el despacho. Don Camilo y Alonso parten distancia, se encuentran en el despacho, se saludan.

—¡Cómo! ¿Es posible que le volvamos a ver en esta casa? ¡Pero Adhelma!

Se desconcierta Alonso. ¿Don Camilo..., no sabía? Interrumpe:

—Es usted muy amable —y pretendiendo, ¿qué? dadivoso de explicaciones—, señor...

Cortés, irónico, don Camilo sonríe y acaba por turbarle:

—Agradezco su visita, naturalmente. Agradezco sus felicitaciones. ¿Saludó a la señora? Sí. La ha ofrecido sus respetos... ¡Hola, amor!

Bien, ya está con ellos Catalina. Ese «¡hola, amor!» es para Catalina. Y mientras Alonso pensaba si habría sido no correcto anticiparse, adelantando su visita, y permanecer, ausente don Camilo, y además no veía la razón de que ahora le tratase de usted, si *antes* le tuteó, don Camilo sentimental dramatizaba, y atraía hacia sí aquella cabecita, Catalina.

—Ángel mío... Si en el momento de nacer se adivinara el destino de los seres, uno firmaría con su nombre propio. El de ésta, Ángela; Angélica, eso es: como la abuela; un alma pura, ¡bendita!

Acariciaba a Catalina, la cabeza de Catalina, delicadamente. La besó. Ya iban para la salita y, andando, se decía:

—Pasa usted de la mañana radiante a la penumbra del recogimiento. Los más limpios ojos, los del madrigal de Garcilaso (sic) precisarían unos instantes de acomodación.

Y sin dejar de andar, volviéndose hacia Alonso, que le seguía, y avanzando:

—Concédame *sine die* la tregua de estos preliminares. Ya se hablará, ya trataremos de otras cosas... No interrumpa... Le he abierto crédito en mi corazón. Irrumpe usted en costumbres inimaginadas en Alcándara, *non sancta* gente que se presume *chic*, y no advierte, no, que *tempo è galant'uomo*. Sólo algunos espíritus —tendió un brazo en alusión a Catalina, pero no iba con ellos Catalina, por lo que don Camilo en rápido inciso, bajando la voz y antes de seguir había intercalado: «está con la madre»— selectos, podrían entender... ¡Calle! En estricta economía biológica...

Se perdía, y Alonso aventuró:

—Catalina y yo...

—¡Qué dice! No me invite a superar caricaturas. No me atribuya la perfección por oficio; yo no busco ni temo las tentaciones de parafrasear.

—¡No! Quise decirle: Catalina..., simplemente.

—¿Catalina? Mire, mire el mundo, ¡cuánto vano dolor, qué general laceria! Liquida Tío Sam los últimos despojos del imperio. *Ave Caesar...* ¿Dónde está aquel XVIII de Galias cortesanas? Usted lo ve: Francia tronchada, la tierra calcinada, el pueblo roto. Y esa pérfida, victoriana égida de bárbaros y de judíos... Nuevas cancillerías aúllan y a dentelladas despedazan el toro de Europa, muerto a mano airada. Ya el Foreign Office más de una vez se humilla, y roído, requemado, en el número 10 de Downing Street el *Premier minister* secretea alianzas al margen del Quai d'Orsay. ¿Quién se permite negármelo?... Escuche. El Palazzo Venezia sucudiéndose los sabuesos del *Osservatore*, ¿que usted se extrañaría si le digo: mendiga la mano de la industrializada y catastrófica Wilhemstrasse? Pues ¡yo se lo digo! ¿Me sigue?

En vano, pero le sigue: anonadado de atención y de escucha. Los oídos le zumban, las alusiones se le escapan. Wilhemstrasse, cancillerías, Quai d'Orsay... Adormecido por la sonoridad de las palabras, encadenado a las frases, de idiomas extraños, que como látigos cargan y atropellan el aire, restallando, chocando, entrelazándose: *Verde Erín, summa cum laude, homo hominis lupus, audace fortuna juvat...* músicas no para marcha racial y guerrera; melodía italiana, o indeterminación pura, canto sin letra, con mucho de bufonería. Pero que, al pronto, ganan una voluntad, caen sobre Alonso y le sorprenden. Se necesitaría tiempo, largo trato, para la suspicacia y hasta para

la sonrisa. El enemigo mismo, en un clima de absurdos como el de esa retórica, se enerva y acaba por estimarle singularmente lógico y, sobre todo, poético, arrebatado y fascinador.

Alonso había perdido la sensación de la continuidad oyente; las palabras le retumban; ya don Camilo es una imagen, abstracto, mítico.

Recordaba a Gabriel, su encuentro hace media hora. Venían para acá, juntos, Gabriel a su propia casa, cuatro números arriba. Poeta lírico, Gabriel no paraba de andar, de hablar. No consiguió Alonso participarle su alegría: la noticia de que, precisamente, si llevaba ese camino, es porque él iba a visitar en su misma guarida a don Camilo.

Y ahora, desentendiéndose de la palabra de don Camilo, recuerda y se ahinca en recordar los versos que Gabriel recitó: un elogio a las moscas, familiares, vulgares.

Interrumpiéndose, para comentar o subrayar un verso, admirativo, Gabriel era como ese enfermo de tifoideas que súbitamente ha perdido el pelo, pero que aún no lo sabe, y de un momento a otro va a pedirnos el espejo o el peine. Gabriel, ¿padecería de alguna secreta enfermedad del alma?, se acababa de quedar sin gusto, sin poesía. Y Alonso caminaba en silencio y, aunque esforzándose, de vez en cuando se detenía para asentir.

Pero de pronto, punteando los vocablos, Gabriel arrastró el verso hasta una pausa inmediata al pie quebrado, alargó la pausa, templó su voz, y ennobleciendo el énfasis:

—*Yo sé que os habéis posado / sobre el juguete encantado, / sobre el librote cerrado, / sobre la carta de amor...*

*Sobre los párpados yertos...
de los muertos.*

Se restregó Alonso los párpados, que le pesaban quemantes, en fatiga, bajo la carga de una dividida atención a punto de insoportable. Y casi dio un brinco: inadvertida, la palabra de don Camilo descendió una quinta, mientras el aire de su monólogo *con fuoco* aceleraba, *allegro vivace presto*.

—¡Aquí está un hombre! Es un hombre inteligente. Le arrasarán, le negarán los incapacitados de la tierra; pero sin miedo ni altivez, sin narcisismo, yo digo: ¡el más inteligente de su tiempo! Pues bien: es hombre

perdido. ¿Quiénes son los responsables? ¿Quién tiene la culpa? Usted lo sabe: ¡la sociedad! La sociedad...

Volvió en ese momento Catalina. Había cortado la frase, había oído una sola palabra, y Catalina se echó a temblar: en labios del padre, *sociedad* era un vocablo explosivo, un concepto percusor de tres sílabas como tres espoletas. Entonces, en efecto, se mostró lleno de elocuencia. Les hizo saber su intransigencia con la sociedad; por supuesto, que no se trataba de intolerancia de enfermo a la medicina amarga y bienhechora; era un hombre y era su repulsa de hombre a la indiferencia social:

—¡La droga de la indiferencia social!

Un instante prolongado el efecto de esa conjuración de palabras, Catalina deseó que su padre oyese la voz de Alonso; sospechó un Alonso desencantado, abrumado, y no pensaba que don Camilo jamás celebraría oírle. Y que, si por un momento accediera a escuchar, dándole otro sentido a las palabras del muchacho recibiría esas palabras hendidas, despedazadas en el fragor de sus tumultos interiores. No se desalentaba Catalina y, de repente, probó a que don Camilo aserenase, que dejara hablar. Ya don Camilo seguía...

—En presencia de usted...

Resuelta, Catalina le ofreció la frente. El padre la besó, pero proseguía. Sólo que dando un giro a su parla y, como si de golpe cayera en el motivo de la presencia de Alonso, ahí, entre los dos, contestándose y otorgando, dijo:

—Sí, consiento.

Catalina buscó la mano de Alonso. Ya don Camilo no concedía ni la instantánea estela a ese júbilo, ni la emocional resonancia de la palabra, que requiere un inmediato silencio, como el eco para producirse necesita el descanso de un valle, la fresca hondura ancha de distancias. Inmediato, con argucia de orador que recoge la última frase y la estira y la lleva a ensamblar en el párrafo nuevo, don Camilo transformó la meta de su «Consiento» en previsorio puente de cañas, que le permitía caminando una orilla, saltar a la otra orilla y, río arriba, río abajo, seguir ajeno a los efectos del cauce: los márgenes de la corriente, como bordes de una herida que se resiste y no cesa de sangrar.

—Ni mi deber me obliga ni la razón lo aconseja, pero proclamo este consentimiento y, si es preciso, lo proclamo de cara a la sociedad.

Alonso principiaba a leer el carácter de don Camilo. Desconcertado en el laberinto de conceptos que don Camilo retorció, Alonso acechó su más propia manera de decir, y asordándose, para agudeza de los ojos, como en un ramo podado se renuncia a la brillantez de follaje por mejoramiento del fruto, empezó a cosechar sobresaltos de la palabra, gestos involuntarios, el estilo de aquella vida vertiginosa, contradictoria pero ya desnuda para él.

Comprendía la presión de las fuerzas inscritas en aquel hombre, el oscuro trabajo de tantos antepasados al azar depurándose en la construcción de un alma. Don Camilo dijo:

—Naturalmente, almorzará con nosotros...

Rebelde, era cristiano viejo, capaz de oponerse al matrimonio de su hija, y de oponerse con rabia, porque en las costumbres de sus mayores, sin privilegio de sangre o fuero o señorío, era impedimento de jóvenes el casarse; y ningún padre incurría en desacato a la grandeza, única exenta de la tutela que recortaba alas al menor de edad.

En su línea de vida se marcaba un individualismo vigoroso: don Camilo no aceptaría el pensamiento de vivir, quizá tampoco el de morir, aunque no le afanara propósito de obra perdurable, olvidado de los hombres. ¿Era ambición? ¿Debilidad de sentimiento enmascarada de orgullo? Era un tumulto, una ignorancia de razones que le indignarían de revelárselas el demonio, al oído. Y Alonso tuvo conciencia de todo esto, sin que nadie se lo explicara, derechamente, cuando Camilo exclamó:

—Se casaban mucho más tarde...

Le pareció estar oyendo el timbre, la frase y aun la construcción privativa de su propio padre:

—Del rey abajo... se casaban mucho más hombres.

Del rey, porque don Pedro rendía memorias de lealtad o vasallaje a las instituciones divinas: la Corona, el Rey.

No pudo Alonso ahondar los caminos de su intuición: acababan de avisarles para el almuerzo.

—Naturalmente, come usted con nosotros.

Le faltaron fuerzas para la cortesía de excusarse. Entonces se preguntaba si, en efecto, don Camilo era lo que se dice un político. Sonaba la campanilla y acudió Catalina:

—La puerta.

Alonso no se vio solo. Doña Adhelma le tomaba del brazo, con aquella ternura sin palabras y aquella sonrisa... Como rodeando tabúes de la tribu remota y olvidada, Adhelma: apasionadamente. Un derecho mitológico,

otorgado a los dioses; amor que entre los incas cobra fuerza de mandamiento, privilegio tan sagrado que no va con el común de los mortales. Soñaba:

—¡Alonso!

Y soñando, levantaba un futuro de castillos. Veía las bodas de su pequeña Catalina; una vida ancha, dorada, que ya en tiempos para Eve deseó, y cuya frustración nupcial ceremoniosa volvía, cristalizaba, recamando de irisaciones el velo del ensueño. Le veía abogado ilustre, grave la palabra, reposada; en bata, junto a la chimenea, o con toga y zapato de botines y el birrete de ese extraño sacerdocio, al que inmediatamente asoció la figura de Albertito; y como a veces, entre la confusión de imágenes se infiltrara la nerviosa nostalgia de Luis, pasaba a figurarse un Alonso diputado, o senador de la república; sí, *República*, para que, lejos de amohinarse, también Camilo participara del contento.

—¿Quién llamó?

—Que si queríamos perdiz —dijo Catalina—: la del tercero.

—¡Perdiz, perdiz! —insinuó don Camilo, ya a la mesa; y mirando al novio—: usted... No le sorprenda; me cuesta abandonar el usted. Fue costumbre de casa para los hijos mayores; no sé... por esta criatura, la aboliríamos.

—Papá: pero no es cosa de mantener el tratamiento en familia... y sin familia.

—¿Cómo sin familia?

—Para mí sola. Cuando éramos cuatro... ¡todavía!

Adhelma terció:

—También ahora somos cuatro. Con los otros, qué sé yo: seis o siete de familia.

—¿Eh?

Don Camilo inquiría, distraído. Se volvió para Alonso:

—Veo en todo momento lo que los otros piensan.

En *crescendo* hasta el énfasis, a la vez que recogía sus ojos conquistadores y miraba al plato, silabeó:

—Yo sé lo que estás pensando...

Tuteaba y Alonso no lo advirtió. Pensar... ¿en qué iba a pensar? Temeroso de relampaguear enojos, y de su misma turbación delatora, se buscó pensando:

—Pensaba en el viejo. Que es un soñador, pero ¿político?

Pues era la sospecha de don Camilo: que se le condene su anhelo de distinción; la conciencia alerta, para sostener su dominio; la disciplina,

activa... Le volvió el humor; recordaba:

—¿Cuatro? Bien: no contarás el teólogo. Ni a Eve. ¿Qué saben de familias? Su familia es el arte, su familia es el coro... Querido, ¿no conozco tu voz! ¿Pero por qué no se dialoga?

¿Dialogar?, pensó Alonso. Es un duelo. Aceptaría el duelo. Sólo que, a ver: condiciones... Catalina sugirió:

—Si empezáramos... Vaya, os presento la minuta.

—¡Ah! *Honores mutant inores*. Primero, ¡no!, tu invitado.

—Primero, papá.

Y para Alonso:

—Además, hoy es su santo.

—Pues, veamos —y con irónica pedantería, a punto de sublime por confesión de su halago, don Camilo se pone las gafas, toma la servilleta, la aparta, extiende un brazo y representa el simulacro de leer— *Consommé*, crema de ave... ¡Espléndido *savoir faire*, qué distinción de casa! Barabarabah... Para tu hígado, lo indicado es el jugo de zanahorias; aunque muy joven parece el elegido de los manes de Prometeo. A mi pequeña... ¡ya! En día de tan legítimas emociones, algún cordial: jugo de tomates.

—Excelente, papá: esto no es una carta, esto es un poema.

—¡Que se enfría! ¿Salsa?

—¡Salsa fría milonga! Retro a la mahonesa... En fin, ya vendrán mis *hors d'oeuvres*, naturalmente.

—Pero ¡papá! ¡Pero son entremeses de teatro!

—¿Teatro? Hablamos de algo muy serio. Y muy en serio.

—Y ¿qué me dice usted? —insinuó, con transición patética, don Camilo —. Una tierra sin árboles, una piel seca, un latifundio de pobreza.

Motivos para hablar, desde luego. Pero Alonso no era un salteador de los caminos, no se arrojó a la polémica. Aprobaba, cuando de corazón rectificaría:

—¿Castilla? Que es pobre. Oasis de bosque, Centenera, come pan de bellotas. La campiña andaluza es tierra húmeda; hay trabajo estacional, pero permanente. Galicia, árbol, agua y microfundio, ¡qué!; su emigración nos despuebla. Y ¡a qué acordarse!: Raso de Villalpando, Moraña de Ávila, Cerratos de Palencia, la Sanabria, estepa de Cuenca. ¿Recontar?: baldíos, siberias, lavas, pizarrales. Monegros, paramera de Molina, llanos de Urgel, Castellar, las Bardenas...

Y doña Adhelma principió a servir de la fuente de patatas. Muy blancas, cocidas, con su *bouquet garni* que las decoraba, y aromatizaba el estrecho y alargado servicio de comedor. Apenas un ramito en el caldo, nada, unas gotitas de *fonds de cuisine*, salsa española, vinagrillos.

No cabía mejor gusto: los centros de juego para estilizar la mesa; platería de Potosí; talla cantarina. Mantelitos individuales bordados en ñanduty, servilletas a doble hoja; pan caliente. Sonorosa la copería, muy completa. Y botones de verdor en rica gama: berro, puerros, laurel, limón, olivas, hojitas de lechuga, ramerío de perejil... Don Camilo reparó en las copas.

—Sugiero un agua de Fuente Viva. Si lo deseas, blanco *Chablis*. Figúratelo y ésta es la copa. Aquí, tinto del Priorato. En seguida vendrán los champañas. Y copia de licores. Pero, costumbre de la casa, habrá que servirlo a mantel alzado, en el *fumoir*.

Señalando un mantelito, Catalina solicitó:

—Alonso...

Miró Alonso, y ya doña Adhelma interrumpía:

—No, no es lo que tú piensas. Catalina, que lo cree de allá. ¡Pero no! Encaje de Bruselas.

Lo que Alonso admiraba no era una calidad, precisamente; era un destino: entre el lavafrutas y el plato, ése destino. La decadencia de la casa no se advertía en lo permanente, ajeno a la mano de sus moradores; sino aquello que, al no irse renovando, se desgajaba como el empapelado de una habitación, todo aquello que por naturaleza declinaba y moría: las maderas, oscureciendo; estampas de comedor, ya patinadas; los recocidos del techo y la vajilla, desigual, en un trincherero de cristales rotos; las paredes, sahumadas de brasero de viva lumbre, no pasada por el tamiz de las faldas de una mesa camilla.

Se la notaba casa en derrota, y en confusión los estilos del menaje: ese largo sofá de gutapercha, que más parecía duro banco y que en Alonso, ahora junto a Catalina, desencamaba los recuerdos de aquel asiento de tercera, cuando se enamoraron; y sobre cuyo sofá inmediatamente imaginó la posibilidad de reconstruir a solas, otro día, la escena del tren, el instante mismo en que se conocieron.

Entre los mantelitos se descubría el fondo acuchillado, un hule a cuadros, blanco y lila. La sillería, de batalla: cartón piedra y tonos sepia que semejaban madera curada, con ese brillo tostado que, como los trajes marrón, se elogiaría por lo muy sufrido.

Mojándose, el cartón de algunas sillas, deformado, se tornaba inservible; eran las arregladas en casa por la mágica artesanía de don Camilo cuando, a hora de siesta, para que los muchachos reposaran sin dormir, recomponía un mobiliario desahuciado hasta de la cocina, y remendaba los agujeros del labrado asiento, con tablas que no por acabadamente aserradas dejaran de sobresalir en las caderas de la silla.

Un serio problema, el color; la diferencia de tintes del barnizado y que no había manera de salvar porque cada tabla era de calidad distinta a su pareja, dispares en madera, porosidad, grosor y lisura; y un más o menos intenso embarramiento venía a mostrar la cantidad nerviosa con que se le dio muñequilla o nogalina. Todo lo cual torturaba a don Camilo, obcecado por conseguir la superficie más uniforme; hasta que Adhelma, inquieta del estallido, inminente, y tal vez en última resolución piadosa, le decía:

—Mira, déjate ya. Cuando venga Eve, que les dé una mano; verás qué bien quedan.

Y que sería la llama en la espoleta, presentar a la hija como pintora de limpieza, cosa que don Camilo asociaba a cierto aspirante a dictador del mundo, famoso por aquella época y de quien para degradarle se decía que era pintor de brocha gorda. Con lo que turbándose, Adhelma no acertaba ni en simplezas como ésta: que las diferencias de tono siempre se subsanarían sentándose encima y, cuando no, cubriendo el arreglo con los ricos brocados de unos cojines de lentejuelas, en raso, en pana, en terciopelo, que aún acolchaban las camas de la pobre abuela y de los hijos ausentes.

No se sirvieron más platos: la salsa, patatas blancas al perejil y medallones de merluza a los que don Camilo rindió honores de lubina. Hubo de postre milhojas y en las copas añoranza de rubíes riojanos, oros del *Costil Corvo* y bronces de un *Martel cordon bleu*. Todavía don Camilo quiso rendir honras a los sueños de su menú frustrado:

—Mi vida... No se podría pedir más. ¿Qué *le* parece, caballero? Consomé *Royal*, medallones de *Cabillaut Dugleré*, ternera de Ávila al asador, jardinera de legumbres y patatas Delfín... Realmente regio. Pero, jóvenes... ¡Jóvenes! ¿Cómo no se han atrevido con ese pastel helado *Liria*; o lo pidieron? Ya. En cambio, a mí, ni un rígido homeópata me prescribiría moderación más estricta.

Hizo una pausa, y ágil se irguió, casi rudo. Se dirigía a la ventana. Por el azogue de un cristal empañado, Alonso pareció advertir que don Camilo, de espaldas, se llevó el pañuelo a los ojos. Como no se fumaba, podrían

abandonar la mesa y marchar a la salita por el largo pasillo, si oscuro, colgado de paneles de espejo que relumbraban en la pared.

Levantándose, Alonso comparó esta casa con la suya propia, acomodada pero pequeña, sin ese tono de alegre disparate, bondadoso humor, vitalidad y hasta íntima violencia que don Camilo provocaba; sin el exquisito gusto que aromó aquella mesa, de yantares humildes.

Tornó a la escena del tren y, para que la evocación fuese perfecta, no se privó ni de la ventanilla, paisaje; porque abría junto al sofá un ventanal amplísimo, en balconaje de hierros oxidados, desconchados, de cobriza herrumbre, al que primavera arriba disimularían los arriates y trepadoras en cultivo. Y esto le trajo a la memoria las costumbres de doña Isabel, afanosa de macetas, a las que prodigaba mimos sin fatiga. Alonso va en cada flor viendo la veladora mano de su madre.

—¡Qué primores! —apuntó—, ¡qué pena, un jardín!

—¡Ya lo creo! ¡Pero es todo un jardinero! —dijo Catalina—. Papá cuida sus flores. Sabe mucho de cosas domésticas: papá encajona un semillero, riza faroles de papel, molinillos, se inventa pipas de alambre, sortijas de ficha de dominó, rosas artificiales...

—¡Bah bah bah! —amenguó, volviéndose y bromeando, con sofoco satisfecho—. Que le asquea a uno el mundo o que se cree un carpintero. Como el fraile. Mire, eso no me parece mal: cada celda tiene su taller, para desentumecerse; y sobre todo, un rinconcito de jardín. Lo que pasa, que a lo mejor aquella tierra no sirve. Es importante la tierra. Para esas begonias yo lo he pensado mucho, hasta que mezclé unos puñaditos del jardín de abajo; y luego, vegetal, hojarasca; y arena fina. El fraile, o monje como ellos dicen, opina que es el oficio más antiguo: claro, Adán fue jardinero.

—Tu madre —terció Catalina, animosa de recobrar la iniciativa para Alonso—, también, ¡qué enamorada de las flores!

—Sí. Y mi padre. Y tiene gracia, porque la engaña, fingiéndose enfadado. No le gusta lo que ya es trabajar y a destajo, pero en el fondo mi padre es amante de la flor. No hay primavera, ni otoño, que no escriba a París, para que le envíen semillas.

—¡Qué disparate! —exclamó don Camilo; y Alonso vaciló; pero, al momento:

—Bueno: utiliza frecuentemente el correo. Son compras muy curiosas. Cuando vivíamos en el pueblo, traía quinina de París. Centenera es tierra

palúdica. Y desde luego, papá hacía pedidos directamente a unos almacenes de Barcelona. No era incómodo: se demoraban, pero al fin los paquetes, traqueteando en el carrito de portes del cartero, que allí decíamos correo, aparecía sobre la misma mesa del comedor. Si alguno de los artículos no se correspondía con su anuncio, por inexacta imagen, error de interpretación del grabado o errata de catálogo, se apresuraba a escribir... Que sí, que podía devolverlo. Y rectificaba, cambiaba. Los almacenes accedían siempre, muy amables. Ahora, por estas fechas, creo que eran caléndulas lo que sembraba. Y quizá el geranio; en esos balcones hermopearía: crece rápido y los hay de flores enormes, con su escarlata encendido. Mejor que semillas, el ideal sería que embalsen, por ejemplo, en musgo húmedo, esquejes ya enraizados.

—No, hijo mío... No me desilusione. Febrero es el mes que yo consagraría a la *socialización* de la flor. En otras palabras: la poda. Incluso la poda de frutales, porque todavía la savia no ha empezado a subir. Nuestros cultivadores ¡qué saben de anatomía ni de fisiología vegetal! ¿Cuándo ha visto que espolvoreen una planta, que los troncos se cepillen, o se curen las heridas, eh? Y, alquitranarlas...

—Casi. Mamá lava las hojas con jabón, las rocía...

—Es tener una mamá encantadora, bendita sea. Pero aun así. No basta. Hay que azufrar los rosales; más, más sulfato de cobre... y esto no lo hace nadie a quien le guste una flor, ¿comprende? ¡Adiós poesía! Pero ¿cómo ha dicho? ¿Geranio?

—Geranios de hierro.

—En febrero no hay geranios.

—Perdone usted, si se siembran...

—¡Querido amigo! Es usted un joven muy sutil. ¡Si se siembran! Me lo propongo y ¡violetas en octubre! Pero nadie impediría que se me juzgase un insensato. ¡Hombre! Ahora se habla mucho de un cortijero... Ese poeta andaluz que ha muerto arruinado porque entre romance y romance, que es como entre ceja y ceja, se le metió cruzar reses en busca de miuras con los ojos verdes.

—Es bello.

—¡Ah! Entonces... contigo, pan y cebolla —y observó de reojo a Catalina.

—¡Toma! —se dijo Catalina—, hace suya la condenación que tanto le sofocaba en labios de la abuela...

Precipitándose, don Camilo concedió:

—Escuche: violetas en octubre no es una tontería; no es ningún imposible. Se llegaría al reflorecimiento, si impidiéramos el desgaste de la materia nutritiva. Cosa de enriquecer, pero sensiblemente, la tierra. Sin embargo... pues se lo voy a decir: no sería bello. Como no hay belleza en que la mamá vista de colegiala, o yo salga de pantalón corto. ¿Qué iban a hacer, violetas en octubre? No. Quédense para febrero, compañeras del lirio y el tulipán, parejas al nomeolvides, entre los pensamientos y el alhelí. ¿Eh? Ya es color: una aurora de la primavera.

Redondeando frases, don Camilo acechaba su mutis de gran teatro. Se volvió, de cara al balcón. Sonriente, Alonso había desviado el mal aire que la conversación cargaba; brindó la palabra a doña Adhelma:

—¿Su flor?

—¡Ay! pues... muchas. Me callo, porque son muchas. Y además me entra la nostalgia de mis flores, allá... Las sé realmente hermosas. Ipomea.

—No la conozco.

—¡Pero sí!, campanillas. O más delicado, cielo de España.

—¿Y la dalia?

—Muy bellas flores —aseveró don Camilo—: victoria regia, rosas paraguayas. Como son los pájaros, los más vistosos. ¡Hombre!, la dalia es una zinnia, simplemente; una de aquellas zinnias de civilización aborígen. ¡Dalia de Moctezuma! Se cultivaba en los jardines del emperador. Claro que esto es irse a los mayas, al norte. Pero no es lo mismo; puede haber más distancia, y yo no diría «como de aquí a Suecia», por ejemplo. América no se mide en kilómetros de Europa. Yo todavía no lo vi escrito; sin embargo, me parece un concepto fulgurante; datos, no siempre mínimos, y que sin razón uno atropella.

—Y la fuchsia, papá. Hay flores simples, muy conocidas, que vinieron de la otra orilla: heliotropo, girasol; sí, la petunia; capuchinos...

—¡Cómo! ¡Menuda zinnia! Los pétalos se rizan y estrían tonalidades de un aterciopelado brillo, vaporoso. Todo el verano está en flor, y aun parte del otoño; es una de las especies de más vida.

Pensó Alonso:

—De cambiar apellidos, a don Camilo no le sentaría mal *Huertas*, humilde, lozano y significativo de su vocación.

Doña Isabel se llamaría *Rosa*, nacida *Flores*. Catalina... Bueno, es para dudar; extremando, *Nieves*, flor de nieve que asombra los follajes con su albura pequeña, de primavera muy temprana; extremando, *Adelfa*.

—Me gustan las adelfas —confesó—. Cuando veníamos del sur...

—¿Del sur? —indagó Adhelma, sorprendida.

Y Catalina:

—Nos conocimos en aquella excursión de La Torre. Sí, el tren de regreso.

—¿Verdad? ¡Qué flores! Patéticas, colgadas sobre el vacío, precipicio abajo. No sólo flor; la planta, el adelfar entero.

—Yo he leído que son flores gitanas. Entre las picas, ese color de sangre al enfriarse...

—Atardecía.

—Por la mañana ya están carbonizadas.

—Tienen aire de laurel o de madroño.

—¿Madroños? —preguntó incierto, quizá para cortar el dúo, don Camilo —. Adelfos.

—Mamá: ¿por qué no encargas adelfas?

Doña Adhelma:

—Escuecen los ojos.

Don Camilo:

—No se pueden oler.

Doña Adhelma:

—Envenenan.

Y don Camilo se removía con la impaciencia de quien no soporta más el temblor de esas palabras. Había algo amargo, áspero, adélfico, un presentimiento de crímenes pasionales, un ramaje de cuchillos, en ese nombre encresponado y esas palabras...

—¡Vamos, vamos! —Y don Camilo abrió marcha—. A la salita.

6 BUFONADAS

¡Nena, querida! Paraguayos al grito de guerra. Cada loco... ¡Asombre a sus amigos! Mate de fantasía. Algo se trama en un portal. Sea usted bueno con ella.

—¿Te arreglas —pregunta Adhelma—, o sirvo el mate?

Hablaba para Catalina; anticipándose, don Camilo, dijo:

—No. ¿Lo tendrás en infusión? Por éste. Si no está uno acostumbrado, es preferible infusión. A lo mejor hay visitas. Luego lo sirves. En la sala.

Éste era Alonso, que ahora, siguiendo a don Camilo, se acerca a la sala. Todos los cumpleaños se han festejado aquí, teniéndose el comedor en poco para los arrebatos del brindis.

—¡Apúrate! —gritó desde el pasillo don Camilo; se trataba de Adhelma; y acompasando el tono, al hablar con Alonso—: Quiero elevar mi copa. Y por esa bendita...

Desde la puerta, Catalina:

—Don Jesús. Que ha mandado unas botellas, papá...

—*Dolce far niente...* Y tú, criatura: no te demores... Esta tarde — prosiguió, con Alonso— ya la verás. Una rapsoda —y asordinaba la voz— con todos sus rubores, pero ¡qué! serenísima.

Sin perder el ademán, tribuno, a la media vuelta miró el comedor recién abandonado y en donde se veía a Catalina, las manos en alto, los brazos instantáneamente paralizados, como si también esos brazos y esas manos hubieran oído las últimas palabras de don Camilo, quedándose inmóviles, a la escucha, todavía un segundo antes de agitarse tundiendo y ahuecando con rabia un cojín, porque ya Catalina había reaccionado y protestó:

—¡Papá!...

Don Camilo encendió el ojo más próximo a Alonso, le miró en un sesgo, alegre sin romper la risa y, apenas en susurro, que *ella* no le oyera:

—«¡Papá!»... La enfadan mis bromas. ¡Papá!, dice... ¡Nena, querida!

La presencia de Alonso y la llegada a la sala aserrenaron su emoción. Rápido, cambiando el juego, le confió que no, los fieles, no faltarán; más: ¿no eran las tres y media?; pues andarían cerca.

—Son, no diré mis adeptos; en mi república hay ciudadanos, no súbditos; los amigos que muy pronto me otorgarán el honor de que le presente, merecen la distinción de cruzados de la causa... ¡Adhelma! —gritó— que vendrá el primo de éste —y en sólo para Alonso—: Raúl. —Luego, sin reparar que en ese tono Adhelma no le oiría, prosiguió—: Gabriel, poeta insigne...

Alzó la voz:

—¿Me oyes? ¡Adhelma!

Para otra vez bajarla y, atemperada a la distancia de Alonso —no se permitirá decir, «al diálogo»; ¡dialogar!, exclamaría Alonso, ¿pero deja?

—Siéntate, siéntate.

Como al principiar año —pensó Alonso—, cuando en una carta ponemos la cifra del recién pasado.

Así, en esta primera charla con Alonso novio, don Camilo se confunde y vuelve al tuteo, los tiempos de aquel pequeño amigo de estudios de la hija y a quien, naturalmente, tuteaba; pero que, ya prometido, y por lo menos hasta la proclamación de esponsales, merecería el respetuoso distanciamiento del *usted*... Tomó asiento.

—A veces, en esta sala el corazón se me carga con la nostalgia de los ausentes: Alberto, Luis... Esa desventurada... ¿No te enseñaron su tarjeta de hoy? ¿No se lo dijo Catalina? ¡Claro! Usted no ha conocido a Eve. ¡Hermosa tarjeta! Una acuarela de las suyas.

—Bueno —Alonso hubiera dicho—, conozco a Eve. Catalina me contó...

Inútil. Ya don Camilo se desentendía; alerta a las nuevas palabras, se puso en pie:

—Venga. Éste es Alberto. Claro, antes de meterse monje. Mire qué belleza. ¡Frente más lúcida!... ¡Pobre mío!

Y con la voz emblandecida de congojas, besó la cartulina:

—¡Más majo! Iluminaba, esa expresión...

Silencioso, Alonso aguarda en un respeto, y cuando desde su lejanía inicia el movimiento de admiración conmovida, don Camilo murmura enojado, recabando para sí la exclusiva defensa de un hijo cuya vocación tantas veces sólo él había reprochado.

Les debió de llevar mucho tiempo estas recordaciones. Catalina acababa de incorporarse; lucía un ajustado terciopelo negro y primores de bordadura ñanduty; dos ondas en el húmedo pelo, que Alonso estimó no enteramente ridículas, aunque le sugirieran sensaciones de muy dudoso atractivo. Tampoco le ganó esa premura de llegar a la sala, mientras la madre, que una vez más se había quedado sin servicio, lavaba platos.

Alonso tardaría en saber que jamás Catalina ayudó en faenas de la casa, y que el único descanso de Adhelma nacía de que, al carecer de sirvientas, la dejaban respirar yéndose Camilo a excusadas calles, de acecho por las esquinas, para consolación de una cualquiera de aquella servidumbre tan fustigada por la abuela. No la inquietaban las andanzas, porque jamás lance de amor amenguaría su rango de primera en casa, y señora sobre toda ocasión.

Catalina ¿pues, cómo figurárselo? Adora al padre. Se necesitaría la erosión de muchas pruebas, años de maledicencia, hasta calar la hondura de un corazón amante. E incluso el día en que la luz de una crítica o una evidencia rectificasen las sombras que la encadenaban como en un mito, ¿qué será Catalina sino menos que sombra, ya sin bulto para los picotazos del entendimiento, maleada por las formas sociales, amplia de circunspección? Inocente ahora, en la salita, se ha puesto al piano. ¿Qué es esa música?

*Paraguayos, república o muerte,
nuestro brío nos dio libertad.*

Emocionado, canta don Camilo, bisa el final, con el volumen y la oscuridad de un barítono para bajo y toda su voz sobre el aliento:

*Ni opresores ni siervos alientan
donde reinan la unión y la igualdad
la unión y la igualdad
la unión y la igualdad...*

Abraza a la hija y casi gime.

¡Ay! ¡Si viviera! —despectivo con Alonso, porque evocaban a la abuela y ese despego establecía la marca de distancia que, aunque próximo por sus relaciones con Catalina, le apartaban de la intimidad de Catalina misma, en familia—: no, no habrá mujer más buena. Era una santa.

Pero, saltando el tono, vivamente, como espoleado por la nostalgia, o a la memoria de la abuela, pidió:

—Aquello que tanto le gustaba... Esa canción...

Revuelve partituras, hasta que Catalina, contagiándose de fervor se decidió:

—No sé... Vamos a ver, de memoria...

Y golpea una nota, por si con su llamada se le revelase la continuidad de la partitura perdida. A los primeros compases, Alonso identifica la música:

—*Alma de Dios*.

Cuando la letra narraría el tema del vagabundo, don Camilo tararea. Suena la campanilla; Catalina deja el piano y acude a la puerta. Don Camilo, rápido:

—Será don Ramiro... ¡Eve, si la vieras tocar! Catalina es que no tiene tiempo. Demasiado lo que hace, ¡pobre! Catalina se defiende como una leona.

—Eso es bueno, don Camilo —exclama, desde el despacho, entrando, don Emilio—. ¡Hombre! —Agrega, estupefacto y contento por Alonso—. ¡Hombre!, venga a estos brazos, don Camilo; ¡hoy es un día!

—Pero ¿el violín? —interrumpe Catalina, azorada.

No, don Emilio no ha traído su violín. ¡Tantos médicos!, repara Alonso, amigos de casa. No sólo médicos. Otro importante grupo, boticarios. Además, don Emilio es médico aparte. No ajedrecista como Lito, contertulio del Salón, lector de obras de pensamiento. Tampoco un especialista, como Salas, puericultor, que no sabía palabra y ahora, menos mal, se anuncia en males de piel y camina ensoberbecido braceando el bastón.

Hay otro médico, de personalidad creciente: doctor Albalá; abrió sanatorio y va afamándose en muy curiosa especialidad: «generalidades»; sierra un hueso, mete un forceps, punza una pleura, trepana un cráneo, taja un peritoneo... De cuando en cuando escapa; temporea en Madrid. Distraído, si toma un taxi ya ha perdido el sombrero. De fáciles amoríos, escandaliza a sus hermanas, que le miman, temerosas de un matrimonio desde luego no precoz, pero inconveniente. Arbitrario, sus reacciones bruscas desequilibran la administración del negocio: cuentas impugnables, o medicinas a su cargo. Le visita don Camilo, con frecuencia; charlan. Alguna vez coinciden, de rebotica. Les une el doctor en ciería: Luis, un joven de talento. El padre no lo sabe; Albalá cogió un día a Luis, le dijo:

—Muchacho: yo soy un hombre sin hijos... Con que, a trabajar, y aquí me tienes.

Pero ¡Luis!

Don Emilio médico, no, don Emilio es conservador de la familia. Cuatro amantes de la música. Escribe nanas y toca el violín, casi virtuoso. Carmen, su esposa, el piano; y dos hijos: segundo violín, chelo. Alonso recuerda aquella casa: dulces melodías, al paso, en busca de Catalina. Sólo una vez entró. Había acompañado a Catalina. Esperaba en la puerta, salió Catalina y dijo:

—Quieren conocerte.

Era una luz entre tules y era una sencillez y encanto de familia, sufrida, pálida, cordial.

Ha llegado Gabriel, poeta lírico. Su hermano, que vendrá más tarde. ¿Gabriel? Un exaltado: tirada la frente atrás, el pelo a raya, para disimulo de entradas, ya incipientes; ojos grises en un rostro moreno claro, levísima curva la nariz, anhelante la boca, vital y sensible. Efusivo:

—¡Don Camilo!

Y asordando la voz:

—Catalina: una muchacha enamorada multiplica su belleza.

En apartes continuos, ahora se lleva al hueco de un balcón a Alonso:

—¡Hombre! ¡No me habías dicho nada! Cuánto me alegro. Siempre machacándole: «Don Camilo, acabe usted con esa prohibición que le ridiculiza. Don Camilo, usted es un hombre de la época. Don Camilo...».

Unos años mayor que Alonso, el poeta Gabriel se enorgullece de leer novedades y enturbiar las aguas calmas de la provincia: J. R. J., Federico, Tagore, Azorín, eso es todo. Azorín como ídolo del hermano, don Jesús.

—No, no tarda. Es que reposa, ya lo saben.

Y para Alonso:

—Se alegrará también. Tú no le conoces: él es muy silencioso. Pero los quiere muchísimo. Sí, sí se alegra.

Entra en ese momento don Pepete. Alonso no es un ingenio. De bromear, no, tampoco él le diría: «don Pepete, ojo cachondo», por su tic en ese enrojecido ojo de alcohólico, de lacrimal todo automatismo. Está además acordándose de don Jesús.

—No, no me tiene simpatía —se dice Alonso; y disimula porque le escuece decepcionar a Gabriel—. ¡Qué abismo entre los dos!

Don Jesús pertenece al clan de boticarios. Otro grupo de amigos tan numeroso como el de médicos, no menos pintoresco. ¡También es rareza, don

Camilo! La verdad, en casa no hay enfermos. De todos estos amigos, la mayoría políticamente, ala derecha. Los mismos republicanos, son derecha; se reúnen por reboticas.

A la de don Pepete concurre don Prudencio, boticario en exilio, titular de Centenera; a él se refiere don Pepete:

—Eso digo, que Prudencio venía para acá y Julio, como anda atareado, ¡hombre!, se lo llevó con él.

Hermano de don Pepete, Julio es gerente de Laboratorios lombricidas JUPE, nombre registrado, válido para una interjección y nacido como anagrama de fraternidad, JU, por Julio; PE, de Pepete.

—¿Qué tal? ¡Mi querido vizconde! —exclama don Pepete, casi al unísono del recitado con que se acompaña entrando en la salita el aludido.

—Señores:

*Es muy cansado
un hombre en humilde estado
hecho un mapa de apellidos.*

Viejo vasco, el vizconde trabaja de ingeniero forestal. Habla esperanto y propugna su proclamación como lengua universal de la política y el espíritu. Se ha venido a Alcándara y ejerce por jorobar el abolengo de su mayorazgo, senador vitalicio, duque inaguantable. Todos le rodean; trae el vizconde noticias de la rebotica de don Pepín, hijo de don Pepete, amigo inseparable, gran charlatán.

—*Bonan vespero, sinjoroj! Bonan, fraŭlino! Mi parolas Esperanton. Kion da eksterordinara gi havas?*^[1]... Señor: nuestros jóvenes amigos me encomiendan que le felicite y los excuse. *Tre bonvole... Kia plezuro!*^[2] Un apenado gusto. Pero seguro de comprensión para mis palabras. *Cu vi komprends min*^[3]. Desearía el esperanto como lengua de esta magna tertulia. Podría yo entonces expresarles toda la pena de mi corazón... *mi koro... Kiel on diras? Kia domago!*^[4]. ¡Oh, es congojoso, amigos míos! *Gi ne estas ebla!*^[5]. Nuestros jóvenes no han podido venir; ahora mismo se hallan rindiendo honras al desventurado Riveiriño, el que me cortaba y cosía estos trajes guateados y ayer no más pidió el suyo de luces por si hubiera que enterrarle. *Tiu-ci mateno!*^[6]. ¡Ay, esta mañana! El cirujano, señores, llegó, abrió, cosió. No ha dicho palabra. ¡A otra cosa! Esto es superior a mi resistencia. Yo no me he atrevido a ir. *Mi bedaŭras gin multe!*^[7]. No me importa decirle, don

Camilo, que por eso estoy ahora en esta casa. *Pardonu min*^[8]. No me lo agradezca. No merezco la estimación de mis amigos...

¡Vaya! Costó salvar aquel bache de luto, un sobresalto angustioso para la marcha de la velada. Entre los contertulios o rebotica don Pepín, a quienes el vizconde excusó, se contaba Teodoro, Doro, joven abogado que, arteramente recluido en la casa de salud, para privarle de herencia, provocó el levantamiento de su pueblo, donde parecería nada loco y desde luego menos peligroso que su parentela infame. Pero también asiduo de la rebotica era el doctor Albalá.

—¡Anoche! ¿Cómo se pone a operar un hombre así? Estuvo anoche, naturalmente. *Gi estas nekredetla*^[9]. ¡Si bebió! Ya iba mediada la botella, y ¡menudo coñac! Don Pepín volvió a llenarle el vaso, la probeta: se bebía en probetas, naturalmente. Y entonces, el doctor:

—Usted ¿qué se propone?... ¡Usted pretende embriagarme!

Y estrelló la botella contra el techo. ¡Botella! Aquel tarro de calaveras pintadas, que decía, ¿lo recuerdan? *Veneno*. Claro, don Pepín, como un rayo:

—«¿Embriagarle? Ya, no...».

—¿Lo cazaron? ¡Sí! Don Pepín se asomó a la botica. Le tocaba guardia. Acababan de llamar. ¡Hombre! Era El Eco. Don Pepín le tuvo moliendo polvos de pica-pica, esos para desalojar pelmas... Sí, que mete los polvos en una vieja petaca; ¿hay latosos?; pues se lleva la mano al bolsillo. Los íntimos se dan cuenta, pretextan lo que sea y salen; don Pepín aprieta la petaca, y al minuto no se puede ¡pero, qué tos!, en la rebotica... ¿Eh? ¡Ya lo sabían! *Koran dankon*^[10]. Bueno: anoche fue una delicia. Don Pepín había dicho:

—«Eco: hoy tienes guardia».

—Y en efecto. El Eco, centinela, se tiró de bruces, a la entrada, con un gorro de periódico y el rifle de una escoba de palo...

Se atropellaban por evocar disparates de El Eco, *periodista*, vendedor entre imbécil y cínico, porque era un tipo de risa, pero capaz de pequeños negocios; hombre anuncio, matutero, escurridizo y voceador.

Es curioso, cómo el vizconde evolucionaba desde su pena de velatorio, orilla de las lágrimas, a la donosa narración de unas anécdotas de pícaro. Alonso, ¡qué le va a hacer!, desconoce el esperanto, pero mucho se temía que el vizconde no les hablara una especie de sumo arte del camelo.

Si curioso, con no menos curiosidad registraría las otras reboticas. Don Julio, inclinándose hacia delante, al andar; los azules ojos escalfados en anchas bolsas de cárdena y floja piel; su discordia de pelos sobre la calva pálida; muy lila el traje, tornasolado; siempre don Julio a las órdenes de su

hermano don Pepete, pero con obediencia burguesa, republicano de ocasión, enriquecido por los cultivos de lombriz.

Ésa era rebotica poco frecuentada: Laboratorios JUPE, donde a estas horas charlarían don Julio y don Prudencio, boticario de Centenera, de resoplante nariz, a la que arrancaba pelitos negros, cerdas, cortísimos.

Venía la rebotica de un elefantiaco: don Jacinto. Amigo de don Camilo por razón muy distante de la política: sus coincidencias en el deleite confitero. Prosperaba don Jacinto con su negocio de vacas, abastecedoras de los cafés de Alcándara, y esta tarde felicitó a don Camilo sobre inmensa bandera de mitra gitana, caramelos de rosa, yemas de San Jorge, sultanas de coco y huevo, pasteles trabuco y un espeso oportó veinticuatro grados.

Volvieron a solicitar de don Emilio un toquecito de violín.

—Pero hoy no es día para músicas —dijo—. La música mejor, tus palabras —y rindió gentileza a Catalina.

Don Camilo aguardaba la crecida del auditorio. Sería entonces el momento de servir el mate. ¿Llamaban?

Juntos, aparecieron don Ramiro y Raúl. No habría número más pintoresco entre los muchos y divertidos de que se componía la velada. Éste iba a ser el número de los vegetarianos.

Además de vegetariano, don Ramiro, venerable de lengua barba, cultivaba la fantasía numerológica. Se confesaba pitagórico y extraía raras virtudes a las combinaciones numéricas. Le llamaban unos Ramiro *Barbas*; otros, *Pitágoras*, no sólo por estimarle pozo de ciencia, sino por la envejecida muletilla de su conversación; tratara, o no, asunto de números:

—¿Lloverá mañana, don Ramiro?

—Nubes, hay; nubes cumuliformes en desarrollo vertical. Si Pitágoras no miente...

Para la reunión de esta tarde traía razonamientos de grueso calibre. Charlaba Alonso con Raúl, pariente cercano, cuando en el repentino silencio de la sala subió la voz de susto, un tanto cortada, alta de timbre, de don Ramiro:

—Con la causa me dan el efecto, amigo mío. Pero el efecto anula la causa. Es necesario pensar estas esencialidades antes de provocar una revuelta. La causa es la pólvora; el efecto, la explosión. Ahora: la explosión consumirá nuestra pólvora. Mire esa estrella: «mientras ardo, perezco», dice con hermoso mote. Si Pitágoras...

—Y hablando de Pitágoras, don Ramiro.

—¡Caray! Éste no me parece día para palabras mayores... Ustedes mandan. Por mí, yo les hablo de la base 2. ¡Nada! Ustedes conocen nuestro sistema: es el sistema métrico decimal. Ustedes se quedan satisfechos. Ahora, ¿ustedes me oyen? Hay un sistema binario. Su base es 2. Sistema diádico. En sistema tal, el 1 vale uno.

Hasta ahí los rostros contortados sonreían al acecho de una sorpresa delirante. Vivían la suspicacia del entendido o de quien escucha un juicio decentado. Y don Ramiro:

—El dos equivale al diez de nuestro sistema: Sucesivamente: tres igual a once, cuatro igual a ciento. Los símbolos son el uno y el cero. Bastan. Hay para todo: el uno, Dios; cero, la nada. Cuando se muestran conjugados, expresan la armonía; esto es, el universo.

Alonso había seguido. Apasionadamente. Le parecía una clave deliciosa. Catalina y él tienen su propia cifra: *Gua-da-la-ja-ra*. Cinco sílabas. Para las cinco vocales: *Gua*, a; e, *da*... La intercalaban en sus cartas sin posibilidad de que extrañe alguno, interviniendo esas cartas, consiguiera fácil revelación. Ahora, Alonso estaba tentado de escribir a Catalina, de pasarle esta nota:

—Vguá-mja-njas gual bgual-cján.

No le hizo falta. Pues ¿y esa extraña comunicación, la telepatía? Catalina, inmediatamente:

—Vá-mo-nos al bal-cón.

Fue ella la que, en el forro de un libro que le rogó poner en la biblioteca, escribió:

—Lru-da-gja.

Es decir:

—Luego; L-ra (u)-da(e) g-ja(o).

Y por alegrarse, matando la espera, se esforzó Alonso en oír a Raúl, que tartajeaba. Raúl quería obsequiarles con higos secos:

—Es es es... de la co... cosecha...

Cursaba estudios de energía psíquica por correspondencia en un Instituto de París; Raúl secretamente, metódicamente, encuentra toda ocasión propicia para ejercitarse hacia los poderes de la voluntad. Anunció doña Adhelma que iba a servir el mate. Vivamente se interesó Raúl por la infusión, que sabía exótica; pero lo que indagaba eran sus cualidades de tónica y digestiva. He ahí un contenido difícilmente verificable. Una prueba de madurez para estudiosos del alma humana: con sus deseos refrenados, como ante su presa un tigre, Raúl reprime instintos, acumula: ¡por un vigor más poderoso!

Hipérbole menguada la expresión «tigre en rececho»; una ferocidad que se alcanza por los caminos de Raúl, o la renuncia de los sentimientos de amor a los demás seres. Miró a los muchachos, que se amaban y, de golpe:

—Claro. Al... Al... Alonso no se casa lo me... nos en diez años, to to todavía.

Por fortuna, en ese momento nadie le escuchaba y hasta su risa, trémula, se perdió entre las primeras llamaradas de elocuencia que don Camilo prendía a su hora de tertulia. Arrebatada don Camilo con su voz de barítono, capaz de súbitamente elevarse o de clavar la atención del auditorio en los claros gallos de la alegría. Cierto que los conceptos no eran de coto, pero, si lugares comunes, no por eso gastados, que se presentaban en la bandeja novísima del revolucionario. Don Camilo sabía de todo, secretaba el remoto por qué de cada cosa. Muchas tardes se entretuvo culturando a sus hijos en concursos de enciclopedia, grado superior:

—A ver —proponía— diez nombres. Uno, pintor; dos, río; tres, libro famoso... Diez, figura histórica. ¿Estamos?... Con la F... Doy tres minutos.

Los muchachos desviviéndose, de codos en la lista:

—Efe, efe... Uno, Fortuny. Dos... dos nadie acertaba. Tres, *Fausto*... Diez, Felipe II.

Las variantes eran infinitas.

Pequeño de estatura, anchas espaldas, en su dureza poma cierto espíritu idealista y unos modales que halagaban y persuadían. Su agitado temperamento remansaba con aplomo en el instante de levantarse a hablar. Se le reconocían dotes para la más admirada de las artes populares: hablar. Aprendiz de sociólogo, había asimilado la doctrina de Costa; arbitrista, le ganó el estilo patético de Senador, economista jeremíaco, lisiado caminante sobre la piel de España, roído del dolor de los bosques asesinados, y los pueblos en ruina, y los ríos que lloran, bebedores de arena, y como espadas tajan y desgarran el suelo de la patria, rebañado, yermo, estremecido por crueldades atroces, mordido de la helada, calcinado bajo ese cielo inclemente aún con estrellas que presiden la injusticia.

No le importaba repetirse; como Jacobo Arnoux, caballero de *La educación sentimental*, entendía de todo: política, historia, navegaciones, leyes y negocios; pero sus temas favoritos, el mundo de sus intereses, recortaban un programa de resultados inmediatos: la reforma agraria, repoblación de los yermos castellanos, expulsión de los jesuitas y toma de posiciones ante la decadencia de Occidente.

Hay en don Camilo un aire de teatro, una voluntad de histrión, que arrebatan; es ese particular dominio nacido del carácter: pregunta a uno, se dirige a otro, en aquel corta un bostezo, atrae la mirada propicia a dispersarse, carga su palabra de impropiedades, su estilo de interjección, frenético, exacerbado, con todos los registros del disgusto, los efectos del entusiasmo, la expresividad conversacional: tono, gesto, como dos muletas que le sostienen o, más exacto, dos altos zancos que le ascienden sobre los demás.

Oyéndole, feliz, rodeado de amigos, doña Adhelma se confesaba satisfecha como de una buena obra, de todas sus complacencias, de todas sus debilidades. En el periódico, esta mañana, había visto un anuncio: la cabeza de turbante y la sonrisa de un ilusionista, en sus manos el último truco y la chistera, recogiendo el aplauso de un público invisible, sin duda admirativo; *¡Asombre a sus amigos!*, haciendo juegos maravillosos; tal era la invitación optimista de ese anuncio. Igual, pero Camilo aun sin juegos de manos. Su magia era su presencia: Camilo no precisaba más.

Entró con las tazas ya servidas. Y ahora, el gozo iba a ser total, un gozo para sólo Adhelma, protagonista del momento. Se lo reconoció el aplauso de los visitantes, que la agasajaban. Don Ramiro en gentil cumplimiento le rogó el secreto, su receta del mate. Jamás fue tan dichosa Adhelma, entusiasmada, sirviendo y explicando a don Ramiro la fragancia de la yerba, el cebo, la prueba, las mezclas, el punto justo. Vea: un mate con estilo, a la manera de allá.

—Amarga. Si el mate amarga, es argentino. Nuestra yerba es dulce. Mire: la bombilla. Pongo unos cuadraditos de azúcar; ahora, la yerba; echo encima unos palillos: más yerba. Y eso es.

—Ya. El agua, ¿caliente?

—En seguida. Primero fría, que la yerba hinche. ¿Ha visto? Pruebo... Pero esto no se traga. Volvemos a cebar. Ya este segundo mate es con agua caliente. Esto es agua caliente. Se acabó. Ahí tiene usted un buen mate.

—Cla... claro y el mate te tie te tie tiene mateína. Co... como el café que activa el sis... sistema nervioso... so central.

—*Vox populi* —refrendó don Camilo— e *ipso facto* Catalina yo sé que va a ofrecernos alguna leyenda de esta yerba y que, imaginación aparte, es una de las historias más hermosas de la creación.

No que la escena le resultase inédita; se recordaba representando todos los años el mismo papel: leer un poemita, cantar, sentarse al piano; era la

insospechada presencia de Alonso. Y Catalina se notó inhibida, ruborizada hasta el enamoramiento más estúpido, sin advertir el encanto que añadía a su figura adolescente. Este año, no parecía de buen tono cantar ni tocar, vistiendo lutos por la abuela. (¡Ya está: y por eso no había traído don Emilio el violín, y qué delicado, sin decirlo, sin memorar!). Entendió que lo más sencillo, arreglar un viejo cuento y leer. Negarse, acaso desencadenaría escenas que Alonso podría juzgar duramente. Sólo que lanzó sus ojos, buscadores de Alonso, y lo encontró turbado, más inquieto de lo que ella misma le sabía. Inició una última protesta:

—¡Papá!

Y muy bajito, que Alonso la oyera, pero no el padre, porque de pronto se descubrió agradecida y vio que Alonso estaba allí por concesión gratuita del buen padre, volvió a protestar, ya apenas insistiendo, entre el reproche y el cumplimiento coqueto:

—¡Papá, que es una bufonada!

¡Tampoco era empresa, desarmar a don Camilo, fijo en un deseo! Porque don Camilo oyó:

—¡Bufonadas!

Pero no podía pensar que se autocriticase Catalina, temerosa del ridículo, sino que era el descontento de muchacha idealista, incomprensiva del amor de un padre. Y que un hombre maduro, un hombre superior, debería no afectarse, ya que tan aparente dureza no correspondía al verdadero sentimiento de hija, por lo que sería cosa de no tomarlo en consideración. No se le ocurrió qué habría en ello de entrenamiento, de resistencia organizada y memoria inconsciente de esa resistencia, de cuando la oposición de la familia: novia no consentida, resuelta a resistir, años aguantando.

No, no se le alcanzaría porque además, en ese instante, miraba y sorprendió un Alonso tan ganado a su causa, que principió a repentinamente quererle hasta para desprecio de la propia hija. En ese momento, don Camilo se engañaba: era un sugestionado Alonso y cuanto ahí veía le inspiraba la mayor reverencia por aquel hombre. Se sumó a los aplausos. Ya Catalina con sus cuartillas se colocaba al fondo, junto al piano, ante la rueda que esperaba solícita y atenta, a la escucha de su palabra. Más o menos, estas palabras:

—En aquellos cortos días de *su* febrero —¡oh, qué sagacidad!: ahora es febrero ¡y no es ahora! No ven que no es aquel febrero..., pensó don Camilo y empezó a sonreír, distrayendo a todos— río Paraguay hincha su verde vena y se crece al paso por La Asunción. Pero no estamos en la capital. Nos adentramos en la selva. Son hermosos los nombres de esta selva: Maracayú,

Yeyú, Aracai, Mbaeverá... El naranjo americano, en la fragosidad de la selva. El aromoso naranjo americano. Crece, libre. Vamos a arrancar unas hojas de naranjo. Las acarreamos; ahí, a ese hoyo; les prendemos fuego. Ya están a medio quemar, ya basta. ¡Qué fácil, ya, triturarlas! Ésta más gruesa, es yerba inferior; se llama yerba de palos. La fina yerba, selecta, es yerba *caaminú*. Alrededor de su nombre, una remota fantasía, inocente y muy bella: es la leyenda del *caá*. El *caá* es el mate. Acabáis de ver cómo se prepara un mate. Voy a recordaros de qué modo nació.

—Pero ¡es un poema en prosa! —exclamaría Alonso; como no puede hablar, escucha; como está enamorado, todo lo asocia: narración, intimidades y memorias—. La luna, sola, por los caminos de la tierra. La luna se llama *Yací*. A Catalina, en casa, la decían *Yací*. Ahora baja una joven; la acompaña; es finísima nube de tul: se llama *Araí*. Se pasean, aromadas por las flores, entre el cascabeleo de los ríos, sin luna, dormidos los pájaros que robaban a la alegría su color.

—Es de noche; el misterio martillea los pechos de las doncellas; fluye un aire templado, suave.

—Los hombres —oye Alonso— adoraban a *Yací*, amparo de almas. Pero en las vueltas del camino, se dormía. Dormían los hombres; sus rostros iluminados por la luna; sobre los ojos, cansados, el velo de aquella nube: *Araí*.

—En las vueltas del camino, el tigre: era el yagüareté, que acechaba. *Yací*, *Araí*, helándose de terror. El tigre ya se encoge, ya riza la comba del salto. Su rugido confunde los gritos de pavor de las muchachas, inmóviles. Y, de pronto...

—El tigre —¡pero Alonso lo está viendo!—, una pelota que brama, tuerce el aire, cae, fulminado, como un rayo. Aladas, ascendidas, la Luna se torna luna, nube la Nube, de nuevo iluminado, velando, aquella lucha desde el azul. Y entre las sombras, la silueta de sagitario que se yergue, el viejo indio que dardo para salvarlas, trepa a un árbol; aguarda un horizonte de auroras. Sueña. Escucha y estas son las palabras:

—Yo soy *Yací*; *Araí*, mi compañera. Esta noche, mis luces albeaban por hermohear las revueltas de la tierra. Has luchado. Tu arrojo nos salvó del yagüareté fiero. Arriesgaste la vida. Por eso, recibirás tu recompensa.

Embelesado, el viejo arquero:

—¿Qué recompensa?

—Una planta nueva nacerá en este bosque. Es para ti. Llámala *caá*. Cuidado: sus hojas envenenan. Tendrás que tostarlas, pero muchos serán los

beneficios y muy dulce tu deleite.

Despertó. Yacé había desaparecido. Gayaban la maleza los verdes de la yerba nueva: era el caá; esta humilde yerba...

—Ese mate que ustedes ven —concluyó Catalina.

Soportó las peticiones, que leyera; su rubor de Alonso; los sobresaltos de la palabra. Ya sus nervios no aguantaban el sofoco de los aplausos. Catalina se inclinó y abandonó la salita. Se coló al despacho. Aun allí la felicitaban y huyó a esconderse, pero afuera. ¿No se lo había pedido antes él? Y con seguro instinto, se encaminó a un balcón.

Familias, de paseo; los niños, con sus trajecitos de domingo, ya para diario: no se les quedaran cortos al primer estirón. Niños a cuerpo, con el frío del señorito. En ristra, muy cogidas del brazo, las mocitas. Callejeras. Muchachos de pantalón chanchullo. Desfile vespertino hacia las carreteras de la ciudad. Quizá un poco pronto. Pasaron gitanos y en el corazón de Alonso vibró la nota de su nostalgia, su vocación de romántico, de huida. Marchar, irse tras ellos. Eros y Thánatos, gladiadores, al rapto de su alma.

—No hay hermandad —lo sabe Alonso—; yo tengo al enemigo dentro de mis filas. Uno se alía con las fuerzas exteriores para el salto a la propia existencia. No hay más inútil lucha: llega uno a sacrificarse para dañar a los demás; cuando no, vuelve las armas contra sí mismo.

Reflexiones amargas: letras de adolescencia. El joven paga alto precio por el compromiso entre la vida y la muerte, dos instintos viejos como la humanidad. La incapacidad de concertar ese compromiso trae el suicidio. Muchas son las formas de suicidio: inadaptación de Alonso a la realidad, fracaso de don Camilo, rebeldía del vizconde. Tres compromisos de precio escandaloso: vidas que cuestan más de lo que valen.

—¡Mira, don Jesús! —avisó Catalina.

Lo ven venir. Tapándose la boca, precipitadamente. Se mete en el portal. También los ha mirado, como sin darse cuenta. No ha acusado la presencia de Alonso en el balcón. Alzó una mano, la agitó, pero ¡derecho a casa! ¿Eh? ¿Qué es lo que Alonso ha visto?

Enfrente, abajo, un poco a la izquierda: ahí, esa puerta... Alonso, a la vez que observa, desvía la cabeza, se finge distraído. Cuidado, no se le note; no le sorprendan. Ha de burlar además a Catalina, la sospecha de novia, sentimental, atenta, celosa, y que, de pronto, le busca los ojos, porque se lo imagina contrariado, ¡pero qué sabe! por ella: ¿su lectura, quizá?

—¡Oh, no es eso!

Habían visto acercarse a don Jesús, llegar, entrar en casa. En ese momento, despedido de los ojos de Alonso que merodearon la calle, un hombrecito se metía en el portal de enfrente. Se metía y no; se ocultaba en el zaguán.

Alonso descubrió la presencia del hombrecito, en el instante de perderséle a su vista don Jesús. Alonso miró al azar, de golpe, y se quedó con una pierna en alto, sin acabar de asentarla en el rodapié. Aquel hombrecito anotó algo, furtivamente, y se guardó el papel; luego, alzó los ojos al balcón; un instante, se les quedó mirando. No se le ocurrió que también a él le hubieran visto; que Alonso, ya, podía distraerse. Echó un vistazo al portal, debajo de los muchachos; y tomó a acautelarse en el fondo de su observatorio.

Alonso pensó:

—Está tomando nota *lo que pasa es que le vigilan* sacando una lista de las personas que vienen, y a lo mejor no sabe que hoy son sus años. Si disimulo se da cuenta, se va a enterar de que yo lo he visto...

Sonó la campanilla.

—Don Jesús.

Pero no la dejó Alonso.

—Es don Jesús —repitió Catalina, con el asombro de que Alonso la retuviese, cuando siempre fue ella la que abrió.

—Bueno... Ya irán.

Catalina se cogió al brazo de Alonso, y se resignó de no acudir a la puerta, novia inundada de felicidad. Pero no lograba desasirse el remordimiento, al pensar en don Jesús. Rebotica de don Jesús, con su peña de intelectuales, donde por vez primera vio el poder de la inteligencia en una chica, admirada de aquellos graves varones, y como espiritualizada, porque leía la *Revista de Occidente*. Evocó:

—¿Te acuerdas? Para mí es que tiene gracia ese noviazgo, Gabriel, ¿cómo dice?: el asalto al Banco, las conquistas del arcángel, o así...

Era que frente a la rebotica se levantaba un Banco. La casa del director ocupa el primer piso. El director tenía una hija y cuando Gabriel salía a la puerta de la rebotica, la hija del director se asomaba, se retiraba, se asomaba... Forzando el juego, plegó un papel en flecha, lo aguzó de alfiler, se encomendó a Cupido, acechó la presencia de la vecinita, y:

—Ahí va: ¡diana! —Como quien dijo ¡tierra!

Acertó. Entonces, lo puso con mayúscula: *Diana*. Ella se echó a reír; se llamaba Esperanza. Pero estaba harta de que le dijeran. Cita, y más de la cursi

transformación en Z exótica, de quienes escribían: Zita. Empezó por reír y asunto hecho.

—Lo raro es que don Jesús... Que les diera el sí, digo.

Alonso escuchaba. No se perdía de vista. Algunas veces se sorprendía pensando:

—Ahora mismo no acababa de venir, cuidadoso de su tratamiento. Es como un perro: no deja de lamerse la pata herida. La enfermedad, seguro que ya no existe; pero, el tratamiento...

Y en seguida tomaba a su acecho: una caza de aguardo, con el calofrío de que se le pudiera ir el santo al cielo.

—Yo creo —dijo Catalina— que don Jesús no se opuso con tal de no hablar. Tú le ves, siempre de prisa, andando escorado, silencioso; la mano tonta, atrás; la otra, en la boca. Lo más, inclina la cabeza, y algún domingo te regala una sonrisa... ¿No? Como responde por señas y en el asunto Cita se trataba de hablar, razonar... Pues, eso.

—Desde luego, y su ejemplo; que ya es elocuente.

—¿No se casó? ¡Bueno: por el tratamiento!

Alonso lo ve con simpatía. Lo que pasa, que Alonso no desea engañarse; y lo sabe: inútil; su viva simpatía nunca la verá correspondida. No es un *snob* Alonso, no es un protegido.

Lo menos media hora y comprobó que el hombrecito permanecía alerta, en el portal. Estuvo a punto de ir a decírselo, pero si Catalina mira...

—¡Toma! —Se le escapó: el otro, que asomaba pegado al quicio; y Alonso rápido, razonándose—: Si Catalina mira, él se ve descubierto. Vas con uno, le dices: «Mira, aquél»; y el que va contigo no domina sus reflejos, se vuelve como un rayo y se pone a mirar, no ya sin disimulo, con toda su expresión de búsqueda, a guardia abierta, por lo que a su vez recibe el impacto de la mirada, irónica o irascible, que le rebota ese muro de susceptibilidad del que se sabe mirado: un muro compacto, aunque no acuse molestia, aunque sonría...

Se dio cuenta de que el razonamiento le arrastraba; habría que explicar ese «¡Toma!». Catalina, pasado el estupor, ya inquiría. «Ya», eran décimas de segundo. Lo mejor, decírselo, mirando para abajo: *No muevas la cara. Voy a decirle una cosa y no puedes mover la cara. ¿Me estás oyendo? Quieta. Así. ¿Me sigues?...* Pegó un salto. Tamborileaban en los cristales, desde dentro.

—¿Qué te pasa? —preguntó Catalina.

—Cuando vas a dar un susto, es cuando no hay quien te quite un susto... Si te lo dan a ti.

—¿Me querías dar un susto?... Mamá, que vayamos.

Se retiraban los amigos. Saludaron a don Jesús.

—Ea, aquí les dejamos.

—¿Va... va... vamos, Alonso?

—¿Todavía se queda?

—Un ratito —susurró don Jesús.

¿Pero no le choca la presencia de Alonso? Don Jesús les había sonreído; no dijo nada.

Alonso ardía por salir al balcón, precisamente ahora. Ya don Camilo acompañaba a los amigos; ya se volvía. Ahora, mirar el portal. *Es idiota* —pensó—: *se pone en la misma acera y no hay quien le cace. ¿Cómo no se le ocurre?* Ahora, ahora... Ver qué pasa cuando éstos aparezcan en la calle...

No se atrevió. Le retenían Gabriel, don Camilo. No precisaba de más público don Camilo. Alzó su copa, él, que jamás bebiera:

—Amigos, éste ha de ser un día inolvidable, el más hermoso día de mi existencia. Os hablo *ex corde*, ¿pero se me permitiría el énfasis? No estoy mostrándome en público. En mi alma acueva exquisiteces la sensibilidad. Violentas emociones van a hacer de este día el más feliz de mi vida. Y ahora, quiero brindar por algo tan sublime como por nuestra memoria de la abuela. *In memoriam*, yo os pido un minuto de silencio...

En ese minuto, Alonso reconstruyó la imagen de la ausente. Sólo una vez la había visto: su planta achaparrada, maña la sangre, del alto Aragón, el moño en torre, canecido, displicente la boca, apasionada pero altiva, las manos sarmentosas, muy quebrada la tez.

Y cuando el respeto fue protocolariamente rebasado, sin apenas voz, porque a don Camilo concentrar los recuerdos le turbaba, miró a Catalina, habló para Alonso, y dijo:

—Sea usted bueno con ella...

Pero ya brincaba de alegría y las bromas como pullas volaban a clavarse en aquella sentimental adolescente. Alonso, *enfant gâté*, Catalina, niña mimada, se cogían de la mano por bajo, y sin soltarse, a pasito, disimulaban y escaparon, pegándose a los visillos del balcón. Alonso, enteramente olvidado del misterioso hombrecito del zaguán. Si reparó en él fue por los celos de figurarse a Catalina deseada; quizá después, viéndole escribir un papelito, se

le ocurrió el amago, una amenaza sobre don Camilo. Dichoso, las dudas de amor no le acongojan; ya no se ve tocado por los dardos de la persecución. Aprieta la mano de Catalina.

—¡Alonso!

Y el alma toda la ponen a la misma carta; se la juegan a una sola cifra en la reolina del amor.

CAPÍTULO DE LAS DOS FAMILIAS

SALÓN DE RECREO

Calatrasas adelante. Costumbres de balcón y una ventana abierta. Desatinos del Registro. El hombrecito del portal, reaparece. ¡Dele usted leche de burra! La oficina de un padre. Su hora H, a punto.

Atraviesan el oscuro zaguán. Y don Camilo, que sale sin gafas, se adelanta con los violentos ademanes del miope, decidido. El portón se halla entornado. La luz llega del patio filtradísima como a una esquina de Rembrandt. Viene el umbral, descienden unos escalones y, repentinamente cegados por la claror, miran de frente; a la derecha, por donde la calle da al campo; otra vez la fachada de enfrente, y arriba.

Andando, van camino de la plaza. Don Camilo, a su tertulia: en Artesanos, la vía principal, la pulsadora y estrecha arteria de Alcándara; Alonso le acompaña y continuará después, solo, para casa.

Las Calatrasas no es que sea céntrica, pero importante calle, alegre, nueva, de porvenir. Asfaltada y limpia, llana, con su altura media de tres pisos, enfila casi recta, ancha y luminosa, larga centena de casas; de construcción sólida, reciente; las proporciones interiores holgadas, al viejo gusto. Se suceden la mansión particular y la colmena moderna; colmena que no pasa del edificio para seis alquileres, a una y otra mano, dos por planta; casa particular que ya no es palacio suntuoso, de señorío y solariego, sino airoso villa, hotelito de jardín delantero mínimo, fachada con arriate, lilas, tiestos para la flor y nostalgia de un espaldar de rosales.

Aquí vive el militar retirado, que ahora en procesiones ha de vestir viejas glorias de alabardero, y erguido, marcial, todo continente, abanderar el recosido histórico pendón de realengo en el que Su Majestad Católica bordara dragones, a la más triunfal honra de San Jorge, patrono de la ciudad.

Caminantes, don Camilo y Alonso cavilan, poseídos de sí por motivaciones muy contradictorias: de autoridad, de represamiento; pero repartiéndose el papel de ilustres viajeros que pasan revista a los cuadros de

Alcándara: fuerzas vivas, y aun potenciadas en el reducto difícilmente expugnable de sus lares.

Casa por casa. Ésta es la notaría. ¿Que si influye? Generaciones después de aumentar Alcándara el número de notarios, todavía significa y da nombre a las Calatras: para los más, «calle de la Notaría».

Alonso echa una mirada. Por los floreados herrajes del ventanal sus ojos encienden la umbría del escritorio. Aquí practicó Alonso. Anchas mesas de pino, envejecidas, marcadas, y protocolos en desidia, por los rincones, entre gargajeras de tabla, mediadas de aserrín y briznas de tabaco de palo que tizonearon las pipas del oficial: traje pardo y manguitos; lentes de aro de aluminio, el cristal estrecho y ovalado; botas de paño, con hebillas; y la pipa, rara vez humeante, pero que desatascaba al oír pasos, cuidadoso de no despreciar si le tendían la petaca.

En esos trances le acompaña la sonrisa comprensiva y agradecida de los escribientes, que por respeto no aceptaban un pitillo pero que no pierden de vista la pequeña escombrera de las pipas prematuramente vaciadas. Poca cosa: tabaco de tercera, si se sabe cuidar, que a turnos se adjudican el *Manco* y *Erno loco* y, una vez por semana, ceden a *Minuto*: aprendiz y recadero, híspido, mocososo, respondón, capaz de ganarse media galleta porque los escribientes tienen el genio pronto y manos largas; pero tan capaz de berrearse, de entrada, mentándoles el mismísimo apodo que simulan ignorar: *Erno loco*, de cuerno y loco, aspirante a clarinete de banda municipal, cabezudo, retinto y prueba viva de que en el principio es el hombre y por el hombre se llegó al mono... Honrado, un puntito inocente, soporta el rubor de los domingos en el quiosco de la música, entre domésticas, cocheros, fuerzas de la guarnición... La notaría, que es casa de posibles, no da para más.

Honrado, y tanto, lo es el otro, escribiente de primera. No le motejaría *Minuto* de imaginarse al manco sangrando mocedad cuando su mano voló bajo el cielo en fiestas, prendida en aquel cohete rebelde a la llamada de las estrellas que, negándose fantasía, se prefirió segador de muchachos atolondrados, efusivos, sentimentales, imprudentes.

Alonso mira, enfrente, la porcelana añil de *Seguros Clavijo*. Recuerda la figura del representante de *Clavijo*, profesor de bachillerato, a quien de alumno pulleara gritándole: *Gorila, cachimba y le*, complicado tríptico significativo de la figura del profesor, su pipa y la muletilla con que amenazaba: Le... le...

Si Alonso recuerda, bien, don Camilo murmura. Eso que han pasado, la Banca. Don Camilo sabe ahí su joyero, su pedrería. Manejan la Banca tío y

sobrino, en carrera de marca al mayor despojo legal: los préstamos no son usurarios; son préstamos con prenda. Primero, don Camilo depositó el metal; llevó después unos medallones, aguamarinas, un ágata y en curva rápida, empeñando para poder liberar, dejó tresillo por botonadura y alfiler, sacó presea por broche y brazaletes, diamante a cambio de topacio; topacio y en prenda libra, rubí... en tanto las monedas de diferencia se fundían y los valores apenas liberados tornaban a la Banca definitivamente.

Alonso no se atrevió a interrumpir el hosco silencio de don Camilo. Aceleraban el paso. Atrás quedó, medianero a la Banca, el colegio de señoritas que regía la viuda pensionista, madre de un grandullón inocente y de la única profesora, a quien desde la puerta de clase coreaban, al compás del corrido mejicano *Murió siendo señorita*, por su altiva y nada venusta mocedad.

Venía el estanco; un mostrador brevísimo; sentado, entre la calle y el mostrador, el hermano de la estanquera.

—Burro, pero buena gente —ajuició don Camilo.

En ese estanco, Alonso había comprado un libro de modelos para cartas de amor. Se ruborizó, memoria adentro. Y por ennoblecer sus relaciones con el estanco, desmañado y tímido le relató a don Camilo un caso muy celebrado en la ciudad:

—Sí que es buena gente. Cuando llegó don Jorge, forastero, pobre, le prestaban libros y todavía venden al fiado. Claro, hasta la víspera de saca, porque ¡menuda es la Tabacalera!

—Bueno, pero muy burros —dijo áspero don Camilo.

—Sí, es verdad que son burros; ¡les armó una el notario! Mandó comprar todo el papel de pagos de una multa, cuando eso de Marañón y de Romanones, con la dictadura: el papel todo en pliegos de perra chica... También tenía gracia.

Don Camilo no comentó. Le halagaba la turbación de Alonso, ese joven deseo de aprobatividad.

Seguían, despacio. Pasaron casas blanqueadas; cruzaron callejas adyacentes; callejas para un desagüe, para una taberna, para una mala costumbre, para un taller de modistas, para un crimen feroz. Esto, una plazuela. Podía ser la plazuela donde algún día erigir la estatua de un hijo ilustre. Plazoleta, la llamaban.

Servía para reposo de un estilista. Ahí, en el palacio de la Candela, moraba don Braulio: hético, autor de una guía de Alcándara que se remontaba a los iberos, con más historia que ciudad. Alguna que otra noche publicaba *El Eco* artículos de don Braulio: saudades y estampitas muy sentidas, a la manera de Azorín. Y Alonso:

—Es curioso el afecto de los escritores provincianos por *su* autor; porque no son escritores, son personajes de Azorín.

—Azorín no tiene consecuencia —apostrofó don Camilo.

—No hay magisterio influyente como el de Azorín.

—Hablo del Azorín político.

—Fino político, Azorín.

Don Camilo no dijo nada. Se detuvo, paralizado de estupor. Algo acababa de romperse, no, algo surgía, invisible, pero llamado a interponerse entre los dos. Alonso no cedería, en esto no accedería a complacer. Alonso había leído una sola obra de Azorín. Le traía sin cuidado la conducta política de Azorín. Para Alonso, don Camilo no era un político. ¿Un Quijote político? Don Quijote no es el político; el gobernador se llama Sancho. No comparaba a Sancho con Azorín. De comparar, Azorín valdría por Cervantes. ¿Se lo dice? ¿No se lo dice? Ya se ha repuesto don Camilo. Y Alonso es el que se anticipa. Va a meterse ahí, en casa de don Isaías; corta la acera, y:

—¿Me permitiría usted? Quedé en pasarme por aquí, a recoger un libro...

—No, no lo permito. Acompañame. Tenemos que hablar y eres un crío todavía...

Alonso palideció. Don Camilo, por piedad o porque temiera no domar su coraje, cambió de tema y principió a comentar entre donoso y explicativo, en auténtico guía, los detalles al paso.

—Son como dos dinastías de abogados. Más ilustre, la del penalista. ¡Hay que ver a don Isaías en su salsa! ¿Has estado en su despacho? ¿Le visitas?

—Sí. Y alguna mañana me paseo con él por los soportales. Siente verdadera pasión literaria. Claro que su concepto de la gloria no se aparta del de popularidad: cada artículo procura publicarlo cuantas veces puede.

—¿Otra manera de atraerse jóvenes? Creo que les da a entender la posibilidad de legarles algunos libros.

—Su biblioteca es importante. Lástima que almacene, sin selección; y con no mucho cuidado.

Recuerda Alonso aquella humedad forrada de volúmenes y estantes en medio, cortando la pieza; los libros en rústica, descosidos. Pero no es un abandonado; mima don Isaías su papel de cartas, de motes hermosos, de

variado timbre: blanco, de sello en seco, y relieve con alegorías, las tintas sienas, azules.

Ésta es plazoleta para fuegos artificiales, árboles de ordenanza y un público de barrio, juvenil, verbenero. Un año fue don Narciso mayordomo de la fiesta; como era día de Santa Cristina, vg. y mr. —que Luis leía *viggg* y *marr*— logró traer a la reina madre. Desde entonces, la verbena arraigó.

Curioso contraste de bufetes. Meritorio de la notaría, Alonso ha frecuentado el despacho de don Narciso. No hay otro civilista, no lo hay mejor en la ciudad. El portal, ante el que ahora pasan, da a un patio andaluz, trae cancela de forja y el montante de vidriera; la cancela se abre desde el primer piso; en esa planta mora la familia; el cuarto de estar es solana encristalada, para invernadero, sobre traseras de la casa. Despacha el abogado, abajo; una puerta directa, a la izquierda entrando, del zaguán. La mesa de trabajo es un bufete con cierre de guillotina; sorprendió Alonso una máquina de escribir, quizá la primera dactilográfica del mundo: con sus dos teclados, para mayúsculas, para minúsculas, en fichas negras, de madera, las letras en blanco. Alguna vez don Narciso le recibió en la galería, después del almuerzo, y Alonso admiró aquel diminuto cortapuros, como un aparato de inyecciones de morfinómano. Alonso tardó en compaginar la convenida blandura del diabético y la silueta estíptica de don Narciso. Mucho tiempo le llevaría conformarse a la idea de un diabético flaco.

Pasada la plazuela, sigue la calle. Sin ropa en los balcones, de pintado herraje, muy floreado barandal y aros con tiestos para poca flor: albahacas, uña de gato, cactus; plantas de sol africano, inmunes a la sed. No hay jaulas; tampoco los campanarios se acercan ni altos relojes sonorean la calle, silenciosa. Una calle de recodos, que se estrecha en los diálogos de balcón a balcón. Pero suena un teléfono: sobre la calle, solitaria, sin mendicidad, chiquillería, ni solares, con su aire nuevo y limpio, caen los gritos del que habla por teléfono:

—¿Eh?... Que sí... ¿Eh?... No se oye... Sí... Que no oigo. Esa radio... ¡Yo no sé lo que dice!... Cállense, hombre... ¿Eh?

Primeras radios, que a todo volumen escandalizaban el resonador de una vía donde los vecinos aún sisean a los que alzan la voz e interrumpen las conversaciones entre casa y casa. Hasta los ambulantes vendían a sus horas, y raro que gritasen, al pasar.

A las siete, la lechera, sin pregón, de puerta en puerta; las ocho, y el panadero, con su banasta de bollería: hogazas, libretas, cuartales, roscos, dobleros, trenzas, y pan pintado. Daban las diez; ya las casas se agitaban en la faena mañanera; en los portales se oía el silbato del cartero; viejos carteros, de confianza, con nombre y apellidos, de historia personal bien conocida; hasta el del regimiento ponía su personalidad, la trascendía a toda Alcándara:

—Ya pasó el cabo Morales.

Motorizado cartero en bicicleta, cabo de gafas y de quinquenios, rudo el rostro, voluntarioso, que a ratos libres se preparaba para maestro de escuela. Gente de orden, sí señor.

A las once, callejeaba el primer pregón, astillando el silencio de la mañana:

—Agüita... De Fuente Viva y freeesca... ¡Agua va!

Sobre el tabletear del burrillo, en su aguadera las cántaras de barro fino, el martilleo de una fragua cercana con pretensiones de taller mecánico. Los trabajos de esa fragua marcaban las horas de la calle. Aborrecía Catalina el oscuro y pequeño portal, desde cuyo fondo, invisible para los ojos cegados de luz, la siseaban. Catalina dudaba si pasar a la otra acera porque, al dar distancia, también ofrecería más tiempo su paso y, sobre todo, la posibilidad bochornosa de verse voceada.

La calle, apenas por un momento se concedía alzar la voz: en caso de toros. Esa tarde, la ciudad toda en las Calatravas, camino de la plaza. No sólo se corrían novillos —toros por feria—; en esa plaza, para salvar contrata, se organizaban festejos variados: un cantor de tangos que aparecía en la capital, compañías de teatro de verano, a temporadas cine, de tarde en tarde un circo, un faquir...

No era calle de rejas. Nueva, anocheciendo recogía en sus quicios parejitas consentidas y formales, de largo noviazgo; lejos rojeaba la cabeza de chino de una luz con pantalla. Resonaba la charanga del cuartel. Venían diez minutos de movilización y las muchachas corrían la calle como en los sanfermines el encierro: los balcones se poblaban para verles pasar.

Ahora, los ojos de Alonso persiguen esa entreabierta ventana y una sombra fugitiva, un invisible taconeo, le suscitan vagas imágenes de felicidad o sueño de novela. Por las paredes, carteles de semana santa, ya encima: litografías brillantes, manchas moradas, borrones de color. Ya próxima a la gran plaza, la calle se ensancha, como los buenos ríos a la vista del mar. Sólo que la calle nace, no termina aquí. Calle para su andadura, don Camilo avanza, braceando, agitado, indiferente a quien vaya con él; en una mano el

sombrero ancho, azulado sombrero piel de topo; en la otra mano, la fusta, para marcar el aire con su prisa penetradora del misterio, del invierno, ¡hala!, a galope sobre la edad media, la clase media, la soledad, la desesperanza...

Prisa imposible ahora, la calle alta y en cuesta a la que acaban de llegar. Calle de Artesanos, comercios, inteligencia y cogollito de Alcándara. El perfume de la calle está en la luz de sus fachadas: escaparate de platerías, modas, juguetes; en los balcones, jilgueros.

Subiendo la calle, lo primero Alejo: *El Emporio*, de Alejo.

—Un *Papá Goriot* —sugirió don Camilo; Alonso recordó las figuras andantes de las dos *alejilas* pero, como no había leído a Balzac, no se atrevió a condenarlas.

Dos casas arriba, *La luz del siglo*, bazar; y don Bendito, de empolvada cabeza, hueco el pelo; un viejo astuto, halagador de niños de buena cuna.

En el entresuelo, *Totó*, fotografías de arte, colocador de parejas a remedo cruel de esas postales iluminadas con leyenda de ripios, rosas, pichoncitos y temática primaveral.

Aquí es donde Alonso, niño, cuando lo traían a la capital, compraba estilográficas de caña, el punto de vidrio, estriado; y cartones para el juego de damas, con variante de fichas y dados, o tableros del asalto, de la oca... Todo a noventa y cinco. Se llamaban Tarrío: padre y dos hijos, muy serios.

—Como dos torreznos —les decían.

Y empezó a darle vueltas. No acertaba, no los podía asociar a las rosadas ruedas de tocino de puntas que guarnecían su desayuno de huevos fritos. Alonso enmudeció de averiguar que los Tarríos andaban sobre una tarima, oculta por el mostrador.

Enfrente, Rodríguez, mercería. No un comercio, no lonja, ni coloniales, o ultramarinos; tienda, es decir: telas. Algo como la aristocracia del comercio; Rodríguez y era una uña de meñique siempre en alto, larguísima, pulida, amarilla de cuerno, estirando su dedo más pequeño émulo del anular.

Medianera con Rodríguez, la casa de Tejada: *Capas Tejada*. Tenebrosa, de escaparate mínimo como un tragaluz, la puerta de par en par. A un lado, por dentro, se pasaba las horas Tejada, con su barba blanca, bermeja la color; y bajo aquella gorra de cochero, alta de plato, visera de hule, un pensamiento obsesionado, los ojos suspicaces:

—No es una cómica, señor... Lo de Purita es arte, drama.

No, su hija Purita, huérfana de madre, no es para sonrojarse: no sería vista como cualquiera mujer de tablas. Representaba melodramas; una vida así, de papeles trágicos, no es vida airada:

—¿Verdad?

Tan innegable como que Artesanos, calle estrecha, fuera la principal, con su casino de señores, o *Salón de Recreo*: de portal insignificante, a tono con su angostura al exterior, pero de tercera dimensión insospechada, inmensa, que en don Camilo, nostálgico, recordaba viejas horas madrileñas de ateneísta asiduo de la Cacharrería y muy dolido ahora de que la autoridad hubiera clausurado esa Holanda de España, «refugio y baluarte de la libertad», florón de cultura, símbolo del político renacer en tras aquellas puertas.

Frente a las de este Salón alcandarino, se despide Alonso, todavía turbado por la suma y el choque de emociones de la jornada.

Sube a la primera planta, don Camilo trenzando memorias y sensaciones, como si de la vieja roca, de la zarza nacida en una grieta de la pedrera, cortara rosas fresquísimas.

De paso, en el cancel, ha mirado las últimas esquelas. Pisa la alfombra, y se orilla gustoso de subir por el rojo mármol. Recuerda: el militar retirado, con su costumbre de bajar las escaleras haciéndose arrollar en la alfombra, a toda su largura, para «dormirla» ahí, y que después al alba los mozos se lo encuentren y le corran el gesto bien farrero y jaleado. ¡Estúpido!

Lo de él no es vanidad. En cualquier caso, no sería estúpida su vanidad de prestigio, de saberse en las alturas, temido, vigilado. Arranque o no de esta ocurrencia, resuelto, el paso de don Camilo cobra aire, figura, genio. Y hablándose para sí, de este modo:

—Uno, siempre *Peña*; es decir: *Roca*. ¡Qué apellidos, carajo! Si yo supiera escribir... Hay los alusivos y hay los simbólicos, una clasificación para entenderse. Primero, los infieles al propio nombre: Bendito, que es el mayor Dimas del siglo; pues ¿Narciso? ¡Narcisear de calzoncillos largos, asomándole bajo el pantalón! Purita... Bueno, donde dice erre, digo... la inicial de su apellido, ¡ja, ja!, Tejada. Y éste... Angel; claro, no todos los ángeles son custodios; se lo contaré al monjín. Don Pedro, sí: duro, piedra. Lo que pasa es que hay apellidos y nombres irresponsables: Rosita, un cardo; Manzanos, héctico perdido; Rubio y es como un carbón; Delgado, metro y medio de cintura. También los errores, los imponderables: que al filósofo Hilario le hubieren bautizado León; o al bibliotecario, Jorge lanceador de dragones... El apodo es otra cosa, caricaturiza, pone el acento sobre la personalidad. Oye uno: *Sandiente*, ¡pues ya está!

Se aleja de las tertulias; soñando tardes de Madrid, va pensativo de los hijos.

—¡Aquellas horas en la Cacharrería! ¡Si no fuera por éstos! —éstos, los hijos.

Hay otros salones; hay el salón del trono, por si un día de repente llega el rey; se enciende para puestas de largo con derecho a ecos de sociedad. La ironía en los labios, don Camilo asoma.

Vuelve sobre sus pasos, y atraviesa, entre partidas de tresillo, el salón verde, rápidamente repartiendo inclinaciones de cabeza, amplio el ademán, la cordialidad silenciosa, gestera de guiños a sus presuntos conjurados de la peña de ajedrez.

Ahí, don Narciso, con la pierna montada, remangado el pantalón, que se vea, como un puño postizo, el lienzo de sus calzoncillos.

Como don Jorge está de espaldas, imposible apreciar el grito de su chalina, siempre audaz y brilladora. Para don Camilo, el deleite de admirar la blanca, espléndida, impetuosa melena de director.

Toman café, juntos, don Félix y el filósofo: Hilario. En la mesa, un mazo de cuartillas; toda Alcándara lo sabe: don Félix lleva años escribiendo sus memorias; no se quita capa ni sombrero: verde sombrero del que alardea, como un emblema de fidelidad. Es el color monárquico: verde, anagrama del vítor: Viva El Rey De España. La cachimba entre los fuertes dientes, renegridos difíciles para la fonética de su clase de francés. Luego, en la calle, Hilario se tocará de sombrero negro, lleve el traje que lleve: negros son los sombreros de Cossío, de Giner, apóstoles de la Institución. Con los profesores ahora, don Isaías.

—Pero ¿no iba ése a verle? —se pregunta don Camilo, acordándose de Alonso, que en la plazuela pretextó una visita al abogado—. ¡Tonto muchacho!

Don Isaías no suelta su *canotier* ni en invierno. Es verdad... Lo vela con un cendal de luto. Vuelan frases:

—¡No diga *boutades*, caballero!

—¿Yo? Le digo y lo sostengo: propiamente no existen delitos electorales. Es una lucha aceptada y no hay sanción posible. Aparte, claro, las impuestas para descalificar: las faltas; como en todo combate.

—Bueno —terciaba el filósofo—: yo estimo que, para juzgar, quizá resulte no muy ético ser parte.

—¿Cómo parte?

—Sí, creo que el gobierno debería no ser parte.

—¿Y qué gobierno se abstiene de ir a la lucha?

—Pero ¿a qué llama usted gobierno? De modo que uno va a hacer las elecciones para otro...

Las disputas subían de tono; fraseaban, a la manera regia.

—Usted no ve más allá de sus narices.

—¡Eso, usted! ¿O no le dice nada este artículo?

—¿Qué artículo?

—¡Concho! «El hombre de la calle escribe». ¡Es del metafísico!

—¡Metafísico, je, je! Ni que hubiera usted estudiado en Salamanca.

—¡Oiga! Yo he viajado medio mundo.

—¡Atiza!

—¡Viajado!

—Será como una maleta...

Ahí, en sillones de mimbre, rehundidos los asientos, el militar retirado, el capellán y, centrando la tertulia, don Celes. Saluda ceremonioso don Camilo, con el cuidado exhibicionista de una puesta en escena y hace mutis por la escalera interior. Se va al escritorio. Sube ligero, en alas de la satisfacción de haberles tácitamente mostrado su fortaleza. Su vanidad, secreta y narcisista, feliz de figurarse en conflicto con los altos poderes. Imagina su papel socialmente aceptable, por muchos admirado.

—«¡Decía ése! —La carta de Luis, esta mañana—. Un hombre se enmascara, no por cautela de luchador, y sería perdonable, sino encubriendo...».

¿El qué? Don Camilo empezó a sentirse nervioso: ¿encubrir? Luis le habría contestado:

—Su inacción real y verdadera, su platonismo vano, su falsa generosidad, su afán de notoriedad, su requisa de espectadores, su necesidad de público...

—Bueno —se dijo, para cortar monólogos de la mala uva—: Caridad, Pío, Severo, Clara... Y lo peor, si a uno le caen apellidos de disparate, inevitablemente: Cano, Calvo, Moreno...

Se lo acababa de sugerir don Celes, nombre de tragicomedia, tal vez Celestino de la primera autoridad.

No es que don Celes fuera enemigo. De singular destreza, o por atractivos del poder, don Celes convierte en suyo a todo el que le presentan. Luego, apenas le tratan, dejan de serle amigos. Amándose incluso en ellos, don Camilo también hace amigos y los abandona con rara facilidad.

Como su amistad se cargaba de intención afectiva, de amor, a veces odio, el amigo perdía interés, y si don Camilo, buscándose nombre nuevo,

advirtiera esa cualidad fundamental de su persona, se confirmaría como Juan, don Juan de hombres; en el fondo, lo que auténticamente fue don Juan: un elemento seductor simple y visible; y una esencialidad muy enraizada: jaque.

Retador, don Camilo pasea bandera de perseguido: restringe sus conquistas, pero ya no pierde, porque las lleva a participar en una comunión política, un compromiso. El solo hecho de saberse tabú, le enardecía de satisfacciones; ésta, de ahora pasar ante los conocidos, no descontento, valeroso, miembro y aun presumible cabeza de una banda más o menos imaginaria, pero grupo, cerrado a los demás.

Era aliviarse de la sensación de ostracismo que le quemaba como una marca infamante: un soñador, metido en aventura, arruinado, y compelido a la acción. La personalidad que le atribuyen, proyectándose en él, le hace creerse envidiado, perseguido, un talento del que no se duda, valor que se le acredita. Ágil, saltándose peldaños, seguro de turbar feudales con sólo su mirada, al aire de su paso.

—Basta ver ¡qué cara!, de trenos de justicia, puso don Isaías.

Los profesores, ¡bah!, el interés mínimo: vidas que se contraen perdiéndose entre toses, refranes, cafés con leche.

¡Sí! Todos le vigilan. Y, bien...

Si para una urgencia, por un olvido, hubiera Alonso vuelto sobre sus pasos, si viniera aquí, a buscarle, en este momento, cuando don Camilo se mete en la pajarería —el saloncito de lectura, de bajo techo encristalado, asientos de cuero y recamados pupitres de escribir— se tropezaría con un hombrecito, a la entrada del casino. Y fácilmente Alonso lo reconocería, porque esta misma tarde, ese hombrecito se ocultaba en un portal, frente a la casa de don Camilo, y Alonso le vio escribir algo en un cuaderno, a la llegada de don Jesús.

Sólo que, distraído por la emoción de acompañar al padre de Catalina, Alonso no se acordó más del hombrecito, y no volvió a preocuparse ni se le ocurrió mirar atrás.

Es la hora de las partidas. Don Camilo esta mañana pensó una larga disputa sobre caza. Pero se le ha hecho tarde. Tampoco traía ganas de jugar. Hoy más bien es día de nostalgia. Por eso, ahora le vemos ahí, en la «pajarería», dispuesto a la tarea: explosivas cartas de amor para los hijos. Abajo, de paso, había mirado los salones, con la remota esperanza de un rinconcito donde escribir.

Nada. Lo más solitario, el salón del trono; pero sus rojas cortinas y tapices en crema cálido le producían sofoco.

Fue a meterse en la sala de fiestas, donde la luz se cernía colada y trasegada por vitrales de paraninfo. Se encontró con que la sala estaba reservada para un acto.

Conferencia, realmente insospechada, porque el Ateneo, para cuya tribuna se anunció, ofrecía una función de teatro en escenario circular, el *Prometeo* que un grupo de universitarios pondrían en escena esa misma noche. Aterrado por la falta de formas que implicaría hablar en el centro de una pista, el conferenciante se indignó; por lo que, a última hora y para complacerle, las fuerzas de la capital gestionaron el Salón de Recreo, con presiones a las que no era ajena la reunión *petit comité* presidida por don Celes y que ya había visto don Camilo.

En un susurro y entre sobresaltos de la palabra, se lo iba contando el bibliotecario. Sentía la admiración del alérgico por hombres como don Camilo, capaces de comprender, en sus términos específicos, cualquier enfermedad.

El bibliotecario es un colon alérgico. Largo tiempo adoleció del estómago, pero resistió a operarse desde que el doctor Albalá, en intervención de vida o muerte, extrajo un píloro, convencido de que eso era la úlcera.

Le procuró papel y sobres; en sus idas y venidas, como se encontraban a solas y don Camilo bien podría escuchar y escribir, le traía nuevos detalles del acto que en seguida se iba a celebrar. También, aprovechando viajes, le decía:

—Una enterocolitis aguda, rebelde, pertinaz, un secuestro. ¿Me ve usted? Siempre en cama. No me... ni moverme, ni leer, nada. Y las cartas... iba con cuentagotas. Me deses... ¡como un niño! Me fui de casa, por la carretera, al mar...

Don Camilo asentía, alejaba su atención, ponía un sobre: Eve; otro sobre: Luis; otro sobre: Dom Bruno. Miraba al bibliotecario, recogía fragmentos, respuntes de aquel ovillo de charla:

—Después... Y análisis, y radiografías y expío... y rayos, ¿todo el trastorno?, un colon hinchadísimo, era el colon ascendente. Mañana, onda corta y a ver si... ultravioletas... y desaparece la... y uno puede.

Don Camilo principiaba una carta:

—*Mis amados hijos: Fue en mi poder y a su debido tiempo la vuestra de fecha* —don Camilo se detenía; no llevaba la tarjeta; no recordaba la fecha; ¿era cosa de escuchar? Y el bibliotecario:

—Éste es el problema grave... que... la enterocolitis: la alimentación. Por... papillas: papillitas, y arroz o una yema y pare usted.

¿Eh? ¿Don Camilo parar?

—... *Por ella supe que estabais todos bien y que ibais defendiendo vuestras vidas, aunque con muchos trabajos, pero defendiéndooos, que es lo principal.*

—Espero, don Camilo, que la onda corta y los ra... ultravioletas hagan... la inflamación y entonces, quince días, alimentación y este barco volverá a navegar, ya que el fondo de... según el especialista, es alérgico.

¡Chufra, chufra!, se decía don Camilo; y tornaba a inclinarse, pluma en mano, sobre el papel:

—*En este momento, cuatro y media de su tarde* —escribía a Luis— *estamos reunidos en esta morada los progenitores. El futuro doctor en leyes, tú no te lo imaginas, pero ya tu fraterna te contará, toma asiento con nosotros. Con legítimo afán, mi alegría es la paradójica alegría de saberos lejos de esta vetusta y herrumbrada Alcándara, en donde no hay sino nidos de cornejas.*

—Pues mire usted: lo de mi mujer es lo que me hunde. ¿Que no le he contado lo de mi mujer? ¡Pobre! ¡Nada!, porque después de tanta cosa, nada: reuma. Lo que pasa es que... un reumatismo por hipertensión. Yo le he soltado los cordones de la luz. ¿Sabe?, los del comedor y así... la termoterapia, todas las noches, cuando sube la luz, aunque nos acostemos tarde, que hay mucha mejor luz, le doy corrientes eléctricas. Antes padeció ataques de asma, y lo peor es que yo, como todo me disgusta tanto, hago malas digestiones; el intestino, sensibilizado, que es quien sufre las consecuencias del alérgeno.

Don Camilo escribía. A Bruno escribía:

—... *Con legítimo afán. Que vuestra salud, como me dices, sea un raudal y vuestra economía, aun con el voto de pobreza, más boyante que la de Creso. Éstos son mis vehementísimos deseos. También me han felicitado la simpar Eve y Luis: una misiva de valor incomparable. Se colige por la lectura de la misma y colma los deseos legítimos de un padre. El vástago benjamín es todo un émulo del extremeño cumbre. Le deseo que brille cual brilló el Brocense, entre las admirables huellas de romanos, árabes y toda la gama que rezuma de la epopeya de los Pizarros, Ovandos, Corteses, Guadianas (sic) y sus esforzados compañeros conquistadores. Que la diosa Fortuna os sonría a todos mis hijos muy queridos. Te besa con unción santa...*

—Estoy intranquilo, porque se fue a pasar unos días con la nuera, en Alicante. ¿Ve usted?; este papel de fumar es de Alcoy, legítimo; de esto no se vende. Y además escribe poco y en seguida me dice: «Pongo punto, porque está al llegar el médico y si me encuentra escribiendo, arma la bronca padre».

Don Camilo había vuelto sobre la carta de Luis, que se le atrancaba:

—... *Todos, güelfos y gibelinos. Es por lo que no quiero amargar más mi pobre existencia. Como a los demás, a ella la amo con toda mi alma. Ve a verla. El amor y la caridad son prendas tan sumamente aristocráticas, que pocos mortales tienen la inmensa dicha de saberlas vestir.*

—Pues la nuera estaba algo más entonada, pero esos temporalazos de enero le han llevado un enfriamiento brutal con su correspondiente de asma. Luego vino el sol de febrero y ella, pues usted verá: alergia de violetas... Yo le escribí que cociera malvas, y sí que la alivian; me lo ha dicho mi mujer..., desde luego.

—*Por muy mal que Eve te parezca, no voy a decirte: es tu hermana. Su pena es hija de un sentimiento nada vulgar. Lo que me subleva es ver que tampoco para mí sonrío la diosa Fortuna. Alberto, Eve, tú, hijos míos, somos en mucho superiores, en sumo grado, a esa beoda dominante. El hada madrina no hace por ahora caso. Ya nos lo hará. Recordándoos a todos con grande nostalgia, con sublimidad de espíritu, con la esperanza de recuperar antiguos esplendores, tu padre...*

—Más de treinta horas padeciendo lo que no puede imaginarse, entre el ahogo y la disnea. Después, el fiebrón lógico, y todavía está deshecha, destrozada. Claro que... todo tiene su explicación. Es como yo: como la enterocolitis no me permite alimentarme lo... el asma me ha cogido esta vez debilucho y su venganza... ¡terrible!

Relataba los sufrimientos de los seres amados con la insensibilidad del mártir. Podría haber sido hombre de ciencia. Todas sus ligaduras las habría roto. También un eficaz revolucionario: capaz de sacrificarse, de inmolarse a una ambición, un ideal muy sentido. Y esto justificaba la paciencia de don Camilo soportándole: es lo que le atraía y les unía.

Algo que no acertaba a entender un hombrecito, que una y otra vez se había asomado, como nervioso de tan seguida charla o confidencia, porque el bibliotecario se acercaba, le hablaba al oído, y don Camilo escribía, escribía...

El hombrecito debía de ser forastero: no le conocía el bibliotecario, que ya antes se precipitó a la puerta, apenas verle, como temeroso de que irrumpiera y le frustrara una explicación, o como diciéndole:

—Ya voy, ya voy...

En seguida retomó la palabra, regresó con don Camilo, pero nervioso, mirando para la puerta, y a punto de exclamar:

—Un instante, señor, un poquito de calma... —Lo que verdaderamente maravillaría al desconocido.

De espaldas don Camilo llegó a volver la cabeza y pensando que se tratara de un indiscreto o un impaciente deseoso de cualquier libro, se colocó las manos a la manera de anteojos, provocándole. Pero en ese momento se cruzaba un botones, que se acercó, saladísimo, diminuto, y que, figurándose motivo de broma, siempre rígido, saludó a don Camilo y se llevó una mano a la sien derecha, estilo militar. Al bibliotecario le pareció salida irrespetuosa y echó tras el botones corriéndole y voceando:

—Ven tú acá, desvergonzado...

Y tornó a don Camilo, que gritaba:

—¡Hombre, déjelo, déjelo!

—¡Qué barbaridad! ¡Qué... perra enseñanza!

Pero, en seguida:

—Lo de la nieta no es un empacho, no. Más bien la fiebre gástrica que suelen... estos catarros. Empezó por... ya no toleraba la leche, figúrese, leche buenísima, que iba mi esposa en persona... la vaquería de don Jacinto. El doctor Salas, ¡bueno!, lo que sepa de niños..., que era una pérdida de agua. ¡Agua! Y le mandó sal. Claro, le salieron edemas, pobrecina. Entonces le ha... tazas de té; y lo que yo me temía, que adelgazara. Además, con la descomposición... se muerde, grita, se le hunden los ojitos, arrugadina la piel... Le ponemos el termómetro y ni siquiera 36. Yo no, no es muy normal esa temperatura, ¿no le parece? Cualquiera diría que nosotros... ¡Qué va! Aprensivo, don Doro, que se muere de pánico; está con usted y de golpe da una espantada, chillando: «¡Pulmonía, pulmonía!». También... teatro, naturalmente; va y dice: «¡Neumonía, neumonía!». O es un candongo, y se hace el loco o nos quiere tomar el pelo. ¿No cree usted? No, nosotros no; nosotros es que... eso: una dinastía de alérgicos. Ahora lo que me trae que no duermo es la niña, ¡angelino! ¿Qué le haría yo?

—¡Dele usted leche de burra!

El bibliotecario se queda estupefacto. No comprende. Mordido de humillación, agacha la cabeza, se va. Don Camilo exclama:

—¡Babeurre, sí señor: babeurre!

Y piensa:

—¡Estúpido! ¡Qué desdichado! ¡Si no puede uno...!

Pero también:

—¡Qué descanso!

Liberado, suspira, lejos de condenar al bibliotecario; ahora mismo volvería a escribir, se *lo* contaría: que vieran lo que es un padre. Ese enternecimiento le recuerda su propio amor y hasta su oficio de padre, tantas veces como de campo alargó el paseo, aunque hubiera de cargar con *ellos* y traérselos a costas... Ha escrito a Luis, al monje, a Eve. Ha escrito con elocuencia, sin ortografía —«¡Invente usted su ortografía!», oyó decir de niño —, sin fatiga, llenando pliego tras pliego de expresiones de amor, acarreado diminutivos y mayúsculas con grafía anárquica, prolongada por la frecuencia emocional de los puntos suspensivos.

¡Qué menosprecio para los demás! Poderosamente les rebota su odio. Convencido de que la mayoría está equivocada, no admite que su juicio sea fruto de soledad. ¿Escepticismo, él? ¿Escepticismo la «familia honesta»!

El conferenciante de esta noche es directivo de una extraña asociación: «la familia honesta». Se llama don Trinidad.

—¿Qué nombre le pondríamos? —Con ese especial juego de solitarios, que tan de corazón divierte a don Camilo—. ¡Cualquiera bautiza una perdiz macho!

Gustaría de verle; ¡hombre!, en la tribuna del conferenciante. Ya lo sabe defensor de estos postulados: limpieza de sangre, cortesía ursulina, moral de orden. ¡Así no hay quien te chiste!

Cierto: él se reconoce marcado por la sociedad. Pero, hay razón innegable y hay agudeza en aquella cita de Luis, una postdata, con palabras semejantes:

—El tener a la minoría como víctima propiciatoria, indefensa, es una amenaza para el bienestar de la mayoría dominante. La víctima puede ser condenada; pero las deficiencias que han hecho necesario tal castigo no se corrigen amordazando a la oposición.

Era bella frase; y más: una sentencia verdadera. Hizo bien Luis en copiarla. Inmediatamente don Camilo se la aprendió, redondeando párrafos. ¿Eh, ya las siete?

Se le ha ido insensible el tiempo. Siete y diez. Esa conferencia, ¿no era a las siete? Ea, largar estas cartas. ¡A ver, ese botones!

En la puerta de la sala montan guardia unos números del somatén. Don Camilo repara: va sin invitación. No, por nada; es que oye contar, todavía caliente, una curiosa anécdota: el conferenciante llegó solo; pretendería pulsar la opinión, a la manera regia, de incógnito. No tan difícil: nadie le conocía. Se dispuso a entrar. Pero se había entretenido; la sala estaba llena. En guardarropía se negaron cuando les dio el abrigo: no había sitio.

—¿Es que son modos? —ironizó—. No voy a estar con el abrigo puesto...

—No queda sitio.

—Es que yo soy don Trinidad.

—Y yo el Espíritu Santo... ¡Mira éste!

—¡Oiga! ¿Usted sabe a quién tiene delante?

—¡Venga, hombre!

Apareció don Isaías, se hizo cargo:

—Es que este tío...

—¡Mendrugó! Este *señor* es el conferenciante.

Y a don Trinidad:

—Perdone, perdone. *Ad impossibilia, nemo tenetur...*

Don Trinidad comprendía, sonreía. Insistió el guardarropas:

—Es que uno, don Isaías...

—¡Calla, vándalo! Que eres un vándalo.

—Sí, señor, don Isaías.

Ahora se lo contaba a los de Ja puerta.

—¿Cómo te dijo?

—Tántalo... o ¡qué sé yo!

—¡Toma!

—Eso. Y que uno...

Todos reían. No llevaban armas, pero a don Camilo se le figuraron del somatén. Don Camilo no reía.

Don Camilo traspone la puerta, separa el cortinaje y por el pasillo central avanza, erguida la cabeza, fijo en el orador que acaba de levantarse y un momento suspenso queda en aguardo de aquel último espectador, a quien se esfuerza en mostrarle su paciencia infinita, sus buenos modos, muy lejos de advertir cómo los ojos de ese espectador se le clavan duros, sin observar más nada, sin ni verle, pero pinchándole si fuere ello posible y fulminándole...

TÚ ERES LA CULPABLE

Segundo canto del gallo. Ese hombre se defiende. Rebeldías de Isabel. ¿En qué piensas? Los caprichos de un comprador. Robo con espejo. Álamo blanco, el corazón amargo.

Pero ¿qué fue de Alonso? Le dejamos en la puerta del Salón. Don Camilo se curvó, gentilmente; no llevó mano al sombrero; estrechó la de Alonso, en despedida cordial:

—Querido Alonso...

En Alcándara ponían cátedra sus modales de forastero, ahidalgado, elocuente y cortés; nadie con la gracia de don Camilo para besar mano de dama, o la distancia justa en el saludo, protocolario, ceremonioso. ¡Pena! Todo su complicado estatuto de salón se desarticulaba y confundía, como reloj imantado, cuando en el norte de sus relaciones vislumbraba la estrella nueva, la estrella negra, la protestataria estrella de lo agoral.

Alonso... Le dejamos a la puerta del Salón. Sí, han pasado unas horas. Se le ha visto seguir, Artesanos arriba, camino de casa. Hoy Alonso no comió en casa. Con su júbilo, siente el amago de un desasosiego amargo: alguna vez se ha detenido y, extraña, como celosamente, ha mirado atrás, en las esquinas. El hombrecito del portal, ¿le persigue? No sólo rastreando unos pasos se persigue... Alonso mira. No ve a nadie y continúa. Piensa en el anochecer: su primera visita a Catalina, arriba, formalmente. Rayará la fecha en el calendario, en cuanto llegue a casa... Y la está rayando.

Tanteaba, y lo primero que se le ocurrió, una mentira estúpida:

—He estado en casa de Raúl.

Sabía que a don Pedro no le gustan sus visitas a Raúl. Pero al mentir, no se atrevió a descargar toda la culpa. Como aquella otra tarde, en el pueblecito; regresaba de clase; dijo:

—Me han sacado. La numeración romana. Muy bien. Sólo marré el diecinueve.

Y la verdad, nada de romanos. A él no le preguntaron; buscándose el contento de los padres, mintió; en seguida, para castigarse a sí mismo, se atribuyó un defecto inexistente.

(Señor novelista: cabrían explicaciones; aseguraba su verosimilitud apuntándose un éxito no completo; ¿otra?: hablando de sí, protagonizaba la jornada; ¿más?: con un leve yerro conseguía que, sobre la atención, se le propinase la disculpa, regalándole de consuelos. ¡Listo!).

Como don Pedro, hombre formado, carecía de imaginación, y le amaba a lo hijo único, hasta cruelmente, trató de disculparle ante el profesor: que, en realidad, Alonso conocía los números romanos y que inmediatamente lo demostró, escribiendo el XIX sin mirar un libro, en casa.

—¡No acertar el diecinueve! Primero, equis...

—Si, sí que lo sé: equis, i, equis.

—¿Entonces?

No, don Pedro no se explicaba la mentira gratuita, nunca reconocería un gobierno de motivaciones oscuras. Si le era molesto que frecuentase a Catalina, mucho más le inquietaban aquellas relaciones con Raúl. ¿Lo ignoraba Alonso? ¡Entonces...!

Decididamente, no le encantaba el pariente Raúl. Pariente político, y de cuya parentela don Pedro deducía indicios de culpabilidad, al menos ocasión de reproche, contra doña Isabel: Raúl, enfermo imaginario, es decir, neurópata, en una estimación de conjunto; Raúl, listillo, o peor que bruto, porque zoológicamente asemeja el animal sin nobleza y es malévolo, cuando el mulo más falso no pasa de ser desconfiado; Raúl, picapleitos, y una intimidad sin moral, *liaison* de malcasada o referencia escandalosa desde que le dio por intervenir en los asuntos públicos.

Estas razones don Pedro no las decía. Había elegido su estilo de silencio; era el monitor que, una y otra vez, a lo más advierte: «¡Cuidado!», fiel a un método defensivo rudamente dispuesto contra toda tentación, purgándose en austeras prohibiciones, con renunciamientos continuos y rígidos límites de libertad.

Un acto inocente le turbaba: salir. La calle se le convertía en problema erizadísimo. ¡En casa tantos años, sin asomar a la puerta! Don Pedro se infantilizaba: era un despojo de energía, un estado de dudas, viva sorpresa

para quien de viejo le conociera aquel recio carácter, tenaz, y aquella inteligencia y disciplina. El péndulo de la melancolía regulaba esta ambivalencia: si generosidad, si avaricia; por lunas, amable y desdeñoso; a temporadas, simpático, esquinado, capricheándose de las internas colisiones que rompen la continuidad de un ser.

Maltrataba a Raúl, porque se le ponía a tiro. El mismo se lo buscaba, visitándole. Don Pedro ejercitaba su necesidad de odiar. Es una de las necesidades más humanas: cuando el instinto de amor no arraiga, hacer el odio. Para don Pedro, la privación de amor no era una frase; era suma de privaciones, pobreza, discordias de familia, una época de tempestad social y el exigente sobre sí que su moral le imponía.

Su estrechez económica no provenía de temor a la vejez, asegurada por la paga de militar, ni miedo al porvenir del hijo, que él se formó en huérfanos de guerra y el hijo de un oficial no quedaba en desamparo. Era una reacción defensiva de causa muy remota. Recordar, de modo involuntario, algo que no veía y que le provocaba las bascas de un inmediato vacío: la congoja o esa especial manera de apretarse el cinturón y que ahora Alonso vuelve a ver para contraste con las dificultades económicas de don Camilo, mucho más duras, pero donde no advirtió signos de angustia.

No es que se llegara al extremo de *fabricar* en casa tinta con viejos carretes de la máquina de escribir; cuando el tintero descendía, espesándose al calor del verano, don Pedro lo aclaraba con una gota de vinagre; pardeante escritura, la tinta cristalizada en escamas de herrumbre, de metálico tornasol. Nunca le reprobaron sus alquimias de niño pobre. Se ponía perdido de catar goma de resina, escarbando la corteza de los frutales, o macerar para esencia hermosas ramas de nardo que nacían salvajes entre rocas tibias y lagarteras.

Silencioso, Alonso busca otras tardes, compara los estilos de vida de estas dos familias. Es raro en casa el postre de frutas, devaluado quizá por la costumbre de regalar escogidas cestas, de cosechero; para Alonso no faltaba un final de grasa leche de cabras. En casa de Catalina, la fruta es tan esencial que don Camilo viajaba la comarca y recogía enormes canastas con los primores de cada estación.

De pronto, sintió Alonso que su pensamiento se le hacía transparente, que lo iba su padre a notar y que le enojaría. Estaba hablando «a la manera de» don Camilo, palabras de don Camilo, y don Pedro, reconociéndolas, repudiaría la influencia de un extraño a su medio y a su vida y a todo lo de aquella casa, un hombre con el que Alonso verdaderamente apenas conversó.

Las discordias matrimoniales no amenguaron, ni puertas adentro, el respeto al varón. No compartía Alonso la carta de limitaciones a que espontáneamente su madre se obligaba; no le era fácil entender esa costumbre, doña Isabel en la mesa, rodeándoles de solicitud vigilante, ni su resolución de comer aparte sola o, si había doncella, juntas en la cocina, después del marido y el hijo. Luchó contra el absurdo hábito; pero doña Isabel, si accedía, cuando más les acompañaba a la mesa, una vez servidos.

Frecuentemente, la acometían vivos deseos de comprar, de tirar la casa por la ventana. Para todos, era doña Isabel de limpia economía y ordenada. Entonces, acarrea cosas innecesarias, baratijas que presentaba como ganga o suerte de tómbolas o especial obsequio de los proveedores. Revelaba una secreta hostilidad por el marido: la rebeldía de una mujer sin independencia, privada de iniciativa, pero tan sutil que seduce y doma a la autoridad más violenta con encantamientos de seguramente frígida, fantástica, aniñada, mártir del hogar.

Bajo su odio a la esposa, quizá en don Pedro latiera un afán de venganza. Huérfano precoz, ingresó en un colegio de militares; tal vez allí se dolería de abandono, y reaccionó, amando pero humillando a la que para él ocupaba lugar de madre: la esposa. Don Pedro, en el pueblo, ¡cuántas piedras compraría, cuántas veces aquella piedra de mármol de aquel famoso velador! La arrojaba desde lo alto de la escalera. Pasado algún tiempo, se arrepentía; encargaba otra piedra. Invariablemente, al primer disgusto, con el primero de los gritos, tomaba la piedra, volvía a la escalera y lanzaba el mármol sobre las losas del patio.

Susceptible de su autoridad, no se reconocía fronteras. Sospechaba de Alonso. Cuando más ensimismado estaba Alonso, don Pedro le sorprendía, conminatorio, terrible:

—¿En qué piensas?

Alonso... pues no pensaba. Era muchacho tímido, gustaba de permanecer callado, podía no pensar.

—¿O es que no quieres decirlo? ¡Vamos!, ¿en qué piensas?

—¡En nada!

¡No! A otro con esas. ¡Nada! ¿Es que iba a creérselo? Ya el escándalo estaba en marcha; Alonso triste, reflexionando: ¡Para otra! No, no quedaba más remedio: había que mentir...

Las dos familias coincidían. En muchas cosas coincidían: la conducta, antisocial; su fe en alguna suerte salvadora, el menosprecio de la opinión.

Un solo camino las unía, y por ese camino, derechos al abismo. Don Pedro, técnico de la autodestrucción, en cierto modo se justificaba: era el problema del alcohol, nacido en la postguerra; jóvenes que aguantan, orgullosos, una campaña colonial, sangre sinfín, horror sinfín. Y el alcohol, que alivia, orgiástico, los corazones encogidos. Viene la paz, pero el alcohol no se retira: humilla, retuerce al hombre en bárbaros remordimientos, le concede la crueldad de algún crepúsculo: entre luces, el hombre haciéndose promesas, sueños de redención. Una desesperanza le atenaza, muy secreta. ¿Doña Isabel, pero qué pretende? ¡Curarle! Es su mujer y le roba: es un ladrón de su alivio, único alivio, de mortal consuelo.

Ni don Pedro ni don Camilo trabajan; destruye don Camilo todas sus oportunidades. Don Pedro, frenando impulsos, marchita su personalidad. Entonces, don Camilo chilla; don Pedro bebe.

La furia de don Camilo es agresiva; ofende, pretencioso. Su rebeldía no responde a una concepción firme; tampoco un fanatismo. Puede advenir la república; nadie hace más que el propio rey para traerla. Republicano histórico, don Camilo, si la república llega se aprestará contra la república, sufrirá tremendas decepciones, proclamará su rectificación de la república, su descontento, antes de que pase un año.

Don Pedro no es que rehúya una actividad. Activo lo es para múltiples negocios; con sólo esta excepción: los propios suyos. Su felicidad se colmaría de ocupársele en algo que no produzca beneficios: que no sea trabajo. Un trabajo se cobra, pero don Pedro no es vendible; su esfuerzo se desea gratuito; no trabajo, servicio: servir al rey, servir a la bandera.

Cultivador caprichoso, para la siembra de sus vegas se hacía traer semillas, esquejes de plantaciones primorosamente preparados en París. Comprar por correo, ¡qué delicia! Con obsesión de drogado, buscaba prosélitos, contagiaba, pedía para medio pueblo; era un insospechado encanto: primero, el catálogo, la complicada interpretación de aquellas ilustraciones: juego de potes de aluminio, cuando tan difícil resultaba distinguir ¿duraluminio forjado, chapa abollable?, y las asas ¿de verdad aislantes?; chinelas de baño, pero cuidado, no vayan a ser playeras o, sin duda, zapatillas para la muchacha.

Escribía a Barcelona, unos grandes almacenes de las Ramblas. Allí, de todo: tejidos, confecciones, juguetería, objetos de escritorio. Un tragabolas, para Alonso; mejor, el pimpampum; ¿esas cuartillas? No parecen tan malas.

—Voy a poner dos o tres kilos.

—¿Por qué no la pides? Esa lupa está vieja, no sé ni cómo ves, de lo rayada.

Anotaba: lupa de mano imitación concha. Y proseguía, atento a los demás: servilleteros, rayadores y rodillos, cubreplatos, pasapurés con molinilla estañados...

—¿Le compramos el balandro? Mira, ¡esta carretilla! O el conejito pintado, y se acabó.

No, no se acabó, no era fácil. Ahora, la cocina: máquina de cortar patatas a la inglesa, que era una tabla de nada, con su cuchilla de garlopa, a la bandolera, en medio; venía la cerámica: arcilla doméstica de palmatorias talaveranas, jofainas, jarras, cuencos, azulejos, ladrillos de literatura antifeminista, imitaciones de Álvaro, Paternas y Manises, con sentencias o refranes en simples barros cocidos, o vidriados o reflejos en esmalte al baño. Y un sombrero de fieltro, gris plomo, de ancha cinta negra, para Alonso; un sombrero para sufrir, porque ya don Pedro se obcecaría en corregirle su tocado: hacia la frente; que es cazurrería inaceptable en casa un flexible horizontal y, ¡no digamos!, echado para atrás como un cochino yanqui, sobre la nuca.

Hay una pequeña historia decisiva de su desconfianza en los demás. Es la preparación de su traslado al pueblecito. ¡Condenado equipaje! No quiso dejar en Cuba ni un bastón y hasta el colosal armario Luis XV lo facturó con él. Ya en Madrid, amigos de familia recogieron parte del mobiliario. Vísperas de la boda, o quizá recién casado, se acercó a retirar los baúles, mundos de caja inagotables, altos de tapa, de maderas recias y curvadas.

Apurándose, cerró cajones y jaulas. Embalaba en un cuarto oscuro y fue al pasillo para clavetear algún bulto que se resistía. Entró, salió. ¿Se olvidaba de algo? Ese espejo. ¿Eh? En ese espejo apareció la señora de la casa donde se había cobijado y en la que veía un símbolo de amistad y desinterés. Y ahora, aquellas manos furtivas descolgaban una preciada reliquia, un barómetro de talla, que no empaquetó para llevarlo personalmente, por su rareza y calidad. A través del espejo, observó cómo le escamoteaban el barómetro, se lo ocultaban y escondían, retirándose de puntillas a otra habitación. Al quitarlo de su vista, la señora esperó que lo olvidase y nunca se le reclamara. Don Pedro no dijo esta boca es mía; un instante se contuvo, escrutando pero cuidadoso de no darse cuenta, de no sorprender la operación, y volvió de cara a la pared el espejo cuyas aguas había reflejado la escena de aquel hurto, que

sólo tras muchos años, para lección de Alonso y anécdota de sobremesa, relató.

Por entonces, don Pedro se afeitaba a diario y engomaba las guías del bigote. Cuando por los estudios de Alonso decidieron venirse a la capital, don Pedro fue dejando de afeitarse. ¿Para qué? Doña Isabel entendía: ¿para quién? Se acercaba a los sesenta; nueve años más que su mujer, cuarenta sobre Alonso, hijo único. Don Pedro había nacido en el 72; el 98 era capitán; tornó repatriado con el ejército en derrota; se retiró por ley de guerra. Empezaba el siglo y conoció a Isabel; se casaron en Centenera; ya no volvió a salir del pueblo; hizo ese viaje, por los muebles, y se acabó. Alonso nació tardío, cuando la esperanza de un hijo principiaba a palidecer. Al meterse en estudios, le acompañaron a la capital, pusieron casa.

En la que don Pedro entretiene sus horas o, como esta tarde, juguetea con Bi, hija de Raúl, una pequeña pelirroja, un trasto.

—¿Quién llama? —Silabea Bi. Y se da morraditas, de espaldas, pegada a la pared.

Ve esos callos a la madrileña, aperitivo con que don Pedro empapa sus alambrados de revuelto, recios vinos del país, de un blanco entoldado.

—¿Te gustan?

—¡Huy! ¡Pies!

Comía pies. Los bigotes de don Pedro le cosquilleaban. La lleva a la mesa de escritorio, donde un gatito con testarudez animal se obceca en escribir a máquina: pulsa, pega al teclado, la cabeza inclinada, atentísima; de golpe toca el tabulador, escapa el carro y el timbre campanillea. Aterrándose, trata de inmovilizar la máquina, disparada a la izquierda, ya parada, pero nerviosa la blanca fierecilla, enloquecida como en rececho del ratón, fugitivo, con el que muy pronto sonaría la hora de jugar. Era escena deliciosa, emocionante para Bi.

Don Pedro la iniciaba en acertijos:

—Vamos a ver. Dos muchachos, hijos del mismo padre y de la misma madre; dicen que no son hermanos: ¿qué serán?

La chiquilla fracasaba. Era *test* para mayores. Don Pedro vivía muy alejado de esa edad, pero reía divertido, en un temblor de bigotes:

—Pues ¡unos embusteros!

Al instante, contagiándose, Bi reía. Llegó Alonso. La pelirroja, al escondite, chillaba:

—¡No estoy!

Don Pedro ya no se iba a reír. Miró: Alonso. Y empezó a recelar, en guardia. Adolescente, radical y confuso, Alonso no acertaba, no veía. El

padre, ansiando que se le tratara como a un niño; sus más graves transgresiones, que pasaran inadvertidas. Alonso: tú mayor, o tú niño, ¡qué feliz le habrías hecho; qué fácil te sería comprender!

Vienen por Bi. Ahora Alonso contempla sobre la mesa de comedor un pintado paisaje: la caja de tabacos de don Pedro. El relato de las ocurrencias de Bi, toda la tarde en casa, despierta la ternura de Alonso. A su memoria ascienden años de Centenera, y es un paseo escolar, Alonso desventurado porque todos los saltos los perdía, le pesaban las botas y llegó a mojarse en los pantalones, pero cuando volvió, desolado, compungido, acusándose, en casa le animaban y le distraían aquellos barcos, papel plata la coraza y llameantes banderas que su padre, para más regalo, izó, iluminó... Ahora, con los recuerdos en pie, Alonso emocionado se confía y olvida la lección, aquella escena de hurto en el espejo, y baja la guardia y exclama:

—¡Catalina! Pintaría muy bien esas estampas. —La contratapa de la caja de cigarros, abierta, que en propaganda de marca ilustraba un pasaje de Romeo y Julieta, y era el suave cielo de Verona y esa dulzura de tintas y la magia de aquel doliente amor.

—¿Catalina? —dudó, con la esperanza de no haber entendido, el padre.

—Hoy hemos comido...

No dijo «en su casa»; con Catalina. He comido con ella, eso dijo.

—No quiero que plantes los pies en esa casa. No quiero el menor trato. No puedo ver a esa gente. No te pueden traer nada bueno. Nada: meterte en líos.

Doña Isabel, como siempre, fue al quite; como siempre, torció la discusión:

—¡Pobres chicos! ¿Qué malo es que se vean?

—Ese hombre es un loco.

—¡Papá!

—¡Calla tú! —Impuso rápida la madre y asordinando la voz—: La muchacha no tiene culpa.

—Quien quiere a la hija quiere la vedija. El día menos pensado se te presenta en casa la guardia civil.

—¿En esta casa?

—En ésta. Ya lo dijo Miguelete.

—¡Pues, sí! Un carbonero...

—¿Es que no ves? ¿No te das cuenta que a este memo te lo fichan? ¡Serás carne de presidio!, eso dijo.

—¡Qué cosas! Además, Miguelete, porque no nos podía ver. ¿Qué años tenía éste? Si Miguelete murió y el niño vestía de corto...

Don Pedro toleraba hasta el monárquico liberal. Ni un grado más a la izquierda. Insistió doña Isabel. Alonso padecía mucho.

—Pues, mira: tan mal, mal, no habrá influido: yo sé que un hijo se le metió fraile.

—¡Déjame en paz! Sería que no aguantó más aquella casa. También tiene otro... una, que es artista, o eso... Nada, nada.

—Bueno —interrumpió descontrolado, Alonso—: me voy a dar una vuelta.

—¿Cómo que te vas?... ¡Que se va!

—¡Me voy con Catalina!

—¡Oye! ¿Eh? ¿Le has oído?

Ahora es cuando no, nadie ha oído, porque al salir, Alonso dio un portazo. No quiso darlo; inmediatamente se encogió. Pero entonces, eso mismo le impulsó a la calle, precipitado, sordo, cegándose de pena y de rabia. Sí, vuelve a verse, recuerda figuraciones de venganza. Era su padre y deseaba matar. Le quería demasiado para poderle matar. Por eso ideó: matar el padre que uno lleva dentro de sí, y que existiría mientras él existiese...

—¡Déjale!

—¡Que lo deje! Tú, tú eres la culpable.

—Yo había de ser... Pero ya no es un niño. ¡Hijo mío! Ya tiene veinte años. Va siendo hora de que sepa lo que debe hacer.

Don Pedro la miraba, estupefacto. Rápido, estrellaba un vaso contra el suelo y se metía, a doble llave, en su último reducto: la alcoba. Temblaba de ira; y huyendo de examinarse, elegía la violencia: todo antes que ceder.

Y antes de confesarse que le aterraba la idea de un testigo de su vida: Catalina en casa. Y que a la vez eran celos de niño, era un pavor de niño...

LA AUTORIDAD COMPETENTE

Ilusiones del sentimiento. Alcándara está azul. Lo que no era «trompe-l'oeil»... La tragedia humana y la comedia. Bambalinas de café. ¿Por qué hay tanta gente?

Se le hace un poco pronto para volver a casa de Catalina. Podría ver a Raúl, acercarse un momento. Al lado, en esta misma acera, dos números arriba. Rabiosamente deprimido, amargo, no le es tan fácil decidirse; oscuros temores cargan en él la pesadumbre de un encuentro enojoso con su primo. Ya se figura el tono de Raúl, entre baba de risas:

—Tu tutú tusué... gross stá tataá tacá... bra.

Es penoso cómo los sentimientos alteran la percepción, deforman nuestra idea del prójimo. También los buenos sentimientos. Miras un hombre, es la imagen primera y, ¡ya!, desfigurada:

—La primera impresión es la que vale.

Qué desvarío. Entre el prójimo y tú media un cristal, más o menos limpio, turbio o invidente, pero un cuerpo que no eres tú, que no es él, como ni él ni tú sois iguales. La figura del prójimo te llega, pero refractada, y no son tus ojos sino tu razón lo que rectifica esa línea de vida que es el otro y que ante ti se muestra, como yo rectifico la dirección quebrada de la cucharilla en el agua del vaso, porque la sé efecto de refracción de la luz. En el otro una idea se propaga a diferente velocidad que en ti, distintas vuestra densidad mental, vuestras temperaturas. Ante los sentimientos y, sobre todo, la conducta de los demás, nuestro juicio no verifica los errores de percepción; adaptamos la posición aparente de la imagen, y aun la noticia de los actos, a nuestra conveniencia íntima.

Desde luego Alonso, clara conciencia, vive el advertimiento de su disimilaridad. No se vanagloria; por el contrario, se sabe en pecado y sufre del fariseo que se gozaba de verse diferente. Alonso no se desearía diferente. Estas cosas, como quererlas, no, la verdad, estas cosas no se quieren... Su actividad sentimental se consume tanteando, afantasmada en la oscuridad del

propio laberinto; si un día alcanza alto grado de habilidad analítica, le decepcionará medirla por su esfuerzo de penetrar las máscaras del entorno, compañía para hacer camino y peripecia auténtica. Busca identificarse, comparar... ¡Qué gozo ver en otro la misma complicación emocional, motivos análogos! (El error puede ser trágico, Alonso: ¡cuántas veces ese motivo, esas emociones, brotan del enmascaramiento!; un manantío nocivo al que tiene sed, malas aguas para espejo de la verdad).

Ea, no todo es negrear de pérdidas, no sería justo, sobre un ilusionado muchachito que se desea capaz y cuya inteligencia aroman flores del sentimiento: Alonso Mora, soñador; un encanto. Los versos que no hace, la poesía que jamás escribirá, Alonso lo regala; su estilo de vida poetiza la vida misma, la embellece, la exalta. Un síntoma, la repulsa a toda polémica. En su moral se ha instalado este hábito nuevo: comprender. Pero Alonso teme por la fragilidad del sentimiento y lo arropa, mimoso, como arbolito en vivero. Por eso, no porque se le haga tarde —cuando además hoy le violenta volver, cuidadoso de Catalina como de creación acabada, buena, reciente—, se pega a la pared, se oculta a los balcones de Raúl y, en sigilo, pasa de largo, casi riéndose al advertir que caminaba de puntillas.

Las relaciones entre don Camilo y Raúl aparentan una cordialidad de religionarios, de moral combatiente; unidos por la oposición, pero, en el fondo, uno y otro recechan, se atacan, a veces sordamente; como, no un iniciado, como Alonso creyó esta tarde notar. Ni uno ni otro ven fácil la tarea, grata, de acercarse. Es un muchacho, Alonso, y lo interpreta así:

* *Raúl*. Ha rectificado opiniones políticas y ha hecho público su cambio de actitud. Ha sido sincero. El juicio de don Camilo es juicio deformado por esta imagen: antigua trayectoria de Raúl; rectifica ese juicio, la quiebra del bastón en el agua, y, como sabe irreal la dirección visible, mantiene recelosa intransigencia al cambio, que repugna a su razón. Un juicio adverso, Raúl...

* *Don Camilo*. Toda una vida, su vida pública o bastón, enteramente al aire, entera en el agua: derechura de invariable, punto por punto, posición tras posición. Esas posiciones, lo malo si van descaminadas... Raúl le tacha de inadaptado, ciego, conservador; cuando el ser, no sólo atiende a conservarse; y más propio del ser es el anhelo; entre placeres y dolores, tendida flecha para dianas que, numerosas, desorientan el ojo cazador.

Alonso no cree tan obstinado y ciego a don Camilo; entre familia y familia, si ahora Alonso estableciese un paralelo de estima, de conductas, el papel de obstinado correspondería a don Pedro. Piensa:

—¡Qué caso, el monje! Y se promete, ¡menuda novela!, considerar lo que a don Camilo y a Luis —amor apasionado, Luis, espectador único que don Camilo, de representar su humana comedia o su tragedia, elegiría— debió de imponerles aquella rectificación. Ya don Camilo va perdiendo confianza sobre el futuro monje, aunque todavía se resigne a admitir como para siempre aquel voto de fe; don Camilo condena los puntos de vista que en él se condenan, los mismos, rigurosamente: si el monje rectificara, don Camilo viviría la embriaguez del retorno de su hijo pródigo; pero, en seguida, apenas lúcido, ¿no le censuraría ese cambio, no lo repudiaría como signo de versatilidad?

Quizá no. ¿Por pasión de padre? Quizá no, si el monje renunciaba a proclamarse en otras posiciones; el bastón pasa del aire al agua y no se quiebra; a condición de que no intente realizar la apariencia de su imagen nueva. Alonso recordó; era una hermosa alianza de palabras:

—Aquel que ya una vez se ha desviado, no es digno de confianza. El monje, ¿no decía?: «si la sal ha perdido su sabor, ¿con qué será sazonada?» De la mejor fe, pero ¿quién le garantiza que su última actitud no fuera a rectificarse?

Don Camilo, si reflexiona, si un instante se recuerda en celos —¡vaya!, celos de él, Alonso, celos por Catalina— ya notará esos celos refractarios a la implacabilidad de su lógica, nacidos de una inmediata realidad. ¡Y se atreve a negar la realidad del bastón refractándose, la evidencia a nuestros ojos de ese real y verdadero bastón doblado por el agua!

Alcándara está azul, bajo la niebla, y anochece. Se han llevado las lluvias el largo enero.

—Buena es la niebla, piensa Alonso; mañana picará.

En la sangre de Alonso bulle la primavera, primaverilla de febrero, engañosa, de soles calcinantes y un clima dulce de violetas. En el directo de Madrid han llegado los periódicos. Puntilloso, arrogante, ha salido el diario de la localidad: *El Eco*. Pregonera, la noticia se multiplica rebotando esquinas:

—*El Eco*... ¡Ultima hora! La conferencia de esta noche... Gran lleno en el Salón...

Acordándose de las Calatravas, estremecido por la emoción de una vez más ir camino de esa calle, pero con la novedad de su dicha que ya sabe consentida, con la puerta franca y la novia en zapatillas, solos, muy juntos,

cerca del balcón, bajo el silencio sentimental y vago de la salita, sin prisas, Alonso va reparando en la ciudad, caviloso de los detalles.

Parleras, locas, ¿no tardan las campanas para su rebato? No hay campanas, ni las graves campanas de una catedral, ni las campanas del silencio, bronces que abran la soledad callada, hiriéndola y traspasando las horas densas de la noche.

Donde no hay campanas no hay conventos. Ahí, en esos claustros, ya no se medita, no se reza; se administra una justicia quizá humana; se ordenan los pagos del erario; las ciencias y las artes se suceden; los hombres a los hombres se acorralan... En los viejos corredores hoy resuenan los mil tráfgos de las salas de Audiencia, y las ventanillas de la Hacienda pública, o la Corporación provincial, o el Gobierno civil, el Ayuntamiento, el Instituto, las escuelas, el penal. Ya las voces no salmodian, no musitan latines, laudes, nonas...; los corazones no se elevan al Señor; acusan, esas voces; los silencios acechan y, discordantes, en sus propios ruidos gimen la oficina, las aulas, el rastrillo.

Pero en la milenaria ciudadela de la capital se levanta un mercado modernísimo, de tres plantas. Y no lejos del historiado teatro isabelino, se cimenta la construcción de una sala de proyecciones.

—¡Alto! —Se le ocurre a Alonso—: un bautizo no es ninguna tontería; si le ponen *María Luisa*, ese nombre puede ser el puente capaz de unir ópera y cine, pretérito y actualidad; cuando Regina Paccini tipleaba su Margarita en el *Fausto* de Gounod —por cierto, ¡qué sorpresa! don Camilo, porque llegó a Presidenta argentina, ya se lo contaré— pues... en los días grandes de la Regina o de Caruso, ya iría soñándose mocita Greta Garbo, por ejemplo.

Veía otro símbolo de unión: el diminuto coliseo, de fachada andaluza, azulejería y pintoresca lámina de colmado, en cuyo frontis campean los tipos griegos de esta labrada voz: *Atenea*. Y donde «la vuelta a la normalidad» fervorosamente ansiada, instada del gobierno, iniciaría selectos ciclos culturales. En preparación, ya se sabe uno: música de cámara, impresionada en discos, e ilustraciones del conferenciante, oboe de la banda militar y especialista en *opus* menores de los maestros: minuets y pavanas, *Heder*, gavotas, *canzonette*; en la directiva se discute la pertinencia de instalar altavoces; resiste el orador, que teme una sensible impureza de registros y, como subir, ¡ya sube la bocina tremolante, metálica, de su máquina de cantar!

Al hilo del recuerdo, Alonso ríe, enteramente ajeno a la calle, apenas poblada, envuelta en niebla, por la que sigue, despacio, abstraído, muy lejos

de aquellos temores que le agarrotaban el ánimo esta tarde, junto a don Camilo. Y de golpe, le tocan un hombro. Se vuelve.

—¡Perdón! ¿Me da fuego?

—No fumo.

Fumaba; debió de palidecer y, en seguida, para sus adentros:

—¿Fuego? Se lo daría...

Apretó el paso, encendidos los ojos, los puños engarfiados. Se irritó de su descuido: había caminado sin acordarse del hombrecito del portal. Sintió la llamada, el hombro, y no perdió los nervios; no asoció entonces aquella interrupción. Pero ¡al momento!

Y ese tardío reflejo, quizá una décima, milésima, de segundo, pudo ser captado, percibido por el otro, y el otro podría sospechar. Era la traición de la voz, del gesto, el relampagueante paso de la sorpresa —*¡perdón!*— con su rostro de inocencia, al terror instantáneo, todavía antes de responder: —*No jumo*—. Sí, un relámpago, con apenas la pausa para retener estas otras palabras: —«¿Hay algo contra mí?»—, para escucharlas por dentro y para traducirlas en la respuesta inmediata que dio; con todavía otra milésima de segundo, para no sorprenderse oyéndolas de su propia voz.

Pero un relámpago, por serlo, también iluminaría los efectos, la ansiedad de su rostro; ¿a qué punto ese rostro se desenmascaró y hasta qué profundidad el otro le penetraría? Se había perdido de vista; cuando un hombre se cree seguido, y luego, estúpidamente, camina sin imaginarse aún seguido, ese hombre olvida un principio elemental: «no perderse de vista»...

Giró en la esquina, acechó, con alarde tal de precauciones que, tranquilo de no hallar extraños en su corto horizonte de niebla, se notó incómodo y, sin piedad de sí mismo, se adjudicó la flor de la ironía:

—¡Alonso! No te sabía tan prudente, Alonso...

La naturaleza, que es flaca, porque Alonso, la verdad... ¿O tendría de qué temer? Le fue minando, le tornó temeroso aquella atmósfera de conspiración, el enrarecimiento de las primeras horas de esta tarde en casa de don Camilo; naturalmente, el insospechado advertimiento de un hombrecito que espiaba, en frente, haciéndose el loco, apostado en el portal; no era el engaño a sus ojos: aquel hombre permaneció atentísimo, a la llegada de don Jesús; cruzó el umbral, don Jesús; rápidamente aquel hombre apuntó algo en un cuaderno; se lo guardó y quizá por un fallo de su actitud alerta, alzó la cabeza y se desconcertó de Alonso, en el balcón; no le sostuvo la mirada; en ese desconcierto, estuvo a punto de simularse distraído, y embrollándose, desapareció en la umbría del portal. Aguardó Alonso largo rato, de rececho;

sólo que alguna vez también se distraería, cuidadoso de no inquietar a Catalina, y al fin, reclamado para los brindis de la casa. Gustaría de comprobar las precauciones del hombrecito, asomando la nariz, mirándoles de reojo.

En el ambiente se advertía un estado tenso, viva inquietud; apenas ayer, sofocada una revuelta, en el clima político todavía se marcaban altos grados excedentes del sofoco; y esa temperatura de pasiones activaba la enfermedad de tantas minorías españolas; una enfermedad crónica, de recidivas peligrosas: la reacción, la subversión. Pero ¿él?...

—Muy curioso fenómeno —recordó, mientras miraba los escaparates y ya no sabría el qué, más que a mirar parándose por ver si le seguían—; como aquella mañana en misa.

Y aquella mañana, a su espalda, los forasteros; rezaban. De pronto, notó que le aludían —¿o a quién?—, entre risas, y asordaban la voz. Palabra suelta que le llegara, la creía burla expresa contra él; cruel tormento, porque no entendía con injuriosa claridad como para justificarse una violencia y dar paz a su deseo: volverse.

Bueno... Resultó que en el grupo se hallaba un viejo amigo, venían de una cercana villa, le vieron, le esperaban en el atrio, le abrazaban...

—Pero ¡a qué engañarse!, no —reflexiona ahora Alonso—; el hombrecito del portal espiaba; seguro que anotó las visitas de don Camilo. —Y un escalofrío le estremeció—. Es decir, mi nombre... Peor; no se conformará con meterle a uno en lista; yo no frecuentaba la casa; menos conocido, sobre mí tendrá que hacer averiguaciones.

No matizaba, no cayó en la cuenta de que, él, no había ido de visita; que ya estaba allí, para el almuerzo. Cierto, y aún le habría localizado en el balcón; pero le miró, huyendo de sus ojos, por demasiado visto, por sus relaciones con Catalina, que justificarían una aproximación al vigilado, o por suponerle hijo de la casa, dadas su juventud, la familiaridad de su presencia junto a Catalina... Y Alonso no apuró el razonamiento porque, temiéndose comprometido, dejaba de pensar en él.

—¡Papá! ¡Sería horrible!

No, no acertaba; horrible, sólo había un caso: el dolor de su madre; y sobre ese inmerecido, horrible dolor, la lucha de una pobre mujer, culpada, responsabilizada, como si precisamente a ella se debiera la tragedia del hijo, la desgracia y la vergüenza: ella o la mala madre, que a su único hijo desgració. ¿Papá? Son cosas nada fáciles para decir: las ve uno mismo y uno

las niega: si un día Alonso fuera detenido, su padre no dará un paso, no le visitará jamás.

—Si un día me detuvieran —calculó— mi propia turbación me acusaría. Es la turbación del ensimismado; confunde. Un pronto, y ¿quién se halla ajeno de culpabilidad? Los hechos pueden ser muy distintos de los que errónea, o falsamente, se le imputen; pero el indicio los concierta, los arroja contra el ser en caída, vulnerado, afligido, empalidecido, pecador. Destino doloroso, desventurados tiempos: verse bajo la centinela sin remedio; ver cómo la asechanza roe la integridad de una vida. En esta situación es un hombre y no puede con su problema.

Don Camilo, ¿qué pensará, qué solución habrá buscado? ¿Dentro de la ley, acomodándose? ¿De cara al conflicto? ¿Resistiendo impulsos? Visto por Alonso Mora ¿qué variados aspectos a iluminar! ¿Es don Camilo quien provoca su leyenda de «ciudadano», toda una literatura casinaria contra él? Atraerla hacia sí, sobre una paz segura, merecida, y no ignorarse limitado, hasta deformado, ¿le contenta? ¿Tampoco le acorcova un riesgo de familia, la suerte de los suyos?

¿O se cree suficiente —no es pregunta, que es toma de posición en la conciencia de Alonso— confía en sí mismo y acertará a bastarse con una propia filosofía de la vida?

—Victorioso ¿me exigiría renunciar a todas las amistades ajenas a su grupo? ¡Hombre! Uno también tiene ilusiones, tiene un puesto en cualquier grupo... Ahí, cuatro pasos, un grupo.

Y Alonso va otra vez a perderse de vista.

Pero ya está aquí y esto se llama garaje de Guijarro.

Con todo, un garaje de primera. Alcándara no se permitiría lujos más regalados. Tres amplias naves, de cobertizo; a la izquierda, la oficina; al fondo, habitaciones oscuras, separadas por altas mamparas fijas, de tabla. Cada noche, en esas habitaciones se recoge todo el dolor y el orgullo de una familia en ruina. Ha muerto el padre. Se llamaba Guijarro, Lucio Guijarro. Alcándara le debe los primeros automóviles que atronaran la ciudad; sus primeras líneas de comunicación, los distantes pueblos solitarios, cuando un automóvil era aquel raro artefacto sobre chasis 38 HP modelo 1915, y las carreteras camino de carros, de relejes homicidas y curvas para el salteador.

Principió siendo, el garaje, cochera particular. Allí los broncos faetones, el sedán de casa, las amarillas «camionetas» de línea, poderosas, con motor

Saurer. Uno de aquellos colosos de la tonelada, y la velocidad, motivó el hundimiento de los Guijarros: accidente catastrófico y buen abogado en contra, don Isaías, criminalista, que les cargó responsabilidades del despeñamiento y la indemnización de veintitantas víctimas. Reciente el automóvil como industria, Lucio no se constituyó empresa; era dueño, y milagro que en aquella desgracia no fuera conduciendo, él en persona; un riesgo así carecía de cobertura. Lucio no había suscrito pólizas de viajero ni garantía para el coche, sino la novísima de seguro contra incendios del local. Con un canto en el pecho podía ya darse, de quedar como responsable subsidiario. Se dio:

—Todo por bien empleado. La cuestión, salir de ésta.

Le valía su fe, emprendedora, a lo león, erguido y animoso. Ea, a empezar. Su confianza en sí, contagiaba. El administrador de la casa les trasladó un noble gesto de la propietaria, ausente, anciana baronesa menos caritativa que admiradora de hombres como Lucio: el origen oscuro, la voluntad inteligente, formado en el trabajo.

—Que no le inquietara el atraso de las rentas. Y en cuanto a la casona, se la dejaba sin alquiler, por el resto de sus días.

Poco tiempo iba a escocerle al contrariado administrador, celoso por tunante, incapaz de entender en caprichos de la señora. De la noche a la mañana, Lucio Guijarro perdía su única razón de existencia: Rosario, su mujer.

Espectadora de la pequeña íntima comedia, o la tragedia, para quien Lucio representaba sin un desmayo su papel, Rosario se desveló aquella noche imborrable, noche negra, y escapó al garaje; con el alba, la encontraron enloquecida, espumeante, destrozándose, pretendiendo huir.

Todavía en Lucio relampagueó la esperanza, cruel, de un ataque de epilepsia; pero son más breves, sospechó; de una locura momentánea; hasta de la locura... Los médicos no vacilaron; no era un mal, pasajero; no quedaba resquicio, ni menos fatal dictamen: rabia. Un dolor, sobre todos los dolores, porque es la enfermedad sin esperanza, la incurable enfermedad y la muerte inmediata; pero además, un único emplazamiento sin remedio; es el cáncer y se conocen lenitivos; la infección contagiosa, y hay consuelo y el enfermo encuentra la valentía de una mano que dulcifica y conforta. ¿Rosario? Atada, sangrando de las ligaduras, deshecha la faz. Y su marido, en frente, y los hijos en frente, sin acercarse a calmar esa pena infinita, desahuciada, salvaje, esa encadenada soledad en grito, ese humano horror, esa vida, esa mujer, esa madre. Después...

Lucio se vino abajo. Fulminado y abajo. Se pasaba el día blasfemando; las noches en el cementerio, sobre la amada losa clamante de impiedad, fiel y caviloso, a los pies de su amor perdido, dejándose morir, como un perro.

Quedaban el abuelo y cuatro huérfanos: Lucito, José María, Teresina, Víctor. Aquella mañana, acabado el réquiem, el administrador les visitó; su pésame, pero que desalojaran la casa. Había escrito a la baronesa; hablaba de un nuevo inquilino: un señor de principios, interventor de la Hacienda pública; ciertamente, le pedía caridad con los huérfanos, que les cediese la cochera.

Comprensivo como un administrador de baronesa, el abuelo celebró esta solución: demasiada casa para ellos; se arreglaría un rinconcito, por la niña; eran cuatro hombres; los negocios del automóvil prosperaban: no estaría mal levantar algún tabique, nada, cuatro cuartos, echar unos remiendos; sabían de coches: si la señora consintiese, ¡qué gran garaje público!... Consintió.

—Lucito... Me lleva tres años —ha calculado Alonso—; ya debe andar por la mayoría.

Se llegó a la oficina. El abuelo dormitaba. Alonso tamborileó en los vidrios del postigo:

—¿Lucito?

—Pasa, hijo. ¡Me caches! ¿Lucito? ¡Hombre, hombre! ¿No fumas, hijo? Tú no fumas, ¿verdad?

—¡Claro que fumo! —Y se dolía de no haber comprado pitillos en el salón; a ver... restos de picadura; y tendiéndoselos—: Fume, abuelo. Ya tengo otro paquete.

—¿Sí? Bueno, hijo. ¡Me caches! Lucito... no. Se ha ido a La Tardosa, que son las fiestas. Se saca sus perrinas, ¿eh? ¡Me caches! Lucito es muy bueno: allí lo gana, allí se lo deja. ¡Je, je!

—¡Je! Abuelo: ya me daré otra vuelta, ya le veremos.

—Sí, hijo, yo se lo digo a Lucito... ¡Hombre, me casuen!

Al fondo, en la nave central, Teresina orientaba la maniobra de un coche; daba instrucciones al conductor. Alonso vio cómo Teresina se acercaba, llamada desde el coche, atenta al viajero. Pero, también, a la presencia de Alonso:

—No hay nadie. Los muchachos andan por ahí; en la Corredera.

Alonso partió. Virtuoso del violín, débil romántico, de labios sellados para la parla, fáciles al vino, Lucito Guijarro se desinteresa de la vida familiar, *la... si-la-re, la-sol, la-sol, re...* y estará entre aldeanos, mimando la *Serenata*, o luego, bajo la luna, si hay allí luna, gloriosamente borracho, junto al brocal de

un pozo, indiferente a conspiraciones, y a esta hermana, que ahora mismo escucha al viajero ilustre, viejo empresario, porque se desea estrella, ¡Teresina!, y apenas le queda astucia para alejar a Alonso, temerosa; no sea que, amigo de Lucito.

Algún feliz rato ha pasado Alonso en el garaje. En busca de Lucio, charlaba con el abuelo, sarmiento vivo; fumaban, paseaban silencios por los viales de la memoria, y coincidía con Luis cuando más recia era la negativa en casa de don Camilo. Frecuentaba el garaje, Luis, amigo de los muchachos, adolescentes en celosa amistad, quizá confidencial, con cierto aire numantino, pero de secretos sentimentales, narcisos, antes que societarios.

Un grupo heterogéneo: Lorenzo, o *Céfiro*; *Floromanso*, gladiador; los mecánicos y los estudiantes. Chemari es *Arañista*, y Víctor, sin ce, el menor de los Guijarros, *Vítor* de la apretada sociedad. Usan idioma esotérico, de clave, de sustituciones mágicas. En esa lengua, hay tres grados: para diarcas, para iniciados, para caballeros. Los diarcas son *Céfiro* y *Vítor*. Sueña *Céfiro* y se figura el torero de Alcándara. *Vítor* ha colgado los estudios; en dos cursos aprobó sólo dibujo; se desea mecánico; aprende a conducir, aprovechando ausencias de Lucito y soledades del garaje; poco a poco, y en colaboración con Chemari, *Principado*, el garaje se transforma: ya cueva de alquimia o almacén de chatarrería.

También Chemari inició el bachillerato; en tercero se cursaban *Elementos de historia natural*; Chemari, por José María y, de Chemari, Che; en tercero vistió de pantalón largo y le llamaban el Che; tuvo novia, para entre clases y era un desmayo de voz aquella novia, en las íes agudísima, de vibrato que le afinaba el nombre, su José Maríiiiia; en los balcones del instituto, los compañeros que arrojaban flechas de papel, giratorias, bramaban, ahilando todo lo femeninamente posible la voz y estirando la i con una dilatación del diptongo que duraría lo que la flecha en tocar tierra.

Exasperaban. Algo imposible de aguantar. Y cuando en Naturales el profesor le nombró, llamándole, estudiantilmente irónico:

—José Maríiiiia —aunque apenas insistiendo y desde luego sin afeminar la voz, pero los más cercanos principiaron a mirarle y a reír, se levantó airado y dijo:

—Yo soy Pepe. Y usted, ¿sabe lo que es usted?: ¡un piernas!

—Es que es el capitán Araña —explicaba.

Entonces le pusieron *Arañista*. Pero se acabó. De los estudios sólo conservaba una habilidosa instalación de luz, por su costumbre de leer aventuras y policíacas, a hurtadillas: complicado ingenio que ilumina la página del lector y no deja escapar resquicio de luz delatora, ni aun pegándose, como a veces el abuelo, a la puerta misma del cuarto. Víctor lo sabía; compartió el secreto, a cambio de que Chemari le tolerase unas barras para gimnasia, en la alcoba común; se deseaba no mediano de estatura y pasaba las horas colgado del techo, con la ilusión de más adelante aprender *jiu-jitsu*.

Alonso comprende que esta noche llegó al garaje en mala hora; marcha a la Corredera. Ya en sus jardines, mira el reloj —¿las ocho?— se busca en el bolsillo y —¡me doy prisa y todavía llevo!— renuncia a la reunión; no sabe si subir a casa de la novia; por lo pronto, a ver: un estanco.

Es el momento en que *Los Muraños* celebran debate; un paseante no advertido, se detendría, en seguida se estregaría los ojos y finalmente, con leve encogimiento de hombros, con una vaga sonrisa, alejándose, tornaría a pasear:

—*Perro mordido*.

—¿Rabia en *Pisa*?

—*Cabildo y Copito*, hace unas horas. Los vi por las Calatravas. *Cabildo*, de trecho en trecho, le cogía del brazo.

—¿Para estrellar a *Copito*?

—Hay *docena* a la vista.

—Se estudiará la situación. Si es preciso, alistamos a *Copito* de *Argonauta*.

—¿Y si *Copito* no vuelve?

—Deberíamos avisar a *Alba*.

—¡Tú eres un hurón!

—Yo no he pensado *ajumar vivares*. Por eso dije: Si *Copito* no canta. Lo que yo quiero es que él nos diga si se trata o no de un vivar.

—Estaremos al acecho. Si no da señales, todo será que venga *Alba*.

—Ése, igual no viene.

—El *lebrél* de *Copito* es *Alba*. Por él renegó del *Maestro* y entró en *Pisa*.

—Bueno, ese *lebrél* raceaba poco. En seguida tuvimos la *pira* de *Alba*.

—Ésta es la cosa.

—¡Hombre! Se fue por los *Murciélagos*.

—De acuerdo. *Céfiro* dice que *Alba* engancharía mejor a *Copito*.

—Lo engancho. ¿No?

Alonso es *Copito*. *Perro mordido* traer noticia. *Cabildo*, don Camilo; el *Maestro*, Lucio; y *Alba*, Luis. El clan se llamaba *Pisa*; los iniciados, *Muraños*; irse a los *Argonautas*, ser expulsado; *Docena* a la vista, boda: *ahumar vivares*, descubrir un secreto; *Murciélagos*, estudios; hacer de *lebrél*, afiliarse a un nuevo *Muraño*.

Y, sucesivamente.

Pero el estanco es puntual y están al caer las ocho. En la calle de Alonso, hay uno que además es taberna y no cierra hasta las diez.

Se notaba en demasía feliz, para darle prisa a su cuidado. Sería violento volver hoy con Catalina y, sobre todo, por la posibilidad de que le encontrase don Camilo, si, como el año pasado, al ser su fiesta, se apresuraba a regresar. Otras veces, a esta hora, Catalina le aguardaba en el balcón. Noches como ésta, afantasmadas por la niebla, su emoción crecía con el riesgo de que, al no verse de calle a balcón, ni desde arriba la esquina, necesitaba acercarse a la escalera, y hasta rebasar el entresuelo si la radio, a todo volumen, le apagaba la señal, sus tres silbidos; ya a la vuelta, con Catalina, el temor de un mal encuentro, como aquella terrible noche de difuntos, en que se aventuraron hasta el portal y, cuando ya se despedían:

—¡Papá!

Catalina se anticipó, tendió la frente a don Camilo, quien, todavía airado, pero consciente de padre en la calle, cesó de murmurar y en rápido reflejo se inclinó para besarla. Mientras, Alonso, continuaba, haciéndose el distraído, calle adelante. ¿Sería correcto: resignarse a la separación, de mano violenta, angustiados el uno por el otro hasta la mañana, sin teléfono, sin posible aviso, o ir al encuentro y que don Camilo fuera el llamado a hacerse el loco si volvía la cabeza y los veía más allá, juntos de nuevo, y pensaba —«¡cínicos!»— alejándose? A esa profundidad, ya Alonso no acertaba. Le escocía mucho. Lo tenía bien conocido, espiado; revivía la época de clandestinidad de sus amores, en que tanto le importó no tropezárselo, y en que cuidaba de ver, precisamente para no ser visto.

—¡Toma! —Y dejó de hurgarse los bolsillos—. También me podría convidar a mí mismo, celebrar la fecha. Catalina ya sabe que no voy. Nos despedimos y él estaba en la puerta; dije; A las nueve, Ciencias—. Ella no vaciló: —A las nueve—. Desde luego, él estaba delante, pero nada raro en su gesto, ni en su voz. No, hoy no me espera. Y ¿si me largase a la conserjería del Salón?

Pensando, ¿un paquete de emboquillados?, caminaba y le sorprendió la ausencia de mujeres en la calle, puesto el sol. Veía el cigarrero, el hueco de aquellos balcones, las mesas de dominó y tuvo a locura imaginarse mujeres en las salas de ese café. Pero el clima es confortable, caldeado por los primeros conciertos de orquestinas, tercetos o quintetos que congregan al selecto público de la capital; auditorio de virtuosos, de cabezas para marcar el compás, feroces en el siseo a los camareros de irrupción irreverente, de «Vaá» y ruido de cucharillas. Los maestros fantasean partituras como *La boda de Luis Alonso* y *El sitio de Zaragoza*, intermedios de zarzuela, selecciones de *Jugar con fuego*, *Moros y cristianos*, *Bohemios*, entre arias o romanzas al uso, para acompañamiento y mejor arte de afeitarse.

Ya embocaba a la calle, densa y estrecha, de Artesanos. Arriba estaría Sevilla, camarero con privilegio de asiento, dichoso de que sus pies, cincuenta años rastreados, reposaran en las babuchas de la jubilación; emboquillando pitillos, sin perder ojo a la marcha del servicio, en armonía con el conserje, que en su puesto de mando, al fondo de la sala, también vigilaría erguido tras el mostrador; aunque, de rato en rato, se llegara a la tertulia de íntimos cuyo centro era un vital personaje político: don Celes.

—¡Se lo escribo en la pared! —exclamaba don Celes al redondear parlamentos, teatral y convincente, impetuoso, tribunicio, gestero.

Quizá leal a una constante de perseguido: a la memoria de alguna época de oposición, y breves detenciones que le llevarían a observar el arraigado consuelo carcelario de inscribir lemas, cifras, interjecciones y nombres en la pared de la celda. Naturalmente, sus arranques imponen excepción de prueba; don Celes fija su palabra, verificable, como escrita en piedra, palabra de ley, absoluta, de tablas de la ley. Alonso ve a don Celes con simpatía; no le piensa jactancia de jaque, aunque joven lo es, dominador y consentido. Cuando rubrica su palabra enérgico, don Celes, y estira un brazo apuntando a la pared —«¡Se lo firmo!»—, piensa que es pura virtud de político: su afán de responsabilidad.

Pero ya está aquí Alonso, imposible de dar un paso, camino del Salón. El público se aglomera. Esto, *El Emporio*: primeros escaparates que en Alcándara exponían bajo los focos iluminados con papel de seda, rojos, amarillos, azules, verdes, los primores del establecimiento; junto a las lunas perece un gato, de negro pelo sedoso, al que miman los jugadores de lotería

y manosean el lomo, que, si no les da suerte, pone sobre su esperanza la inmediata ilusión de una electricidad chispeante, fatua, yesquera.

—¡Qué fastidio! ¿Por qué se reúne tanta gente?

No se acordaba de los *periodistas*, pregoneros de *El Eco*: había conferencia en el Salón. ¡Nada, es odioso, en la hora de salida, no hay manera!

Y Alonso resignó su propósito de pitillos; daría una gran vuelta, pero también apartadas rúas le llevaban a casa. Valdría desviarse, renunciar a los emboquillados del Salón: la encontrará picadura en su estanco de barrio.

¡Esta calle!... Todavía en invierno más enojosa, como elegido paseo de la muchachada y expansión de doncellas, así conocidas por un benévolo tropo o transposición... Tampoco gustaría de toparse a don Camilo; menos, habiéndole despedido allí, horas antes. No que fuera incorrecto, pero habría que dar explicaciones, seguir, acompañarle; todo el gozo de la jornada, y un simple saludo, al paso, lo frustraría.

—Ea —se dijo Alonso—, ¡adelante!

Por muy distinto motivo, sí, se hubieran encontrado. Cuando Alonso torcía para casa por una lateral, y aun a costa de largo rodeo para no ir Artesanos arriba, en ese instante, don Camilo trasponía los umbrales del Salón y roído de iras echaba calle abajo, andando entre dos desconocidos. Como avanzaban, discretamente precedidos de una pareja de urbanos, la muchedumbre, incrementada con el público de la conferencia en los alrededores del casino, les abría paso, y era un camino de protestas, apenas murmuradas, helándose del aire con que medían la marcha el viejo y aquellos dos desconocidos.

Arriba, en el Salón, acaba de producirse una de esas raras incidencias que de tarde en tarde sacuden y conmueven y animan los anales de una pequeña ciudad.

SEGUNDA PARTE

O DE LAS CUATRO AVENTURAS, CON INTERMEDIO Y SAUDADE

CAPÍTULO DE CATÁSTROFE

10
CUENTAS, COLES Y MAITINES

Una economía modesta. Y la catástrofe no arregló nada. Extraños modos, turno para alusiones. ¡Te avergonzabas, indiano! Demostraciones de amistad. Su noche blanca. ¡Yo soy peor que tú!

—Y... ¿ha salido ésa?... y me preguntaron por el muchacho, ¡figúrate!... Oye, no te descuides.

—Sobra tiempo. Tú, lo que podrías... Anda, mira esos libros: no haya algún papelito. Lo digo por si vienen. Si registran.

—¡Cómo! ¿Sin sol? Además, que siempre encontrarían. ¡Eh! Un libro peligroso, instrumento del delito de conspiración, un libro que se titula *Clepsidra roja*... aunque resulte esa memez, Vargas Vila. ¡Otro! ¡Incitaciones a la rebelión!: Alcalá-Zamora... ¿Pues no ve que es un diccionario? En todo caso llévense al autor, ¡valiente! Pero ¿el libro? ¿Y luego, los muchachos?

Entró Catalina. ¿Habría oído? Cuando se trata del amado, el corazón de una adolescente oye hasta el silencio. Catalina se acercó al despacho, abrió un cajón de la mesa y sigilosamente retiró el retrato de Alonso; no cree que hayan de complicarle, pero tampoco es cosa de dar explicaciones.

Desganados, cenaron; acallando palabras, timbrando el tono. Don Camilo se levantó y los llamó a la sala. Habría que echar cuentas, no engañarse, ver cómo quedaba la familia.

—La cuestión es papá —dijo Catalina—. Mientras a él no le falte...

—Sí, nosotras no hay problema. Ya nos arreglaremos.

—Se deben dos meses de alquiler. Un fastidio, porque va a ser medianoche. Visitaría al casero. No, don Casto no me la juega. No, ¡en qué cabeza! Le escribiré.

—Tú no te preocupes —dijo Adhelma—. Si te parece, acudo a Eve.

—No; le pones una carta, eso desde luego. Y que no diga nada a los muchachos. ¿Para qué?

—Papá: se podría ver... El piano. Y también, yo tengo alguna alhaja.

No lo hubiera dicho, de mirar a su madre, cómo la fulminó. Doña Adhelma, rápida:

—Si Eve no ayuda, tantearíamos lo del piano.

—Bien, ya se verá. Y... Luis ¡qué le vamos a hacer! El caso es que le sería fácil ingresar en las oficinas del partido. Yo ¡qué deseo! Que sus manos sean manos limpias. Y entonces, ¡qué locura!, no me quiero acordar, todas esas majaderías que él dice...

—Con el piano, ¿a qué más? Me deberías dejar una carta, ¿no te parece?, para el Café Nuevo. Yo, no me hace falta la asistenta; y ¿sin ti aquí? Nada, no me sirve de nada; vamos, ¡si es hacer, unos cántaros de agua de la Sierrilla!... Por mí, yo bebo charcos.

—¡Bendita! Y tú, ángel mío...

—Papá: el piano, de acuerdo; sólo que, a ese café cantante... Es por Eve. A Eve le escocerá.

—¡Cómo! Cantante... ¡Cantante! No se cantan allí canciones que no oigas en la radio de abajo. ¡Calla! ¿Caruso?... ¡Titta Ruffo!

Y al momento, don Camilo, que escucha ávido, se encamina al dormitorio y desoyendo la radio, a toda voz, arranca:

Qual piuma, al vento...

La catástrofe del casino tampoco arregló nada. El reloj de la sala marcaba las siete y diez, y mientras el orador se despegaba de la tribuna en busca de su pequeña mesa de conferenciante, don Camilo, a quien dejamos avanzando por el pasillo central, ocupó asiento. No levantó un murmullo su paso y, sin embargo, la espera del conferenciante, el silencio de impaciencia del público, eran indicios de un sentimiento hostil que don Camilo advertía y le halagaba; mucho más vivo, manifestado, en el contraste de aplausos que, al inclinarse para la venia, acogió al secretario general de la Familia honesta.

Cerrada, ruidosa, clamante, retadora, la ovación sobrecogió a don Camilo y en su ánimo fermentó una reacción desmesurada: bien encendidas las luces de sus ojos, don Camilo paseó la mirada, rabiosa, desafiante; pero limitada por los recios vecinos de localidad —*¡Hombre, ni que los hubieran elegido: 1,80 el que menos!*— y que le impedían ver libremente; no sólo eso, es que tampoco él sería visto de uno y otro lado, empequeñecida la figura, arropada. Pero ¿notársele? Se distinguía de por sí: juvenil su traje, su alma sin pereza...

El orador, de palabra delicada y agudos a un punto de lo inconveniente, peinaba raya y lucía americana azul marino, entallada; la luz marfileaba su calva, poderosa para la fragilidad del cuello, de almidonado postizo, en que se erguía y basculaba: rafagueaban sus lentes, de montura al aire y fino arillo dorado. Principió el discurso.

Con ahilada elegancia verbal, y olvidándose de que los axiomas eximen de su demostración, elevó la primera evidencia: en resabidas palabras, proclamó que él no era orador... Y con todo, se habría ganado las simpatías de don Camilo, hombre caudaloso en espíritu de comunidad, ansioso de que el orador no se corte; pero, subrayando los finales en erre, silbando eses, de tal modo afilaba el timbre de su voz, que sin remedio desencadenaría la hilaridad.

—Yo, sseñorasss, yo, sseñoresss, no ssoy un oradorr.

Alzó los ojos a la cornisa del fondo de la sala, apoyó las manos en la mesita, y su misma clac se acongojó y no conseguía mecerse en el ritmo difícil, en el equívoco tonillo, que hundía las filas, sofocadas y pendientes del hilo quebradizo, la palabra culta y modales de tan bruñida exquisitez.

—... A loss amigoss y loss enemigoss, que de todo hay en la viña del Señorr... Esse oddio imaginario, y aun ddiré fortuito, ssin amorr que lo neutralizce, como al exsceso de ázcidoss le convfiene una inmediata dossiss de bicarbonato...

Prolongó la pausa, de latiguillo estéril. Bebió, y con sumo cuidado extrajo, de su bolsillo del corazón, la pajarita de un pañuelo; enjugó los sudores de la frente, procedió a limpiar las lunetas de sus gafas, y retomó la palabra, diserta palabra que, si no conmovía por elocuencia, suspendía el ánimo de los espectadores, temerosos de ni alentar, quizá seres cruentos que se desconocían y purificaban negándose hasta el respiro, no fuera a retirársele aquel chorrillo de voz; y jugaba la palabra, quebrada, malherida.

—¿Por qué sson enemigoss nuesstrosss? ¡Aah!; sse vfen innhabilitadoss para la vvida de ssoziedadz, y apenasss sson ssino un grupito, otro grupito, unoss merosss ssosspechossoss...

—¡Vaya! —se dijo don Camilo—. Y se mete. Ya se metió. Se mete juez porque trata de convencerse de su normalidad, ¡qué consuelo! y entonces nos condena. Un grupito, dos grupitos. ¡Hombre: dos grupitos!

Pero, de golpe, en don Camilo brincó una sospecha amarga; ¿dónde su dignidad? ¿Se le apagó el orgullo? Le pareció ver la sala entera mirándole, acusatoria; injuriosos y burlones. Y ¿dejaría sin respuesta la humillación?,

¡cómo! ¿No dar oídos a palabra de ofensa? Eran estas palabras; rebotaban, buscándole, clavándose en él:

—Losss hijosss no redimen. La ovfeja perdida no esss el padre. La máscara no esss lo missmo que el pudorr. ¿Está claro?

Eran las ocho menos cuarto. Cohibido, el público asentía, silencioso. Don Camilo principió a notar que ya no respiraba aquella atmósfera de convención, burguesa, de estupidez irritante. ¡Buenas modas, buenos modos! De la presidencia partió un vótor:

—¡Bravo! —Tímidamente coreado en las primeras sillas.

Ese grito arrebató a don Camilo; sus resortes más íntimos vibraron, se aproximaron, buscaban el contacto. Y como eléctricamente, don Camilo se puso en pie.

—Caballo negro... —Era extraño, pero se le ocurrió: Caballo negro, boca sin freno...

Sus riendas de hombre y sus ojos de hombre tiraron para atrás y desesperaban de ya no retener el salto desbocado. Debería parar ese caballo, en el aire, suspendido en el aire, clavarlo al cielo con una flecha de voluntad. Su voluntad, que le aserenaba y le decía:

—¡No!

Pero sus labios restallaron:

—¡Preciosidad!

Y aún, insistentes, se deseaban fáciles, clamaban:

—¿Y las responsabilidades? ¿Eh? ¿Y la normalidad?

En aquel momento surgieron sus vecinos de mitin, y eran unos vecinos que automáticamente se volvían la solapa y le significaban que por algo estaban allí. Don Camilo ni se inmutó. Le mostraban la chapa y todavía a gritos, como en una continuación de sus imprecaciones, insensible a todo lo demás, emperrado, exigía:

—¡A ver: documentos, documentos!

Se resistía a entender que aun antes de llegar a la sala, ya era seguido; que apenas entró, estaba localizado. Todavía, ¿pues cómo acertar?, no se daba cuenta de que se deseaba aquella irrupción, cortar aquella angustia; hasta que el delegado del orden subió a la tribuna, golpeó la mesa con el puño de su bastón, y en un silencio, dijo:

—En nombre de la autoridad competente...

Y suspendió el acto. Los somatenes, en la sala, gritaron:

—¡Viva el Rey!

Y don Camilo, que ya pensaba —lo mejor es largarse—, al segundo ¡viva!, con el automatismo de un escolar les replicó. Su propio vítor: República. Y aunque algún amigo, al quite, agregó:

—... Argentina, —por lo que los agentes le miraron, miraron, miraron hasta que el otro se echó a reír, abermejado el rostro, encogido de hombros y como diciendo—: ¡Yo, yo!—, el delegado bajó de la tribuna y mansamente la sala se desalojó. Entonces, don Camilo comprendió que la había hecho y que su estupidez, para muchos provocada, permitiría a sus vecinos rogarle que les acompañase.

—Y es que, vamos a ver, ¿los modos honestos no son compatibles con la república?

—En el ecuador no hay hielo —susurró un policía, feliz de su ocurrencia, o traslación de la frase: pedir peras al olmo.

Le contempló don Camilo, abiertamente, se admiró, y suponiendo: «Aquí hay un correligionario; no le comprometamos»; dijo:

—Caballeros... ¡adelante!

—Y la catástrofe del Salón, ¿qué? —se preguntaba Adhelma.

¿La catástrofe? Habría que seguir la cadena, retroceder al primer eslabón de su cadena. No es ahora cuando ha roto con la sociedad, no bastaría ese último punto de mira: don Camilo en el casino, rebelándose. Muy lejos de su ruina, ya don Camilo propugnaba formas de vida generosas, más equitativas que lícitas. Un carácter así, ¿no contribuye a la pérdida de su fortuna?

Hijo de labrador, pocas las yuntas, las bocas muchas, la posibilidad negada, el sostenimiento amargo, Camilo fue recogido por un hermano del padre; marchó a Madrid, a la sombra del tío, joven, trotera, amestado en tertulias y camerinos; una suerte adversa le abatió, malherido en duelo.

Camilo mozo, los años escasos y corridos, huérfano de quien para él fuera padre que no tío, recusó la llamada de la tierra, renunció heredades en medianía. Enamorado a todo escándalo —prócer el nombre, impedimentos de casada— embarcaron. No sólo para despiste de perseguidores; no hay en el mundo felicidad de pasión como aquellas jornadas, bajo el tranquilo techo mariner.

En Cuba, española, acechaba el cepo de la ley. Ya Camilo veía su amor encadenado; con gracia y audacia, se aprestó a burlar los rigores del puerto. Anclaban. Desde cubierta, se notó motivo, no de admiración, ni de extrañeza porque apenas le llegara al nivel de los hombros a su pareja; no, aquellas

miradas insistían, no piropeaban; impasibles y requeridoras, insistían. Ea, el momento de los equipajes. ¡A ver! ¡Un mozo!

Y rápido, volviendo al camarote se despojó de ropas, vistió un raído pantalón de viaje, abatió en brocha su fanfarria de bigotes, arrancó una tarjeta del maletín más a mano, escribió:

—*Forget me not* —soñando—: Le pintaría una rama de miosota...

Entonces, oyó pasos: la vizcondesa, que se acercaba, impaciente, o con alarma de aquellos ojos de policía colonial, duros y cazadores.

Apenas le dio tiempo de pegarse a la pared, entre el medianil y la puerta, abierta. La vizcondesa entró, le llamaba, cada vez más bajo, ya temblorosa, como con miedo de avanzar, negándose a ver en la litera aquella traición de ropas: abandonada... Y de golpe, ese «jamás», la tarjeta con su *No me olvidas*, al gusto británico... Salvó el amago de un desmayo, la rabia de un grito y se lanzó afuera, horriblemente pálida, el paso incierto.

Todavía Camilo, saliendo del escondite, tornó a la litera. La dama se había dejado allí el bolso. Lo tomó Camilo, pero en la puerta, rápidamente abriéndolo, extrajo unas monedas y otra vez lo echó sobre las ropas revueltas. En cubierta era necesario no dejarse ver, anticiparse, ganar por segundos la escala.

Para hombre, se sabía pequeño; por primera vez, qué ventaja: escurridizo. Protestaron de sus codazos. Al pie de la pasarela, en el muelle, interrogaban. Sonrió:

—Napolitano, viudo, emigrante, cartas para el consulado...

—¡Hombre! Talianini: ¿no conocer española? Tú ver pareja... ¡Allá, allá!... Nada, amigo: usted perdone —Y se largó por la escala.

Su compañero, en tierra, creyó de cortesía explicar:

—No, que estamos esperar un lince y... una paloma. Un tal Peña...

—*Pena, Penna... ¡Oh, signore Camilo Roccia! E a sua signorina... Chi era Roccia? Dov'era? A scappa e fuggi... Io, barbiere* —y golpeándose el pecho, la navaja de afeitar recién plegada— *barbiere cattivo io, Serafino Figaruotti*, barbián...

—¡Ja, ja!, *signora*, ¿eh? Ésa. ¡Es ésa! —Y se lanzó tras el otro vigilante, vapor arriba.

Irá a un convento —pensó Camilo—. Bien mirado, la mejor solución—. Y se alejó tarareando:

Una furtiva lacrima...

Pronto se consoló de recordar que, si bien le debía unas pesetas, no le serían precisas y a él sí posible reintegrárselas en el limosnero de cualquier misión de monjas. Un modo inmediato de ofrecer paz a su conciencia. No era insensible y renovadas culpas le raían y hasta le robaban la calma del sueño.

Escapó como pudo, alcanzó el continente; negoció negros; acaudaló plata, odio, asechanzas. Namoros de fama le comprometían y aconsejaron huir Brasil abajo, internándose en los esteros. Se proponía Buenos Aires. ¡Ya! Muchas leguas. Avanzó estancia tras estancia, los labios fáciles para la promesa, raudo el vuelo. Y así llegó aquella noche, rondador de la huérfana.

No le movió el dinero. Hablaba doña Angélica y de pronto se deseó varón de estima, que se le encontrara merecedor. Le favoreció que doña Angélica era una confianza ilímite en el dominio de la voluntad: ella conduciría.

Camilo se adaptó. Ensanchaba la hacienda. A veces, la abuela imponía privaciones drásticas: a lo indio, la gran familia, esforzándose, puro brazo, sobre el suelo, en lucha con la manigua, por la selva. A un hombre sin fe, le gana la necesidad de su presencia en el mundo: ese dar prueba de sí, origen de posterior megalomanía, del Camilo indiano. Se aficionó a la vida pública, iba, venía, se relacionaba en la capital, recordó casi remotas mocedades madrileñas; jugaba con ventaja: conspiró, supo jugar el caballo malo.

Adhelma ya aparece. Aquí; estos recuerdos. Le confinaron en un barco. Pero no es lo mismo —piensa Adhelma—, no fue como esta noche.

No equivalía al suicidio social; en la apuesta no iba la estabilidad de las familias: era un alto ajedrez para políticos; los cañonazos, salvas; el contrincante, de una especie misma, una aristocracia: la oligarquía del poder. Camilo se engolfó en aquel torneo de fingidas batallas, odiado y querido a turnos, amigo o enemigo pero del propio Presidente. Mientras, doña Angélica gobernaba casa y negocios. Prosperaron.

Entonces, Camilo sintió añoranza, la vanidad del indiano, ansioso de espectadores y en el escenario de pobreza que dejó. No era momento propicio para acercarse a Europa: se presentían acontecimientos, la primera dramática guerra de los mundos. Pero le hacía reír. ¡A él con estrategias!, cuando mandó piquetes de alzamiento sobre el país y se polaineaba maniobrero, bisnieto de algún genio de las guerrillas, cumplido táctico, invicto y campeón.

Un punto hay débilmente iluminado en esa vida:

—Bien —se dice Adhelma—, volver, bien: es la patria. ¿Por qué se confinó en Alcándara, tierra extraña, remota?

Si Catalina hubiera advertido esa pregunta en la mente de su madre, de fijo se arriesgaría a contestar. Aquella noche, en sólo minutos, Catalina vivió años de una ciencia que amarga y es flor de sabiduría: hablaban en voz baja, cada palabra un impacto, ¡hace ya tanto tiempo! Era la voz de la abuela; escuchaba el padre; Catalina, en la alfombra, jugaba. Doña Angélica les miró; dijo:

—Cuídate, está la nena.

¿Hablaban de ella? Catalina se paró a escuchar; era un agudo esfuerzo: los términos, desconocidos, las intenciones, que se le escapaban; pero expresión a expresión, aquello se le grabó en el magnetófono de la memoria, y esta noche la escena revivía precisa, escalofriante de exactitud. Don Camilo:

—¿La nena? ¡Ella qué sabe!

—Huyes, tu familia te avergüenza, ¡no me lo niegues, no trates de engañarte: una familia sin distinción, que te sonroja! Huiste. Y eso también te sonroja. Has elegido la máscara, ¡fanfarrona máscara! Eso es tu exhibicionismo. ¿Por qué te repatriaste, por qué nos has traído?

—El argentino se me hizo insoportable. Insoportable, todo: hasta el acento. ¿Qué era uno allí, ubicado, pero siempre foráneo? Un sorpresivo. ¿Usted ve? ¡Qué expresiones!

—Pues bien, ya estábamos en Madrid. Volvías a tus costumbres; se respetaban tus salidas, la ley de tus horas. ¡Qué! ¿No te encontrabas? Era tu alta sociedad.

—Usted sabe cómo la escarnecía, a esa sociedad, y la fustigaba.

—Por eso. Pero los tuyos no son indios. Quieras, o no, son criollos, un *esprit*. Y aquella mañana: «Vamos a una ciudad más tranquila», nos dijiste, «estoy harto de esta disipación; la Corte, inconsistente y vana». Ea, ya estamos en Alcándara, sosegada ciudad lejana: ¿más muerta? Nunca deseé descubrir qué raro misterio te movía, qué nos ocultabas.

—¡Ocultar! *On est ridicule...*

—Desde luego. Alcándara, y no tardaste en volver a las andadas. Alardear, eso es todo: tus maravillas vividas, aventuras, dinero, tus... amores. ¡Pobre hija! Sí, las características todas del indiano. Y pretencioso, que no se te notara indiano; como la zorra, de aquí para allá, borrando el rastro.

—¡Abuela!

—Estúpido... Has llegado a combatir en los niños el acento nativo. ¡Ay, hija mía! ¡Pobres inocentes! Quizá el día de mañana, mayores, te desmorones ante su juicio. Un padre con pretensiones, eso han tenido. ¡Qué pretensiones, cielos! Yo, el rey... Aunque sea el rey de los cobayas.

—A mis hijos no creo que les perjudicase buscar más noble entronque.

—¿No es ridículo? Tú, redentor de los humildes y los desheredados...

—Lo soy. Toda mi vida, no tan turbia, no sonrojante como usted se figura... Y un *bel morire*.

¿Aquello? Pero ¡tantas veces se lo ha oído! Catalina ya recupera las palabras, ya completa la misteriosa frase de su padre: *Un bel morire tutta una vita onora*. En la avidez tirante de la noche, Catalina oye esas palabras y vuelve a sentir miedo; los conceptos le bailan, no entiende totalmente, cuidadosa de naturalizar su presencia, disimulando, astuta distraída. Aquel tono... Una tormenta de presagios electrizaba las palabras, *bel morire, vita onora*, silabeadas sin dulce parla, como trallazos, apagadas y mordidas entre los dientes del padre. De repente, la abuela reparó, alzó a Catalina, la arrastró de la mano, y tiernamente la suya le temblaba y aquella amada voz:

—Nena... Vamos. ¡Cielín, vamos, vamos!

Y el incidente del Salón no arregló nada. Ahora mismo, nervioso, violento, le decía:

—Mira, si las maletas no están, lo dejas. Me planto y a otra cosa. Todavía les pido *bilí*, o ¿no te acuerdas? A ver: *habeas corpus*. ¡A ver si se atreven!

Sofocándose, en trajinar silencioso, Adhelma le protesta:

—¿Yo?, ¡qué culpa tengo! Eso, las visitas; bastante prisa me di para la cena... Se han portado, los amigos. ¿Cómo decirles...? Tampoco habrían comido y, al fin, con ellos nada iba.

Camilo salió de la comisaría, disparado. Columbró su casa, advirtió sombras en los balcones, las luces encendidas. ¡Cómo! ¿Ya sabrían? Aceleró el paso; no se atrevió a correr; el empaque de su dignidad, herida y recatada, le imponía medida, un rígido acorde interior. Llegando, ¡arriba! A saltos por la escalera. No le habían visto pero se le aguardaba; encontró la puerta abierta. Allí, sus amigos, raros amigos que jamás venían por casa. Presuroso, irrumpió en la sala.

El primero a quien abrazó, don Jorge:

—¡Cómo! ¡Aquí el querido director!

El rostro de don Jorge parecía confeccionado por el patrón periodístico en boga: asimétrico. Alta la frente; la melena, partida a raya, caída hasta la nuca; gafas y unas pupilas que pretendían escapar, bizcándose, para afuera; recia, la

nariz se aloraba y retorció con escándalo, hacia la izquierda, sobre una boca de hinchado labio inferior, ligeramente abatido a la derecha. Los extremos se tocaban en esa cara y concurrían como el pensamiento y el sentimiento de don Jorge: un ser cuya personalidad gravita atraída por el contrario, con esa capacidad de quien en el gran teatro representa el papel de protector espontáneo. Afortunada misión la de estas vidas, casando diferencias y que, si al dominante le animan a no temer, hacen saber al sometido que no todo es hostil.

Estos seres pertenecen, por sí, o muy extrañas relaciones, como don Jorge que matrimonió con dama del partido, a cualquier grupo moralmente inextirpable, y aquello mismo que les separa del rebelde es lazo que les liga a la víctima en minoría. Don Camilo adivinó... A él le debía la gracia recién otorgada —si no ¿de qué?— por la autoridad. Y dos lágrimas rompieron en el interior de sus ojos.

Apenas apuntando pero que, sorprendidas por Gabriel, esas lágrimas, venían a contagiar a los reunidos, y a improvisar una prodigiosa escena de melodrama. Sí, vio que tenía amigos en la mayoría dominante. Sobre todo, cuando en presencia de don Jorge, el poeta recitó adhesiones y justificó ausentes.

—Hubieran venido, pero Jesús temía que lo creyesen conspiración y no les ha parecido —dijo *les*, cosa de muchos, debate de correligionarios— lo más conveniente... —Y adoptó el tono suspensivo, para que don Camilo, sustituyendo, entendiese: «a la gloria de la causa»—; lo mismo. Hilario.

¡Ah! Ya se murmuraba: el filósofo..., porque su filosofía era institucional y libertaria, esto es, de la Institución Libre, que usan flexible siempre negro, hasta con traje de verano. Pero, don Jorge, tomó la palabra:

—Sí, han sido amigos; sobre todo, han sido caballeros. Inmediatamente se presentaron en el gobierno; su excelencia, que por cierto ya había abandonado el despacho, bajó de sus habitaciones; lo dejó todo para atenderles. ¡En manera alguna! ¡Íbamos a consentir que pasara usted la noche...! Bastaban dos. El militar retirado, y Celes... ¡Eran avales! Pero hubiéramos dispuesto de doscientos. ¡El día de su santo, hombre! Y a la prevención, como un cualquiera... No. Todavía hay clases.

—¡Qué horror! —Piensa don Camilo—, y no me chocó, recuerdo y no me veo sorprendido. Bueno, una vieja teoría. Había clases...

—¡Qué horror para Luis! ¿Luis? ¡Y para Hilario! Saber cómo su nombre se postula, y con qué cariño deformándole. ¡Filósofo libertario, troskista! Simpatizaba Hilario con la humanidad, eso era. No se deseaba amargo;

aprendió a retribuir; eso era. Una piedad infinita para las humillaciones. Si hubiere un ser absolutamente bueno, inteligente y candoroso, éste sería Hilario, filósofo.

¡Ay, Hilario tiene un secreto! Hace versos; no los publica; para sólo su gozo. ¿Cómo dice? Sí, «poesía secreta».

Entrando. Adhelma aceleró las despedidas. Gabriel dijo:

—Bueno...

Y don Jorge:

—Sí, ustedes tienen que descansar. Cuento con los amigos; ¡ea, a no desanimarse! Nosotros nos ocuparemos; se volverá a la carga. El gobernador... En cuanto se le pase: es un pronto, ya usted comprende. Nada, un viajecito, pero en seguida aquí.

(Primero fue Gabriel. Preparó a Catalina, siempre más fácil de abordar que doña Adhelma. Llegó don Jorge —qué raro—; don Jorge contaba anécdotas de sociedad; ¿no estaba en casa don Camilo? No, no se preocupasen, que aguardaría; Adhelma sospechó; algo malo; pero Catalina desviaba la conversación y se ponía a discutir, nerviosamente, sobre nada. ¿Que se retrasaba? No, habría ido... Tenía que dar unas explicaciones; pero bien acompañado; fue con el militar, fue con Celes...

—¡Basta! Mamá, el abrigo. No, voy sola. ¡A papá le han detenido!

—¡Calma! Calma, criatura —aserenó don Jorge—. ¿No nos ves aquí?

—¿Y a mí ustedes qué me importan, aquí...?

—¡Niña! —quiso reconvenir Adhelma. Y se echó a llorar.

En ese instante, irrumpió don Camilo; entre sus brazos, Adhelma se desmayó. Se la llevó Catalina. Radiante don Camilo, héroe, hombre de conquista, capaz de amigos hasta en la turba de tantos enemigos... Y eso es lo que fue).

En el silencio de la noche, no duerme; piensa en *él*, Catalina. ¡Qué dolor! Su familia ¿no hallará en este escándalo motivo de una decisión, pretexto para resueltamente oponerse? ¡Inoportunidad! Ahora que la felicidad se vislumbraba, tan costosa, ¡Dios, tan merecida!

Procura no rebullirse don Camilo: que descanse ¡pobre Adhelma! Se fatiga; cambiaría de postura, y la angustia de no moverse le acrecienta el desvelo. Sus lámparas del insomnio las aceita de figuraciones, e imaginándose los brindis de mañana en la estación, don Camilo rebusca la frase más bella y ajustada a cada amigo. El fervor de Gabriel, ojos claros de

Minerva... Poeta, corazón de corzo... Desterrado, Byron detiene la furia de las olas con sólo aquellos versos:

*Pues bien: mi lancha está en la playa
y mi barco está en la mar;
pero antes de partir...
quiero beber por dos cosas.*

... Y Alonso, ¡buen chico!, un despertar amargo. Aunque puede ser importante; he aquí una brutal prueba: si no *la* quiere, sobre todas las cosas, con el amor de los veinte años, ahora se delatará. ¡La quiere, claro, la quiere! Y además, pero ¿quién es él, muchachito de nada; echamos cuentas, y qué? «Caballero, no me juzgue por su daño, no me crea cruel; soy un padre; mirando a su hija, un padre ha de ser sincero: no le considero a usted merecedor de la mano de mi hija...». ¡Qué tontería!... *Quiero beber, quiero brindar por dos cosas:*

*Ahí va un suspiro para los que me quieren
y una sonrisa para los que me odian;
y sea cual fuere el cielo que esté sobre mi cabeza
he aquí un corazón dispuesto a todo.*

Murió por la libertad. Era lord, y se veía desterrado. Antes, ahora, por los siglos de los siglos. ¡Albión, Albión, hay pecados que te abrasan! ¿Aquella profecía? Es muy dura profecía:

—«... y un piel roja sobre un arco roto del Támesis escribirá con el tizón de los incendios el epitafio de una civilización orgullosa».

Murió lejos, arrojado de su patria. Había libertades que defender y habría muerto por nosotros. Partió a morir. Cayó en Grecia. *He aquí un corazón dispuesto a todo. Y sea cual fuere...* ¡Las tres!

Que sonorearon en el reloj del despacho, de lentas campanadas de adorno, con su *gruppetto* en fa.

A esta hora los cartujos, en el coro, entonan sus maitines. Pero no. Entonan y no es eso. El cartujo no canta; el cartujo, despaciosamente leyendo,

sin melodía, sin flexiones de voz, salmodia el oficio divino.

*¿Cómo es que se han multiplicado quienes así me atribulan?
Muchos son los que se levantan contra mí.*

Ese canto, de noche, ejercita la conciencia de la nada. Luego, en la soledad, en su celda, el padre Bruno —padre no; tampoco *fratre: dominus, dom*— el monje Bruno camina galerías del alma. Se ve, al espejo de los otros; se sabe espigado, recio, la color morena, de claros ojos alegres, el temple serenísimo.

Tres horas ha pasado en el coro monástico. Ésta es la celda. El vestíbulo se llama Ave María; acabando de entrar, dom Bruno se postra en el Ave María, reza. Hay un vasar con libros y en la pared estampas marianas. Se levanta dom Bruno, se signa, se santigua, atraviesa el oratorio, asoma al jardín y sube. Da el mirador, de pequeñas ventanas, a un ancho paisaje sobre el río Gallego, calmo de aguas bajo el amanecer, cabrilleante.

Tiene el monje tres horas para descanso; vendrán las misas, la meditación, el taller; un banco de carpintero al fondo, separado de la celda por una galería; en medio, el jardinillo.

De pechos en la ventana, dom Bruno contempla los cambiantes, los entreluces del alba, la aurora, el encendido cielo. Contemplar. Comer coles. Alabar al Señor. Comer coles. Entre tinieblas de cuaresma, acordar las memorias de la muerte: comiendo coles. ¿Qué es una mujer? Entre aquellas cuatro paredes, ¿por qué no quiso nunca un rosario de rosas? Dom Bruno piensa. Muchas veces al día reza por los suyos.

Por Luis reza. Recuerda. Ha pasado el tiempo. Reza y recuerda. Ha pasado Luis, ha pasado la abuela. Hicieron aquel viaje, a la memoria, como algunas bodas de plata que reviven itinerarios de la luna de miel.

—Con Luis, la abuela repetía aquel viaje de mi infancia —se le ocurrió—. ¡Tantos años! Se llamaba Alberto.

Pero el milagro no gusta de los caminos hechos. Un ateísmo: eso le ha parecido Luis. Entonces, sintió piedad. No miedo; no por Luis. Piedad del monje hospedero y en pena de aquel muchachito irónico, reñidor. Reza por Luis.

Recuerda. Reza por Eve. Pretendió Eve acercarse, visitar la cartuja. Eve se proponía estudiar los frescos de Goya. Acaso el prior hubiera consentido. ¿En el cenobio? Si ni los animales, hembras... Reza por Eve. Recuerda y entonces

no se llamaba Bruno. Le parece un espejo, el empañado espejo que es Alberto, mismo él, niño, solo, asomado a un balcón. Fue otra mañana, soleada, fría, y se sube la cogulla, y ahora se ajusta el lumbario y ya pica, y ya muerde la blanca lana del sayal.

Un sol mucho más alto, a hora de misa cantada. Madre salió de compras; era domingo, pero el comercio no cerraba; había que apurarse, llevar a Eve y ultimar los detalles del cuarto. Su caja al brazo, Alberto iba a meterse en el balcón. ¿Qué era una novia? Se asomó: el cuarto de la novia. Y era la adamascada colcha, el perfume a punto de envolverle, aquel escándalo para la mente en inocencia, aquella prendería de sedas íntimas y su rubor de pecado presentido, rubor de niño que ignoraba, pero que traía conciencia de siglos y en su conciencia idea de que allí faltaba la unción sacramental que todo lo absuelve y ennoblece. Y asociándose, las reacciones de familia: malhumor de padre; suspiros de la abuela, entristecida, murmurando; aquella sonrisa de madre, como complicidad clavada en su corazón reciente y caviloso; apasionamientos de la propia Eve, que enardecida le abrazaba; y él, que huía al lavabo para empapar un pañuelo y a hurtadillas refregarse, borrar imaginarlas huellas del rostro, el cuello, donde Eve le besó...

Bajó los ojos... Y aquella mañana bajó los ojos y, sigilosamente, de puntillas, recorría el dormitorio, camino del balcón; echó tras sí las hojas de cristales, por aislarse, infatigable de contemplar, en frente, los muros de la iglesia. No cerró las dos hojas del balcón; sino aquella que le separaba del cuarto y le encuadraba en el refugio de su rincón de hierros y de vidrios con tul, como la torre de un castillo de aire.

Ansiosamente. Se pasó la lengua por los labios; el aire expandía olor a cal usada, seco olor, muy acre. Le pareció un llover de arenillas, como el esquilón cuando se vino abajo. No era el esquilón; ahí delante, el esquilón chirriaría, y esto se oyó más bien a su espalda. Se fue a levantar.

Volverse, y un súbito resplandor; retrocedió en cuclillas, empotrado en el barandaje. Alzó los ojos. Se detuvo. Había alzado los ojos y era un alarido inmenso, un dramático grito, para nadie. Aquellas nubes rajaban la bóveda, como una estampa de tormentas de Sinaí. No podía ver, no se le veía, raído por el torbellino.

Primero tembló; ya era un garfio, erizado, rígido, retorcido; como otro hierro del balcón. La onda descuajó las hojas, las estrelló en los muros de la iglesia, y aquel estrépito le reducía y asordaba.

Cuando abrió los ojos, la luz alumbraba un caos, como el origen de los mundos. En el boquete de la bóveda, un pelele, prendido, chorreando serrín,

desgarrados sus rasos, pálidos y suaves. El suelo había resistido, pero los escombros le impedían salir: rebasaban el hueco del balcón, lo deformaban, rompiendo barrotes y proyectándolos sobre el polvo de la calle, ensombrecida. Esa tromba de cascotes le protegía, sumido como en el pulpito de aguardo o cazadero de perdiz.

En la calle empezaron a gritar. Le animaban; invocaban el milagro — ¡Milagroso, milagroso! Un milagro le salvó—; todavía encima de él tantanearon los tres repiques del Gloria y en seguida las campanas con su rebato, como llamando a fuego. No le dieron pavor las voces ni las campanas: se notó confortado, asistido.

Le apremiaban y trató de hablar. No se oía. Todo el instinto, atento a no venirse abajo, no desfallecer, como si la sola voluntad bastase para que el suelo del balcón no se hundiera. De un momento a otro, el piso iba a ceder. Habían sido arrollados los tiestos del balcón.

Ya estaban allí; acercaban la escalera; ya subían, subían, unos ojos muy abiertos, emocionados y serenos. Pinchó en ellos su mirada, escocida, seca, endurecida mirada sedienta de lágrimas, y extraña, negándose a llorar.

Delgado y pálido, no se advertía estremeciéndose despavorido, sin moverse del sitio, en baile de garrotín. La caja de su tesoro la apretó contra el pecho, despanzurrada, desbordada la tapa, de la que escapaban y caían otras cajitas, recortes, ruinas de papel, porque también para ellos azotó el seísmo del derrumbamiento. Le pasaron un brazo por la espalda y oyó. Que apresuren, que se venía encima el desplome.

Vio por el aire pedazos de yeso desprendidos del techo, un trocito de espejo, mil espejos: sus chispas que se multiplicaban y relumbraban, girándula vertiginosa, rafagueantes sobre él.

¿Esto? ¿Pero qué hace, tendido aquí? Esto era la sacristía. Una dalmática le arropaba. ¿No sería, esto, soñar? Y esa escalera... Con esa escalera, por detrás del altar, se subía al sagrario. Le sacaron del balcón, medio desnudo. Ya oía:

—La mano de Dios.

Y otra voz, muy bajito:

—¡Pobrín! ¡Ha sido milagroso!

Volvió a quedarse dormido.

Cuando despertó, se encontraba en una habitación pequeña y oscura. No era la sacristía. No era su casa. ¿La casa? Conocía esas manos, tiernamente en sus manos... Y la abuela se acercó a su frente y le besó.

Principió a recordar: el ruido, la nube cegadora; la claridad, más cegadora. En el primer momento, nada. Y el vacío. No huyó al vacío. Ya estaban ahí, ¡pronto!, salvándole. Y se vino abajo el balcón.

¡Qué estrépito de escombrera! Abrió los ojos: aquello era la iglesia. Entonces, se durmió. Al amparo de las altas piedras, recios muros que no podrían ceder.

Apenas logró tenerse, dar unos pasos, se acercó a la plazuela del Aire; solo, callado, avanzó rodeando las paredes de la iglesia, en ellas fortaleciéndose para mirar la vieja casa. A su espalda esas murallas, no le daba miedo mirar.

Veía un ángulo del desastre. Racheados los paredones, la viguería retorcida, el encañizado colgante, escombrándose de cascajos el solar. Se había derrumbado como de un tajo medio caserón. En las divisorias de las plantas, finos cascotes acornisaban ruinas. Sorprendía insospechadas ventanas tapiadas y desconocidas como errores de la construcción, como tanteos: el rojo de sus ladrillos iluminando la vejez de la piedra, rehumada. Un terremoto, pero no: la casa basculó sobre sí misma, hendida como por un rayo que siguiese la oblicua hacia abajo y adentro, alcanzase al edificio en la segunda planta y, hundiéndola, con su descuajo vaciase las habitaciones superiores, que se vinieron a plomo. En aquel instante, Alberto fue salvado, rescatado, desde la iglesia mayor.

Y apenas teniéndose en pie, volvió a la iglesia. No sabía un solo rezo, pero entró. Se llegó a un confesionario. Dijo:

—Padre, yo quiero quedarme aquí...

El cura no entendía. Insistió Alberto, lloró, y el cura le acariciaba la cabeza, le consolaba y era dulce llorar; sin culpa, llorar...

Frecuentó la iglesia. Una mañana se presentó en el palacio del obispo: Alberto había resuelto profesar. Ya: en casa, escandalizaría. Alberto se ve elegido para salvación de aquella casa. Era una casa en pecado y era la casa de su pan: ha de salvarla, porque madre es buena y abuela es buena y hermana mismo es buena.

Gestiones conmovedoras, en las tranquilas jornadas de Alcándara, comentario vivo. Triunfó Alberto. Si el mundo todavía dispone de un reducto insobornable, una fortaleza de expugnación imposible, monolito sin fisura contra el asalto de sus propios hijos, del compromiso y el pavor, es este último reducto, el que jamás transige: la Iglesia.

Rezaba. Recordaba. Le regaló un rosario de rosas a la abuela; un aroma fragante, milenario y turbador. Se le ocurrió a la abuela, dijo:

—Cuando yo muera, para Catalina: es un talismán, es hermoso.

Por Luis, averiguó la vida sin iglesia, de Catalina. La abuela, ¡qué sofoco! le prometía el rescate de su hija pródiga. No era cosa de fe. Pero de Iglesia.

El día de su marcha, Luis se coló, burlando la clausura; se lo encontró en la celda. Luis no deseaba debate. Era un precoz muchacho lúcido, emotivo y sutil.

Luis se acusaba desventurado, vencido. Entonces, él le abrazó.

Conmovido, y como todavía hablando para Luis, ahora se estremece de aquellas mismas palabras. Unas palabras de contrición, misteriosas, patéticas:

—¡Luis. Luis, hermano mío! Yo soy peor que tú...

11 LA AVENTURA SOÑADA

*Hasta el limite de la provincia. En el potro de sus recuerdos. Tercer canto del gallo.
Subsidiariamente. Un hombre solícito. ¡Viva Garibaldi! Con la Brava.*

—¡Bueno! Aquí ya se respira. No es para andar uno muy tranquilo, pero esto es el linde. Parece que no, y es otra cosa.

—¡Hombre! Verse al margen, como un camión que se le viene y entonces el conejo escapa de la carretera... Digo, ya que se reiría. Aunque no me esté el señalar.

—Volveré —profetizó, clamante sobre la tierra de promisión, pensativo de Alcándara, ahora prohibida, y en los caminos del exilio don Camilo.

Le acompañaban el viejo y el zagal, dos edades de un dolor mismo, arraigado, resignado, campero. El mozo, de palabra calma, en los ojos un gozo de bestia triscadora, arriesgaba comparanzas de la naturaleza y el progreso. De más trabada parla, oscurecida por siglos de acento luso, el viejo le reprendía y, secretamente embobado de aquel desparpajo, buscaba de atenuar zalamero los atrevimientos del muchacho.

Aunque sacó el billete a San Esteban, don Camilo se apeó una estación antes, por donde ya el tren cruzaba tierras de la provincia hermana. En el andén está el jefe; a su lado, el factor: —«¡hombre, el factor!..., el destinatario, el imponente..., pero les comprometería»—. Y no quiso preguntar a nadie.

Avanzó, campo a traviesa. Y el viejo se descolgó de la tapia; estaba sentada, tranquilo; sus pies colgaban, hasta media pared sobre el camino. ¿Si faltaba para llegar?

—¿A dónde?

Don Camilo tampoco sabía. Lo más cerca posible, mirando para Alcándara.

Bueno, un apuro y, cosa de legua y media, ya encuentra el primer caserío.

Llegó el zagal. Se aconsejaron: sí, le darían posada; que preguntase por *Ca Leonardo*; un pequeño comercio. Seguro que le tomaban por contrabandista; pero ya ellos se dejarían caer allí, de encontradizo. Todavía pisa tierra de Alcándara. ¿Le apuraba?

Se extrañaron. Mutuamente; acucado el viejo, don Camilo sorprendido de cautela tanta, que le recortaba el sueño de su aventura; la frontera; y bajo el íntimo espoleo de, cuanto antes, abandonar la tierra amenazada. ¿Por aquí, va derecho?

—Quedar, queda; hay camino: usted sigue la trocha, se llega al pueblo, le da vuelta, sin perder la derecha; viene una ermita...

El zagal se coló, impaciente, en las explicaciones del viejo:

—¡Andando! ¡Écheme esa maleta!

No se agoniase, que le acompañarían. ¡Oiga!

—¿Pesa?

—¡No será piedra!

—¿Eh?

—Piedra, verá usted: wolfram.

—Pero no iba a traerlo.

—¡Ah, claro! ¡Claro!

Intervino el viejo, y desdentándose en risas, le amagó de un capón:

—¡*Moucho*! No le dé mucha audiencia, señor... ¡Es inocente!

Rebosaba saudades, cuando el zagal, ante un encalado cancho, se volvió a don Camilo:

—Las talayas. Eso es Alcándara, y esto ya no es Alcándara.

Es cuando don Camilo dijo: «Bueno. Aquí ya se respira». Y después: «Volveremos». Y ahora, aunque sea otra provincia y le clave una cuña de monte a su provincia:

—Siempre está bien; vale por zona de nadie que es lo neutral, y eso está bien.

—Ya nos costó —explicó el viejo—, nos pusieron pleito. A cada y cual andaban de pleito...

Atardece. Habría que abreviar; el sol en seguida se echa. Ea, el límite; al oeste, Portugal. Los troncos han oscurecido; el horizonte se embrasa, con arrogancia de rojos. Aquello, la carretera.

Sí, ya le dejan. Que la tome, todo derecho; al lado, la Rivera. No se vaya a confundir: un regato a la contra; ¡cualquiera lo diría, pero ha de irse haciendo a cosas más extrañas! Esas aguas bajan de Portugal; como si dijeran, del mar a la tierra. Ya verá, ya verá: que le enseñen el camposanto, mañana. Los

muertos del caserío están de pie. Ahora, llegando a las pasaderas, ha de cruzar el río, ha de internarse; bueno, allí... Lo mejor, que pregunte.

Andando, rehúye la nostalgia, el perro venenoso de los recuerdos —¿qué harán a esta hora; cómo lo pasarán, afligidos; no molestarán al muchacho; podrá pronto socorrerlos; sus amigos, no le abandonarán; encontrará aquí la paz que no desea?—, erosiones de la ternura, como un viento de nieve que le descuaja el alma... Pero se recuerda. Y sin remedio, don Camilo se agarra a las crines de su intimidad más inmediata, ansioso de poderse aupar, y refrenar el potro de los recuerdos. No ve carretera, ni cielo, ni árboles. Hace ya mucho que don Camilo no se goza de estas cosas: la luz, la nube, los colores. Como a un campesino, le sirven para augurar el tiempo; como a un político, para retórica de sus piezas de oposición a imaginarios discursos de la Corona:

«Tierras que no calman su sed, sino a riesgo de ser heladas por la nieve tardía, arrolladas por lluvias torrenciales, assoladas por el pedrisco..., altas tierras».

Don Camilo camina. Sobre el potro de sus recuerdos, camina. Largo rato esperando que el jefe le llamara. Llegó un agente, contertulio del Salón; vaciló, se hizo el distraído y pasó de largo. También y por tres veces, era Pedro, y negó. Negra, le goteaba la tristeza, a solas en el banco donde le mandaran sentar, en un rincón de la comisaría.

Se levantó para mirar aquel patio de convento, el nocturno que la ventana abierta recortaba. Entró inmediatamente un secretario; le invitó, que se acercase; le ofreció asiento a su mesa; y aquella voz, muy bajita, confortaba. Tuvo sed. Un poquito de agua. En el pasillo, había visto a unas petroleras; se sabían allí, detenidas, pero cambiaban pullas con los «romanones», detenidos también, y acaso para perpetua condena, aunque esa privación fuera calificada de servicio, y se cumpliera en el cuerpo de guardia.

Por él, uno de aquellos «romanones» se estaría jorobando, porque el secretario había apretado un timbre y mandó traer el vaso de agua. Inútil agua. Al momento, le hicieron pasar.

El comisario hablaba por teléfono, y con un gesto le indicó: avance. Notó muy cargado aquel despacho. Le hormigueaba la risa: ¿no sería correcto retirarse, no enterarse, no interrumpir? Repentinamente fingiendo, escuchó; no citaban su nombre pero no cabía duda, se referían a él. Cuando, la conferencia acabada, colgado el teléfono, el comisario inquirió:

—¿Ha oído?

—Perdón, no entra en mis costumbres.

Le miró duramente el comisario. Don Camilo debió apurar la pausa, debió agregar:

—*No escucho; no fui educado en colegios de la Familia honesta.*

Ahora, don Camilo celebra ese matiz y le duele no haber dicho todo lo que se le va ocurriendo, paso a paso, mientras para sí mismo reconstruye la escena. No, a su corazón él no le engaña: si al responder fue menos ingenioso, ello lo debe a desasistimiento de la mente, no a congoja de alma; contristada, pero ¿empequeñecida?

—El señor gobernador no es aguafiestas ni de su peor enemigo. Y, aunque seguramente ni usted lo merece ni se lo agradece... En pocas palabras: es bastante más sensato que usted.

Ahora, le interrumpiría:

—*Gracias, señor: ¡qué gran criterio... para los sensatos!*

Anoche, le dejó seguir, impaciente del resultado; su atención, ajena a las palabras.

—Y dé usted gracias a la familia, porque el señor gobernador es padre...

¡Qué animal! *Y entonces*, saltaría:

—*¿Está seguro?*

—... Y en un día que usted debió consagrar enteramente a los suyos, su señora esposa, sus hijos, quizá inocentes.

—Sin quizá, señor comisario.

Volvió a ver aquellos ojos encenderse. Y, al punto:

—Lo tolero, porque esa misma inconveniencia me prueba cuánto los ama. Esto es lo que ha iluminado la mente cristianísima del señor gobernador... ¡Cállese! Pero como tampoco va a consentir ni a usted, ¡ni a nadie!, que abusen de los humanitarios sentimientos, de sus prendas de caridad y la energía de su carácter en el ejercicio del mando, me cumple comunicar a usted que ha resuelto imponerle una multa...

—Señor comisario: no se esfuerce. Mis cuentas no me permiten favorecer el erario público. Ni mi conciencia me consentiría mermar el pan de mis hijos.

—En ellos debió usted pensar, y no en armar escándalos ni en alterar una reunión lícita, y aun le diré, patriótica...

—Si se permite dudar de mi patriotismo, usted abusa de autoridad, me injuria y me exige la desatención de no escucharle.

—No le ofendí. Usía no pretende ofender jamás a nadie.

—*Usía* no ha pretendido ofenderme y yo con sumo gusto le escucho.

—Estoy en mi deber. Usted conspira... ¿También es esto ofenderle? ¿Qué dice a esto? Responda.

—Lo siento. *Usía* acaba de darme una segunda lección: ha recordado mis deberes. Mi deber de tratamiento y mi deber de no invadir funciones propias de su cargo. *Usía*...

—Yo no recuerdo quien soy, sino cuando los demás lo olvidan. Pero... vamos a ver, apee el tratamiento; sea sincero: usted ¿no estaba conjurado?

—Entonces, ¿cree que yo se lo diría?

—Es cosa pasada.

—No pretenderá multarme y que, además, les dé facilidades.

—La multa no es cosa mía. Subsidiariamente, ¡*subsidiariamente!* está firmada la orden de destierro. Si usted paga o no paga multa, eso... cuestión de solvencia. Mi obligación es evitar toda posible imprudencia por su parte. Antes de veinticuatro horas usted habrá de salir de la provincia.

—Bien, ¿accedería...?

—No me obligue a que se le conduzca.

—Intentaba consultar: ¿La hora propicia; qué tren pertinente o más próximo?

—Tiene usted el de la frontera.

—No deseo emigrar.

—¿Es que yo se lo propondría?... Antes de la raya, está San Esteban; a dos pasos, los caseríos de la Rivera, y ya no es jurisdicción de la provincia... Comprenda usted: yo no quiero molestarle. Desde luego, no le hago acompañar. Pero usted me da palabra de caballero: usted me garantiza su conducta, incluso en bien de sus propios intereses.

—Gracias. Y, si a un hombre que está detenido se le admite palabra de hombre, doy palabra.

—¡Usted no está detenido! Es un deber muy enojoso, y que confío... Ya usted se hace cargo...

—Cargo y memoria. No he de olvidar sus atenciones. Si procede, exprese a la primera autoridad mi complacencia...

—Procede. Elevaré el agradecimiento a su excelencia, que se ha interesado porque usted permaneciera con los suyos en una fecha como ésta. Le deseo muchos años...

—¡Es un detalle! ¿Figura ya en mis datos?

Sonriente, el comisario se levantó. No le tendió la mano, pero se puso de pie, apartó el sillón y hasta abandonó la mesa, cierto que mirando el reloj, para abrir él mismo y en la puerta acelerar la despedida.

Don Camilo en el pasillo, no acertaba. ¿A la derecha? ¿Sería por ahí? Se le acercó solícito un hombrecito. Cualquiera menos en sí que don Camilo, se lo hubiera sospechado:

—Pero ¿cuántas veces voy a encontrarme hoy con usted? ¡Concho, esto es estar como el aceite! No da uno paso que no se tropiece con usted.

Repetidas ocasiones de verle tuvo en las últimas horas de aquel día. Y estaba viéndole por la primera vez. Era un hombrecito atento. ¿La salida? Orientó a don Camilo, azacanándose, gustoso de servir. Y se retiraba, con un suspiro de descanso, ¡quién sabe!, de satisfacción, cuando don Camilo se volvió y le tendió la mano. Una corazonada le decía que ese hombre simpatizaba con la *causa* y que sus nervios eran indicio de temor por el correligionario. Le estrechó aquellos dedos, lacios, húmedos; miró aquellos ojos, puestos en el suelo, y en ellos se apresuró a leer el ansia del fugitivo: ¡pobre, si no temiera comprometerse!

—¡Animo, querido! Ya pronto, ya pronto...

En un susurro, enérgico el ademán, precipitando las palabras, para atropello y acallamiento del balbuceo con que el otro pretendía explicarse, le retuvo y no sintió repulsiva aquella mano y ni siquiera temblorosa, enfervorizado por la magia de su obsesión:

—No necesito... Yo no uso tarjetas, caballero. A la hora en punto, Camilo Peña... Nada más. No olvidaré este gesto, esta solidaridad... ¡Ciudadanos del mundo! Y no se inquiete: ellos son los que tiemblan.

¡Ellos!, pensó aterrado, el hombrecito. ¡Si ellos le vieran! Y en su rostro marcó señales la impaciencia. Pero don Camilo, alterado de emoción, oprimió todavía aquella cartilaginosa mano de enfermo y sacudiéndola, concluyó:

—No, no abandonaré fácilmente a quien, yo caído, salió a tenderme su mano. —Y el hombrecito se estremeció como deseoso de retirar la suya, zarandeada—. ¡Aparentemente caído, amigo mío!

Alzando en el gozo de la libertad este inmediato, insospechado y nuevo gozo del engaño a sus sentidos, don Camilo se creció:

—Ese hombre, quizá por mí se jugaba el pan de sus hijos. Jamás se me borrarán las facciones de ese rostro. Me verá, me verá. ¡Será un gran día!

Y otra vez en la calle, recibía el aire de la vida, orgiástico. Sueños de felicidad impregnaban el clima de su salida y caminó don Camilo, desencadenado, ligero, sin la torpeza que acarrea una memoria de cadenas. Pero ¡aquel comisario era un psicólogo! He aquí don Camilo, hombre condenado, precipitándose, perdiendo aliento por dar en seguida la noticia.

A cualquiera le haría feliz; con la felicidad de una pena conmutada:

—Le encarcelo; ahora le dejo libre, aunque a cien kilómetros de esta casa...

Es el gozo salvaje del liberado, y ¿cómo reparar en detalles? ¿No se vio privado de libertad? Ya ¿no se sabía libre? Eso es todo.

Para don Camilo, un gozo que se potenciaba. No era sanción de códigos; era el sueño de una vida; el cumplimiento de su destino de héroe: «Yo, el Desterrado». ¡Si por arte de encantamiento Luis le viera, nimbado de la persecución, en su frente la estrella, sobre el pecho las cruces del exilio!

Se había ganado el derecho a pensar en Luis. En la corte, donde Luis actúa, no pensó *estudia* sino *actúa*, ¡qué iba a ser lo mismo! En la corte hay sensibilidad para el problema político; imaginándose como Luis lo diría, rectificó: el problema social. Pero ¡la aldea! Alcándara es aldea; grande, para más aldea. El hombre que siente, no hace camino, se consume en lucha incierta. No le asiste consuelo, ni ese deber de dignidad, ni ese derecho a la esperanza, de los pertenecientes a un grupo. ¿Dónde está el grupo? Humillado, extrañado, en desaliento, esas manos sostienen la diana para los impactos de un trato hostil, de unas maneras ofensivas, de un lenguaje insultante; un blanco al poderoso, que se burla...

¡Ay! Luis hubiera sonreído. Pero de escuchar sus palabras en la comisaría, hubiera sonreído. Y de estas otras palabras, ahora: don Camilo caminero, jactancioso, erguido, que soñándose antorcha de libertad, marcha y se acompasa cantando *imperiales* estrofas *contre la tyrannie...* Luis... Su padre, y Luis no borrará ese punto de ironía en los ojos, y ese «¡Vista a la derecha!» y ese vítor de niño, que ha leído *Corazón*:

—¡Vi-va Ga... ribaldi!

Y le alcanzó la vieja del burro. Ca, ella no se cansa:

—Además, por mucho que se ande, la persona aguanta, aunque sea de poco andar.

Él, que se lleve a la boca —así, debajo de la lengua— una chinita.

Viejo el mirar, los ojos pardos muy lisiados. Se llama... Pues ¡se lo va a decir! Pero, entre confundida y explosiva:

—Lo mejor, que pregunte por la Brava, la casa del castañar. ¿Ha oído?: la Brava.

Con orgullo del sobrenombre. Vive en Cabañas, un caserío a diez minutos de la carretera. ¿Que si el de *Ti Lonardo*?

—No. *Ca Lonardo* está en otro: Las Pizarras.

Lo siente. Ella se había hecho a que seguirían juntos. Comprende: las Pizarras, sí, más caserío. Ya viene la desviación: para las Cabañas, aquel caminito. No se apure, le llevará por Las Pizarras: rodeo más, rodeo menos...

—Cuide y no afloje el cabestro, que la bestia es macho y entero; no sea que... porque en oliendo burra o yegua, se arranca.

¿La gente?

—Trabajar, más bien poco. Eso dicen todos: los que son de fuera nos llaman *galegos*, sí señor. Cada uno tiene su arregliño, el soto, la huerta. ¿Campo? La gente no se da por el campo; hay mucha competencia. Esos putos marranos, que ni visten ni comen, ni... na.

Se queja de la mano portuguesa, más barata, como salario emigrante.

La vieja lleva un pavero de tela que un día fue sombrero caqui. Calza bota de media caña, de becerro. De rato en rato, da un silbido, se aparta del camino y trepa entre las chumberas, a espantar un cerdo, una cabra, un muleto suelto.

—Hacen daño. Ese *Lonardo*...

Que no, que los hombres así, no van con ella.

—Pues ¡conmigo! ¡Hombre! Es que le parto... el nardo. Ea, yo sigo con usted. Usted verá cómo se las arregla.

Bien. Por ella... Pero antes, que lo sepa. Su carácter es independiente y algo macho: por eso le llaman la Brava, para lo que sea menester. Su difunto murió el año del desastre. ¿Costumbres? En queriéndose, aquí no hay más que hablar; se juntan y a otra cosa.

Se juntaron. Vino el sorteo y le tocó África. ¡Ay, porque se le ve hombre de asuntos, si él pudiera arreglarle aquello de la pensión! Bueno, hablarían. Pero que lo sepa. En casa tiene un papelito. Y a lo mejor, con eso...

—¿Ve usted? El tiempo se nos tuerce... ¡Sí! ¿Usted se acuerda, esta mañana? Rojo por la mañana, malo.

—Ahora... Eso no es rojo, precisamente.

—Ahí está. Si la puesta fuera cielo rojo, es que asienta. Ahora, oscuro y tirando a turbio...

—¿Lluvia?

—Para lluvia, estaría como paja, de color centeno.

Ea, ya están en casa. Pero no se apee Espere, llamará a los perros. Son los únicos perros del caserío. Que aguarde, ahí está seguro; que le huelan. Empuja la cancela de un cercado; hay unos cuadros de huerta; al fondo, ancha y blanca, la casa. Grita:

—¡Manzanares! ¡Cas, cas, cas! ¡Ss, quieta, quieta! ¡Guadiana!

Y mientras don Camilo se larga para la alberca, a lavarse los pies, ella sale por avíos. Y a ver quién es el majo, si le murmuran el huésped. ¿Bromas? Lo que es, con ella...

12
LA AVENTURA VIVIDA

Un «esprit» criollo. Goyesca. Diálogos de fortuna, pero no es eso. Los días irreparables. Lucero, vagabundo. Sin palabras.

—¿Cómo te llamas? Y tú, ¡hermosa trenza! ¿Eh, me la dejas para jugar a la comba? Hum... ¡a que te gustan los caramelos! ¿Sí? Pues se te caen los dientes si comes caramelos. ¿Y no sabes lo que es una reja sevillana? Eso. Tu boca es una reja sevillana.

En peinador, dorándose, a la tibieza mañanera, bromea Eve con las hijas del cartero que han venido a traerle ese telegrama. Juguetona, les pregunta inocencias y con el breve pliego, de canto, golpetea la mesa, mide el terror de las muchachas, las sacudidas de angustia que un telegrama descarga en las familias de pueblo. Ya no resisten: la pequeña se le agarra al cordón del albornoz.

—¡Venga! ¿Está usted dormida?

—Sí.

Y conmina a Eve, esta Eve ingeniosa y cruel.

—¿Quién se te ha muerto, di, qué te dice?

—¿El muerto?

—¡Anda!

—Antes tienes que cortarte un mechoncito....

—¿Sí? —Y sin dejarla acabar, la chiquilla se lanza por las tijeras, ahí en el cesto, a los pies de la mesa.

—¡Tontina!

—Pues dime qué es.

Con las mismas tijeras, Eve rasga el pequeño azul, abre el pliego; sonrío:

—Bueno, que llega esta mañana, en el tren... ¿Eh? ¡Pero ya habrá llegado!

—¿Su hombre, señorita? —inquieta la mayor, negros los ojos, acuevados, y se ruboriza, riendo para las hermanas.

—Si veis a Lucero, que prepare dos caballos...

Sola, se desprende del peinador, un momento gozosa del sol, herido de vidrios, y la florida trama de su encajería estampa la rudeza del suelo.

—¡No podía fallar!

Los últimos acontecimientos conmovían al país. El gabinete Berenguer había dimitido. Apresuró el nuevo gobierno la convocatoria de elecciones; accedía a la insistente llamada de los políticos: «la vuelta a la normalidad». Sin aguardar a que el confinamiento le fuese levantado, preparó don Camilo su retorno. Llegaría entre laureles, propicio a intervenir, víctima, para honrada y paseada en campañas de propaganda, aunque nadie le invitó ni todavía se supiera candidato por la II República. La aureola de sus horas de perseguido ¿es que no deslumbra? ¡Un héroe de la libertad! ¿Algo más elocuente? Aún quedaban elecciones: las provinciales; quedaban las constituyentes. En su emoción, olvida. ¿Personalismos? Sería monstruoso. Nada, ni la menor sospecha de los correligionarios. Y el temor de mostrarse un punto susceptible, desvía su pensamiento y lo despoja de sagacidad. Hace la maleta. De pronto, se da cuenta: Eve; ciertamente, algo suyo; está aquí Eve. Todo lo dejó por acompañarle... Un momento, y dijo:

—Si te quedas, *le* debes llamar.

Callaba. Entonces, don Camilo insistió:

—No vas a seguir aquí, sola.

—Este rincón... Empezaba a gustarme. El tiempo es bueno. Trabajaría. Le pareció un capricho, pero ¡se miraban con tanto amor! Habían sido unos días muy felices. Para Eve también: la fue ganando este rincón de frontera, de mil motivos para el acuarelista, sugerente como pintura de país. Aplazó un día y otro el coger los pinceles: ya habría lugar. Mientras, a bañarse en la inocencia de la niñez, perdida y recobrada; a pasear paraísos, de la mano del padre. Despertaban temprano, sin avisarse, bien seguros de que en seguida se verían, andando el campo, junto a cualquier roca, orilla del río, tras la cortina del oscuro verdugal.

Era un gozoso encuentro, a diario renovado, ante el libro que don Camilo tomaba al salir, *Castilla en escombros*, *La ciudad castellana*, *La tierra libre*, porque siempre era un libro de Julio Senador, notario de Frómista, arbitrista. La veía acercarse y cerraba el libro. Páginas al azar, leídas, releídas. No es que lo de menos fuera la prosa; aquellas palabras quemaban el papel. Pero... el motivo: hablar al espejo, Eve, como un borrador de sus pláticas de la noche, primera parte del entrenamiento o preparativo de «borbonarias» para el día D. Razonándose:

—A ver, ¿qué produce esa quebrada? España entera es una quebrada. Es la quebrada de Europa... *Bueno, Suiza: sería un matiz, pero ¿y si confunde?* Doscientos sesenta y cuatro mil kilómetros cuadrados que rebasan los mil metros de nivel... *Datos. Desde luego, los datos impresionan, aunque su sitio no parece el agora, sino el periódico, ¡esa plazuela intelectual!...* Y todas estas alturas, ¿para qué? Aquí no hay nieves, aquí no hay turismo... *¡Magnífico!: «no hay»...* No hay saltos de agua, no hay pantanos, no hay embalses, no hay un sólo tranco, no hay un solo canal, no hay una red de acequias... *Y ahora, el «sin»...* Sin reservas para la sequía, sin calor para la máquina, sin luz para las noches largas. Gobernar es regar... *¡Ah! «Lo han dicho»...* Lo han dicho los regeneracionistas, lo ha dicho Costa, lo ha dicho Gasset y es un ministro de la Corona, lo ha dicho ese genial tullido, ese atroz jeremías de la tierra; ¡ah!, lo ha dicho Julio Senador, notario de nuestro tiempo, rabioso de España. Leed uno de sus libros. Leed, mejor, todos sus libros. Sin miedo: porque arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué. Leed esta *Castilla en escombros*. Pero escuchad, hatos de bárbaros...

Por contagio de aquel estilo y aquellos improprios de autor, frenético, sacudía su tralla de interjecciones y como si en Eve se le representara el hatos de bárbaros, mirándola don Camilo, con altas voces leía:

«Ante vuestros ojos van a desfilar estos bosques asolados por el hacha, estos viñedos asesinados por la filoxera, estos pueblos en ruina, estos cultivos semibárbaros, esta incomunicación, este abandono, este analfabetismo, esta ferocidad, este hambre, que son vergüenza de España y afrenta a la civilización de nuestro siglo».

Todavía novedad en los escaparates, Eve se había traído el último de Senador: un librito de serie y que se titulaba *Farsa trágica miseria*. Pero la grande obra del exacerbado, y que era como el *Kempis* de don Camilo, *La canción del Duero*; una de esas imprimaciones de provincia, hasta con su delicia de ortografía sin ley, fechada en 1919 y, ciertamente, obra dolorosa. ¿Qué, necesitaría traerla? ¡De memoria! Se distanciaba de Eve y encarándose a los renuevos del verdugal —que allí decían vergüeral—, apostrofaba:

«... caníbales, donde no hay una sola mirada limpia de odio ni una sola peseta que no circule goteando sangre».

Mediada la mañana, más calmo, hablaban de la madre, de Luis, el monje, Catalina. Jamás, ni por alusión, César. Tampoco Eve le nombraba, respetuosa para el rencor del viejo. ¡No, que no podía verle!

Eve temblaba de presentirse imagen del padre; y más, de figurárselo mirando a César, esteta, decadente. Sí, temía que por esos caminos, don

Camilo avistase algún turbio secreto. Comprendía el desprecio del hombre enteramente sano, por un despojo como César, arrojado de la vitalidad, miserable enfermo de compostura cínica y jadear de costillares, pudriéndose, en aquellos muslos de esqueleto. César: un tipo como de cuarenta años, bastante alto, conversador... Ya en tiempos, trató ella de explicar, dijo:

—Un hombre bueno...

Don Camilo jugaba esas palabras, apenas subrayándolas:

—Un buen hombre... ¡Hija mía! Que nunca me impida a mí decir: Eve, una mujer buena.

—¡Papá!

Atajó don Camilo. Ella, sin fuerza para la protesta. Y ya jamás pretendería, nada, ni el más ligero compromiso entre los dos. Además, don Camilo repudia el abstencionismo político del artista, especulador vendido a la sociedad cuyas lacras barniza, farseante. Cuidado; Eve podía pensar:

—No es César el artista...

Pero Eve sabía: no, ¡qué iba a ir por ella!

En cuanto a ella... Eve, una espigada muchachita. El pelo denso. Unos ojos claros todavía. Vuelve a verse en estas jornadas, ¿y a qué mentir?, era el supremo esfuerzo. Una lucha frenética, de acento muy francés: modisto, *esprit* cuernitos al francés... ¡Qué alegría!, cuando arrancó su máscara y aires de altura le oreaban la tez criolla, la seseada sentimentalidad de india voz insinuante, ronca, dolorosa. Veintiocho años, por cumplir: ¡con César desde los diecinueve!

Le pareció verse, la de ayer: como ella era alrededor del 22, y reconocía la dicha de otra vez escuchar sueños y delirios del padre: un proyecto de granja conejera, en este mismo destierro; y juntos hacían cálculos de producción, determinaban las partidas de conejos, las adquisiciones, el embarque, la venta. Juntos, arrobándose de una matita de algodón, que a la memoria del indiano remontaba cosecha de plantaciones, ardentías llaneras.

Aquí... Son los ajos, o el pimiento o el calabacín, y necesitan cama caliente. Al aire, ¿qué? Unos habares, cuatro fanegas de trigo tremesino. ¿Eso es cultivar?

Aquí, en el confinamiento, anochecía y les aguardaban grupos de campesinos, sentados a la lumbre, atropados en torno al periódico, taciturnos, medrosos, conspiradores de pintura negra goyesca.

Entraban, Eve detrás, y a la derecha la chimenea, una leñera a la izquierda, la sala con alcobas. Eve y don Camilo habitaban el ala izquierda, pero les placía sentarse al fuego, tizonera, de humo y brasas alargadas, cimbreantes como lenguas de galgo. Eve removía los tueros. Engallándose, la llama se recogía en cortas soflamas azules.

Uno era viejo y hablaba pausada parla de frases indirectas, palabras en clave de un idioma primitivo, esotérico y aleccionador.

Lucero apenas intervenía, más abierta su boca de contemplar a Eve, abierta de oír a don Camilo, apenas abierta para exclamar:

—¡Yo sé lo que me digo! —Y no decía nada, aunque se le viera decidido a hablar.

Ahora Lucero exclamó:

—¡Hu, la vieja! Yo sé lo que me digo...

Madre de Lucero, la vieja, que les avisaba:

—¡Eh! La olla. ¡Pena de magusto!

Pronunciaban *magusto*, con u de acento portugués. Lo traía humeante, en olla de agujeros. El anejo lindaba con la sala; frente al huerto de frutales y la pequeña alberca; en el anejo se apiñaban cuadra, piladero y pajar. En los bajos del piladero, la vieja cocinaba.

El magosto que les servía, no sólo era cena, sino agasajo de hospitalidad. Desde luego, magostar es cosa de campo; una hoguera y en el puchero las castañas, asándose. Tampoco era tiempo de magostos; ya las castañas avellanaban y mejor estarían para cuenco de pilongas, curadas al humo y hervidas en leche. Vaya, por probar... Pero que se haga idea de que no es eso, y que en otoño, ya, ya lo llevarán a magostar con todas las de la ley; hasta harán una jira.

No mentía: el magosto no estaba muy allá:

—Es que la vieja, ¡hu!, yo sé lo que me digo, porque le dio aire; y así...

¡Qué casualidad! Eve prefería las castañas un poco así, como gustaba del pan arrebatado, y lo expresó tan vivamente que se hizo con la voluntad de la vieja. Lucero quiso hablar, se arrancó, llegaba al «sé». —¡Hu!, yo sé...— cuando miró a Eve; entonces Eve le miró, y Lucero, tragándose el final de la muletilla, se mojaba los labios y los repasaba, con boba lengua áspera, encarnecida, y jolgorio de risa en los comensales.

Pelando castañas, a la penumbra de un candil, despabilado tan de tarde en tarde que legañeaba aceite refrito, don Camilo soñó conjuraciones de fanfarria y el alma se le deslizaba por una vertiente mágica: la frontera. No atendía el soso tic; habían puesto la mesa, chiquita mesa, y rindió caballerescos honores

al condumio. Don Camilo era tal vez el único avisado para sospechar de esas miradas, el futuro de Eve y de Lucero en un cruce de miradas...

Otra vertiente, la economía; una política de riqueza. Hoy mismo habían bajado al río. Lucero, que en todas partes se encontraba, sí que distante y tímido, tanto que fuera preciso llamarle y aun insistir, les acompañó. Aprovechó don Camilo para curiosear, y estaba en su derecho, pues ya era cosa de ir informándose.

—¿Lo que se decía? ¡Hombre, nada malo! Un señor que ha venido a eso de la piedra.

—¿Piedra? —preguntó Eve; don Camilo, al tanto, dijo:

—Wolfram. Es el Dorado de esta tierra.

—No, señor; es piedra; es muy dura. Es negra. Como una pizarra, pero más dura...

Eve se echó a reír. Embobado, Lucero sonreía; pero a punto de mosquearse:

—Yo sé lo que...

—Ya —interrumpió Eve—, papá me ha dicho que es fabuloso, que un negocio imponente.

—Tampoco... No, señorita. Es mucho más el ruido. ¡Hombre, en otro tiempo, no digo yo! No es que lo viera; yo, lo que se dice. Mismo este camino era rúa; ahí estaba el caserío de Abajo; o sea, unas son las Cabañas de Arriba, que son las nuestras. ¿Usted ve esos cercones? ¡Un soto! Pues no queda piedra con piedra en la pared.

—Entonces, ¿qué pared?

—La que hacía finca; por eso era un cercado. Pero resultó piedra ¡y échele usted! Un serón de escudos. Muchos muchos duros, ¿eh? Y esa poza, mire: es roca, pero betún de roca; venga a ahondar y venga, a la cata. No dejaron oliva; daba risa, las raíces desterronadas, pudriéndose, porque no paraban día, los hombres ¡qué iban a parar!, haciendo su vida, y las echaron a perder. Trabajaban toda la noche, con los carburos, en cuadrilla; picaban y ¡hala!, arrancando, por si le iba algo que valiese. Claro: lo mejor, las canchas. Y más, cuanto más duras. ¿El día? No, tampoco se desperdiciaba. De día, para el rebusque; así, luego, a tiro hecho...

—Habrán ricos, gente rica.

—Ca, ni uno queda.

—Pues ¿qué han hecho del dinero? O se largaron.

—Alguno era, sí, alguno de la tierra. Casi todos los más, fortuneiros. Hasta catalanes se veían; sí, señor. Lo que uno de acá sacaba, pues eso: para ir

tirando. Hay quien mercó una casa. ¡Bah! Cuatro días, y ya la estaba pero que soltando por dos reales. Y luego, que quien más, le da gusto al cuerpo, ¡para una vez! y pues se bebía sus cuatro perrinas. Y ahí queda eso...

—¡Eso! Pero eso es la escombrera.

—Claro; sí, señor.

Las primeras noches, en sus diálogos a la lumbre, don Camilo inquiría. Todos le tomaron por buscador y le rondaban muchos, esperanzados. La conversación se animaba; removían memorias muy simples: aquellos amaneceres, la partida infiltrándose, la sierra; ¿madroños? No: lentisco, brezo, jarales; de mata en mata; las espaldas hundidas bajo el saquito de mineral.

—¡Saquito! Dos arrobas, cuando menos. Arrobas portuguesas, de dieciséis kilos. Se llegó a pagar las quinientas kilo.

—Luego un hombre se podía llevar tres mil duros noche.

—¿Eh? ¿Tres mil duros?

—¿Y en tiempo normal?

—Hoy por hoy, nada.

—Pero entonces, cuando se ponía bajo.

—A duro.

—También es ganancia.

—Había que sudarla.

—Habría. ¿Y dónde están esas riquezas? ¿En qué se emplearon?

—Eso digo yo. ¡El denunciante! Que eran unos ladrones. Se venían a la chita, declaraban el terreno y cuando usted empezaba a sacar, cuando ya uno iba al embarque y pedía vagón, ¡zas!, se echaban encima y la ganancia para el tipo. Cualquiera: para el primero que llegó. Desde luego, la ley es la ley...

—Pero que no se enteraba uno, que ni siquiera los había visto ni los conocía.

—Sí, ley... Yo sé lo que me digo.

—Uno, que no leía el papel. Y el otro, con sus manos limpias.

—¿Y el hombre de carga? ¿A tanto?

—De jornal. Eso, ¿eh?, su jornal siempre por siempre.

—Aunque no saliera con bien de alguna.

—Hombre, el tío Chico se quebró una pierna.

—Es verdad. ¿Y el Moro, que le pusieron a la sombra? Pues, lo menos un año.

—Eran muchos sudores. Y era muy negro.

La riqueza, para don Camilo, no está en la mina. Don Camilo vivía ese agua, el paisaje de huertas que a su llegada atisbó, la hermosura de una campiña fragante de árboles, donde el amargo almendro albea, tardío, y rosaban su ternura de flor los cerezos. Sin embargo, ¡qué desolación este oasis, qué espejo del desierto el atardecer declinante en la frontera!

—Aquí, ¿quién manda?

—Tenemos pedáneo. Pero ni preocuparse. No se mete en nada. ¡Hombre, si también a él le aprietan, qué vida!

—¡A ver!

—Habría médico, maestro, cura...

—¿Médico? Ya se quisiera. La iglesia es río allá, en otro caserío; sí, ese tiene calles. Si usted se pone malo, es un decir, usted se aguanta; o si cuenta con posibles, manda por un médico al municipio. Pero poder, poder, son los menos. Y que no se lo gastan. Cuando les toca la vez, pues ¡a empinarse al camposanto!... ¿Se ríe? El camposanto es que es subiendo al otro caserío, y como está en medio de la sierra, los muertos quedan de pie. Ca, el cura no baja. El cura, lo que dice: que él no estudió para andar así, por caminos de cabras. Acaba el entierro y la familia se llega al caserío, para que le echen el responso a la puerta de la iglesia. A real por cabeza, no crea usted.

—¿Y de escuelas?

—Tampoco. Nada, no señor: eso pidió el otro pedáneo; cuando menos, que nos pusieran una maestra.

—¿Por qué maestra?

—Para el caso... Niños, pocos iban a ir. ¡La vida!

Ya. Nacían patrulleros. Era una gente extraña: equívocos, borrachos, valerosos, con la atracción de la raya, jugándose al quite los cuartelillos, dos o tres, pocos para tan larga línea y tan quebrada.

—Sin bosque, sin viento, sin aventura —comentó Eve, después. Y don Camilo:

—¡La vida! Ya. La aventura es otra cosa.

Y noche a noche, enterándose de que no era uno del negocio, los campesinos se alejaban, convencidos y desencantados. Dejaban de visitarles. Se les hacía además sospechoso y don Camilo no adivinaba las razones de aquel enrarecimiento, aquella atmósfera hostil. Receloso el campesino, receloso el propietario, acabó por exasperarse, hasta la proclamación heroica: «Yo, el enemigo del clero»... Inexistente clero de Cabañas. ¡Ay, si se corre la voz: un hijo fraile! Como la oveja del lobo, derechamente, los propietarios recelaban de su aire de agitador y su leyenda incendiaria, de confinado. No

suscitaba interés en los campesinos, que se desentendían de sus discursos, prolijos, con frases latinas y citas en italiano, o inglés, y alusiones al Conde traidor; porque aun siendo trenos, les parecía música celestial. Y si don Camilo solemnizaba:

—El gabinete, en buena ética, ha de alzar las compuertas de la restauración. ¿Y qué es la restauración, señores, cuando una corona nos gobierna; puro eufemismo, pero nos gobierna? ¡Ah! La restauración es la vuelta a la normalidad, es el honroso paso de Quiñones; en otras palabras: una política civil.

Los abrumados concurrentes entendían que se trataba de darle el mando a la Benemérita. Y no respiraban del sofoco de semejantes palabras, entre lianas de retórica:

—¿Y qué es lo que hacía imposible una legalización del poder? Monte Arruit, eso es todo.

Los viejos pensaban:

—¡Ta, ta! Que van a poner civiles, en vez de carabineros; luego somos menos que gitanos, para él. Y además, que vendrán los moros del desastre. Pues ¡adiós gallinas! Bueno, y...

Entonces miraban a Eve, relampagueantes.

«Considerado como constitucional y esencial para la reorganización política, nada tropieza con la constitución del 76. Nada hay que nos mueva a borrar ni una letra de su contenido. No destruiremos lo que de firme y de sólido haya en el edificio constitucional». Decía el periódico una de aquellas noches. Y don Camilo:

—Sí, sí —apostillaba—. Que las convoque. Vengan las elecciones. Ya se verá si tienen, o no tienen, carácter de constituyentes.

Mediaba el mes de febrero y el gabinete dimitió. Realmente había caído el día de la llegada de don Camilo a Cabañas; pero tardó en formarse el gabinete Aznar; y de otra parte, en Cabañas las noticias se retrasaban no días, semanas enteras. ¡Curiosas reacciones del corazón sencillo! Lejos de animar a los campesinos, aproximándoles al desterrado, los alejó definitivamente. Como si por él fueran a verse inculpados de conjura y les amagase la represalia de los nuevos.

Todo esto es lo que hoy Eve recuerda; ingenua Eve, muy poco Josefina... Claro que, César, de Napoleón, nada... Veía que para el campesino, todo gobierno hereda como en deuda a los partidarios del anterior y aun el compromiso de vengarles de quien precisamente les facilitarían el acceso al

poder. Había un carabinero retirado, que alguna noche acudió a la tertulia, y razonaba:

—Roma no paga traidores... Fue uno al médico, pero no tenía iguala con él, porque estaba igualado al otro médico, que es el que se murió. Entonces, el médico al que iba, o sea que no era su médico, dijo: «¡Hala! Llama ahora a tu médico». «Es que se ha muerto». Fíjense, como si el otro no supiera... y por eso es que le decía: ¡Hala, llama al otro! «Pues puedes irte con él. Roma no paga traidores».

—¡Caníbal! —Y Eve hasta sonrió.

El viejo carabinero no se explicaba que el gobierno hubiera caído por su propósito de restablecer la normalidad, legalidad legislativa interrumpida el año 25. Pero ¡cuidado! El gobierno que dimitía, juzgó el asunto de Jaca; la cosa parecía grave: consejos, incluso ejecuciones podría haber, volver a haber. Por lo pronto, el viejo carabinero no apareció ya en la tertulia.

Con todas sus prisas, hasta el veintitantos no marchó don Camilo. Tardaron en confirmar el levantamiento de su destierro. Era sobre todo confusa la política del gabinete Aznar.

¡Qué sencilla la cosa y a qué poco fondo se calaba! Los campesinos, que ya estaban al tanto. Se convocaban elecciones; entonces ¿qué podrían esperar de don Camilo? El barón de la Torreorgaz se sacudiría como nunca: dos duros voto. ¿Entonces?

Aquellas últimas horas las vivió Eve desesperadamente ligada al padre, en hondos ratos de consuelo, de conversación y de silencio. Le ayudó al arreglo de sus zapatos, destrozados en estas jornadas camperas y, como en casa, Eve niña, le traía el martillo; ahí, a mano, la venda para el dedo que inevitablemente se iba a machacar... ¡Qué gozo, los mismos arrebatos de ira por la torpeza de su entendimiento cuando no le cazaba, rápida, sus inedias palabras y en vez de alargarle un clavo se acercaba con el destornillador! Como aquellos días ya irreparables de su niñez, cuando la llevaba de paseo y la tenía media hora clavada, de cara al sol, para sus exposiciones de fotógrafo aficionado, hasta que los ojos, en lágrimas, y los rasgos, contraídos, no podían menos de moverse y desdibujar el momento decisivo. Y de golpe, ahora al partir, ¡aquella alusión a César!

—Que venga. Debes llamarle, en seguida, o marcharte con él...

Vagó indeterminada, sin decidirse. ¡Su pobre viejo! La soledad no era fastidio ni una amenaza para ella; sabía estar sola, pasarse la tarde entera en casa, o por el campo, o ¿es que varía?, entre campesinos, de solana, hablando su mismo idioma, hablándoles absolutamente de nada.

Y quizá él no se atrevió a nombrarle: creyendo que César no venía, por huir el reencuentro. Pero tampoco va a dejarla en aquella desolación. Y si intentaba llevársela consigo, a la capital, el otro ¿no se molestaría? Tan malo ¿cómo iba a ser su concepto, ni aunque César lo mereciese! Ay, si supiera...

Ahora mismo y en Eve la tristeza que engarfia todas sus sensaciones, se retira, evanesciéndose hacia el fondo para dar paso a un principio de evagación placentera. ¡César! No querría venir, y no resistiría si le llama. Cuando notó que la ausencia de César trascendía, que tal vez fuera un dolor para padre, don Camilo pensando «no me quiere ver», Eve se decidió. No, no se resistiría. ¡Pena, que don Camilo marchó! Pero, vamos a ver. Son cuatro líneas... Y las escribe.

A esas palabras respondía el telegrama. ¿Necesitaría abrirlo? Bien segura está. Y ¿explicarse? Ya las comadres se aproximan; harán corro, a la puerta, atraídas por la noticia. ¿Eh? Un telegrama en el caserío: ¿a quién había que llorar?

—¡Vamos! Era otra cosa.

—Que no se halla sin usted.

—O igual no anda bueno.

—¡También!

—Pues esto, a lo mejor le prueba.

Se presentó Lucero:

—¿Me mandaba llamar?

—Dos caballos, Lucero; hay que irse antes de comer.

—¿Viene?

—Viene.

Al momento, ya está Lucero:

—Pero, ahuequen, ¡largo! —Y dando de lado a las mujeres, trae, aparejados, de reata, los dos caballos.

¿Lucero? Le había hablado; sí, que moraban en su casa. Lucero, un moretón... Nada más, porque temía las cartas mientras allí permaneciera el padre. Estas pocas palabras: «No me olvido. Ya hice algunas ilustraciones para el *Libro cerrado*; tu libro, César; ¡el día que lo entregues! Preparo numerosos bocetos: Lucero, modelo espléndido». No eran las palabras por sí mismas; era la estratégica disposición de esas palabras. Sabía que César iba a leer otras palabras; hace tiempo que a César no le preocupan estas cosas: ¡palabras! Con el espejo se basta. Figurarse la sucesión de instantes

prohibidos, atento a las escenas, mudas, viéndolas a través de un propio espejo.

¡Cuántas, César! Principió aquella tarde, en la torre; tu estudio. Llovía. Ligera de ropa, era grato arrellanarse ante la chimenea, en los cojines persas, a tus pies. ¡Ya diez años!, pensó Eve. No habían formalizado el matrimonio, no estabais casados, César. El artista se prefiere libre, decías. Era un falso concepto, era época de moral muy dudosa. Y ahora se te ocurre que el pecado será perdonable, al no haber sacramento de por medio... Extraña manera de pensar: ya no te atreves a pararte, ver si es pecado sobre pecado.

Aquella tarde, leían *Flores del mal*, lesbianas a la venus de ébano, poemas de Baudelaire entre sorbos de ajeno, porque era una ruina César y bebía. Añoraban el tabú de la droga, remotos amores de crueldad, bellos y perversos. Los leños llameaban, iluminando las colgaduras de damasco rojo. En la artificiosidad de la escena, César se colocaba, él mismo víctima de su ficción. Propiciatoria víctima. No la dejó abrir los ventanos. Mejor, que se echase un tul por los hombros. Lo arrancó de una talla delicadísima, aquel desnudo que simbolizaba la ofrenda al amanecer. No se descalzó Eve la negra bota luciente, como una bailarina de zchardas, todavía no acosada pero en katuscas, a la moda de las películas en cartel. César vendía cuadros de Eve, un arte a la última y réplicas de obras maestras. Ya: vendería modelo y autor. Entonces, evocaban escenas de París. Llamaron. Fue César a la puerta; Eve al refugio de la salita, contigua. Nada, un amigo.

(César, delicado giocondo... No te sigo. Mi pluma te abandona. Se niega a escribir una prosa de licencia. Yo no la incrimino por su posible depravación; yo reprocho su imposibilidad de belleza...).

Lucero marchaba delante, llevaba las riendas. A sentadillas en la jaca, Eve, intranquila; el mozo se detuvo.

—¿Quiere que monte?

Acercándose, irrumpía en los pensamientos de Eve, desvariada, y Eve resbaló del caballo, se deslizó, lentísima. La empujó a una pared, en el camino solitario y blando. No se dijeron palabra. Eve se pensó: una mariposa clavada en la pared.

Subieron a la jaca, el caballo de ronzal; Eve a la grupa, con un brazo alrededor de Lucero, recordaba y en el silencio oía palabras de él:

—Un artista es la mínima realidad de vida; una maldición: es eso; un tipo de psicosis socialmente tolerable.

En Gran Café las tertulias alardeaban de un inmoralismo que la sobrecogía. Se admiraba el cinismo de César y su agudeza de ingenio. Se le creía seductor, su lista de Leporello a mano, como una prueba, cuando ¡la verdad! enmascaraba César su secreto de dorio, pero a la vez ¿no será un narcisista? Ni él mismo veía dentro de sí, y quizá fuera el único de quien nadie sabría a qué carta quedarse.

Eve se aficionó, en sumisión extrema; dramática, porque su placer, ella no lo gozaba. Luis en sus primeros días madrileños, la visitó. Eve. Se impuso alejarle; nunca Luis adivinaría; prácticamente, le arrojó de casa. César había principiado a teorizar, había dicho:

—Tiene fuertes raíces en vuestros antepasados. Por ejemplo, el incesto inca, sagrado como un mandamiento. No desvarío: es un privilegio y de él nace su prohibición al común, la tribu. Me reprochas lo que tú llamas decadencia, París... Te bastaría tu raza, una vuelta a los orígenes de la civilización. ¡Qué! De fijo nos encontraríamos.

—Pero vendrá para llevársela.

—Nos quedaremos unos días. Claro, yo no puedo seguir aquí para siempre. Alguna vez ya gustaría de pasarme otra temporada.

—Veranean familias de Madrid; naturalmente y de lugares más cercanos. Esto es fresco, es tranquilo; por eso vienen hasta de Madrid.

Era bello paisaje; la calma de mediodía, las salteadas casitas, el claro río. Eve trataba de recoger ese color. Pero la angustia de Lucero, infantilizado, le apenaba y hasta batía en las puertas del alma. Nunca habían hablado tanto. Eve reparó en él desde la primera tarde, a la caída de la tarde, viéndole trabajar, adivinando en él un modelo. Era su tema; lo traía insistentemente abocetado: el vagabundo. No mendigo, pero el harapiento; el azaroso, vagabundo. Lucero, exactamente.

Después, aquella mañana. Se lo encontró en un recodo, a medio camino. ¿España? Se le hacía un nudo en la garganta. Lucero al pronto no contestó y luego, aquella voz... Había una soledad redonda y en el huerto un cerezo, rosándose. Eve se tendió en un desmayo y el ramaje le dibujaba encajerías de luz a su cuerpo. No podía Lucero ver las imágenes de tantas Eves sucederse en las retinas de esta Eve, esclava de amor, rendida, madurada por el temprano sol, marceño de santo ángel de la guarda. Grácil Eve, lirio, que le

pedía una rama de cerezo y la quemaba a la luz del sol. Lucero se quedó muy cerca, sofocado, turbado, enloquecido, porque no se decían nada, pero temblaba, al aguardo, las pupilas reseca, esas pupilas que miraban también para adentro porque tenían pasado; y era, una pupila no, una comunidad de pupilas. Eve tornaba con su historia de imágenes a esas pupilas: una Eve en la ventana. La sabían hermosa las ventanas, estampa misma con la umbría de un verdugal, medio tejado rojo, una rama de rosas pálidas en el azul.

Siguieron tratándose de usted.

Bueno, ya están aquí. Es un bonito pueblo, calmo y luminoso. Lucero se larga a herrar uno de los caballos y Eve sola hasta el casino, inmenso de claustros y de salones, desangelado, leal memoria de lo que fue: un cuartel de la raya, siglo XVI, erigido por el hijo del Emperador. Casino de señores, brinda hospitalidad, y, entre sus muros, apenas chocan las costumbres del forastero.

Ya César esperaba.

—Y... ¿ése?

—¡Sí!

Ávido César de palabras prohibidas a la voz, con la terrible impersonal curiosidad de un niño por su cuerpo, acosa a Eve, atento a las pisadas del camarero, que se desliza a hurtadillas, sigiloso, como un ladrón. ¿Ladrón? Para César, que se desea a la sospecha, inquisitivo, escuchando. Sí que están en pueblo fronterizo, acogedor, no muy exigente en formalidades de moral. «¡La vida!».

—Bueno, podrían prepararnos algo.

Y ya con ellos Lucero, mientras comen, no le quita ojo César. Inútil. Escudriña y se le hace evidente la inferioridad de Lucero en sus relaciones con Eve, con César mismo quizá. No toca el sifón; lo ve en manos de César y entre cortadas risas disimula su temor. Buscándose la suficiencia, sacude sus palabras, atropadas, oscuras, y las arroja con la honda de unos gestos violentos, incoherentes.

César, cruel, la pregunta. No le ayuda a terminar las frases y Lucero enrojece, requemándose. Eve acude apiadada, le monda una fruta, pero se enciende un cigarrillo. Y Lucero, confuso, mira, agresivo para los ojos burladores que en el casino merodean, incapaz de soportar que se les curiose; susceptible Lucero, a un paso de inconveniente, sin sereno la brasa de su corazón.

Sus concesiones al forastero busca de compensarlas en la petulancia con que provoca a los demás, que se alejan. Acarrea las palabras de un penoso esfuerzo, las pronuncia tímido, cortado, entre alusiones que, no siempre

entendidas, le atormentan y arrastran a una más viva audacia de ademanes. De rato en rato, Eve, siente una punzada de ternura. Se acautela César; piensa:

—¡Qué inmenso odio es capaz de acumular!

Resigna Lucero toda iniciativa y esconde las manos porque, sin darse cuenta, se ha mirado las uñas, y es como si, por esa mirada, también los demás le viesan aquellas rotas uñas, negreantes. Observa de reojo las uñas de Eve, sin pintar, blancas y barnizadas. Le oye esa ronca voz, igual un hombre, voz suasoria, siempre baja, de fumadora, de quien ahora mismo y mientras César que no fuma, pide un vaso de leche, se arranca y dice:

—Un buen coñac. Doble.

Regresó Lucero, con los caballos. César y Eve partirían después, en automóvil. Deseaban hablarse, a solas. En el coche, inmediatamente César advirtió sobre el espejo retrovisor las rodillas de Eve. Quizá Eve recordase aquella primera tarde, el amigo en la puerta; gustaría de ir delante, a caballo; César entre los árboles, silencioso, tras ella, tantas veces callejera de los atardeceres de Madrid... ¿Eh? Acababan de pasarle en la carretera. ¿No paran? Le invitarían a una taza de café.

—He traído ajeno. Ese muchacho parecía intimidado.

Ya los ojos de César fabulaban; se mojaba los labios, pálidos:

—También unas medias para ti. No sé si te probarán. Luego veremos.

—Pero sí —dijo Eve, un puntito nerviosa, porque ¡ya sabía! Sólo que no estaba segura de Lucero.

CAPÍTULO DE LA RAYA Y LA CRUZ

13
UN CAMBIO DE BANDERA

El hombre marcado. Bajo los puentes. ¿No será esto una trampa? Los cobayos y un ángel. Alta, con fuga. Carnavalillo.

—Hasta las siete no hay problema —piensa Luis, y se pasea en la angostura del cuarto.

A las seis se retira el sereno; a las siete abren los portales: ciertamente, para el perseguido no hay hora de mayor paz. Cualquiera otra, y con más o menos legales requisitos pudiera incomodársele; pero ¿de seis a siete? Claro que tampoco le va a ser fácil salir; y a las siete, ya con riesgo. Aunque no van a estar aguardándole, a la hora en punto y en la puerta.

—Desde luego, Antonio, como sereno, ¡ya es! ¡En menudo lío se mete por uno!

Mira apenas ladeando un visillo, y le ve cruzar el jardín, plantarse en la calle; Antonio se vuelve, cierra la verja... Otra ventaja, esa verja; de espiarle, se tendrán que apostar en la esquina; o los caza uno antes, desde aquí. La cosa es no dejarse ver, andar con tiento. Antonio le advirtió:

—Apague. Cierre bien. Ponga usted esa manta y... ¡traiga acá! de cortina. Así. Ahora puede asearse. Encienda el infiernillo; esa luz ya vale; menos da una mariposa, que es aceite, y alumbrá.

Cuando el sereno subió, encontró a Luis en la cama. Le fue tan fácil despertar... Había sido la noche toda una congoja. En su conciencia, la pesadilla de los sucesos. Sin duda que no habían terminado. Hoy será otra; acaso la jornada decisiva. Como Luis se sabía sin recursos, empezó por suprimir la llamada al sereno, se hizo de llave para el portal. Pero alguna vez le encontró: Antonio, y charlaron; hablar, Luis hablaba; Antonio era un sentimental.

¡Qué propinas pretendería! Los estudiantes, ¡ya se sabe! Mañana, quizá un gran médico. Por eso, le llamaba *don* Luis. A Luis el tratamiento le halagó, no por lo que implicase de jerarquía o diferencia de rango, ¿pues no era un

social?, pero hombreaba; uno de los encantos del cortesano Madrid: su consideración verbal, su cortés distancia, su estimación de formas para el respeto.

De todos modos, Antonio no le hubiera visto entrar. Hoy, no había salido. Apenas comer, se fue a casa; se metió en la cama, nervioso, con la fatiga de tantas emociones. Bien, se había luchado; no podía ser una fecha cualquiera; los sucesos la signaban de esa marca extraña, quizá ¡quién sabe!, ese vestigio que se llama historia. Luis se tumbó. Despertó a media noche. Sudoroso, todavía cansado: ¿dónde iba ya a cenar? Se desnudó. ¡Ea, entre las sábanas! Desvelado, al menos trataría de reposar: un baño de sombra, lo mejor para el arreglo de los nervios. Ya los tranvías funcionaban regularmente, machacando el paseo, cuando subió Antonio, tocó en la puerta, despacito, y abrió, porque Luis encendía y entonces Antonio, de un salto, apresurándose:

—¡Apague, criatura! Ahí ¿está bien cerrado?

Es ese balcón; su barandaje corrido, sobre el jardincito, abajo, de enlosado vial y verja de salida al paseo del Prado. Era una de las ya pocas pensiones *sin*, para sólo dormir, tan madrileñas. Luis se las arreglaba en cocinas económicas, bodegones, tasquitas. Tenía encanto y, sin duda, el riesgo de no comer. A los diecisiete años ¿importa? La libertad, eso es todo. Las cautelas del sereno le pusieron en guardia; llegó Luis a sonrojarse:

—¿Será cochino miedo?

—No sabía, ¡concha!, que estuviera en casa. De buena se ha librado. A las dos han venido por usted. Me preguntaron ¡y venga de preguntar!

—¿Por mí? ¿Quién era?

—Eran, ¡concha! Una morena y una rubia... La vigilancia, criatura. ¿Quién iba a ser? A esas horas...

—¡Anda! ¿Y qué me querían? ¿No vendrían por saber...?

—Saber ya saben, digo yo. Mejor que éste, ya le conocían: su nombre, su tierra, qué estudia, qué horas, ¡concha, si sabían!

Entonces fue cuando Luis pegó un salto, se dirigió a la ventana. Pero Antonio alargó el chuzo ¡quieto! a contenerle su imprudencia. Que no ande torpe, que a lo mejor vuelven, y a él ¿cómo le deja?

—Ya les dije que no vino a dormir, que andaría... ¡concha! Y les dije: «A ver, un muchacho, y aquí en Madrid, y estas horas... ¿O es que va a estar de novena?». Ya no me quedé tranquilo. Y me dije: éstos vuelven. Pero, nada: en toda la noche. ¿No le habrían cazado? Me dije: voy a ver qué pasa. ¿Y si está malo? Eso es lo que usted les suelta, si vienen: «Estoy malo». Y que no se

menea de aquí hasta que le den de alta. Usted luego, con los médicos, ya tiene...

¡Antonio, era un hombre! A él ¿qué le va en la cuestión ni qué le viene? Por de pronto, una cosa le inquietaba: saberse conocido, controlado. ¿No vendrían sólo a investigar? Antonio ¡inocente: pues claro que es eso! Si no ¡qué iban a largarse! ¡Así como así, qué tontería! Y de momento, aliviado, Luis se pasa una toalla humedecida, se peina, y ahora, mientras el alcohol arde y calienta su café, le vemos arreglando papeles. Había que partir esta mañana mismo, a las siete en punto. Había de apresurarse; la pensión está pagada; todo el mes; ya por teléfono explicaría; algo se le ocurrirá... Si era un riesgo abandonar la maleta, con ella ¿dónde ir? La deja. No es que haya nada; ningún valor, naturalmente. Pero ¿y luego? Habría que volver: una pista. ¿Mandaba por ella?; una pista. Le dirían: espera; y seguirían al enviado. Era darles el hilo, cuando el ovillo iba en él.

Bien, se le tenía por un hombre; esto, a los diecisiete años, consuela. Se le ponía conflicto; porque le habrían detenido en los sucesos: a raíz de los hechos si fuera culpable, o en las cercanías de la facultad si le andaban los pasos; pero buscarle, tantas horas después... Ya: cosa de confidentes. No detuvieron a nadie; luego ¿su nombre? Había confidentes.

Continúa Luis revolviendo ropas y papeles. Rompe los papeles; sólo de ropa sucia llenaría dos maletas. Le appena romper tantos papeles: y letrillas de una canción de moda, *Canta guitarra*; una postal de Josefina Baker, el programa de una película de temporada, recortes, curiosidades que se entretuvo en guardar para sus vacaciones de Alcándara. Ya ¡qué importa! Hasta el verano tampoco iría; va a pasar en Madrid Semana Santa.

A sus estudios no les vendría mal. Se angustiaba de saber abandonados los estudios. Puso aparte la Anatomía, para llevársela, bajo el brazo. Y unas cuartillas dentro; apuntes. Ahora no se le ocurre una posible repetición de los sucesos; el estudiante ahora se arrepentía, se acusaba.

Estimula rectificar. Lo primero, no engañarse: rehuía el esfuerzo del estudio; el hospital le había relacionado con un extraño grupo, una especie de modernistas del sindicalismo. Y entonces, ¡qué conmoción!, la noticia del padre, su confinamiento. ¿Por qué se lo ocultaron? Lo supo a través de César, cuando Eve marchó. Una recién quemada nota de César. Le aconsejaba frecuentar las oficinas del partido. No; se resistiría a ingresar. ¡Ningún partido! Incluso por cálculo: ¿es que podrá contar en el futuro? Un partido *histórico* ¿tener futuro? Nada, la facultad proveería.

Ya dejó de comer en la otra casa; su traslado a estas habitaciones, realmente fue eso: cuando en el quiosco vio el anuncio de cuartos para caballero, sólo dormir. Ya él se las arreglaba. Conoció días muy duros; a primeros de mes, que se excedía. Sin encuadramiento no era fácil imponerse, ni aun existir. Se buscó un infiernillo; las noches malas, hervía una patata, la rallaba, rociada de aceite; la estimulaba de sal. En la *Hoja* de la facultad quizá esta semana le pondrían al cobro un artículo; no mucho, pero aliviaba.

La bohemia ¿interesa? No le sería difícil vivir como tantos, frecuentar el café, Gran Café, aceptar una mano de César. No ignoraba algunos procedimientos: aquel de un boticario, sin ejercicio, que acudía a la estación para dar la bienvenida a sus paisanos; el forastero, agradecido, turbado por las agitaciones de la corte, encontraba grata la simbiosis, una manera de compensar, y convivía. En el café, raro que no llegase, a metálico o de apunte, para media tostada. Un muchacho, resiste. Mientras haya esperanzas, ilusión de obra, vanidad, simplemente alegría; cuando no haya remedio, también.

Si las cosas extremaban a muy negra la situación, queda el recurso de un empeño: su reloj, quince días. Bueno... era solución; provisional y dolorosa, pero una salida. ¿Vamos a ver? Siete menos veinte. Hay tiempo. Se sienta. Va a hacer una lista: debo, al cobro... Lo justo para llegar a fin de curso, aunque de casa no pudieran ayudar.

¿Eve? Se había largado. Era la hermana y quizá él no se atreviese a pedir allí. ¿César? ¡Hombre! Con lo del padre, vino a visitarle. Luis se fingió ausente; César le dejó aquella nota. La última vez que Luis se acercó a verles, acabó furioso, escaleras abajo. Le llamaron. Oír, ya oía; pero que no le dio la gana. ¡Qué abismo, Catalina y Eve, qué distintas! Como dos luces: Catalina, la pálida luz, alba, intacta; Eve, resplandores de aquel último vestido: la única llama odiosa, la seda. Una vez creyó en Eve; le pareció que Eve se acercaba a la verdad: la encontró pintando; y eran esas fosforescencias del pequeño cuadro, esa radiación fría. ¿Cómo se catalogaba? Eve gusta de nominar sus pinturas. *La soledad en armas*, así lo tituló.

Y sin embargo... En toda esa pintura, ¿había un solo tema que fuese el tema del hombre? El por él, ¿no se basta? Con internarse en el hospital, y su problema no existe. ¿Por qué no se internó? Los estudiantes se organizaban. ¿Por qué él no se adhería a cualquier grupo? Va mucho más lejos, Luis: la revolución es nada, la revolución por sistema gira a la contrarrevolución. Pues ¡cómo!, ¿creer en el rebelde «organizado»? Su conciencia de las miserias las sintió saltar una noche, en el suburbio.

Había ido al suburbio. Una ronda, pero en el suburbio. La acción del médico apenas cuenta. Se necesitaría el «cirujano de hierro», una más decisiva acción; desde luego, una operación de urgencia. Nada se adelanta con ser el médico de los pobres. Bajo los puentes no hay pobres; el proletario trabaja, lucha. Ningún proletario, entonces, en las listas de la beneficencia. Se pretende que los pobres no sufran, curarles su presente herido, torturado, y se busca un médico; se le dice:

—La emocionante humildad de su tarea...

¡Oh! Pero ¿a qué restañar vidas disminuidas?

—Sigue, tú, sigue siendo pobre... alargamos tu vida, renovamos tu condena; una inyección, un año más de condena...

En ese momento, se figuró ya médico, titular de primera, cristiano viejo, conservador y un poco volteriano. Los médicos no gustan de ir a los entierros; bien, no iría a misa; pero ¡a la tertulia de las cinco, mano a mano con el cura! Y frente por frente, como dos viejos zorros, discutir... ¡Qué desencanto, Luis, qué asco! ¿Entonces? Ea, hay que acabar; el alquiler comprende desayuno, colada y plancha; le pasan el café por la noche, se lo dejan en la mesilla; ayer, ni se enteró ¡cómo dormía! Lo calienta en el mechero. ¿Ahora? Las siete menos cinco. Sí, hay que apurarse...

También allí habrá que apurarse. Antes de que se interrumpa la solemne agitación de estos días. ¿Es posible que a nadie se le ocurra? El 29 es domingo de Ramos; adelantan las vacaciones, y a otra cosa; no queda uno en Madrid. ¡Uno! ¿Pero qué, si en la facultad no había nadie? Ya a los claustros le lleva un confuso deseo, una ira oculta y su propósito de minar, de quirúrgicamente operar a una sociedad enferma: misión profesional, que se le reconozca.

Es clima propicio; las elecciones han sido convocadas; el comité revolucionario, absuelto; encargado de formar gobierno, un primer ministro se ha acercado a las rejas de la cárcel, ha ofrecido carteras a los sediciosos; los políticos de la decembrina se veían no sólo consentidos de la sociedad: privaban, agasajados. Al republicano se le adula; ya no se le fusila, no se le prende. Y él ¡temía!

Temía. Se sabe un extrañado. Bajo las aguas actuaba, invidente a la opinión, un pacto de minorías descontentas. Era pacto de gobernantes, un pacto de familia: las quinientas familias que manejan a España, las cinco mil familias de Francia... Nada puro saldría de ahí. ¿A ver? «Manos limpias», le decía; buscó la carta de su padre. La había destruido; quizá con razón; quizá no fuera oportuno conservarla. ¡Qué año, papá!

Apenas el curso principió, las calles madrileñas se abrieron a la revuelta; un alto escenario para los choques y las manifestaciones. Los sucesos de Jaca daban el tono: oscura subversión mínima pero sangrienta; seguía el fusilamiento de algunos conjurados; iba a hacerse famoso un disco de gramófono que escenificaba, con patética palabra aquella doble ejecución: «El camión patinaba...».

Antes, mediado noviembre se hundía una casa en construcción; el entierro de las víctimas fue transformado en pugna callejera; cargaron los escuadrones de la policía, entre silbas, y vivas a la república. En seguida, con los primeros días de diciembre, vino lo de Cuatro Vientos: unos aviadores se pronuncian, arrojan octavillas proclamando la insurrección; pero los sindicatos de Madrid no acuden a la huelga. Se ordena la detención del comité revolucionario; su presidente, exministro de la Corona, en el momento de ser detenido pide que le permitan oír misa. Los gubernamentales se acautelan, toman posiciones. Un discurso de la Corona pone en juego la propia institución. Dice:

—De no ser quien soy, también yo sería republicano...

Los estudiantes se manifiestan por una amnistía política y exigen la restauración de garantías constitucionales. Anuncia el gobierno su plan de tregua, camino de la normalidad; los periódicos publican una nota oficiosa en la que se habla de restablecer «con prudente lentitud y paso firme la legalidad constitucional de España».

La ciudad despierta. Van a ser las siete de la mañana. Al aguardo, Luis aprovecha la aparición de la portera: que tiene guardia en el hospital, y abre. Luis sale al portal segundos antes de las siete. Estupendo: ahora, si vuelven, el pájaro voló, voló... Recuerda la evasión de su héroe (Luis: fue el héroe de nuestro tiempo. Se llamaba Ramón Franco): aquella carta en *ABC*, aquellas palabras al general, primer ministro; unas palabras inolvidables y románticas: *Yo soy yunque, usted martillo... Hoy el pájaro abandona la dorada jaula...* Pero, abre el portón y, en el instante de salir, ¿qué es eso?

Ahí, bajo la recia puerta. Ya Luis caminaba y la portera le llamó:

—Oiga, que es para usted...

Lo toma Luis, sigue paseo abajo... ¡Alto! Esto es un folleto revolucionario, y esto puede ser una trampa. Vuelve sobre sus pasos, empuja la puerta y sube, rápido, a su habitación. Sí, ¿qué sentido tiene enviarle esto, ahora?: *Proclamación del estado de guerra, Jaca.*

Sin serenidad para examinar con minucioso análisis el panfleto, Luis adscribe a la fecha de los sucesos, ¡pero ayer!, el viejo texto. Un hecho evidente: su dirección la registra algún fichero. Él no pertenece a ninguna organización estudiantil; mucho menos, política. ¿De dónde viene ese folleto? La policía anoche y ahora ese folleto. ¿No lo han echado bajo la puerta, entre las seis y las siete? Antes, Antonio lo hubiera visto... Pasadas las siete, vienen a registrar. O no, porque suponiéndose que él lo lleve encima, lo que van es a cazarle. Se largó al cuarto de baño.

Le hubiera entretenido un más riguroso examen, lógico, político, del escrito. Sobre todo, ir sorprendiendo contradicciones: su heterogeneidad, intención, nuevos puntos de vista... Lo siente por el ruido, ¡también es mala suerte!, a estas horas. Él, que había cuidado hasta de quitarse los zapatos, mientras danzaba a la rebusca de papeles... Más de un vestigio dudoso dejó, más de un papel de esos que comprometen, por no escandalizar con tantas destrucciones, no se le atascase la tubería; y que no podía hacer humo en el cuarto..., ¡qué remedio!, ahí quedaban todas esas papeletas de votación, miles de candidaturas, que empleó para apuntes.

Destroza el folleto en pedacitos y tira de la cadena. Espera. Es horrible, lo que tarda en llenarse; mira el depósito y su tamaño le sofoca. Vuelve a tirar. Escucha. Nada. La casa duerme. Sigiloso, otra vez a la escalera. Ya en el jardín, le sube el puntillo de la honra: ¿no será demasiada cautela? Arriba, al pasar por el cuarto había dicho:

—No me la llevo.

Ha visto su nombre en la Anatomía, y ya no se la lleva. ¡Prudencia, Luis! Un republicano, ¿la tendría? ¿Un conspirador? Y ¡un muchacho de diecisiete años...!

Quizá; si se trata de un revolucionario. Distingue Luis entre revolucionario y republicano. No olvida la frase de Castelar: «Las monarquías deben ser liberales; las repúblicas, conservadoras». Piensa en el padre. Todos los republicanos se sueñan Castelar. No ha venido la república; acaso venga; tal vez convendría preguntarse: ¿alguien quiere la república? Por temperamento, Luis, ya sería modelo de conspirador. Y consecuente con su línea, la prudencia política, no se echa a la calle, receloso; aguanta en el portal, hasta que pasa un taxi y, de un salto, adentro.

—A San Carlos.

Ya quema el sol, ya pinta los altos paredones. Centinela de la facultad, apostados, el retén vigila; negrean los salacots, los vergajos a mano. Hace parar el coche, pegado al bordillo, a dos metros del portal; mira arriba, abajo:

nadie. Y de un brinco, protegiéndose con el mismo coche se mete en la facultad. Lo deja en punto de espera; la carrera es mínima, pero había nervios para andar de pagos y, sobre todo, interesaba cubrirse la entrada; que, de momento, no arrancara el taxi. Poco tardarían los «romanones» en obligarle a despejar; Atocha, estación, a un paso, no andaría mucho para ser tomado, con abono de la tarifa en marcha.

Ve Luis algunos compañeros, todavía dormidos, tirados en los bancos, por los pasillos. ¿Sí? Gente aún más cautelosa, muchachos que anoche no se atreverían a renunciar el fuero, roncando ahí, al amparo del recinto. Desde luego, ¡fue una jornada! Fecha inolvidable. Pretendían manifestarse por la libertad de los presos políticos. El poder se opuso. Refugiados en la facultad, apedrearon a los guardias; grupos de obreros secundaban a los estudiantes; acogiéndose al fuero de la universidad, hostigaron a las fuerzas desde las ventanas y trepaban a parapetarse en la azotea. Ya hoy, miércoles, 25, se vería...

Se vio. Aparecieron las armas automáticas. Al fuego de las pistolas, respondían las descargas de los mosquetones. En la puerta del Sol, los refuerzos de seguridad eran silbados por la muchedumbre. Caían en Atocha los primeros muertos. Luis no hizo uso de armas, no las había conseguido.

Sin resignarse a no intervenir en la refriega, se retiraba, ¿pero cómo salir, a dónde?, exasperado, a punto de soñar una baja, y aun de caído al que le sobrarian municiones. ¡Y aquí!... No dijo: un compañero.

—¡Una pistola!

Leyó: *Browning*. Leer, leyó «brovin». ¿Y el peine? Esto, el seguro. Y de súbito, esto, eran los guardias. ¡Cómo! ¿Se podría quebrantar el fuero? Sonaron unos disparos. Un piquete de guardias penetraba en la facultad.

Luis se arrojó a los pies de un banco, se pegó al suelo, aplastándose, rastreando. ¡No sentía una pierna! Fue como si le quemara, y no lograba resguardarla debajo del banco. Entonces vio unos ojos sin brillo y una boca torcida y un cuello azul descamisado, alto y desabrochado, y unos gestos tensos, revolviéndose. Como él quería revolverse para meter la pierna, lo justo, para protegerla aquello que un hombre juzgaría mínimo y preciso. Pero ¡esa cabeza! Media cara en la esquina del claustro, se le venía rápida y morena, y ya estaba encima, inclinándose, mirándole, sobre él. Sonriendo, porque también él sonreía de haber temido la extrañeza de esa cara y de ahora

ver esa cabeza dando vueltas, clavándosele vertiginosa en el desmayo de sus ojos.

Cuando los abrió, era casi noche. Intentó moverse. ¿No es una camilla? Ahí estaba la otra puerta; éstos son del Clínico; no sabía sus nombres; y sobre todo el sanitario de las orejas roídas, que por eso gastaba melena, para ocultarlas como una delicadeza con las personas precisamente repulsivas y que le mostrarían su asco, cómo se llamaba, no; conocerle... Como que son los del Clínico, y empezó a notarse atado y hasta cruelmente atado; se angustió, quiso gritar, no protestaba, sólo quería preguntar, enterarse, y la voz le salió tan extraña y le cansó como un esfuerzo sobrehumano.

—¿Qué dice?

—*Bueno, a ver si llega esa orden. ¡O nos van a tener así hasta mañana!* Los ojos, que nuevamente se le cerraban, no acababan de cerrarse, porque algo se había metido dentro de sus ojos. Los abrió y era un dolor como una única conciencia o un primer miedo a la muerte, pero dentro se llevaban un ángel:

—Ése, ese ángel.

—*Le podrías pinchar aquí mismo.*

—¿Eh? *Tampoco es mayor cosa.*

¿Se iría a traicionar? ¿Será un desmayo? Estaba despierto, no acertaba a pellizcarse, pero se sabía despierto; aquél encendía un cigarrillo.

—*¡Leche! ¿Cuándo nos dejarán en paz?*

Eso dijo y tiraba el cigarrillo. ¡Claro que sí, tan despierto! ¿Será un delirio? Entonces, el ángel habló. Unas remotas palabras impersonales y muy dulces. Se fatigó de escucha y de cansancio. Ya no había duda. Aquel ángel diciendo:

—*¿Qué le ocurrió? No era más que un chiquillo.*

Pasaba el ángel a su lado y pasaba prisionero. Le conducía altiva deidad de esas que llaman carabinas, enlutada, el pelo en ondas, pintado a la caoba y una voz que era la voz de Eve, ¿cómo Eve?, ronca de hombre, admonitoria:

—*¡Vamos! ¡Señorita! ¡Vamos, Alicia!*

Se llamaba Alicia y echó a andar; sumisa a la voz:

—*Deje ese asco, vamos. Doctor: ¡vamos, esa rata!*

En los labios de Alicia el tiemblo de una sonrisa, de un rezo quizá:

—*Un muchachito... Es lindo.*

Alicia. Y era linda, ya pasando de colegiala. Apenas mujer y linda.

Todavía la vio volverse, de lejos; burlando la severidad de su negra centinela, acercarse a las lunas de luz de un escaparate.

—Se para allí porque espera que la vea. Quiere brindarme esa última belleza. Sería una dulce imagen para el momento de morir... ¡No, morir no! ¡Alicia!

En terreno emocional tan propicio, la debilidad provocaba un nuevo ataque. Le hurgaban bajo la cabeza, en la camilla; le sujetaban una pierna fuertemente.

—*Dame. La parabelun está en la maceta. No. La hemos puesto en el asado. ¿Cómo asado? El cántaro de boca ancha. Parabelun se escribía con doble ele. ¡Qué bien pronunciaba papá! Un peine, ¡un peine! No le tires del pelo. ¿Eh? Lo sacarían así de bajo el asiento. Calva de cura. ¿Y el seguro? Está seguro. ¡Que te crees tú eso, papá! Es pólvora blanca. ¡Mal! ¡Oh, cómo sabe la boca! Una inyección de pólvora.*

Le acababan de inyectar y todo desaparecía. Principió Luis a verse, como delante de sí mismo: un deformado Luis, florecido de haces cónicos; prismas en el aire y extraños alongamientos receptores: labios que avanzaban, agudándose, oídos en los que nacían estilizadas trompetillas, conos truncados, antenas para la avidez de los sentidos, vulnerados, el cuerpo adolescente recreciéndose con la exasperación de su fatiga.

Luis ya sabía que aquello era la sala de los detenidos. El enfermero de noche atisbaba, pegajoso. Le preguntó si se notaba fuerte.

—¿Cómo fuerte?

—Vamos a dejamos de rodeos. Si te crees con fuerza, yo voy a echarme un rato; ahí está mi bata y ahí tienes el reloj. No te lleves el reloj. ¿Dan las cinco y media? Pues agarras un vaso, y arreando. Si alguien te ve, en la escalera o abajo, que vas por café para el doctor Oliva; es su hora...

Ya Luis no oye, asordado por los golpes de su propia sangre que le martillea; tiritaba y se apretó el corazón; en la puerta de la sala, rodó por el suelo con estrépito.

Se plantó allá el enfermero, a saltos, aterrado, mordiendo iras: ¿no se ha herido? El estallido del vaso, al estrellarse, le asustó; podría acudir el guardia; la monja, siempre de acecho. Habrá que... como si este memo delirase.

—¡Pronto, a la cama! Póngase a delirar.

—¿Delirar? ¡Qué disparate!

Escapa Luis, con carrera de ruidos, conteniéndose la sangre de una muñeca; repara: la bata. Toca unos papeles, se los guarda y de paso arroja el blanco delantal. Sólo otro enfermo despertó. Se volvió rápido, el sanitario:

—¡Cálmese, vamos, ya le pongo aceite! A ver si es que esta noche se pusieron de acuerdo para escandalizar. O llamo al guardia.

Y le inyectó corhidrato de morfina.

Fuerzas no le faltaban; le traicionó su emoción. Pero ¡volverse a la cama! Cuando le vieran más repuesto ¿se podría evadir? ¿No le darán antes de alta? Claro que se lo llevarían... Luis ¿no sabe que los días han pasado? Ya están en abril.

No avisaron a la familia, pues ¿cómo? No se le encontró documentación. Y, contento de su cuidado, Luis sonrío. La calle le ciega, los filos de la luz; aún no es de mañana. Pero acude al Gran Café, quizá ya abierto. No está César. Se mete en los sótanos.

—Solo.

¿Le llegará? Se busca los bolsillos. ¿Esto? Los papeles del sanitario. ¡Toma! Un billete de cinco duros y lo de la fiebre: qué gráfica tan curiosa, una cartulina doblada y al dorso, extrañamente:

—Alicia lindo vas de luto y no quiero te quemarás vamos Alicia un revólver Arizona el revólver no se encasquilla empavonada carabina de Ambrosio lo mejor un baño de sombra estoy malo y usted no se menea qué tío Antonio a ver un pitillo para Antonio fuera maletas guitarra guitarra mía no te pares no es nada Alicia se ha teñido ese pelo ¡animalito! mira son de canela señorita leche que es un crío no me quemó es un animalito más allá rubia luna debes darte una vuelta y qué rota la boca es que daba cien vueltas vivirá qué pasa desate ese pañuelo taxi pronto no ve que no me dejan detenerme no pasa nada le pagaré en el entierro Alicia ese guardia muchachito vamos qué se ha pensado usted canela quítese los guantes ven no es un cobaya por qué habían escapado las ratitas tendrán que ponerle la mascarilla vamos a operar como dos ojirris caramelo quemaba la ratita se escondía Alicia quita el frío tan lindo le darás trigo no cobaya Alicia es el mundo es un cobaya lindo...

El balazo, cosa de nada. Le retuvo su estado de postración, la debilidad de aquellos días. Al principio, tomaron taquigráficamente sus delirios, por identificarle. No se sacó nada en claro. Tampoco en la secretaría de la facultad facilitaban la tarea; mucho menos, al saberle sin peligro. Un día volvieron; estaba en un delirio; cuando el agente acabó de escribir ese papelito, se echó a reír; no lo tomó en taquigrafía:

—No hace falta... ¿Qué dice?... Bueno, ya está bien; uno es un hombre y ya está bien. Que diga lo que se le antoje. No es más que un crío.

* * *

Los días iban pasando. Avanzaba el mes de abril. Este muchacho no es Luis, ni esa luz, ancha y expansiva, la cruda luz de los cielos madrileños. Ya a

estas horas tampoco la corte es corte, y en la paz de la aldea las pasiones amanecen.

Este muchacho, pocos años mayor que Luis, es el que se pasea entre la cantina y los paradores, a un lado y otro lado, por la carretera, y ahora se detiene al pie de un indicador que dice:

1 Km, Centenera.

Reflexivo, y a punto de sombrío, este muchacho aguarda para tomar la camioneta, viejo autobús amarillo que todas las mañanas pasa camino de la capital.

Quizá en la capital don Camilo haya madrugado y a estas horas, a la vez que se afeita, esté leyendo el revés de almanaque en la hoja de ayer, recién quitada: fecha de flama, que rojeará llameante en los tacos del año próximo: *Martes, 14, abril*. Alonso no lo ve desde el viernes; se llegó a Centenera. Y en este momento, a lo lejos, oye el motor de la camioneta, que se acerca.

Desde anoche, también hay república en Centenera. Alonso había acudido en apoyo de la candidatura patrocinada por don Pedro, y si bien es cierto que don Pedro negó su participación para competiciones de aldea, en última instancia acordó comisionarle, que se personara Alonso y terciase por una elección de su candidatura.

Las papeletas de Centenera no incluían republicanos; eran viejos contendientes, alrededor de los nombres convenidos: conservadores, liberales. Nunca les aceptó don Pedro un puesto; se presentaba y juzgarían capricho que al definirse, al rellenar la casilla política, estampase: de filiación, reformista. ¡Pero qué bromas, don Pedro!

Con el asesinato de Canalejas, don Pedro Mora decidió, ¡pues lo menos el año 12!, apartarse, retirarse de la política. Mucho le costaría, pero se trataba de servir a su general, en la dictadura; apremiado por compañeros de armas, un superviviente del 98, ¡de verdad!, no se deseó con fuerzas para negarse.

Y ahora, sólo hay un republicano en Centenera: es radical y es Silvestre, acordeonista. Silvestre lee *El Sol* y charla con Alonso. El domingo, los amigos de don Pedro perdieron la elección. Apenado por el innecesario fracaso del padre, Alonso juró abstenerse, él para siempre, y regresó con voluntad de estudios a Alcándara. Su confusión de juicio político le horrorizaba. Se había proclamado el *Estat Català*, como nostálgico de Barcelona lo pronuncia el barbero, soñador de civilizaciones perdidas.

—Lerroux presidirá —sentenció Silvestre.

Silvestre venía de la capital y Alonso encuentra exceso de acento francés en todos estos primeros nombres que la política, de anoche a hoy, barajaba.

Era un malsano gozo presentir que todos se hundirían: no sólo su padre, los amigos de su padre, vencidos; sino los vencedores de sí mismos, y que ya representaban la última fidelidad a una organización desaparecida. ¡Cómo, al partir, su padre ajuiciaba y le encarecía!:

—¡Ten cuidado!

Las primeras noticias del cambio de régimen las advirtió, el pueblo todo en la carretera, por el desfile de coches con banderitas rojas y brazos que alegres saludaban, se agitaban, entre vítores y gritos, de momento subversivos. Aquella tarde, ¡pero anoche!, ¡si parece mentira!, el comité, o Silvestre y dos jóvenes que le frecuentaban, se encontraban en la capital pendientes de acontecimientos; ya casi a hora de cena, regresaron: traían la república.

Silvestre abrió el salón. ¡Todos al baile! Alonso, que se dio una vuelta, fue bien recibido. No llegó a bailar, pero pensando en Catalina. Pieza sí, pieza no, Silvestre tocaba la Marsellesa en tiempo de pasacalle; ese era el himno: republicano ¿sí?, parecía un aire de himnos de imperio; ¿español?: más bien recordaba unas tropas invasoras. Un himno... ya, ya; reconocido.

Y mismo anoche, creyó Alonso intuir en los caracteres mutaciones bruscas. Animaban los liberales un como cierto cariz de revancha y, al dar las doce, Silvestre anunció que, tras aquel mismo baile, se procedería a proclamar la «Reina de la república». Los muchachos se tiznaban, como en la Pascua, y aparecieron remotos pitos de verbena. La joven reina elegida por designación democrática o verrionda algarabía, a propuesta del salonero, era una chaparrita, bizca, hija del jefe de la facción monárquica en derrota. Silvestre, republicano histórico, tal vez en aquel instante ya soñaba con el ensanchamiento de la República.

Volviendo para casa, de madrugada, Alonso vio grupos en las calles, antes dormidas, de Centenera. Se temió que las pasiones principiarían, colectivas; que el problema social no tardaría en ser zarandeado, aprovechado... Con qué hipócrita ambigüedad le saludaban los hasta ayer fríos enemigos de su padre.

Y ahora, en el autobús, Alonso escucha. Son los primeros tópicos; media hora de tópicos en su viaje a la capital. Reservado Alonso, pero resuelto a rechazar toda tentación, porque ha de preparar los exámenes, junio está encima y ninguna política ha parado el impecable ritmo del sol.

Con prevención mira este súbito cambio de posiciones, un cambio de bandera, ¿a qué disimular? Siente gozo y temor. El gozo de su revancha: perdidos, pues aquí pereció Sansón, pero los filisteos todos. Su gozo de Catalina, es decir ¡Catalina!, don Camilo, que se espera juez de Alcándara y

sueña con un Luis aprobado sin examen y para Catalina su credencial de maestra de patronato en las Cabañas... Otra provincia. ¡Cuidado!

Aquí principia su temor: don Camilo, que va a situarse y tal vez le haga menos accesible a Catalina, o que la manda fuera y, entonces... Luis ¿cómo actuaría? Su temor, esos gritos, ahí en el coche donde viaja entre insolventes pero que marchan sobre la capital para erigirse en los primeros jefes locales y barajar la política naciente. Dos grupos, desde este mismo coche, pretenden el mismo comité: ¿organizarían partidos al duplicado, se le adjudica al mejor postor? Su temor, el padre: militar, y propietario de fincas para leña y pasto; cuando ahí atrás ya se habla de una roturación de tierras invadidas, de expropiaciones a mano airada. Su temor, que bajo el cabileñismo surjan los escombros de la ficción estatal, un país propicio a desmandarse, sólo gozoso de su loca indisciplina. Ya se avistaban las torres de Alcándara. Le sorprendió esta noticia:

—No preside Lerroux.

¿Quién sería el gobernador? Se tranquilizó mucho:

—El presidente de la Audiencia. Hasta que haya elecciones, el interino es el presidente de la Audiencia.

Pues, ¡claro, Alonso! Que te lo crees... Indeciso muchacho, apenas mayor que Luis, inadaptado y descontento, le faltaban desengaños a su edad. Tenía fe, una sola, ciega fe: como tardará en ejercer, si es que un día ejerce, sus estudios de abogado, Alonso, todavía cree en la justicia.

LA AVENTURA PADECIDA

Escuela rural. Carceleras del estiércol. ¡Pues esto es un lobo! Flor de costumbres y lacerias. ¿Un hombre? Bueno... ¡Pero es de novela! ¡Oh, ven! ¡Alonso!

¿Ves una barca abandonada? Un viejo barco, en la arena... Bueno, tampoco es eso. Quería darte una idea de la casa que alquilé: dije barca; pero no. Te aseguro que es imposible, nunca podrías figurártelo. Yo sé que no es tan fácil figurárselo. Y, todavía la casa... Pero ¿su clima sentimental? Las paredes, sin un hueco, rabiosamente oscurecidas. ¡Qué tristeza, que pena enfermar aquí! El dormitorio, un rincón de mazmorra: mi cama no tiene sábanas; el jergón, de maíz para más fresco, trae que te duermes y resbalas, y el catre está arriesgadamente alto sobre el suelo; no hay un espejo en toda la casa, ni un cristal en las espilleras, ¿cómo quieres que diga: las ventanas? Se desconoce la silla de respaldar; en la cocina, alrededor del humo, hay unos cuantos tajos y banquetas. No logro rehacerme de mi perplejidad: ¡tanta miseria!

No te exagero. Llegué muy recomendada. ¡Oh, qué negro vivir! Estoy en la casa de las alfayatas. Se llama así por sus dueñas, de antiguo sastras, dos solteronas de luto, sombrías y como nacidas para el hacha de un joven Raskólnicov. Ya principió por encogerme el aspecto de la vivienda; tanto, que no reparé en su estado de ruina. La chimenea es un cántaro roto, boca abajo; y los doblados, de piso de tabla, con agujeros, reciben la luz de una o dos tejas de cristal. Los techos, inclinados, muestran el cañizo sin revoque. Es agobiante la suciedad, el negror de estas paredes de adobe, estas bóvedas de ladrillo calcinado, rehumadas por el fuego de leña de castaño que tizonea y no arde, y la mecha de los quinqués sin petróleo y las candiladas de alpechín o aceite quemado y estos huecos sin vidrio que tapas con sacos de harpillera, o te comen las moscas recriadas en los despojos, a las traseras de la casa: estiércoles asándose a flor de tierra, montón de gusanos que los

cerdos hozan y el sol fermenta hasta la podre y excavan las ratas y las gallinas repicotean.

Tienen las alfayatas a su servicio un sobrino, mozo para todo, que laborea la huerta, recoge la castaña, poda el parral y aun corre con el menudo o portugaleo, único arbitrio con que sacar la peseta contante y sonante y desde luego necesaria para cualquier eventualidad, como una carta, o el recibo del fisco si el consumero sobrevive a las tentativas de su linchamiento.

Es un haraposo muchacho que se acatarra de cortarse el pelo, por la intensidad del esquileo y su falta de precauciones no aguardando el abril. Siempre arropado de pelliza pastora, donde el cuello vive, y los costurones, de pulgas con variantes, que pululan menudos y prolíficos. Trae uñas recias que azulean, deslustrados los ojos y para abajo, emboscados en un rostro pajizo, como impactos en tela de araña; úlcera de labios cachazos, de risa desdentada: y mentón monoide, con esa tristeza animal más allá de todo posible descontentamiento; una boca de huesos careados, que se chupa rehundiendo la mejilla, palúdica, y restallando con un chasquido fétido.

Llevo dos días en las Cabañas. ¿Me querrás creer? No he podido hacerme a otra idea: esto es una pesadilla atroz, una cueva de caníbales. Yo no he conseguido ni medio dormir; me duelo, como ferozmente magullada; voy a levantarme y mis manos tocan la bóveda; escucho y a toda hora oigo cuchicheo de asesinos, silbidos, carreras, y, la primera noche, delante mismo de la puerta, tiros y exclamaciones en una jerga que no entiendo.

También el pensamiento se detiene. En la tiniebla de su cuarto, va trenzando memorias del viaje, cartas imaginarias. Escribe Catalina, mentalmente, y ya se cansa de tan carcelaria manera de redactar. Lo deja para mañana, ¿o no ha de acordarse?... Además, ¿cómo raspar un fósforo, encender el candil, pringoso de torcida y carboncitos de moscas? Los pasos que rondan el ventanuco no la consienten dormir.

Necesita horas de angustia, hasta aceptar que se trataba de un perro, ahí, revolviendo estiércoles. ¿Sí? El remedio es peor; el remedio o revelación de que sería un animalito, se lo da el quejido de ese animalito, es decir, la cercanía del hombre que le apedreó. Ese hombre ¿trae algo contra ella? ¿Seguirá adelante, o está ahora mismo, intentando qué, junto a la ventana?

No se atreve ni a moverse, en esta cama sonora, escandalosa; no se atreve a respirar. Naturalmente, escribía para Alonso. En este aislamiento

crece Alonso, afantasmado, albo, angélico, y su poder barre las tinieblas. ¡Ay! Pero no le ha dicho...

He venido en carro; bueno, hasta otro caserío. Por carretera. Bastante alta la noche. Una lunada noche que me permitía ver, soñadora de orquídeas, azucenas entre las negras rocas, y caminitos de agua, festoneados de moreras blancas.

¡No, qué desorden! Primero, el tren. Mi falta de costumbre: que vine dormida, casi desde ahí.

Es tremendo, te despertabas y no te rehacías. Una gran violencia: veías la sonrisa de los viajeros y te figurabas la cara que al dormir habrías puesto, porque te duermes y tuerces la boca; quizá esa boca babea un hilín y no te enteras; o te reclinas en la mujer enorme que ahora ríe, y ya no te deja: hablar y hablar...

¿Cómo contárselo? Alonso...

No era de noche, naturalmente. Apenas la primera siesta de mayo, y te dormías. El tren te dormía. Todo inútil. Me dormía. Me caía de sueño. Rabiosamente, y me dormía.

¡Vieras qué gente! No sé. Me desesperaba. El sudor, el pelo desgredado y la sed. Un tipo que había venido comiendo, bajaba en todas las estaciones, cogía el tren en marcha, y se asomaba insultantemente alegre a la ventanilla, y ahora se limpiaba la boca, de un revés, con la mano, y te ofrecía vino tinto; bebía él, a chorro. No hablamos palabra. Yo no sabía beber. ¡Qué larga esta provincia!: un cortijo más, Bélgica. El tren arrastra intimidaciones, las machaca. Chispeaban locuaces los escocidos ojos de una vieja. Quedaba mucho día, cuando llegué.

Acostada, recordaba eso. El tiempo se estropeó. Está muy cerca la sierra y le diría: ¿sabes qué llueve? Aquí llueve tristeza; un orvallo que te cala y enceniza el aire. Le diría que tomó posesión y en el comité le hablaron de extrañas misiones del patronato. Era un tremendo lío: diligencias, copias, reintegros, papeleo. Que podía empezar al día siguiente; sí, dos de mayo; pero que ya no era fiesta. Sería lógico y ¡qué absurdo!: ¿dónde estará el mulero, dónde aquella molinerita de sus años perdidos? La escuela se regía por un patronato del partido; en la documentación, los vítores se prodigaban: *Vivan los derechos del niño*, repetían. Había habido esa tarde una manifestación tremenda, pero la atendieron. Claro, se le hizo de noche. Un carro. Se cenó un bocadillo, y al carro. Todo antes que dormir en el municipio, en casa extraña. Adonde fuera, bien, es otra cosa. Es donde habría de vivir. ¿Cuánto? Ya pronto, verano. Las prácticas ya acaban. Luego, se verá. Sí, lodo antes que

seguir separados. La oscuridad pareció alzarse densa en los rincones. Esperaría a escribir mañana.

Ha ido pasando el nuevo día. Como un sueño. Lleno, poblado de quehaceres, de fantasmas, de acomodaciones. Catalina, que anoche no escribió, que se había prometido escribir bien de mañana, ya sólo espera la llegada de la noche. Escribirá esta noche. A ver: que no se le olvide. Sin falta, escribirá. Le tiene que decir:

He abierto la escuela. Un poquito retirada. Tiene el suelo de tablas anchas, desclavadas, que se cuarteán. El moho ha ido acusando regueros de verdín por las paredes, bombeadas, desconchadas. El piso no está a nivel de la calle, ¡menos calle!, el asolado campo en que la escuela se levanta. La población escolar, mixta: he alistado media docena de niñas y dos muchachos que apenas saben, ¿dices leer?, que ignoran casi el habla. Los niños trabajan la frontera: se inician en duras caminatas por los pasos de contrabando. La frontera en estas pequeñas vidas impronta su fiereza, su miseria. Cuidan del hogar las niñas y se pasan el día acarreando cántaras de una fuente única con cultivos de paratíficas, muy lejana.

No querría seguir. Y sin embargo, bajo la frente las escenas revivían, los gestos, un detalle, una actitud. Esto era un portal y a los lados, en el suelo, hombres jóvenes, indolentes, que pereceaban. Pasó ella y daba las buenas tardes; acaso unos viejos, correspondían:

—*Boa tarde.*

—*Adeu.*

Los muchachos, de pasmada boca, se rascaban bajo la visera, mugrienta, caída sobre los ojos. Nadie ponía empeño en trabajar. Las pocas labores campesinas empleaban mano emigrante, portugueses de nada, por un plato de carillas: habichuelas pintas; y el gracioso pequeñín decía:

—*Meninu con chalecu.*

Se lo contaban ¡a ella! Se vivía del aire. El árbol, y era suficiente: de otoñada, la castaña; ¿no basta con alargar la mano? En primavera, la cereza. Abundante la cosecha, el fruto fresco se apilaba; lo curaban al modo ibérico: el humo; la cereza se les pudría. Las mozas no servían como domésticas, no había clases en la plural roña de vecinas. Tampoco les beneficiaba el servir, si un mes de salario, poco más, equivalía a una jornada de portugaleo. Era horrible ir viéndoles comer.

Celebraban su nombramiento; la invitaron: le pusieron carne cruda; bueno, tocino de lacón sin curar; mojo de patatas, mal peladas, escarabajeadas, cocidas a rajadas; y ¿magosto?; ya no; castañas piladas, pilongas, con leche. Se moriría de hambre, si es que antes no la matara el asco; aquellas dos flacas enlutadas, sin dientes, que babeaban, sorbían sus cuencos de café... Vio dar a un niño de pocos días, café; un niño apenas destetado, café; sopas de café. Y era café brasileño, densísimo.

No hay escuela. Estaremos en República, pero es la Cruz de mayo y no hay escuela. Tampoco rigurosamente es la Cruz de mayo. La Invención de la Santa Cruz fue ayer. Pero cayó en domingo y han corrido la fiesta, la han pasado al día 4: esta tarde. Eso me anunció, de camino, viniendo para acá, el dueño del carro, un comerciante de Las Pizarras. Se llama Leonardo, conoce a papá, y no es de la tierra. Con sus finos modales, despoja a estos desheredados y soporta que a espalda suya le apoden la...

Pero ¿cómo decírselo? A ella tampoco la llaman por su nombre, sino el cargo: «Señora maestra», así. ¡Hombre!, se le olvidaba y es curioso: una madre que le llevó a su niña con el puchero de garbanzos, ¡sí!, que aprovechando las horas de clase encendiese en un rincón cuatro astillas, y cuidara del cocido... Era increíble; no se podía escribir.

La noche se detiene, ante esas puertas mal seguras, de trancas como leños y huecos para que el viento se regolfe... ¡Trancas para nada, la verdad! ¿Escribiría? A su padre escribiría. ¡Qué soledad, sin Alonso! Ha vuelto sobre Catalina a cernerse la soledad que sintió, recién muerta la abuela. Pero la soledad aquí se le afantasma. Cosas difíciles de escribir. ¿Qué pasará con el monje? La miseria de estos emigrantes le horroriza. El monje, ¿se verá obligado a emigrar? Catalina desconoce todos los puntos de contacto con la burguesía. Niña sin religión, joven sin fiesta de largo, no ha vivido su puesto en sociedad. La casa en ruinas, imposible imaginarse el mundo del dinero. Novia, sus relaciones han sido clandestinas, una pasión poco alegre.

No es Eve, no, ¡qué distintas! Eve se proponía hacer carrera en filas de Un partido político. Y Alonso dijo:

—¡Radical toda una vida! ¿Se podría?

Intuye las razones de Alonso. Catalina es incapaz de interesarse en la política. Ya pretendieron, ¡ahora!, adscribirla a un sindicato de Enseñanza. Algo le advirtió que no estaba hecha para los partidos, que debería resistir hasta la repulsa toda adhesión a ideologías sociales, a programas políticos.

Piensa en Luis. ¿No le vendrían riesgos? El peligro acecha, graves percances acongojan su encastillado corazón. (No victorioso, Catalina, un corazón en lucha incierta). Evocándolos, figura tras figura —padre soñador desdibujándose, en un halo endurecido: política, viejo disco; hermana, en la pequeña intriga de café, pintora, feminista, descontenta de verse corazón de mujer, y malcasada; Luis falseándose, metido a empresas para hombros colosales; gozoso Alberto, a la busca del martirio; Alonso, obsesionado por la suerte de sus tierras y la violenta amenaza de don Pedro, militar de ley; llorosa mamá, renegante de oír a Camilo retadoras romanzas mañaneras en una casa con luto—, y evocándolos, Catalina recrea su propia figura mínima, en soledumbre, erguida, fatalizada; la aparta de sí, la empuja, no se le quede en este quehacer; que a su voluntad, si es posible, corresponda su destino—. ¡Ay, Catalina! Es mucha la tragedia y Catalina, tan niña, ignora.

No sabe, no, que anegándose en política, es el padre y olvida su entredicho, se consuela de tanto mal oír. Ya le atacan, ya le herían la pulla de las alusiones, ya se le deformaba y se le empezaba a condenar... Unos le rechazan por el extremismo de Luis, a quien le atribuían violencias de nacionalista o sindicalista; otros, justificándose al recelar, pues la cosa era grave: ¡un hijo fraile! Todo lo hijo de don Camilo, sí, pero fraile. ¡A la lista, frailazo! Y sin remedio, que ya pronto os quemarán...

Le pesan los párpados. ¡Sería horrible no dormir!, piensa Catalina. Lo horrible, Catalina, haber mirado el reloj: saber que todavía son las once, la noche amarga, y se ha de hundir uno en ese negro túnel de memorias antes de columbrar la claridad. Y que por eso el espíritu es flaco y hasta en el suplicio un hombre se acomoda. Espanta la capacidad de adaptación: condenado, uno ríe feliz, a sólo dos horas de capilla; pierdes el ser amado y esa noche te llega dulce para el sueño... La llamaban Flor, y se paseaba orillas de Paraná; y entonces, se le apareció el jaguar rabioso. Era muy niña; a lo lejos se oía el aullido del lobo; se fue derecha al estante de los libros; miró uno en cuyo lomo aparecía grabada la cabeza del yaguareté, y dijo:

—Esto es un león, ¿no, papá? ¡Pues esto es un lobo!

Muchas veces le han reído la gracia. ¡Lobo! ¿Cómo podía saber, si allí no hay lobos? Reptean aquellos lobos; ahora son yararás, venenosas pero amigas de la pequeña Flor. Huye el jaguar; salta a un árbol. Y se hace piedra la corteza de ese árbol; porque en la piedra no clava sus garras el jaguar fiero. Niña Flor ya no teme; las yararaes la rodean, la asedian, estrechan el cerco, ya le envuelven, le asfixian. Y Flor desliza sus lágrimas porque mira el árbol: petrificado, seco. Abajo, esas lágrimas retorciéndose ascendían, mágicas

cristalizadas en trepadora de corolas rosas, de verde manto que embellecía y aromaba las ramas del árbol generoso... Como de la mano de Flor, prestidigitadora, al sueño de Catalina le nacía la figura de cazador de Esforzado, hijo del amarillo Saeyú. Es un nuevo día. Esforzado se encuentra con Doncella.

—Me llaman Iponá —dijo Doncella.

Al amarillo Saeyú se le ocurre que su hijo acuda a las presentaciones. Son pruebas para elegir esposo de Flor de Agua, hija del cacique. Esforzado vence a Fuego: le derrota en carrera, en natación, y en ayuno. Pero, sabe convertirse en pájaro; ya se hace Hornero, vuela: no desea el poder; sólo quiere a Iponá, la dulce. Oyéndole, Iponá se transforma para también juntar alas al amado. Construyen su casa, de barro, como el hombre, y su canto nos recuerda que la felicidad no consiste en el dominio, no se aloja en la fortuna. Felicidad: para Catalina, vida sencilla, tierna, cariñosa... Una leyenda que exalta el bien entre los hombres. Voluntad de peligro, Alonso pensaría:

—Tu felicidad, ¿una leyenda? ¡Catalina!

¿Se ha desvelado Catalina? Está viéndose espectadora de su propio soñar. Algo ha oído Catalina; ha sacado los brazos, y *sabe* que ahora mismo se va a incorporar, va a coger el vaso de agua. Un sorbo, y Catalina dice:

—Irupé.

Es ella la blanca Morotí, él su novio rojo Pitá. Morotí, ¡qué caprichosa! Morotí pide pruebas de cariño: ¡a ver, que se tire al río! Y se tira. Hechizado por las aguas, su diosa ¿cómo se llama?: I-Cuñá-Payé. Pitá novio no regresa a la orilla. ¿Dónde hay un adivino? ¡Venga! Y Profundo, adivino, condena a Morotí: que busque a Pitá, que se lance al agua. Ya amanece. Y en la leyenda también amanece y brota una flor de pétalos muy rojos, con pétalos muy albos: pétalos para el amor y para el arrepentimiento...

¡Claro que se desveló! ¿Qué hora? No se lo dice el descanso de su cuerpo, no siente fatiga ni advierte un solo signo de orientación en la tiniebla de esta alcoba, diminuta, hermética, vieja celda de castigo. No hay una raya de luz en la ventana, al norte, ni un resplandor bajo la puerta, contigua a la cocina. No sabe si la noche avanzó, si ha sido el sueño de un momento, en que se fundían memorias y soledades de siglos. De hallarse en la ciudad, bajo la ley de las horas que gobierna su casa, ¿estaría en la cama? Siente volver aquella noche, niña exaltada, porque fue la primera noche blanca de su vida. Otra vez junto al padre, en el misterio de la hora, subiéndole extrañas palabras, agitándose en

la habitación, cálida, abierta al ancho campo, luminoso de estrellas. ¿Quién le oyó aquel aullido? Catalina acelerada, yéndose a la pared y cómo, frente a los libros, señalando aquella cabeza de yagüareté...

—Esto es un león, ¿no, papá?

Repiquetean los hierros de la cama al resorte de su risa, la misma infantil risa, todavía desatada, encantadora y contagiosa. En un respiro, a lo lejos se oye el silbato del tren. Señal de que amanece. El tren correo ¿no llega con el alba?

Ella vino en el mixto de Alcándara, por la tarde. Pero hay el expreso de Madrid, que pasa de madrugada... Quizá no sea un tren; las estaciones andan siempre de maniobras. Tampoco va ella a presumir de trenes por el indicio de un silbido así abaleando la noche. Lo cierto es la humedad, que empapa y pone cristales en el silencio de la atmósfera, calada. ¿Llueve? Atenta, escucha la menuda agua del orvallo en la ventana. ¡A cualquier agujero le dicen ventana! Se echa de la cama; descalza, se acerca, a tientas. Alarga la mano y entonces le da miedo, y se vuelve presurosa a la áspera tibieza de las sábanas.

El miedo le aprieta, empieza a calofriarle y sacudirle. Teme, del miedo que le puedan dar las pesadillas. Se obstina en no dormir. Si no fuera por la ventana, y esa puerta, encendería. Pero, tan racheadas... ¿si miran, si la espían? Cierra los ojos: ya no verá las disparatadas figuras que se le alzan en el caleidoscopio de su turbación. Sí, en cuanto se levante, escribir a Alonso.

Ahora, encogida, va viéndose entre las visitas de esta tarde. Mucha gente. Le preguntaban por papá, ¡que recio! En cambio ella, tan pálida... ¡Cómo contrastaba la vital alegría del viejo! Cierto; frente a su debilidad era lo que allí pensaban. Si cambiara de nombre su padre, que tanto gusta de jugar a ese despropósito, bien se le inscribiría: *Vital*.

También contraste cuando la imaginaban superpuesta en Eve, buscándoles simpatías, diferencias. No se lo han dicho directamente, ni palabra, pero sospecha: esa marcada reserva y esos iluminados ojos rientes... Algún escándalo de Eve; se lo malician levísimas señales, una alusión, una puntita de socarronería:

—¡Ay, señorita, su hermana! ¡Y que no le gustaría hoy aquí!

—¿Hoy? ¿Por qué?

—¡Anda, y menudo baile!

De viejo celebraban el día de la Cruz. Valiéndose de la fiesta, ejercitaban su placer de quejumbre, mendicantes de la Cruz, aunque ni un solo ramo ni una cesta de flores ofrenden a la Santísima. Pordiosean, no para la Virgen; piden:

—Por la Cruz de mayo...

Maya, propiamente. Y de Maya les vendría el bailar.

—¡Cómo! ¿Que no se pasa por el baile? ¿Ni a la tarde, siquiera? ¡No! ¿No le gusta? ¿Pero que no sabe bailar?

A otras con eso. ¿Y eran hermanas?

—Ya será que... Claro, no la dejan.

—¡Ah, lo véis como sí! Que tiene novio.

—Era eso, ¿verdad, señorita?

Y el interés ruboroso por *su* novio. Adivinanzas. Si joven, si de carrera, si con posibles, si guapo, si no la tendría ya para mucho en la escuela, si es demasiado maestra para allí, si van a casarse y en seguida, si vendrá ¿cuándo? a verla...

La que a ojos vista se encendía, Consueliño, la mocina guapa. En la rosa de su boca la clavelina palidece, el leve tallo herido entre los dientes, recios, hechos para cortar una maroma. Consueliño, ¿tu nombre mejor?; *Inocenta*. Sabía algo de leer, y su familia, contrabandistas metidos a yunteros, parece buen partido para la mocedad que ronda. No era fácil distinguir en cuestión de clases, clases sociales, en el país. Con ternura lusa la llamaban Consueliño: era pequeña y, para gustos de su tierra, agraciada como una tentación.

Ése... ¿Que no le conocía? Ése es Dionisio, peatón, y se le dice «el correo».

—¿A que va como siempre?

—¡Hecho una cuba!

Pero no lo mirase mal. Muy sano, el hombre, sólo que... Pasaba de lejos, de prisa y por su pie, sí que atado a una soga, dejándose ir camino abajo como rastra del burrito que le precedía, rápido, con la querencia del pesebre. Dionisio marchaba para casa, a Las Pizarras. Recién llegado el tren, esta mañana, tomaría la valija, se largaría de caserío en caserío, y andando: tres, cuatro leguas. Se detendría en una venta cualquiera, perdida en el campo, como aguaducho de contrabandista; pediría de comer, nada: un seco de bacalao y medio litro, un litro, dos litros de vino; vendrían los convites, ¿qué es eso de perra por carta?, vaso de tinto, que da fuerzas y buena voluntad. Se le sabía de bebida alegre. Dionisio no reparte a domicilio; en medio del caserío, suena su caracola y se mete en la taberna; de copa en copa, asoma a la puerta y vuelve a tocar. Quien aguardare carta, allí está él: que se pasen por la taberna.

Las mocitas se despegan de Catalina, y vocean indirectas que Dionisio acoge a oídos sordos, renegando por sólo cuestión de principios, mientras

cuesta abajo sigue su baile de oso, entre arrastrado y cancán.

Y en seguida, subidas de rubor, rebozando risas que dan pena pero que sin remedio Catalina ha de entender como en su punto de candongas, se despidieron las mocitas.

Han pasado unos días. Catalina se horroriza de reconocerse muchacha y moralista. Ya ha sabido que adolescentes, esas mocitas cualquier noche no tornarán a casa. Prevista la fecha, la ocasión, se marchan con el novio, antes de la entrada en quintas. Pasan la noche en un chamizo a costa de él, o en casa de los padres, también de él.

Los de la novia, al día siguiente, en el campo —sin portuguesismo, que allí no hay plazas a las que llamar campos—, representaban la escena todo lo melodramáticos que las costumbres consentían. Terciaban las comadres, los sesudos varones aconsejaban llevándose, al dolorido, de taberna; y cuando volvía, allá estaba la hija, arrepentida, pidiéndoles perdón y... una manta, un puchero, algún que otro remiendo para el ajuar. Perdonaba la madre, el padre se desentendía, y esa misma semana ya todos celebrando el hogar nuevo metían prisa a los avíos de la canastilla.

Casarse, nadie. No era cuestión de iglesia; tampoco acudían al registro civil. Desde luego, la iglesia apenas contaba, quizá por la distancia entre caseríos, quizá que fuera tierra como para misión.

Sólo se congregan con ocasión de entierro, y verdaderamente a medias; los muertos quedan en el camino, alineados de pie, sobre el declive del camposanto, y rara vez baja el cura, que liquida sus deberes con el responsorio en parroquial y misa rezada al cumplir el año. No hay fiesta de patrono ni las consagradas a la advocación de la Virgen; la fiesta es eso: baile de negrada —viras, corridiños— borrachera general y «¡qué vida!», poniendo el más intenso grado de resignación para la alianza de esas palabras.

¡Alto! Catalina y ya ve imposible de escribir todas estas experiencias inmediatas, estos sentires e impresiones. Al venir, entre Las Pizarras y Cabañas, se cruza un río: había las pasaderas y había el tajo, un pontón. Catalina ¡qué sabe! ¿Saltar de piedra en piedra? Además, ¿era un hombre? Eligió el paso del pontón.

Horrísono. Era puente de tablas y ¡a buena hora se le ocurrió mirar para abajo! Le dio un pánico atroz, como el terror de un presentimiento. Porque no podía verla y, sin embargo, fue como si hubiera visto la mano de Leonardo, que la seguía, tocarla, conducirla, y era una mano cuyo tacto conocía desde que la estrechó al saludarse; ahora mismo le suben calofríos de asco sin la menor piedad por aquella blanda, húmeda, fría, cartilaginosa, repulsiva —

¿cómo decírtelo, Alonso?; mano de onanista— y le entró una rigidez que la sostuvo hasta salvar el río, a riesgo del vértigo. Pero pasado el puente, ya no era dueña de su náusea; ¡qué extraño!, Leonardo entonces no se determinó... Le llamaban la puente del diablo.

—¡Vamos, y pretendía contarme una de miedo!

Leonardo mismo se ocupó del alojamiento; la llevó a casa de las hermanas alfayatas. Catalina apuntó algún reparo: no se atrevió a insistir; por ella, se instalaría donde su padre, en la casa del castañar.

—No, de ninguna manera. Se lo digo yo; su papá no me desautoriza y le diré más, lo agradece. Usted es una señorita, la señora maestra. Es una autoridad. En esa casa, ella es muy buena, la Brava. Pero vive un muchachón y siempre se diría, ya comprende. No es que nadie se le atreva; pero la gente... Se podría conjeturar. A su papá le parecerá como yo digo, sin duda. Además, yo mañana mismo si usted lo desea me planto en Alcándara y se lo explico. Y ahora caigo: mañana es que tengo que ir, ya lo creo. Bueno, pues lo que usted necesite; yo voy allá. Les contaré cómo ha llegado. Y cuanto se le ofrezca, usted no tiene más que decir «¡Leonardo!». Y a mandar.

Catalina pensó en Eve. Algo de Eve se relacionaba con la casa del castañar. En fin, averiguaría. Lo que sí encargó a Leonardo, una visita a la Brava; que la justificase inventándose lo que fuera; que se alojaba en casa alquilada por el municipio, que lo había acordado el patronato, algo... Catalina acababa de acceder al primer convenio secreto con un hombre de la tierra, un desconocido. Realmente, ¿desconocido? Amigo de papá. Bueno, ¿y hombre? ¿Pero, serán así los hombres de esta tierra?

La última etapa de su viaje la había hecho con él. En carro, hasta Las Pizarras. No se detuvo en Las Pizarras. Muy de noche, apuraban el paso. El camino se desvió y atajaron; entonces fue lo de la puente del diablo. Bajo el plenilunio, un galope de espumas, Catalina y Leonardo internándose en el fragor. Y, por una vereda, Las Cabañas.

Como las alfayatas eran señoritas, cenarían tarde. ¡Pero no! Para ella, que la esperaban. ¿No estaría ya convenido con Leonardo? Apenas alojada, Leonardo se despidió, prometió volver a llevarla a casa, a Las Pizarras.

Las alfayatas acababan de servir la cena. En la mesita, coja, una jofaina de patatas, bañadas en aceite crudo, picantes de pimentón. Ya comió un bocadillo, de camino. Además, se le hacía muy difícil ese primer momento. Mortecía la luz, y de golpe estalló un tiroteo en la misma puerta, por los alrededores de la casa. Todos corrieron dando gritos en una lengua ¿a ver? que desconocía. La habían dejado sola, a oscuras. Se le ocurrió que ahí, en

medio, peligraba; lo mejor, acercarse a una pared. ¡Y cómo! No estaban a mano las cerillas; quizá, de tenerlas, tampoco encendería; si se arrastrara... Bajó una mano; había que probar; lo primero, tomar tierra. Y fue un alarido estremecedor, de repente. Catalina había tocado un pequeño cuerpo, cálido, escurridizo... Se quedó suspensa, tiritando.

Ya volvían, ya en las tinieblas oscilaba la amarilla lucecita del candil. En la puerta un cuchillo de aire la apagó. Maldiciendo, de sapos y centellas, tomaban las alfayatas. La confusión había sido formidable: unos contra otros, insensatos contrabandistas promovieron el tiroteo en la misma puerta. Ya encendían. Y Catalina pudo ver cómo escapaba la rata que un momento antes, tanteando, tocó.

Al oír los disparos, se acordó de Luis. Como si de venir Luis, su acompañamiento hubiere de ser necesariamente precedido de estas salvas a contra ley. Se negó a probar bocado; con la repugnancia de que la rata podría haberse acercado, hozar. No tomó ni lo justo para que su desgana se le atribuyese a miedo, siéndole igual que lo creyeran remilgo de escrupulosa y poco hecha:

—Me importa un pito —se dijo Catalina.

Es ahora, levantándose, y las manos se le quedan frías al recuerdo de aquella primera cena y el vértigo de la puente, la piel todavía erizada por la escaramuza de los contrabandistas. ¿Escribir? Va para una semana y aún no le ha escrito. Una palabra sólo escribiría, esta única palabra:

—¡Ven!

Había ensayado mil formas de encabezamiento: *Mi querido... Amado mío, corazón... Alonso, mi vida...* Ya las claras del día se filtraban por las paredes, por los entresijos de la ventana. La determinación de Catalina ya no se alteraría. Apenas vistiéndose le llamará. Sólo tres letras: *¡Ven!*

Y cuando Catalina deshizo le cama, se lavó y abrió la puerta, segura de que también les chocaría verla tan madruguera, que incluso antes del desayuno se llegase a la escuela, donde más fácil le sería escribir, porque estaba decidida a escribir aunque sólo fuera esa palabra mágica, *¡Ven!*, caminera de Alonso, le sorprendió a lo lejos un tipo que hacía indicaciones, que tendía un brazo y señalaba la casa, como dirigiéndose o hablando para un árbol, naturalmente para alguien, oculto a Catalina, pero a quien Catalina no acertaba a ver porque venía el recodo y lo tapaba birlándoselo a la avidez de sus ojos.

Estuvo por cerrar la puerta, cuando le pareció que el tipo acababa de verla y aun hacía ademanes como si se tratara de algo referente a ella. ¡Eve!,

recordó, y se le asociaron malos pensamientos. ¡Oh, había que terminar con todo aquello! Era preciso escribirle, sí, que se viniera en seguida, que la acompañara. Y después, cuando no haya remedio, porque tuviera que irse, que supiesen todos a quien se debía la maestra, y a quién estaba prometida. Presentarles también «su hombre». Ea, y ahora mismo...

Pero ¡es de novela! Aquel indígena que se vuelve, se mete en el recodo y al momento, del recodo sube y avanza y es él, ÉL, ÉL.

—¡Catalina!

Alonso que agita los brazos, empuja una bicicleta, corre a su encuentro y, a veinte pasos, ya suelta la bicicleta, se mete en el quicio, y aquí está, saltándose la cancela.

—He oído el tren... Me desveló porque te sabía en ese tren. Era un silbido sólo para mí... Oye: no has tardado nada... ¿A ver? ¡Cómo vienes! ¡Pero estás herido! ¡Alonso, niño... corazón!

LA AVENTURA DESDEÑADA

En relieve. «No se fía». ¿Un periquito? Vivaqueando. El tercer grado. Entreluces, y a la vuelta lo venden tinto. Alonso hace pronósticos.

No es el limpio cielo que preside los destinos de Alcándara; no es un desnudo cielo. Gris, su horizonte se recorta; poco nuboso, pierde altura; la cristalinidad del aire emblanquece de tanta evaporación, sobre los suelos de agua de esas huertas entre las que la carretera culebrea y hasta sube, liviana, y baja, para tortura del mal ciclista que es Alonso y que ahora, sin sol, todavía, camino de Las Cabañas rueda fatigoso, tenaz.

No para en el paisaje, atento a las peripecias de la máquina. ¿Se le ocurre mirar? Ya sabe: ¡a tierra! Si, para antes ver, se empina remontando la cuesta, da de bruces, por delante. Se le suelta un pedal y la serreta muerde, furiosa, una pierna más hecha al baile que a la rueda. Carretera abajo, debería frenar; aguarda; la cadena se le sale y, cuando pone el pie, roza a la llanta delantera: es la caída más grave.

Además, Alonso ha madrugado, para las costumbres de ese pueblo. Bajó del tren. Buscaba seguir. Preguntó: ¿una comunicación inmediata para Cabañas? ¡En bicicleta! Pues, a ver: que se la alquilen. Ya van al trato. De momento, la buñolería: freír, reír, la simpatía y el orujo. Luego, el orujo que se sube un poco y la cabeza de un muchacho pronto se calienta.

Las articulaciones, ahora se resisten; las rodillas no favorecen el juego de los pedales; a veces, pierde pie, resbala, yerra, da marcha atrás. Menos mal, las caídas: escuecen, pero despiertan; ya, en seguida, verá a Catalina. Cuidado: antes ¡despejarse!; de paso, lavar todas las marcas, la maltratada piel; manchas de grasa, moratones, rasguños. ¿Herido?

A Catalina se le ha pasado el susto. Sólo que no renuncia a su dulzura curandera, una misión para manos blancas, amantes. ¿Eh? Alcohol, tafetán, árnic. ¡Arriba medio mundo! Que se levanten, que busquen. Ya cuidará de

que la escuela, en sus presupuestos, incluya para botiquín. No se acuerda ya de mandarlo todo a paseo.

Y Catalina al fin ha de consolarse vertiendo sobre los cuatro arañazos, escandalosos por la escarlata de la sangre moza, unas gotitas de recio aguardiente, auténtico, de contrabando. Y con que Alonso, que la deja a hora un poquito pasada para abrir la escuela, prometa no volver esta tarde, y descansar. ¿Conforme? Pues ¡mañana será otro día!

No encontró alojamiento en Cabañas. Alonso ha marchado a Las Pizarras, ¡total!, cuatro pasos. No dejaba de violentarle permanecer en el mismo caserío: ¡no!, un respeto para Catalina.

En Las Pizarras, ¡qué duda!: a casa de Leonardo. Una casa pegada a la carretera. Esto es no decir nada: en Las Pizarras, todas las casas flanquean la carretera, camino de Portugal; a falta de iglesia, el caserío se agrupa, se estira, formando esa única y muy relativa calle en la que se levanta el pequeño comercio o *Ca Lonardo*.

Una verja la separa de la carretera. Pasada la verja, viene la escalera, ancha y breve; a la terraza, con arriate de siemprevivas, veladores de piedra y poyos revestidos de azulejos. Al fondo de la terraza, se alza la casa, de dos plantas; la puerta principal se compone de tres bastidores, superpuestos: vidriera, la hoja, de espeso pino, y contrapuerta con chapa de seguridad: amplias al exterior, las ventanas aparecen encristaladas.

Le preparan una de las alcobas de arriba, con vista a la carretera. Ya por dentro, la casa no responde a su viso de modernidad: oscura, la escalera se estrecha entre las altas paredes, se retuerce, y los interiores rezuman, umbríos.

Abajo, lo primero es el largo mostrador, cortando el paso para las habitaciones. Hay de todo: tabaco de acá y de allá, con el lujo portugués de sus tres tabacaleras; botellería y hasta el pequeño muestrario de telas. Leonardo es un vendedor distraído. Se sienta Alonso, ante una mesita, al lado de la ventana, mirando a la terraza. Con su argot rayano, una vieja regatea el coste de un saquito de azúcar. La vieja se resigna, toma el azúcar, y Leonardo, sonriente, recoge una pringosa libreta y apunta la operación. Ve Alonso un cartel, muy caligrafiado, en los anaqueles, que dice: *No se fía*.

¡Bueno! Leonardo ya respira; quedó libre, se viene a la mesa y pone dos vasitos para celebrar la presencia de Alonso. Y siempre riente, con apenas el primer sorbo da principio a sus memorias, atento a subrayar el capítulo de

relaciones: que Alonso vaya haciéndose idea de quién es él, cuánto lo que vale, en qué aprecio se le tiene... Y entra una chiquilla...

—Ti Lonardo... Que medio cuarto de pimienta colora. Que sea dulce.

Pone Leonardo una chispa de dureza en sus ojos, y rectifica a la chiquilla:

—Señor... señor Leonardo, se dice. Espera.

Apaga, rápido, ese principio de enojo y, otra vez sonriente, se vuelve para Alonso:

—¡Esto no es educación! ¡Ya lo verá, ya, ya! Bueno: hoy come aquí el teniente Rubio... ¿Que no le conoce? Es un muchacho muy fino. Su madre fue maestra de la estación. Ya lo verá, ¡ya, ya!

—Señor Leonardo...

—¡Espera! ¿Qué quieres, vamos a ver?

Sonríe, porque la interrupción de la cría le fastidia. Al fin, como por un súbito cambio de pensamiento, se levanta para despachar y que se largue. Leonardo parece, sí, un poquito distraído; en Alonso, de momento no sugiere otra estimativa. Pero observa que la chiquilla, casi chillando y entre risas, exclama:

—¡Qué! Pero ¿no le he dicho que pimienta? ¡Anda, éste! Va y me pesa lo menos medio kilo de sal... Ti Lonardo, que está usted tonto.

—¡Niña! Y dile a tu madre que no tienes educación. Toma, toma la pimienta, ¡largo! A ver: son otras dos gordas...

—¿Dos gordas? ¡Es que no traigo!

—Pues no se fía, ¡qué educación! Mira, y aquí no te presentes en siete días. ¡Vaya qué maneras!

Un momento suspensa, la chiquilla recoge su paquete, mira al rincón, pone los ojos en el suelo al ver a Alonso, y dice:

—Ya...

Y como presiente los ojos de Leonardo, que brasean, escapa rápida, misteriosa.

—¡Qué modales! ¡Ay! Trata usted con los hombres de acá; y ¡qué incultura!

Viste mono azul eléctrico, muy ajustado, y como los pantalones le son estrechos de tiro, Leonardo no se está quieto, encajando y desencajándose la costura que corre espalda abajo.

Representa unos cincuenta años; trae escaso pelo, canoso y fijado con gomina, a raya; los ojos, entre verdes y azules, a medio abrir, bajo la pesadez de unos párpados caídos y lubricados; luce corbata de raso, en gris plata; al hablar, su voz se quiebra, con rápidas escapadas de tono; entreabre los labios

en continua sonrisa esquiva, y sus finas manos alargadas accionan con vivacidad, con acariciamiento. En todo instante, presuroso, anda como picoteando, de flor en flor. No acabó de indignarse por la atrocidad o descortesía de esa chiquilla, cuando, ya lejos de la protesta, Leonardo sonrío obsequioso y borra hasta la posibilidad de un ceño adusto, para representar o mostrarse en su papel más auténtico: «el eterno triunfador». Silba las eses, no falta a misa los días de precepto y relata recuerdos de mamá.

Va a llamar ahora mismo a sus hijos: las mellizas y un jovencito de pasmado aire; quiere presentarle a su mujer, portuguesa dulce y severa, de fino trato. Pero, aquí está el teniente Rubio. La verdad, se calló Alonso: muchacho... Y, ya es alarde: ¿Rubio?, contemplando Alonso el negrísimo pelo de aquella barba, no afeitada, y aquella todavía densa cabellera.

Tras el rigor de las presentaciones, el teniente se sienta, feliz de charlar con Alonso, y pide una botella. Anima a Leonardo ver cómo Alonso no se echa atrás: sirve de la botella; bien, Alonso hace boca. Leonardo se acerca a la terraza; y ya toma con una flor en los labios y otra en la mano, para Alonso:

—¿Un periquito?

Se apresura Alonso, atento, y recibe un pisotón del teniente Rubio. Alonso no comprende. Pero lo denota; y Leonardo, ¡menudo cazador!, se retira bramando contra el teniente, con quien no iba el ofrecimiento de la flor.

—Primero, porque usted no es el forastero. Y además ¿de uniforme? ¡Vamos! ¿Iba yo a ser tan inculto? Pues no; mucho menos que alguno de tantos como presumen...

El teniente, ni caso. Apura; de nuevo llena las copas, mira para Alonso y, en un guiño:

—¡El andova!

Y como ya se sospecha que Alonso, ¡ni media!, agrega:

—Es de la serie... ¿Usted me entiende? ¡Un periquito, un periquito! ¡Vamos, hombre!

No anda el teniente Rubio por menos años que Leonardo, pero los disimula: moreno tirando a oliva, de pelo recio y abundante, fuerte nariz enrojecida, los ojos rameados, secos y requeridores. Desprecia a la gente del país, sobre el que vive como en campaña, vivaqueando: nada de apalabrar convites, que luego es violento, no: él ya se invita; pero donde y cuando le parece.

—Hombre, después de comer... Esto es confidencial, de amigo a amigo. Tenemos un registro. Usted ¿se anima? Ya vería cosas, ¿eh? Usted, de esto,

¡ni pum!... Pues nada: ¡Leonardo!... ¿Usted monta a caballo? ¿Sí? ¡Colosal! ¡Oye, Leonardo: el asistente! Que nos prepare otro caballo.

—¿Va usted con él? —pregunta Leonardo, solícito, olvidado de su rencor.

—Viene. Y tú, no seas anfibio; no te hagas ahora... ¡como todos estos canutos!

—No, no señor. Pero las cosas, como deben de ser. Primero, yo le ofrecí la flor al joven porque es forastero.

—¡Hombre! De eso estamos al cabo de la calle.

—¡Al cabo de la calle! ¡Qué ordinariiez!... Usted no haga caso: tiene cada broma... ¡Ay, qué hombre!

—¡Je! ¿No se lo he dicho? ¡Menudo andova!

A medio almuerzo, Alonso está rendido de cansancio.

—Hombre, yo lo dejaba para mañana, si no fuera que es domingo. Claro, en domingo no se puede registrar. Se puede, pero no es cosa... Aunque en estado canuto, éstos son unos lagartos, ¿usted me entiende?

Alonso, como entender... No está muy ducho en germanías; a veces, ni palabra. Le agrada el teniente por su vitalidad, su respeto dándole el don y la curiosidad de la aventura. Pensaba en Catalina y que les convendría amistar con éste, jefe de zona.

—Bueno, don Alonso, que para luego es tarde.

Ya de camino, y viéndole cabalgar:

—También usted... ¿Eh? Aquí no hay que engañarse. ¡Menudo bala! No disimule, hombre: cada uno hace lo que puede. Y eso que, entre estos anfibios... En fin, lo que se puede.

Inmediatamente Alonso rectifica propósitos: aquel primer pensamiento utilitario; lo mejor, que no sepa ni su existencia, no le sea latoso a Catalina.

Ya están en el pueblito. Rubio se dispone a operar. Se han metido en un casinucho. Rubio elige mesa; rectifica la postura de Alonso.

—Levántese. No dé nunca la espalda; en estos casos, la espalda en la pared.

Y al asistente:

—¡Largo, con esos caballos! Vete luego para la puerta; de aquí a media hora. Nada de testigos. Don Alonso me sirve de testigo. No... Que no seas burro, no avises al puesto. Todo lo contrario, déjate ver como si te fueras. Te alejas y le das agua a los caballos. ¿Eh? Una vuelta, y al asunto.

En sólo para Alonso:

—No se puede. ¡Éste también, qué mediocanuto!

Hizo abrir la botella. No, no copitas de botella usada, ¿comprende? ¿Y si le echaban... jalapa?, pone por caso. Mucho ojo, eso es todo.

Un par de copas de coñac y ¡hale! Sacude con la fusta su orgullo de lustre polaneiro y, animando al muchacho:

—Ahora va usted a ver lo que dan de sí estos anfibios. Y que los ve como al zorro, en su misma madriguera. No, no crea usted que es tan fácil. No siempre hay suerte, y además, desde esto de la República, hay que andarse con tiento. Claro que a mí, ¡plin! Si no le cazo, confidencia falsa, ¡y a justificar! Y siempre está el que «si por si era evasión de capitales». ¡Pues al cabo de la calle! Lo que usted no puede es dar cuatro cuartos al pregonero: nada de números del puesto; que además son de aquí, tienen que ir conviviendo... Uno solito. Así, como de visita. ¿Que dicen de testigos? Pues don Alonso el testigo. ¿Preparados?

—Teniente: es usted un águila... ¡Vamos allá!

Larga y oscura casa, de interiores como calabozos y complicados pasadizos; casa cerrada al exterior, sin huecos, pero de dos puertas y doblados que son puro lujo de trampas: encaramadas como palomar; o soterrándose, en laberinto de sótanos. Cámaras secretas, sólo accesibles con la escalera de mano; cámaras para enloquecer peritos en registro.

Echó por delante a cuantas personas encontrara al entrar; pocas: el matrimonio y un sobrino, a quien ni dejó salir ni perdía de vista. Llegaba el asistente y el registro principió. El asistente subía chimenea adentro; su linterna enfocaba las paredes del tiro; a un lado y a otro aparecían armarios, como especieros empotrados; pero sin mercancía.

Tanteando tabiques, el teniente se detuvo; percutía, como en un reconocimiento de enfermo; insistió y, de pronto:

—¡Aquí! Esto me suena hueco...

Mandó que Alonso midiera el grosor del muro, por su pie. Daba al corral; se quitó Alonso el cinturón; medía: no resultaba. Tomó asimismo el ancho de las habitaciones medianeras, por dentro; luego, siguió la fachada, en las traseras. No se adelantó gran cosa. El teniente se encerró en el comedor con el acusado. Le interrogó.

Como un campesino, el teniente, calculaba los golpes, regateaba, insistía, desviaba las preguntas, volvía a la carga.

—Mira: es imposible que suene a hueco, si es que no está hueco. Y suena. —Suena...

—¡Hombre! ¿Y a qué te tienes tan mala ley? Porque ¡no me jorobes! Algo ya habrá cuando se me llama. Esto no es cuento.

—Pues...

—Si quieres me lo dices y si no, tú verás. Tener, yo tengo que me sobra y está el soplo. Pero que siempre es una atenuante; yo por eso te pregunto... Con que...

—Sí, señor.

—Tú no eres un canuto. Tú ya sabes lo que te traes entre manos. Ea, ¿qué pasa con esa pared?

—Una pared.

—¡Toma! Hasta ahí estábamos. Pero ¿en medio?

—¿Qué medio?

—Pues la echamos abajo. Saber, yo sé más de lo que tú te crees. Yo no tengo más remedio que probarlo. Pues la echamos abajo. Sol ya queda. Llamo al albañil y ése no tarda, a él no le va en esto... ¡Y que tú seas! Mira que te lo tengo dicho. Y te dije: yo te ayudo. Pero... ¡a otra cosa! Si cantas, cantas.

Y detrás de la mesa, tieso, arrogante, sonajeando los flejes, dejándose ver las esposas, le mira sin ofrecerle ayuda. Tocan en la puerta. El teniente chilla:

—¡No! No se puede... Lo que yo te digo, que no me hagas resistencia. Que el contrabando es o no es delito, muchos no lo tienen a delito. Lo grave, tú; por el desacato.

Le notó a punto. Aguardaba. Que hablara, pero le vio tragar saliva, y se dijo:

—Éste, miente.

Entonces se decidió:

—Te pones en desacato... Ahora ya estás diciéndome adónde da esa pared; que lo que hay dentro, eso está claro.

—Si usted es lo que busca, yo no tengo... ¡Cómo se lo voy a hallar! Usted me puede llevar, si quiere.

—Te llevo... Me tienes harto. Venga callarte y venga yo de favorecerte. Aunque no te lo creas. Por eso, te voy a llevar. Te... ¡jorobaste, pedazo de canuto! ¡Hombre! Con que a uno le dijeran: «Tal cosa». ¿Qué?

—Y si usted no halla, ¡qué!

El teniente dio una voz. Miró a la puerta y dio una voz:

—¡Pasa, coño...! ¿Qué se te ha roto?

Entraba el asistente.

—A sus órdenes. Que ya cantó...

—Bueno, ¡lárgate!, no tiene que cantar nadie. Y no me vuelvas a impacientar. Éste es de ley. Aquí no se tapa nada. ¡Cantar, cantar! Ya lo sabemos.

—Sí, mi teniente. ¿Manda usted alguna cosa?

Salió. Cerró la puerta. El campesino callaba, no quitaba los ojos de la mesa. Fue un silencio muy largo. El teniente se levantó. Le puso una mano en el hombro, contó mentalmente, ¡diez!, y dijo:

—Tú te lo has buscado... Ahora, a mí no me vengas: yo no tengo más remedio que llevaros. Ya no eres sólo tú.

—Es que...

—¡No me cuentes nada! Hasta esos lo saben. ¡Andando! Tira para acá. ¡Y que a uno le hagan estas cosas! Hay que ser tarugo... En fin: ¡cállate! Cuando más, que tú y yo subamos antes. ¡A ver! Yo más no puedo.

—Sí, señor teniente.

—¡Que no es poco! Y no lo hago por ti...

—Pero si no tengo... Usted busca y yo no tengo.

—¡Canuto! ¡Que eres un canuto!

—Sí, señor.

—Anda... Y que sea la última. Pero sin guardarte ¡ni esto!

—Sí, señor teniente.

—Anda...

Subieron a los sobrados. Les acompañaba Alonso.

—Éste es como un hijo. ¡No vayas a llamarte a andana!

Cambió de expresión: hipócrita, animado:

—¡Qué mozo! Está de buen pelo...

¡Halagos al padre teniente! No le había entendido. Ya estaban en el sobrado. El campesino abrió una alacena. Echó fuera unos aperos de labranza. Levantó una tabla que simulaba entarimar el piso y, bajo esa tabla, el hueco de la trampa: caía a una angosta habitación, sin luz alguna. Bajaron uno tras otro, el campesino delante. Acertaron con la puertecita de paso a la doble pared que el teniente había presentido panderete, cuando a primera vista más bien parecía recio muro.

—Un tabique sordo, es eso —dijo Alonso.

—A ver, saca.

—Señor teniente: mírelo usted con sus propios ojos. ¿No le dije que aquí no había?

—Pues ¿dónde?

—¡Dónde! Usted cree que si no...

—¡Anda!

Porque ya el teniente se encontraba satisfecho. Su gozo era el asombro del espectador: don Alonso, forastero. Como si en el teniente aflorase una recóndita vocación de cicerone:

—Esto es lo que tenemos. ¿Qué le parece?

La exagerada sorpresa de Alonso, la admirativa simpatía que en Alonso leyó y hasta su pena del pobre matutero: le bastan. Ea, para otra...

—Cuidarse ¿eh? Mira que no tardo. Mucho ojo, que ya estoy pero que hartándome de tanta y tanta...

—Sí, señor teniente.

Al abandonar la casa, necesitó Alonso apartarse y, rodeando, se metió en el tinado, junto a una puerta paredaña a las cuadras de la casa registrada. Sería imposible no enterarse, negarse a oír; porque, del otro lado de la puerta, quizá tan a oscuras como el tinado al que Alonso fue a parar, discutían en tono de rabia contenida, con voces apagadas pero perceptibles por los enérgicos subrayados de la conversación.

—Ha estado en un tris. Si llega a tirar para la derecha... Pero se fue al panderete; eso le despistó.

—¿Dónde lo tenías?

—¿Dónde lo iba a tener? En el pesebre.

—¡Ahiva! ¿Pues no te avisó?

—Claro que avisó. Pero lo de siempre. Que el Leonardo no se da cuenta y las cosas piden tiempo. Llegó... raspando.

—¡El hombre! No lo sabría, o no habrá podido.

—¡Podido!... Bueno, en cuanto oscurezca hay que echar fuera los paquetes. Y a éste: ¡marrano!, un día te guindo. ¡Pedazo de...!

—Tío, que yo no me chivé...

—¡Ya lo sé! ¡Cabrito de teniente!

Quien, muy indignado con Alonso, ya se acercaba y, nada más verle:

—¿Qué hace, hombre? ¡Vamos! No se me entretenga cuando salga a una cosa así. ¡Hala, monte! Y a galope.

No le contó Alonso lo que acababa de oír. ¡Leonardo! ¡Menuda, si lo dice!

Se hace alegre de trote el camino de regreso. Alonso montó caballos en Centenera, y muy niño: malos caballos, a pelo. Pero lleva tiempo sin cabalgar. No conoce los estilos de silla, el gambeteo de aldaba, los pasos cómodos. Él corrió cintas en el pueblo aquellos domingos de piñata, sobre animales

resabiados, caballos de albarda, espantada y anteojeras, con esparavanes; muleros reconocidos. Nunca lució pantaloncitos de jinete, el tranco a la inglesa le fatiga y ya está pensando en el baño de vinagre con sal que Leonardo habrá de prepararle. Ahí es nada, Leonardo cómo la va a gozar...

Ya los campesinos se recogen; indolentes, marchan al caserío. Yendo, los ha mirado en sus bancales. ¡Pena de tierra! Por estas fechas, en Centenera, nace la menudita flor del olivo, se azufran las viñas y es pura gloria el ver cómo azulean. Un viñedo salvaría el país, piensa Alonso, y recuerda la mano de sus mayores, que tantas fanegas de buena vid ganaron a las orillas de Tayuela.

Ha venido ahora bordeando la sembradura: el maíz, la tardía patata. Ya estará Centenera de cosecha con su huerta pequeña y temprana: las habas ya granarán; qué tiernos aquellos chícharos de vaina redondita, verde claro; habrá paredes con espárragos, en los cercones: espárragos trigueros, de rubia espiga, cortos de tallo, de apretado grano; y espárragos en el erial, de caña trepadora, amargueros, con su verdor azuleante.

Tienen que parecerle avaros estos huertanos, crecidos en la inmoralidad de unos negocios de frontera, resecos por la indolencia de su tono de vida, disminuidos, aislados, independientes, feroces cabileños, sin nada que los una, propicios a la delación, con odios de tribu, minados por la enfermedad, el desamparo, este horrible abandono: sin comunicación, sin calles, sin vivienda grata, sin relojes, sin teléfono, sin electricidad, sin iglesia, sin médico, sin escuelas, sin autoridad propia, sin esperanzas ni desesperanza.

¡Qué brusco el anochecer en la cercana sierra, tan dura de crepúsculos! Marcan los caballos su alegre compás de redoblante, sobre la única, y discontinua calle de Las Pizarras: la carretera. Blanquecina, la niebla de las aceñas con su magia de atmósfera envuelve las casitas; el humo escapa de puertas y postigos: bajo, azulenco. Por los respiraderos se columbran las mortecinas lamparitas de candil. Ya están encima. En el salón de baile esplende un «petromax», última conquista de la ciencia, llegada a Las Pizarras. Frente al salón, pasada la carretera, viene la taberna: destellan las vividas luces de carburo. Por una ventana, Alonso, al pasar, atisba el amarillento vislumbre de un quinqué:

—Ese tubo, estalla.

—Ca. Son tubos portugueses.

Los de lámpara española, estilizados, cilíndricos, de mecha asimismo tubular, no aguantan. Pero eso, es tubo portugués: ancho, de floreada boca, abombado; usa mecha plana, cortada a pico; bastaría que la punta no fuere

simétrica, para que la llama soplara de lado, ennegreciendo y quebrando el vidrio.

—Y si en la boca se le pone una horquilla de esas del moño, entonces no hay miedo. El calor se lo lleva la horquilla; como es alambre... Pues eso.

Así se explica, de caballo a caballo, porque van a paso, el asistente, ceremonioso al cambiar unas palabras con el forastero. Además que el asistente es muchacho educado, que estudió en el colegio de huérfanos y sabe de modales. Pero ¿no rebasaron el salón?

Esa brilladora luz no provenía del baile. Ahora se da cuenta Alonso; y lo corroboraría, de acercarse a casa de Leonardo. Descabalgan. El asistente se lleva de reata los caballos. El teniente y Alonso entran en la taberna. Es un vino sucio: Almendralejo, pero rebajado, tipo comercial.

—Peleón —dice el teniente—. ¿O prefiere coñac?

El coñac es de garrafa, un granel tan pobre... Alonso dice:

—Yo, vino. Es la hora.

—¡Es la hora!

Apenas un portal, la diminuta pieza sirve para taberna y para zapatería. El tabernero ya se basta. A horas de poco despacho, que son las más de la noche y todas las del día, trabaja de zapatero, en un rincón: ahí está el barreño de agua sucia para el remojo de la suela, y allí el tirapié, las leznas, las cuchillas... Un perfume de aceituna pasada impregna el aire, dominando los olores, cera y pez, de la habitación. Hay una mesa camilla, con su tarima de brasero y unos taburetes. Tras el mostrador, estante sin botellas.

El vino estará en tinaja de barro empegado, en el trascuarto. De rato en rato, desaparece el tabernero y torna con la jarrita, para servir. Encima del mostrador, en el vidriado, enjuaga los vasos de los clientes distinguidos, como esta noche. Jamás se quita su mandil de cuero ni, bien ajustada, la boina, de un negro que pardea.

Se presenta el cabo, comandante del puesto. Le invitan a sentarse. No hay novedad. Resulta medio paisano de Alonso, de un pueblo próximo a Centenera. Hablan y de primeras coinciden al calificar de canutos y de anfibios a los indígenas. Buscando mostrarse culto, el tabernero, se les llega y critica acerbo las costumbres del caserío.

—El hombre de aquí, que es desconfiado; eso es lo que tiene.

—¿Cómo desconfiado? ¡Más que un mulo!

—Y que no se entienden nunca. Por eso no prosperan. Hay mucha miseria. Y luego, los tiempos...

—¿Qué más queréis? Manos libres, ¿eh? Pues ya os darían... ¡Digo, los portugueses! ¡Y que os iban a tratar como uno!

—¡Ah, claro! No, señor.

—¿Cómo no señor?

—Sí, señor... Es lo que yo digo...

—Anda, que tú también... ¡Menudo anfibio!

Hasta la indignidad respetan al funcionario, temerosos de la ciudad, de la ley, de su ignorancia que presienten comprometedoras:

—No sea que uno meta la pata.

—Y que encima te empluman...

Transigen, adulan. Y con la crueldad de un niño, cae un desvalido y lo despojan.

El cabo le manda por un gramófono de bocina, que tiene Leonardo: que se lo deje, con unos discos de flamenco. Va, chispeante, moviendo su fondo poderoso, de zapatero.

—Tú —le chilla el teniente—: mira a ver, no se te quede la lezna puesta.

Ríen y a la espera del gramófono, comentan los acontecimientos de estos días.

—¿Qué se dice, don Alonso? ¿Qué pasa en Cádiz?

—Hombre, pues nada nuevo.

—¿Nuevo que no?

—Poco bueno. ¿Ha leído *ABC*? Hoy. ¿Lo ha leído?

—Será lo menos de ayer. Aquí llega con dos fechas.

—Sí, naturalmente... Pues no tiene desperdicio. Ya habrá usted visto lo de todos estos días. Se incautaron de Palacio. Pero lo chusco, esos tipos que le arrancaron el cetro y un brazo a la Cibeles... La creerían reina.

—Vaya, también allí los hay... ¡Y luego hablamos de estos canutos! Pero no crea usted: al rey no se le puede ver ni en pintura.

—Matizará usted: ahora. Porque yo le digo que todos éstos votaron por el rey.

—¡Ah, eso es viejo! No, y aquí no pasa nada. Miedo es lo que hay.

—¿Miedo? Que les dejasen rienda suelta. Íbamos a ver, ¡éstos! ¿No mataron al pobre consumero?

—¡Hombre!

—Un crimen atroz. Que lo lincharon. Pero a hachazo limpio. Y todo porque venía con los talones del trimestre. Lo malo es que le den a uno la primera; entonces, llueven. Hasta el final; no hay duda.

—Pues aplícate el cuento. Éste, ¿sabe usted? Es que piensa retirarse y ya anda a la busca de los recibos de un médico del municipio.

—Habrá que ayudarse.

—¡Cuco! Sus ahorritos ya tiene. Y le he dicho: ponga usted una taberna; ¡total!, no sale de ella...

—No puedo, mi teniente. No. Que yo me conozco.

—¡Toma!, éste se la bebe.

Guardia de primera en funciones de cabo, es viejo zorro, con su cartillita y sus recuerdos de África, pronto a ponérseles en pie. Si le dejan...

No. Que llega Leonardo, entre una algarabía de chiquillos. El gramófono, a disposición de los señores. Lo malo, que no tiene agujas.

—¡Agujas! ¿Y qué haces con ellas?

Alonso ¡ay! se queda sin oír aquella milonga que en su emoción africana el cabo le tararea: la de *Una voz dolorosa*; en el disco suena *tururuta*, por la voz de su creador: Niño de la Huerta.

—¡Eso es cante!

—¡Je, je! Y esto, el velatorio.

Leonardo, que se larga, envuelto en una colgadura tricolor, con ella hasta los pies, haciéndose la ilusión de un vestido de noche y desfilando seguido de la chiquillería; un antiguo corneta, carrero al servicio de la Casa, precediéndole, carretera arriba y abajo.

Bueno. A cenar. Por la carretera, a uno y otro lado, ventanitas en ascuas, puertas en todo tiempo de par en par, lumbreras únicas de esas casitas sin chimenea, con el hogar entre dos piedras, en el suelo. Una faja de ancha luna incandescente, corta la carretera: es la casa de Leonardo; como un reflector, su «petromax» resplandece.

Suben. ¡Qué grato, Alonso, ese olor a estanco: olor del tabaco y de las maderas impregnadas de tabaco; olor cálido, seco!

A la espera, en la cancela, un carro.

—Cualquiera sabe lo que ahí... ¡Que tienes bula! Pero éste un día te caza.

Éste, sonrío; es el cabo. Leonardo no olvida cómo va su libreta de fiado y, sobre todo, cómo el cabo jamás piensa pagarle.

—¡Bastante es lo que te doy! ¿Eh?, no viendo. Pues, callarse.

Callan. El teniente no se entera. Se distrae Alonso.

De aquí a un instante, cuando se encuentre solo, Alonso ya sabe qué es lo que va a pensar:

—Salir de lo ordinario, eso es todo. Eso, las atenciones del teniente, en las que él leía: porque no eres de aquí, un canuto, un anfibio... *Don* Alonso, eso

le dice... Ya está de vuelta. Anochece. Le gustaría pararse y recordar. Si Catalina viniera, le hablaría incansable. Necesita hablar, no cavilar, no imaginarse más escenas. Hablar y siente el peso de una terrible escena, la angustia de como un presentimiento. Entonces, intenta distraerse. Por ejemplo, explicarse la frontera: no consigue una impresión exacta, invariable. Desearía conocer los puntos de vista de don Camilo, Eve, Catalina. Algo ha podido entrever, en sus pocas horas con Catalina. Pero quizá la vera imagen de este rincón se obtuviese acelerando la sucesión de cuatro instantáneas, si lograra la mente fundirlas para en seguida abstraer la idea única valedera; como el ancho campo al que dan sus ventanas de Alcándara y que se le presenta distinto a los ojos en la bruma del alba, al mediodía deslumbrante, o las brasas del anochece; y no por eso ve tres distintos campos, ni aunque los ojos se le sorprendan cada vez que vuelven a contemplarlo. Reuniría Alonso la mañana de su llegada: la frontera en relieve, unos tipos al margen de la ley, un paisaje al lado del camino; superpondría las estampas de Eve, dorada y palpitante a la ventana, dejándose ver, cuando la luz más la penetra y ostenta, a un punto de la declinación; vendrían los atardeceres, hace tres meses, alrededor de la lumbre: leyendo el periódico don Camilo y un grupo de campesinos indolentes, recelosos, desconfiados, tesezuelos; y las noches de Catalina, aterrada recordando lacerias, oyendo cómo un perro escarba los despojos bajo la ventana o en misteriosa ladra, patético, gañe a la blanca locura de la luna, endemoniado...

Ya sabe Alonso que ahora, en cuanto suba al cuarto... Pero no, no es eso. Alonso no se atreve ni a pensar.

APUNTACIONES PARA UN CAPÍTULO NEGRO

1

Et nunc dimittis...

Mayo, radio aquí, ahora declinante, se sube por la colina de este soto de castaños donde Catalina y Alonso, como en un éxtasis campesino, contemplan el atardecer. Al pie del declive, un rayo de sol incendia las bardas del camino. Catalina, en la grama, sentada, acaricia los cabellos de Alonso, tendido, las manos bajo la cabeza.

Les envuelve un aroma de fruta más que de flor, fragancia de cerezos recién granados, todavía amargos. El cielo es un azul de lejanía maravillosamente pálido. Se levanta el soto a medio camino, entre Las Pizarras y Cabañas. Calla Alonso, y Catalina torna al libro que dejó dormir, como acunándolo, en su falda. Una tesis de pedagogía. Catalina lee ahora todos estos ingenios. No lo abre, pero a su vista retoma el hilo de la conversación, insiste:

—Me produjo mucha impresión. Era igual que mi pesadilla del viernes, cuando llegabas. Oía silbar el tren. Yo tomaba una droga, como en este libro: *Allonal*. Droga, ¿no se dice *allonal*? Pues entonces soñé: «Todos murieron»; Esto es: *Al*, y todos, *al-and-all*, *Al-lon-al*. Dormida, me oí: *Al.*, Alonso. ¡Mi vida!

Alonso deja a su corazón la resonancia de todas esas palabras de Catalina. De hablar, la voz le temblaría. Inquietudes inmotivadas, ¿cómo las teme! Catalina se mira absorta los pies; no sabe cómo arreglarlo.

—Pero, no: querido... Cuando uno sueña que muere, no es uno el que se muere. Puede ser alguien, y hasta si quieres, próximo... ¡qué tonta, Dios! ¿Cómo te digo estas cosas? Alonso... Alonso, di: ¿no seré yo, que te abandone?

El perfume frutal de la atardecida se desvanecía, desleído en un relente húmedo, temprano. Un ciclista avanzaba por el camino de Las Pizarras.

—Va a Cabañas.

—¿Por qué no le has llamado? —Se le ocurrió a Catalina.

Alonso la miró; se puso horriblemente pálido. Alonso dijo:

—No. ¡Qué tontería! ¿Qué tiene que ver con nosotros?

Catalina le apretó dulcemente la mano; hizo un tremendo esfuerzo para sonreír:

—Ya soy como todos éstos, que se aterran de un telegrama. Hay muchos telegramas agradables.

Para callarse:

—Pero, éste... No trae nada bueno; éste es urgente. Y cuando mandan a un ciclista, nada menos que desde el pueblo... Porque lo pasarían al correo. Nadie pone un telegrama urgente, si no es por algo malo.

Catalina tuvo como un presentimiento de angustia:

—Alonso, ¿tú sabes algo!

No, Alonso no sabe, pero algo, a distancia, va levantándole imágenes en el horizonte: figuras, que en un momento mismo se yerguen, se agitan, cavilan, yacen, se atormentan...

Esto era un muchacho. ¿Como él? Envejecido. Ruinas humeantes. La multitud exacerbada. Frenesí de la destrucción. Hay un fondo alto de edificios; rotas paredes ennegrecidas; manchas en el cristal de la sierra lejana; sobre el atardecer, sereno, pinceladas de una puesta de largos escarlatas que se entenebrecen.

Contemplativo del véspero, un cartujo en la ventana: la albura de la cogulla, el agudo verdor de los cipreses, el espaldar encendido de rosas de terciopelo.

—¡Qué disparate! —Piensa Alonso—. A esta hora, los cartujos ya duermen. No hay una cartuja en la capital. Las celdas de ninguna cartuja dan a la calle. Y sí, es su hábito: viste el cartujo sayal de blanca lana. Ahora es un espigado joven, rubio, una túnica blanca, una confortadora sonrisa de piedad.

Rojea, débil de luz, esa bombilla. En la alcoba, las cortinas sufridas, las cerradas ventanas, el aroma de un talismán; un rosario de rosas. Es una embalsamada fragancia, que domina al amarillo perfume de ese jarrón donde

las azucenas se desmayan. Está oyéndose el delirio de una voz muy amada. Un ser yace en su lecho de muerte. Las amargas palabras de la separación se levantan sobre el murmullo de los rezos. A los pies de esa cama, un sacerdote musita el misterio de las oraciones. En otra habitación, al lado, colérico, un viejo se pasea.

Este viejo ha cogido un papelito de la mesa. Ha leído y ha tornado a leer el papelito. Y, violentamente, lo ha estrujado y lo arroja a la papelera. Se acerca a una ventana; y queda así, de espaldas, mirando al ancho campo. Es campo conocido. Cuántas veces, también él, asomó a esa ventana, sintió la belleza, siempre distinta, de aquel campo: azuloso en la bruma de la clarecida, relumbrante de mediodía, bronceado al atardecer.

Pero en estos entreluces, el viejo de la ventana ve alzarse en el campo terribles figuraciones: lo que es tapiz de verdura intensa, morado esmalte de cantuesos, manto de margaritas con sus botones de oro, visigóticas encinas, abrevadero de tórtolas y cercanía de cuclillos, ahora ha de ser tierra calcinada. Todo arrasándolo, en ese campo se le aparecen yunteros sin gañanía, cuadrilleros invasores, venidos del pastizal terroso y los suelos de pedrera; con sus yuntas desaparejadas, de alzada mínima, corto el paso... No hay un poderoso mulo, no hay un caballo de lámina luciente, no hay una pareja de boyancones de largas colas rubias y pesadas.

Airado, ese viejo se retira de la ventana, se sienta... Y en la visión de Alonso el gabinete ahora se transforma: ya es una estancia, amueblada con sencillez, al gusto moderno, para despacho de papeles. Y lo que Alonso está viendo es una mano, pálida y nerviosa, de venas espaciadas, de anchos tendones, recia de nudos; y en la mano unos legajos. Iluminada por el vivo foco de luz de una pantalla de cerrado círculo, esa mano ha escrito un nombre, ha trazado las dos rayitas horizontales paralelas del signo de la igualdad y, en seguida, ha escrito otro nombre: *Don Jesús = Don Delendo*. ¡A tantos leyó don Jesús el artículo famoso de aquella conclusión: *Delenda est Monarchia!*

No ve Alonso la cara del personaje, sino el círculo de luz y los papeles en ese círculo, sucediéndose. *Don Jorge = Don Patricio*. ¡Paradójico destino! Llamarse como el patrono de Inglaterra, don Jorge, que hizo lema de vida su catilinaria *Delenda est Albion*; sí que gustaría de adoptar por nombre y por advocación Patricio, Patricio él mismo y en pugna con el inglés, como San Patricio, patrono de Irlanda, la celta, la católica, la irredenta Erín...

Todavía el personaje, la mano de ese personaje, baraja un paquete de folios, timbrados en seco, y su hermosa letra comercial española va

poniéndole rótulos: *Asunto Alejo, El Emporio, Quiebra fraudulenta*. La mano del personaje se retira; al momento irrumpe en la luz y, sobre los papeles, coloca unas gafas; junto a esas gafas, hay una tarjeta que dice: *Asunto de Tordovilla. Desacato a la autoridad. Isidoro se opuso a la roturación de sus fincas*.

Regresa de la visión, Alonso, deslumbrado, con el cansancio de un mal sueño, en fatiga de tan vertiginoso viaje y la simultaneidad de todas esas figuras presentándosele en tantos escenarios, recabando su atención, cuando todavía de los ojos, prendidos en una imagen, ya tiraba y los reclamaba otra recién aparecida imagen.

Goza de la animal ternura de sentirse acariciado, Alonso, tendido en la grama del soto, al pie de un castaño, en el recuesto, mientras la sombra azulea y como un manto desciende sobre la tierra. Del camino, paralelo a la aceña, sube un olor a prado y a sereno, y Catalina busca de consolarle, estremecida por ese ceño de dolor.

—Te vas a quedar frío...

—Sí, vamos.

La toma del brazo. Bajan al camino. Siguen para Cabañas. Ya les pesa la dulzura triste del silencio. Alonso:

—¿Te dije que Marcita se casa?

—¿Marcita? ¿Con aquel maestro...?

—¡El maestro! Que la cosa parece que va bien para las escuelas, y a lo mejor ni tiene que hacer oposiciones.

—¡Hombre!, me alegro. Pero ¡qué raro! Doña Virtudes, que haya consentido... ¿Y Damián?

—Ahí está el asunto. Damián ha recortado mucho sus aspiraciones. ¡Fue siempre un mitómano! Y creo que le han prometido un puesto, sin mayores estudios. Él es un convencido de que con esto del reparto de tierras, la reforma agraria y tal, se le necesita. Doña Virtudes es la que veo bastante preocupada.

—¡Pobre mujer! Oye, ¿y Milagritos?

—Se ha echado un novio suboficial.

—¿Ahora, precisamente?

—Y se retira. Se habla de que les dan dos ascensos. ¡Entonces!

—Sí, pero eso es deshacerse del Ejército. Yo que Milagritos no sería optimista.

—Fíjate mi padre. Los jóvenes no ven estas cosas.

—¡Alonso! ¡Viejito mío! ¿Quién te conoce?

—No... Mi insensatez ya es una marca muy batida, ¡figúrate tú!; todo lo de estos días, y estos tipos... Teresina, la eligieron «reina» la otra noche.

—¿Cómo reina?

—Que hacen reinas de la República. Sí. También tenemos reina en Centenera: un poco bizca... Aquí, en Las Pizarras, creo que se llama Leonardo.

—¡No!

—La otra noche andaba carretera arriba carretera abajo, envuelto en una bandera, con la música detrás dándole aire.

—¡Tipo más raro!

—¿Raro? Bueno, pues... Teresina...

No son cosas para decir a una novia. No: que se ha fugado; está enamorada de Hilario, pero... Alonso explica:

—Ha marchado a Madrid. Muy ilusionada. A ver si llega a estrella... Hilario...

—Me da pena. Todo lo que vale y, ¡tan bueno!

—Mira, nada le importa. Ahora le hace versos a Teresina y vive más feliz que si la tuviera cerca. Todos los poetas han sido lo mismo. ¡Ah! Y Lucito se ha metido a maestro; sí, de un sindicato de obreros: se lleva el violín y anima las clases; les toca la Internacional.

—Dime, ¿y tu primo?

—¿Raúl? ¡No me hables! Le ha dado por escribir manifiestos. Ya sabes que montaron un taller de banderitas y todo eso.

—¡Sí!... ¿Don Vicente? No me has contado. No le irá mal, digo yo.

—¿Era de la situación? Psh, no sabía. Desde luego, se ha comprado un coche. Tengo idea de que viaja productos farmacéuticos.

—Es que estuvo muy malo... Se aficionaría. Era hombre de memoria algo extraña. Se sabía todas las enfermedades.

—Para eso, el bibliotecario del Salón, que es alérgico.

—Don Vicente... bueno, yo lo sé por Milagritos ¡y lo que se divertía!, don Vicente se descubrió como boticario en potencia: conocía las medicinas por su fórmula y las recitaba de corrido.

—Para boticario, tendría que frecuentar más tu casa. Todos los amigos de tu padre son boticarios. Médicos y boticarios.

—Es verdad... ¡Mira qué gracioso! Pues don Vicente, ¿te dolía la cabeza?, soltaba: «una tableta de aspirina». Pero no decía «aspirina»; decía «tómese un comprimido, 0,5 g, de ácido acetilsalicílico».

A Catalina, él no podía agregar: «pepinos... en ácido acético». Y comentó:

—Lo que se va divertir... Ahí tienes: una vocación, de acuerdo con su destino.

—Vocación tardía. También hay seminarios de adultos.

Todavía ríen con esas palabras tan para paisanos, no muy de novios; cuando de repente, sin casi haberle visto, se les llega y encara un muchachito, desalado, buscándoles:

—¡Señorita! Que el señorito tiene un telegrama.

—¿Dónde?

—¡Ay! ¿Tú ves? Me lo dio el corazón. No me engañaba.

—¿Y por qué no lo has traído?

—¡Yo qué sé! Me dijeron que fuese a ver si daba con el señorito. Menos mal; que si no, me tiro hasta Las Pizarras.

Los rojos se apagaban, entre los castaños de recios troncos centenarios, laderos del camino. Apresuran. Un tirante de pana a la bandolera, otro tirante suelto, el chiquillo les precede, con braceo vivo, y cada un dos por tres se vuelve, pero no deja de andar, como indicándoles un camino sin pierde posible; entre paredes, solo. Con el látigo de su tirante suelto fustiga ortigones en las piedras de los cercados, y enanos helechos que la primavera riza. De vez en cuando, intenta acaparar la atención de los mayores, protagonizar una escena que ignora y que ya presiente, patética, y dice:

—¡Me di una! Ruuuu... pla-pla... ¡Venga de correr, y venga!

No reparan en nadie. El telegrama, ¡qué pronto!, ha puesto en ellos un punto de congoja, una turbación misteriosa y anhelante. Gambeteando, el crío se sube por las paredes, se enreda en las zarzamoras de fruto apretado, verde todavía, se arroja a un estercolero al paso y chilla:

—¡Cataplón! ¡Yiiis... Muerte!

A la puerta de la tabernita, una de las primeras casas del lugar, el telegrafista: no vacila, alarga el plieguecillo azul y Catalina lo coge. Se van. El chiquillo los sigue, espía. Nerviosa, Catalina abre el telegrama.

—¡Alonso!

Y mientras Alonso lee *Mamá grave*. Pedro, Catalina, mirándole intensamente, resuelve:

—Me voy contigo.

Partiré en el autobús, casi de madrugada. Catalina quiere cenar con él, marchar a Las Pizarras y ayudarle.

—A ver: tu equipaje. ¿Por qué ha de parecer mal? Nadie tiene que meterse en esto, ¿les importa? Además que no... ¡Vida, comprende!

A lo menos que no le niegue acompañarle. Precisamente ella ha de arreglar unos asuntos en el pueblo: material para la nueva escuela.

—¡Déjame ir!

En silencio, la besa. Están en la calle, ¡menos calle!, todavía camino, que sube para casa de Catalina.

—Eso es lo que yo veía —dice Alonso.

Y le cuenta sus figuraciones a la muchacha. Era aquel ser yacente. Un sofocado ruido que insistía, ronco. Alguien no lejos sollozaba. Tilintearon oscuras campanitas. Rastreaban los cautos pasos del viático. Sonó más agudo el silbo; la cucharilla tintineó en un vaso de remedios. No reposaba, no gemía: en aquel lecho, un rostro se trabajaba para el silencio: la sumida boca, los ojos ya sin brillo; recortándose la nariz, pálida y fina. Principiaron los rezos: *Cuando mis pies, perdido su movimiento...* Venía un murmullo: *Ten piedad de tu sierva...* En la pieza contigua, un viejo se agitaba. Y una voz, lenta y grave...

Su misma voz, que ahora, contenida, asiente:

—Estaré allí abajo, un poco antes de que amanezca.

—¿En la taberna, dices? Pero, no habrá nadie levantado.

—Ahora les aviso. Voy a ver si encuentro caballerías. ¡El teniente me deja su caballo!

—¿Por qué no vamos andando? No me robes esa última hora. Yo no sé montar a caballo. Tendría que ir sólo atenta al caballo.

—¿No perderé el autobús?

—Salimos antes. Podríamos salir a las cuatro. Hay tiempo, ya lo creo. Anda: no sigas para arriba. Tienes que hacer la maleta. Si te pudieras echar, reposar un poco... Aunque no durmieras.

A esta hora la tórtola, emigrante, llega a tierras de Centenera. Pero, no. La tórtola viaja *también* de noche. Ha dedicado el día a descansar. A estas horas la tórtola, celosa, arrulla; eriza el macho las plumas de su cuello, mueve las patas, nervioso. No hay nobleza en el tirador si, ahora, coge la carabina. No la hay en el destino, para ellos. El buen tirador, ¿se apostaría al acecho del abrevadero, cuando los tórtolos se aman? El tiro de conciencia debe ser mucho más tarde, al vuelo. Un tiro nada fácil, porque es vuelo veloz, de rápidos, de regates...

*Und der wilde Knabe brach's
Röslein auf der Heiden.
GOETHE*

Ya están en la carretera. Han pasado el fragor de la puente y todavía falta para el amanecer. Como en un monólogo de novela, silenciosa, Catalina ha revivido la emoción de salir a estas horas, tanteando en las tinieblas del camino, hasta la tabernita donde Alonso aguardaba. Echaron a andar, muy juntos, sin hablarse, atentos a la soledad intensamente dramática, íntima, que el destino les ofrece.

Ya carretera adelante, Alonso, más animado, corta los pensamientos de Catalina. Hace nada, al encontrarse, Alonso apenas musitó:

—¡Hada! ¡Rosita sobre el páramo! Un *lied* muy hermoso.

Ahora, no hacia los placeres de la vida, quizá camino de una muerte, Alonso habla:

—La maleta viene detrás, en el carro. Dije que me pasaría por tu ventana, a despedirme. Les pareció cosa de lo más natural.

—También yo. Pero... yo he dicho que iba a misa, a las monjas. Una ermita; está a medio camino. Luego, que me alargaría y tal vez me quedase a comer en el pueblo, para arreglar unos papeles.

—Es imposible seguir así.

—Alonso... Ni que fueran relaciones malditas. Precisamente ahora...

—Precisamente, Catalina.

Alonso no sabe cómo decir:

—Tu padre. Don Camilo que no me tiene simpatía. Cada vez más le descontentan nuestras relaciones. Va ser tremendo cuando se le plantee la cuestión.

Y sustituyendo frase por frase, como en un ejercicio de retórica, Alonso, lentamente:

—Me he propuesto acabar en seguida. No sé para qué, pero dos convocatorias y termino. Lo más, cosa de medio año. Hay que empezar a defenderse: Leyes. No me lleva el medio año. Y después, nada de escolitas... Catalina: este otoño, nos casamos.

Era mucha sorpresa; de responder, Catalina emocionada lloraría. Alonso no deja de hablar:

—Tu magisterio, un puro disparate; serás siempre esclava de fuerzas inferiores. Hay que salir de aquí; esto no marcha. Ni tú ni yo deseamos la riqueza. ¡Liberarse! Eso es todo. Sólo si vales te permiten eludir. No es ambición, no es el dinero. Eludir, eso es todo; realizarse libremente. Proponerse cualquier cosa; una diana que merezca todas las flechas del anhelo... Mira, yo reto a la pobreza; que se lleven las fincas. Si no fuera por mi padre, yo las daba. ¡Me iban a preocupar! Ahora, a él le acosan. ¿Cómo labrar un suelo de pedrera? ¿Qué rinden esas fincas? Los republicanos no hacen República: atacan a mi padre, eso es todo.

—¡Se lo decimos a papá! Papá, ¡le encantará servirle! Podrá, seguramente.

—A tu padre le rebasan. En seguida. Ya verás.

—Alonso, ¿qué dices?

—No hablemos de estas cosas. Mi corazón no es agrario... Yo te invito a una vida de dureza; es ocasión para cobrar altura. Una vida de probidad.

—¡No podemos casarnos así, de repente!

—Sería una boda sin ramo, si tú quieres. Hasta unas bodas de sangre...

—¡Qué apasionado eres, Alonso!

—No queremos dote. ¿Ajuar? Nos metemos en mi casa. Si mamá...

—No pienses. La encontrarás mejorada. Esto fue una alarma sin motivo. Tu padre, solo; por eso te mandó llamar.

—¡Ay, Catalina!

Que desea no pensar y se miente. Alonso también se miente. Rechaza una cruel idea; es idea así, de pronto, y la sospecha interesada. Con su padre, ¡sí que vivirían!

¿Sí? ¡Amargo desencanto! Alonso enamorándose de quien le halague, reconstruye su confianza; es un auténtico «amor propio»; inestable, pero sin demora, quizá ya convencido de la realidad, una realidad áspera: la universal falta de cariño.

La carretera se afantasma, bajo la luna. Solos en la concavidad inmensa de la noche, caminan de cara al amanecer, muy juntos, hacia un destino incierto.

Catalina, pensando:

«Si la abuela... —Pero la abuela, de vivir, ¿no les diría?—: Muy bien, Alonso, contigo pan y cebolla». ¡Oh!, ¿a ellos?

Catalina. ¿Sí? ¡Qué desencanto! Receptora de amor, te ligas débilmente al amor; tu mismo proceso emocional te absorbe.

Dolidos Catalina y Alonso, rechazarían estas reflexiones. Lo han condenado en otros, en sus padres mismos lo condenan; en ellos, se negarán a

ver. ¿Se ha decidido Catalina? Exclama:

—¡Qué tontería has dicho! ¿Sin ramo? ¡Alonso!

—Mira qué clara la noche —desvía rápido—. Es hermoso, cuando luego se mira a las estrellas. ¿Conoces tú las estrellas?

Traspasada de ternura, Catalina eleva su evagación; casi canta:

—He mirado nuevamente contigo de noche las estrellas: Orión lejano, Aldebarán amigo, Pólux perdido y Castor sin doncella...

—Pero es como un principio de soneto.

—Es una amiga mía, muy querida. No la conoces, no vive ya. Una amiga pequeña y morena. Parecía persa. Era algo mitómana, pero se casó. ¡Tú no la conociste, Alonso! A veces evocaba a Zorionak. Era el espíritu de Zorionak. Yo ya no sé qué es eso. El mundo me parecía más hermoso junto a ella. Perdona, amado mío; la noche... ¡perdona la pasión!

Les alcanzaba un carro. Se sobresaltó Alonso:

—El carro de Leonardo. No les dije que venías. Perdóname tú a mí. Yo no acababa de creerlo. Para un triste, es como pecado tanta felicidad.

No se resiente Catalina. Halaga oírse motivo de felicidad. No casa con el estilo de la aventura un reproche por cuestión de principios. Es Catalina quien primero se aparta de la carretera.

—Dejemos pasar.

Ya el juego les divierte. Emocionados, a la sombra de los árboles, como de aguardo en cazadero. Y será un acecho a su ventura. El carro les rebasó. Catalina y Alonso, buscándose el definitivo pensamiento, en un impulso decisivo:

«Hasta en bodas de sangre, si él quisiera. *Para siempre*. Sin el amago del paso de los años, terrible; sin la palabra del único desastre: descristalización».

Muy bajito, conmovida, dijo así:

—Nos casamos.

Sobre el amor bajaba, en el relente mañanero, un aroma de maleza; levantaron la calandria y el pardal. Alonso la abrigó.

De su temblor de novia la abrigaba y de su amor nuevo. Rodeados de azul, entre las copas de los castaños el alba clareaba. Catalina se estremeció:

—Tengo frío.

Fue Alonso acariciando los cabellos de la muchacha, goteados de luna. Era una complacencia ilímite. Paraban el tiempo. Las tierras principiaron a extenderse calmas, con sus cárdenos lejos y verdes azulencos y el cristal misterioso de alguna fuente perdida. Se encontró Alonso una Catalina insospechada, sin dureza, y dulcísima, que realzaban mágica la intimidad, el

paisaje, el paso del nocturno a como su propia atmósfera, su clima propicio: la luz del amanecer, limpia, virgen, incontaminada; tan distante de los entreluces del crepúsculo morado, lento y augural de las atardecidas. Le reveló el encanto de su facilidad, más atrayente que la resistencia fingida o las difíciles conquistas afanosas.

Los faros de un automóvil hacia la frontera les movió a situarse tras un árbol. Venía una curva; rafagueaban los reflectores, saliéndose de la carretera, para infiltrar en los árboles la finta de su blancura. No era muy grueso el tronco y Alonso la rodeó, como en juego de niños, encarcelándola entre sus brazos, que le temblaban.

Catalina lo atrajo hacia sí, por huir las luces que se proyectaban en los álamos y, un momento cegados, permanecieron el uno en el otro, bajo las sombras. No hay silencio más bello. Callaban para no desgozar, con los sobresaltos de la palabra, la tibieza de sus cuerpos, jóvenes y latientes. Hubo un último resplandor vivísimo: y era aquel toque de charanga del cuartel, largo, floreado y ardiente, que les avisaba de separarse, frente a casa, en el portal de la esquina.

En la imprecisa claridad de la mañana, le advirtió Alonso el rubor, por la manera retráctil que ella tuvo de separarse y por el propio placer, que se le escapaba. Para limpiar su conciencia y purificar aquella tristeza de novia, la besó en la frente, en los ojos, despacio, muy casto; y, como en un rezo:

—Nena, querida...

Catalina se apartó, con el sofoco y el orgullo de su ternura generosa. Caminaron.

—La vieja calle, ¿te acuerdas? ¡El farolito, nuestra esquina! Soy una sentimental. Me emociono...

—En cuanto llegue, Catalina, lo planteo.

—Me da miedo sólo de pensarlo. ¿Crees tú...?

—No, ¡qué bobada! Mucho quizá no les guste, pero tampoco tendremos la oposición que hasta aquí, con tu padre.

Las caras juntas, los dedos ágiles y nerviosos, va Alonso relatándole escenas de niñez, al pie de un álamo. Este viaje, esa carretera en la alta noche, con estrellas de la madrugada, es como el eje de su historia de hombre.

Catalina lo ve, niño desvalido, sufriente, y toda su alma sensible y maternal se le despierta: quisiera cobijar al niño, mecerle, protegerle, que no pene más, y pueda soñar con el bien, y el amor. Y Catalina deja de ver la realidad del hombre que la acompaña, la voluntad de dominio de ese hombre, que la arrebató y la rinde bajo la centinela de los árboles enrojecidos:

descortezados alcornoques en carne viva, rojeantes como la perdiz, como el barro, de allá; su Centenera. Ardorosos alcornoques retorcidos, desnudos como tallas de una Pasión, en sus copas refugio de tórtolas amantes.

Caminan, recuerdan. Uno y otro recuerdan. Es el atormentado mundo agoral de Alonso, que habla. Y es el mundo más íntimo de Catalina, en sus monólogos callados. Todo el perdido mundo de la infancia, como un retablo de historias, de memorias, de argumentos para cien novelas, o una baraja de cuentos negros, trenzándose las palabras y los silencios.

Cuando volvieron a la carretera, Alonso, alegre, se bebía la alborada; Catalina, lejana y honda; porque ya vive la desolación de quedarse, ¡tan ahora!, sin él. Embriagado, Alonso promete llevarla rápido a Centenera. En los silencios, sobre su corazón se yerguen instantáneas de la niñez herida, padecida. Cuando habla, sus palabras restallan como cantos de ira, o frenesí o salivazos, contra la crueldad... ¡que te encoge el alma, pobre niño!

Pinta el día. Los gallos de Centenera encienden su desafío de clarines. A esta misma hora, otra luz, tan alta, velaba el sueño de un pequeñín, triste y solo. Ya los trabajadores de Centenera se levantan, salen para el corte. Las cosechas, allí, son tempranas. Tocan, a misa de alba, las campanas de la ermita. El reloj de la Asunción sigue marcando las once y cuarto. Bajo la esfera, con sus manecillas inmóviles, hay una bronceada leyenda, 1873, de letras en invierno renegridas:

*La vida es como sombra y no se advierte,
que con paso veloz llega la muerte.*

El tiempo se ha parado en Centenera, en la recocida torre, bruñida por el sol.

Irán a Centenera. Le va Alonso contando la vida de aquel pueblo, solar de viñadores, claro pueblo expansivo. Como las hojas de un álbum, pasa Alonso y repasa estampas de la niñez; rincón por rincón, historias al pie de un álamo: un niño y un álamo, álamo blanco.

Viéndose, al hablar, no se figura que también Catalina vaya viéndole. Catalina escucha: entre la bruma azul, un niño; cada reviviscencia de ese niño, traído a escena de la mano de Alonso, en Catalina, en los surcos de su memoria desencama una elegía de contrapunto, rabiosa, de emocional dimensión insospechada.

Pero ¿qué ocurre? ¿A qué viene ése, a trote, hacia ellos? Es el carrero de Leonardo... Ya habrá tiempo, mejor ocasión, de registrar algunas de esas historias de niño: las que Alonso refería, como Catalina se las imaginaba. Unas historias ilusionadas; y patéticas, porque Alonso exclamó: *Álamo blanco* y, mientras, Catalina oía: *Su corazón amargo*... Quizá a través de esas historias se nos dé alguna clave, se descifre algo de nuestra propia infancia. Quizá muchos niños sean ese niño y el hacerles sufrir constituya una atroz injusticia. El carrero de Leonardo, efectivamente. Ahora los ve y grita:

—¡El coche! Que se va y le deja en tierra. ¡Vamos, monte aquí! ¡Soo, Piconero!... Ya está arriba la maleta, ¿sabe usted? Que va en la baca.

¡Tiene, tiene alzada el burrito! Salta Alonso y deja a Catalina; que siga a pie, con el carrero. Ya ¡nada!, están a un paso del pueblo, y Catalina es quien le dice que se adelante, ¡él, que se adelante!, no sea que se cansen de esperar; el autobús, no se le vaya.

Apenas le da tiempo de atar a *Piconero*; se llega a una ventana, lo acerca a la reja... Sólo por Alonso esperan. Es hora de partir. Pero le aguardan, sonrientes del apuro, y con aprecio para su arte de espolear: sentado muy a las ancas, y con un lápiz cosquilleando a *Piconero*, en la cruz. Alonso, ¡ya sabía!

Sólo que, una despedida así... Le ha de parecer horrible. Con el autobús en marcha, todavía Alonso corre, pegándose a la puerta de entrada, hasta ver, al fondo de la calle, a Catalina. Muy feliz Catalina de que no hubiese perdido el coche, agitaba la mano, y en seguida un pañuelo, como indicándole «¡Vamos, vamos: arriba; no seas tonto; adiós!».

Saltemos al autobús, con Alonso. Catalina, que descansa unas horas en la fonda del Comercio. Bien lo necesita; luego, ha de pasarse por el ayuntamiento; ha de tornar a Las Cabañas, sola.

Medio dormido en el autobús —la noche, las emociones, la caminata, la carrera final, la angustia de no llegar a tiempo— rendido, Alonso, cierra los ojos a la simpatía de sus vecinos de viaje. Muerto de sueño, tiritando, añora la manta, que irá ahí arriba, con la maleta. A estas horas, en el colegio, se echaba una manta por las piernas y abría sus libros de texto, para nada: desaprovechando ese primer estudio, como niño aficionado a largas veladas de noche, junto al padre, allá en Centenera.

Siempre fue para Alonso la hora difícil. Y pensaba en los compañeros de Instituto y en los que a media carrera abandonaron, porque a esta hora, en días como hoy, ¡ya 12!, mayeaban y preferían internarse por los cañadones o el

ancho campo, escopeta al hombro. Y también él, a veces, se rebelaba y salía de caza, a la perdiz, la roja perdiz arisca. En febrero, se veda el pájaro; pero es ahora cuando la hembra permite las últimas escopetas:

—Ya —le diría—, han abandonado el bando. Catalina: ya ha nacido el amor, ya vuelan por parejas.

3

... del suo perduto bene.

Sonaban las diez cuando se apeó Alonso, a la puerta de la cochera, en Alcándara.

—¡Buena dormida, amigo!

Fue a sonreír, deseaba hacerse perdonar las raídas mejillas, la piel cenicienta, el sueño viajero, y repentinamente se cortó: a su lado, una vieja agorera bromeaba:

—Casi, casi. Hoy martes y mañana es 13... Como para no pasar de esta noche.

Alonso, a quien nadie espera, se pone muy nervioso. Ya no sabe si el hecho mismo de que no se Je aguarde es síntoma esperanzador o si tragedia. Porque alguien hubiera acudido; se habrían adelantado a prepararle. Coge la maleta y, camino de casa, apresura.

—¿Cuándo tendremos una estación de autobuses? —se pregunta.

En frente, la terraza —¡qué casualidad!, hoy tres meses— desde donde Catalina y él contemplaban la ciudad y esta misma explanada, con su movimiento de coches de línea.

—¡Sólo tres meses! Y si otra vez subiéramos, ahora...

Alonso: ¿ahora, dices? Ya está ahí. ¡Ya estás viendo!:

Don Camilo, que se afeita para salir, seguro, camino del juzgado, del que es titular. Adhelma, sólo aguardando que se lo trague esa puerta para quedar a gusto y ponerse a coser el hábito: querido, una promesa.

A Catalina, ya tú sabes. Cualquiera día, a esta misma hora, la podríamos ver allá, lejanísima, y en la pizarra su *a*, *e*, *i*, con ilustraciones. En este momento, Luis se mira; los tizones que ayer, aunque levísimo, le marcaron. ¿Eso? Una cartuja: en la ventana mínima, vestido de blanco, un monje; recién saqueados, ruega a Dios el pan de cada día para sus perseguidores.

Ver, Alonso tú verías un estudio de pintor, Madrid, calle de Fortuny; en ese estudio, una mujer sigue en el mapa la carretera que más derecho lleva a

Portugal. Se oye una voz de hombre... No, no le vemos. Dice:

—¿Crees que no será mucho capital para fiarse de Lucero? Desde luego, tú le esperas pasada la raya. Y, de lo otro, tú dirás. ¿No te me habrá engolfado?

Alonso: ahora, don Fabián sale, ya muy vencido, sin ilusión su vida de funcionario de Hacienda; la casa de contestaciones para radiotécnicos cerró en una de las revueltas callejeras.

Tu padre, ¡cuidado, Alonso!: desde ayer sólo aguarda un desenlace para marchar a Centenera: va a defender a tiros, como un recinto de murallas, su propiedad, contra los roturadores...

¿Oyes? La Felis: pasa por la puerta de don Camilo, cantando la Internacional. Doña Virtudes, abajo, suspira y llora. Rosita ha dejado de acudir a la novena, pero Lucinda todavía se promete hacer un triduo. Por influencia de los tiempos han concedido libertad al canario; han visto un despojo amarillo en el jardín, junto a la pila del agua. Don Fabián ha comentado:

—¡Ja, ja, ja! Su libertad; esto ha sido como la ley de fugas.

Una ley que todavía se lleva, Alonso. ¡Mira, don Pepín!: machaca polvos de pica-pica para desinflar el mitin del domingo; usa de su libertad de obstrucción. Es libertad muy orgullosa, algo joven. Y ahí lo ves: don Félix, voceante; aprueba la decisión del trono, pero no abandona su romanonismo, una fidelidad de casi bodas de plata, y se define monárquico sin rey.

Es la hora en que don Jorge, en su despachito de *El Eco*, se inspira para escribir la imposición de su propio destierro: comentará el artículo los sucesos de ayer, y en este preciso instante subraya el título, enérgico: «Los asesinos del arte». El militar retirado fue el último desengaño de don Jorge:

—No piense usted en mí para cabecilla de sediciones.

El capellán, bueno ¡si eso es perder!: le han confiado la administración del cementerio; un cambio de sala, ¿verdad, Alonso? Don Ramiro es el que realmente está desolado: no le dan una sola presidencia. No tiene nada que hacer: los socialistas le han barrido, con su mayoría en el ayuntamiento. Pero ¿ha vencido el socialismo?

—Si esto es una república, Pitágoras ahora miente.

Sí, ése, don Celes: cuenta con el poder para antes de un año:

—¡Se lo firmo en la pared! —Arrogante, clama.

Alonso, tú, ¿no oyes? Doro, que ha enloquecido y ya no se atreven, ¡cualquiera!, a encerrarle; anda por el pueblo, a voces, leyendo clásicos de la

revolución a la chiquillería, que le sigue. Sólo que, ¡es tanto su ahilamiento! Mira, la consunción sería el remate ideal de su problema.

¿Esos dos? Aquél, pues don Prudencio; le acompaña el vizconde. Ya sin objeto en Alcándara, el vizconde acude al lado de sus familiares; le satisfaría tanto protegerles... ¡Claro que van al tren! Don Prudencio, de propaganda. ¡Ay, le pudieras avisar; si te escuchara, Alonso! Bajaré de ese tren, cerca, en el empalme; al tomar el correo que desciende, ¡pero, qué horror!, dentro de unas horas yacerá don Prudencio amortajado.

Y ¡figúrate tú, novedades!... «El Eco», ¡si le conoces!, ahora se apoda «El Regional»; vocea el nuevo diario de la situación, ¿ni siquiera has visto un número? Anoche, una gongorina poesía de Hilario y la estampa lírica a que Gabriel ya nos tiene acostumbrados. Gabriel está convencido de que sus prosas son explosivos manifiestos revolucionarios, cuando escribe:

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos...» —y glosa la comunidad de las bellotas, que no son de nadie, en la tan afamada arenga de don Quijote.

El bibliotecario del Salón corre a la «pajarería» por los periódicos: confía en que el progreso republicano descubrirá nuevas armas contra la alergia. Don Marín, a ese alumno que estornuda ya no le dice «¡Jesús!»; ¿has oído?; dijo: «¡Lenin!»; pero anteayer, todavía le vi en misa; como todos los domingos... Sí, es la hora en que Tejada, absorto, escucha a su hija Purita, y se saca una lágrima, ante el dramatismo con que la artista declama la pieza del día: «El camión patinaba...». Una comedia más bien triste.

Y es la hora en que don Camilo suaviza su navaja barbera, evoca a Lelio Casini, Rigoletto de su Madrid del Real, y, aunque en la cuerda barítona, voluminosa, su voz de Sparafucile ya menos firme, canta:

*Del non parlare al misero
del suo perduto bene...*

Don Camilo se acerca a la pared y arranca la hoja del calendario, ¡otro día que pasó!

Mayo / 11 / Lunes.

Sol: 5,3 a 19,19. Luna: 4,4 a 18,59. Van 131 días. Faltan 234. Santos Mayolo, ab., Atimo, pb., Sisinio, de., Anastasio, mr., Mamerto, ob...

A don Camilo, qué gracia le hacen las abreviaturas, no todas fáciles, de los santos: fd., fundador; pf., profeta; bt., beato; cf., confesor; mj., monje; vírgenes, doctores, eremitas.

Sigue afeitándose y lee:

—*Pensamiento del día: ¡La vida!...*

Pero el jabón no espera. Se guarda la hojita en un bolsillo, ¡al chaleco!, para cuando acabe. ¿No ha venido el cartero? Ya anoche por la vieja lata, la radio, don Fabián supo que en Madrid habían ardidido las Escuelas Cristianas, que habían sido asaltados los conventos. Salió, disparado; llegaba al gobierno y temió preguntar. Un mozalbete, amigo de Luis, decía; con segundas lo decía:

—Cuando las barbas de tu vecino... ¡Buenas noches, don Camilo!

Poco le faltó para, de un fustazo... Se contuvo y se largó, colérico, atribulado ¡también él! hasta la muerte. Pensó en el monje. Claro, por eso le aludían. Y las palabras se le clavaban envenenadas, como dardos.

—No, esto no puede continuar —se dijo don Camilo—. No, no es esto.

Un momento en que, no sólo don Camilo, republicano histórico, no sólo un hombre de ideales, caballeroso y limpio, lo decía. Sólo que don Camilo, sí, podía dolerse, lamentar:

—Envejecí en las filas del progreso. Y ahora, estos críos...

Sólo tres meses y la cabeza de don Camilo ha blanqueado; su voz, agudizándose, ha enronquecido; se fatiga de condenar tanto descontento; de finalmente conceder que las únicas fuerzas inalterables, ¡ay, una hija suya lo decía!, son el arte y el amor: Eve, Catalina.

No es que Alonso en definitiva le guste. Y ¡lo que faltaba: un hijo monje, otro reaccionario! Alonso, quizá no; pero su padre. Las ideas y, sobre todo, la posición de Pedro Mora resonarían en su hijo, fatalmente.

Las noticias de la quema eran vagas, contradictorias. Le inquietaba la demora del correo, esta mañana. Apurando la barba, saldrá para el juzgado; ya vería los periódicos.

Doña Adhelma, que debió de presentir o algo le dijeron la panadera, la lechera, la aguadora, no hacía sino asomarse a los balcones, impaciente, como de una amenaza que se espera, cierta, se sabe y no se ve.

¡Tremenda contradicción! Por un lado, el monje; de otro lado, Luis, ¿incendiario?

—¡Hijos míos! —suspiró don Camilo, abrumado.

En ese instante, Adhelma irrumpió en el dormitorio:

—¡Están ardiendo los conventos!

—Calma, cálmate. Eso fue hace días y además no quiere decir que estuvieran ardiendo los conventos. Sólo alguno, y cosas de Madrid. Son reacciones inevitables. ¡Cuatro exaltados!

—Pero ¡Luis!

No dijo Alberto, sino Luis. Temblaba del asaltante; hasta ese punto el instinto maternal, su miedo a la condena, y aun a la sola pena de conciencia, no la abandonaba. Más que la muerte del hijo, horroriza ser madre del criminal.

—Albertito... No pasa nada. Está bien. Salí anoche y en Zaragoza no pasaba nada. Además, ya está declarado el estado de guerra... No te asustes, mujer, ¡todo te asusta!; estado de guerra quiere decir que se da el mando a los militares; ya no hay desórdenes.

Se le quebraba la voz. Don Camilo no ignora que Zaragoza es el Pilar, pero una de las sedes de la C. N. T. Su deber empezaba a componerse de reticencias, de fingimientos.

—La máscara —pensó, amargo, sin atreverse a mirar para Adhelma que, sentada a la hamaca, suspiraba.

—Nos quedamos sin ellos, Camilo; me han dicho que expulsan a todos los frailes.

—A todos, no. Ni los frailes. ¡Frailes! Serán los jesuitas. Eso ya lo hizo un rey: Carlos III.

—Albertito...

—No le pasa nada. Ni siquiera se enterará, con el sistema de vida de esa gente.

—¡Hijo de mi alma! ¡Es un santo!

Doña Adhelma se echó a llorar, desolada. Ya no le contenían ni las iras del marido, impotente para calmar aquel herido corazón de madre. Y don Camilo acabó por venirse abajo y, abrazado a ella, también sollozaba, gemía; como dos niños, temblando de terror, muy juntos, llorando su decepción, su desamparo, compadeciéndose de su misma pena.

Ya se tira a la calle don Camilo; no puede sufrir la falta de noticias, la tortura de su aislamiento. Piensa en el monje y se ve incapaz de soportar la cruel espera, ¡desde anoche! Piensa en Alberto, calle adelante; pasa ante el palacio donde don Braulio agoniza; recuerda que don Jacinto ha invocado su amistad porque desea la representación de algún comité republicano para situarse.

Y mientras piensa en Alberto, a quien va viendo es a Luis pequeñito, silencioso niño que le escucha arrobado, en cuclillas, cerca de la mesa, y él habla y habla de sus temas abstractos: cancillerías, economía política, navegaciones, derechos de la revolución. Luis agarbándose, contenido el arrebato para más oírle, ¡incubando!

—Ése es mi pecado. Un pecado social; el único pecado.

La máscara, ¿de qué le sirvió? Aquí mismo, ahora mismo habría de simular, aborrecer lo que más ama: un monje, un incendiario. Adolescentes capaces de dar y de quitar la vida; donceles frente a la corrupción de este sistema, de esta justicia que él administra. Es un dramático estar ¡sobre campos tan opuestos! Frente al monje, el laico; el juez contra el rebelde. Toda su vida la ve adscrita a la mentira. Desde el principio al fin, su vida toda, con la marca de la culpabilidad.

Ahí viene Silvestre. ¿No es el de Centenera? Silvestre le saluda:

—¡Esto es un asco! Treinta años de republicano, ¡yo!, ¡el único!, y ahora me llevan la alcaldía... Se la dan a la casa del pueblo. ¡Cuatro criados del cacique, don Camilo!

Todavía don Camilo ha de escuchar, se ha de mantener firme. Ya, por el solo interés íntimo. A ver, ¿qué ha ocurrido?

—Han incendiado la residencia de la compañía de Jesús, en la calle de la Flor. Y el convento de las Maravillas, en Bravo Murillo. Y el de las monjas bernardas, ¿dónde está eso...?

Se despide. Sigue adelante. Junto al palacio de Justicia, don Narciso, don Isaías. Es don Narciso el único digno, con su postura de monárquico; una lealtad que ejemplariza. Estrecha la mano a don Camilo, emocionadamente. Se miran. No se dicen palabra. Don Isaías le acompaña un momento, le da noticias más concretas:

—Sí, ardió el instituto católico de Artes e Industrias, el de los bulevares. Y las salesianas de Villaamil. Y las carmelitas de la plaza de España... ¡Y aquel don Quijote, armado en hierro, y que viviera, a pesar de todo!... Las mercedarias de San Fernando. El colegio de Chamartín. Mire: las fuerzas públicas ni se han movido. ¡Ese ministro de la Gobernación!

En provincias, también. Pero nadie sabe. Don Camilo se va a un puesto de periódicos. No ha llegado ABC; ha sido suspendido. Buscándose las monedas en el chaleco, tropieza con un papelito. ¿Qué es esto? La hoja del calendario. Y lee:

—PENSAMIENTO DEL DÍA. —Sésamo y lirios: ¡La vida! Algunos de nosotros estamos dispuestos a abandonarla, triste como la hemos hecho. Pero, la posición en la vida: ¿cuántos están dispuestos a dejar eso? ¿No es siempre la gran objeción que se presenta cuando se trata de encontrar algo útil que hacer: «No podemos abandonar nuestras posiciones en la vida»?

—Es el pecado social —volvió a decirse don Camilo. Y de súbito—: Me voy a ver al padre de ese muchacho.

—Hay que llamar en seguida a Catalina —había dicho Adhelma—. Que lo deje todo. ¡Escuela, todo! Que vuelva con nosotros y se esté aquí contigo y conmigo. Para siempre...

—¡Contigo, conmigo! Otro vendrá, que se la llevará...

—Camilo, no. Escucha. No, que también se quede. ¿Te acuerdas? ¿No fue en tu cumpleaños? ¡Cómo se querían! Que sean felices para que nos hagan felices viéndolo; todos queriéndonos.

—Otro día 12. ¡Si me acuerdo! Fue ayer y parece que hayan pasado veinte años. ¡El tiempo, cómo pesa! Este tiempo.

—Camilo. Que no se casen ahora. Mira: o que se casen pero que no se alejen de nosotros. Búscales algo a ese muchacho. Va para abogado. Tú estás en eso. Podemos volver a ser cuatro de familia.

—¡Amor mío, qué santa eres!... ¡Algo para ese muchacho!

A cuya casa va y en cuya casa por vez primera entra don Camilo. Todavía en la escalera se cruza con un sacerdote. No se conocen, pero en los ojos de don Camilo hay una interrogante, una sorprendida espera, y el sacerdote mueve la cabeza:

—¡Pobrecita!

Por la puerta, abierta, escapa el silbo atroz de la agonía. Don Camilo no llama. En el vestíbulo, los rezos le conmueven:

—Cuando mis manos, trémulas y entorpecidas... Jesús misericordioso... Cuando mis ojos vidriados y desencajados...

En los suyos, don Camilo traía la última mirada de Adhelma, enloquecida de dolor, clamante. Y sin embargo, lucía en ellos la vida, y el olvido que nace de la misma vida.

—Cuando mis labios, fríos y secos... Mi cara, pálida y amoratada... Mis cabellos, erizándose en la cabeza... Mis oídos que se me cierran para siempre... Mi imaginación horrorizada de fantasmas... Mi corazón débil y oprimido... Cuando mis parientes y amigos juntos alrededor de mi lecho se estremezcan al verme y me encomienden a Vos...

—Jesús misericordioso, ten piedad de tu sierva —se oyó decir a sí mismo don Camilo.

No podía pasar hasta que los rezos terminasen. Ahora, avanza. Y de la ventana, al fondo del pasillo, un viejo se vuelve hacia la puerta. Se detiene. Pone una luz de cólera en sus ojos, punzantes y escocidos, y los labios le tiemblan fríos y muy pálidos. Es un instante apenas, congojoso, horriblemente incierto.

—¿Dónde se metió Alonso?

Pero don Camilo avanza. Como hablando para Alonso, don Pedro Mora dice:

—Está mucho mejor... Ha pedido ella los óleos, y ¡no tienes idea!, lo bien que está.

—Es ciego su optimismo —ve don Camilo, conmovido—. ¡Ay, mejor!

En el pasillo frente a frente los dos viejos se contemplan. Y rotos de rabia, se estrechan en repentino abrazo, con seco dolor exasperado, unidos ante la muerte, queriéndose a fuerza de ya verse tan solos, rendidos de tragedia y descontentos, raídos por la ira, desesperados del amor.

Madrid, verano de 1955.



PEDRO DE LORENZO (Casas de Don Antonio —Cáceres—, 7 de agosto de 1917 - 20 de septiembre de 2000) fue un escritor y periodista español.

De entre su obra cabe destacar *Los cuadernos de un joven creador* (1971), conjunto de cuadernos en los que repasa su vocación y concepción literarias, y el movimiento de la Juventud Creadora; y *Viaje de los ríos de España* (1968), su ensayo más conocido, llevado a una serie documental de RTVE en 1975.

En segundo lugar, su obra sobre Extremadura: *Y al Oeste, Portugal* (1946), *Extremadura la fantasía heroica* (1961), *Capítulos de la insistencia* (1975), *Despedida por extremeñas* (1992), *Redoble para Extremadura* (1997) y *Siete alardes al asedio de Extremadura* (1997). El lema de Pedro de Lorenzo fue: «Amó a su tierra; escribió las memorias de sus muertos». Manifestó en numerosas ocasiones: «No quisiera ser nada si para serlo tuviera que dejar de ser extremeño». Por eso Extremadura es protagonista en buena parte de su obra. La ve como una fantasía en cuatro actos, en devenir: Mérida o la romanidad; Badajoz, reino moro; Cáceres señorial y Trujillo, expansivo, abierto a América, junto a Guadalupe y Yuste.

Por último, el grupo de *Novelas del descontento*. Están protagonizadas por un *alter ego* del autor llamado Alonso Mora. Para el novelista forman «una novela de una familia en una familia de novelas». Su estilo es sumamente

preciosista y de gran riqueza léxica, con resonancias de Gide, Azorín y Gabriel Miró. Su argumento gira en torno a los avatares de la vida de Alonso: su infancia en *Los álamos de Alonso Mora*, su noviazgo y adolescencia hasta el año 31 en *Cuatro de familia*; su desengaño y huida analizados en la noche del 21 de junio de 1936 en un monólogo extenso, *Gran Café*; los días de la guerra, con un tiempo reducido a la tarde-noche del 23 de agosto de 1938 a base de diálogo dramático en *La soledad en armas*; esos mismos días pero en narración de cuadernos en *Una conciencia de alquiler*; la cuarentena franquista en *Episodios de la era del tiburón*; retiro y declive del personaje en *El hombre de La Quintana*.

Notas

[1] Buenas tardes, señores. ¡Buenas, señorita! Hablo esperanto. ¿Qué tiene de particular? <<

[2] Con mucho gusto... ¡Qué gusto! <<

[3] ¿Ha comprendido usted? <<

[4] ... mi corazón... ¿Cómo se dice? ¡Qué lástima! <<

[5] ¡No es posible! <<

[6] Esta mañana. <<

[7] Lo siento mucho. <<

[8] Dispense usted. <<

[9] ¡No es posible! <<

[10] Muchas gracias. <<

Pedro de Lorenzo Cuatro de familia



Lectulandia